

# CARTER DICKSON

# CON

# GUANTES

# DE ACERO



se

Lectulandia

«Con guantes de acero» (The Bowstring Murders), es la única novela misterio del escritor estadounidense John Dickson Carr (1906-1977), que se publicó bajo el nombre de Carr Dickson. Se trata de una novela policíaca y también la única novela que tiene como protagonista al detective alcohólico John Gaunt. Para reimpresiones posteriores usó ya su principal pseudónimo de "Carter Dickson".

El anciano y excéntrico mister Rayle posee una valiosa colección de armas y armaduras medievales albergadas en el castillo de Bowstring. Cuando se le encuentra estrangulado por una de sus propias cuerdas de arco, interviene John Gaunt para intentar resolver el crimen.

**Lectulandia**

Carter Dickson

# **Con guantes de acero**

ePub r1.0

Titivillus 18.12.16

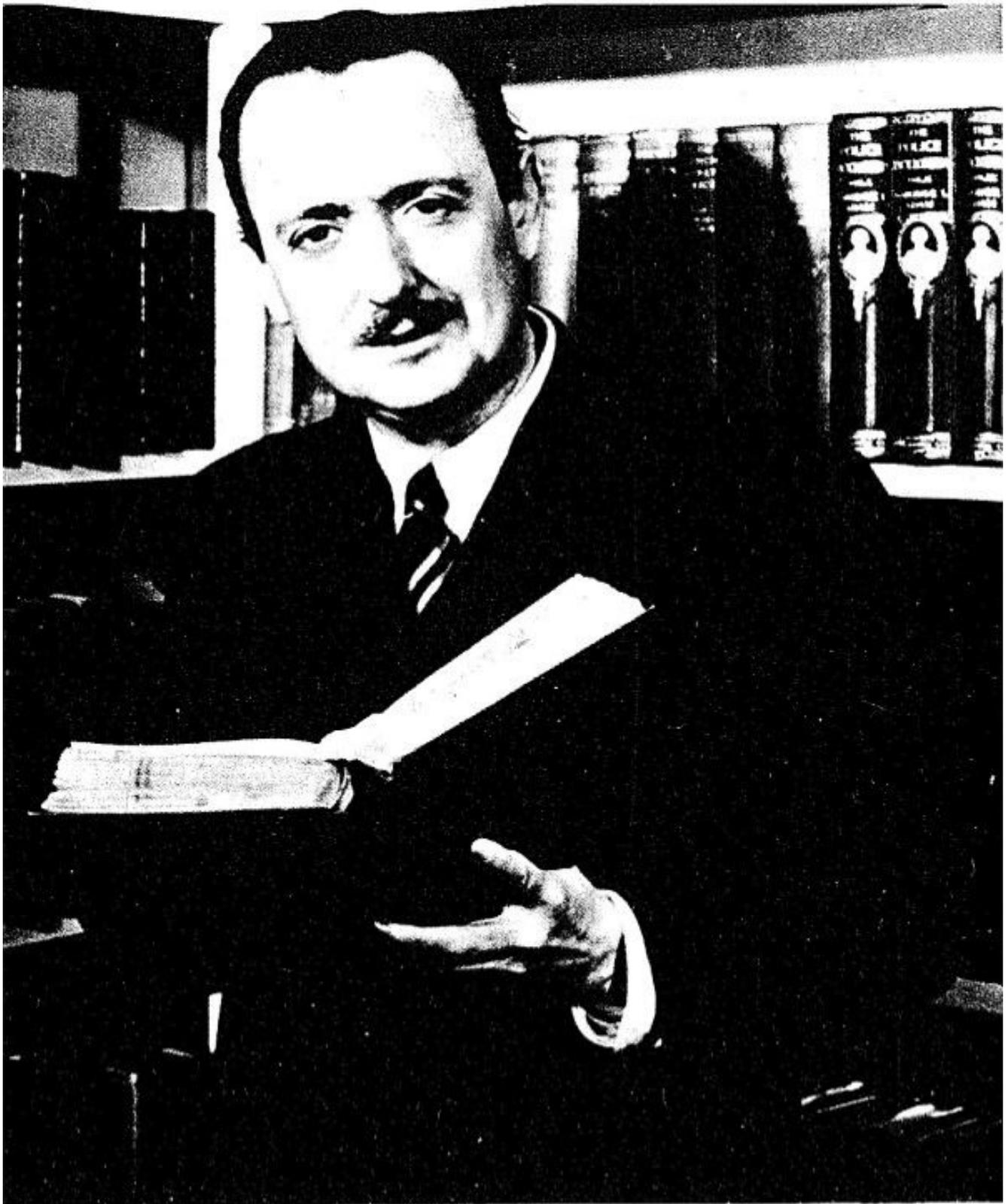
Título original: *The Bowstring Murders*  
Carter Dickson, 1933  
Traducción: Julio Vacarezza

Editor digital: Titivillus  
Diseño de portada: Dr.Doa  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



John Dickson Carr  
CARTER DICKSON

## NOTA PRELIMINAR

### CARTER DICKSON

*CARTER DICKSON, seudónimo de John Dickson Carr, nació en Uniontown, Pennsylvania, el año 1905. Hijo de un miembro del Congreso, célebre abogado criminalista, que deseaba que su hijo siguiera la misma profesión que él, el pequeño John, siguiendo una línea completamente dispar, decidió dedicarse a escribir novelas policíacas. Para ello utilizó, además de su nombre verdadero, los seudónimos de Dickson Carr y Carter Dickson.*

*Aparte de numerosas novelas —más de cuarenta—, es autor de una magnífica y bien documentada biografía del creador de Sherlock Holmes, sir Arthur Conan Doyle.*

*John Dickson Carr escribió la mayor parte de sus treinta libros de misterio en la década que pasó en Gran Bretaña, donde en 1936 fue honrado con la inclusión en el Detective Club.*

*Fueron sus padrinos en tal solemnidad Dorothy Sayers y Anthony Berkeley. Y hasta G. K. Chesterton le honró con su asistencia al acto.*

*Durante los ataques aéreos a Londres, de 1940 a 1941, fue varias veces bombardeado, perdiendo casa y fortuna; pero no se movió de la capital.*

*J. B. Priestley dijo que Carr tenía un sentido tal de lo macabro, que lo elevaba por encima de los escritores de relatos detectivescos. Otros han afirmado que sus novelas son verdaderas obras de arte por su estilo, sus argumentos y el dinamismo de su acción.*

*Los relatos que ha escrito para la radio han tenido un magnífico éxito.*

*Las primeras novelas que escribió tenían como fondo París, y su protagonista era Bencolin, de la Policía parisiense. Pero la popularidad del autor no llegó a su máximo hasta que creó al doctor Gideon Fell. Con el seudónimo de Carter Dickson inventó su sir Henry Merrivale, más conocido como “H. M.” o “El Anciano”.*

*La técnica de Carter Dickson es muy semejante a la de Ellery Queen. Su fuerte han sido y son los problemas criminales mezclados con lo sobrenatural. La maravillosa forma de explicar sus problemas representa, tal vez, la causa de sus éxitos.*

*John Dickson Carr es un hombre moreno, con bigote, fumador de pipa, cuyos escasos cabellos le dan aspecto de hombre más viejo de lo que es en realidad.*

# I

## BOWSTRING

En la biblioteca de Bowstring se conserva aún un reloj, acerca del cual hácense a los visitantes curiosos relatos. Este reloj, de manufactura alemana, tiene acoplada una cara rubicunda que giraba en torno a la esfera según iban sonando las horas. Tiene también una complicada serie de campanas y un péndulo de tictac sonoro. Pero cierta noche, hará cosa de dos años, la cara dejó de girar y las campanas de dar las horas. No solamente señaló el último momento en la vida de lord Rayle, sino que, en cierto sentido, asistió al desarrollo de su muerte, motivo por el cual la maquinaria se habría descompuesto. Si es usted un visitante calificado puede que le muestren algunos orificios de bala, aunque todo rastro de sangre haya sido lavado hace tiempo.

Henry Steyne, semichiflado, titular de la baronía de Rayle, fue quien compró el reloj, que era una de sus pocas cosas nuevas, pues lord Rayle gustaba poco de lo moderno. Por el contrario, lo aborrecía. Era dueño de uno de los pocos castillos del siglo xv que no había caído en ruinas o había sido reconstruido de acuerdo con el estilo Tudor. Bowstring, en la costa oriental de Anglia, consérvase como una especie de milagro. De haberse dejado llevar completamente por sus gustos, lord Rayle habría mantenido la iluminación y los distintos servicios de la casa en un estado tan primitivo como sus torreones y almenas. Chapado a la antigua, habíase consagrado en cuerpo y alma —si es que la tenía, extremo por demás dudoso— a su colección de armas y armaduras medievales. Su vanidad por estos tesoros estaba más que justificada, ya que en todo el mundo no había otra colección privada tan completa y valiosa. Habría sido necesaria, para que la sala de armas de Bowstring luciera en todo su esplendor, cierta cantidad de luces eléctricas, proyectadas sobre cada uno de los vetustos especímenes, pero servíase de la electricidad tan poco como le era posible y hasta disuadía de su empleo a cuantos le visitaban. A lo sumo; encendía una pequeña lámpara en todo el vasto y polvoriento recinto de la sala de armas, contigua a la biblioteca de Bowstring, después de lo cual inspeccionaba sus tesoros a la luz de una modesta bujía.

En la misma biblioteca, las bujías ardían en candelabros de bronce puestos sobre la repisa de la chimenea. Si lord Rayle hubiese sido más sensato en estos asuntos, otro habría sido su fin, o los dramáticos pormenores de su muerte hubieran sido muy distintos.

Un ala del castillo era su dominio particular. Sus familiares y servidores sentíanse intranquilos al ver descender por el corredor, desde el salón principal, su figura enjuta y rara, envuelta en una pelliza blanca con capucha de hechura monjil, escudriñadores

los ojos y de talante siempre incierto. Así transponía la sala de recibir, a un lado, y el salón de música, al otro, sin detenerse hasta llegar a la biblioteca. Generalmente era breve su permanencia allí, salvo cuando retiraba algún que otro libro de los altos estantes; pero, a la postre, sus pasos se encaminaban a la sala de armas. La enorme puerta se cerraba de golpe, y ya no se sabía más de él. Luego sólo se oirían el sonoro tictac del reloj y el ruido ensordecedor de la cascada que caía en las cercanías del castillo.

\* \* \*

Aquella misma tarde del 10 de septiembre de 1931, dos hombres viajaban en un coche de primera clase del tren que va de Charing Cross a Aldbridge, en Suffolk, discutiendo ambos la personalidad de lord Rayle. Mejor dicho, sólo uno de ellos la discutía; el otro se limitaba a juzgar inverosímil que existiera un sujeto tan fantástico. *Sir George Anstruther*, el mantenedor del tema, hablaba en tono indeciso, a ratos cubriendo de sombras, a ratos aligerándola, la figura de su biografiado, y acentuaba su peroración, inclinando hacia adelante su amplia faz rugosa o golpeándose la palma de la mano con el puño. El doctor Michael Tairlaine, su interlocutor, le escuchaba acariciándose la barba canosa o mirando distraído los hermosos paisajes de la campiña británica. El sol estaba ya en el ocaso y la marcha del tren invitaba al reposo con su rechinamiento adormecedor.

*Sir George* exhaló un suspiro.

—Le llevo a usted a hacer una visita a lord Rayle —dijo en tono de pesadumbre—; conste que usted lo ha querido. No me culpe a mí si el lord le parece algo loco. En cuanto al castillo, es otra cosa...

Denotaba una inquietud creciente, restregándose nerviosamente las manos o atisbando por la ventanilla al exterior.

—No deja por eso de ser un lugar triste, impresionante. Si tiene interés por el golf, en Aldbridge encontrará buenos campos...

—¡No me hable de golf! —repuso Tairlaine sin despegar los párpados—. Estamos en sábado y no quiero desplegar actividad alguna, deportiva o social, especialmente de golf. Además, ya he estado en Aldbridge. Me llevaron allí una vez, durante las vacaciones, cuando ocupaba cátedra en Cambridge.

George Anstruther asintió en su forma lenta y peculiar. Echóse atrás el sombrero y sonrió afablemente. Director del British Museum y catedrático en la Magdalena, *sir George Anstruther* semejábase menos a un universitario que a un traficante ilustrado cualquiera.

—Efectivamente —observó—. Suelo olvidarme de eso, y también de que es usted yanqui. No sé si esto se debe a la influencia de Harvard; ignoro todo respecto de Harvard, pero recuerdo que se mostró usted hartamente cauto y circunspecto en sus lucubraciones en nuestro Cambridge.

Tairlaine abrió los ojos, dilatados por la sorpresa.

—¿Sarcasmos ahora? —refunfuñó—. Soy ya demasiado viejo para no resentirme por eso. Escúcheme, George —advirtió vacilante—. Me conoce ya desde hace bastantes años y no puede ignorar que me hiere con ese recuerdo. ¿Quién vengo a ser ahora?

—Lyman Mannot, profesor de literatura inglesa —replicó *sir* George— en Harv...

Meditabundo, el otro observó:

—¿Cuáles han sido mis distracciones hasta ahora? ¿Por qué no he de poder bailar y cantar canciones picarescas, o accionar aturdidamente como otro mortal cualquiera? Ahora todo pasó; ya soy viejo. He necesitado este año de vacaciones para cerciorarme de esa verdad. En cuanto a aventuras, ¿qué es lo que he tenido en mi vida?

—¿Respecto a qué? —inquirió *sir* George, extrañado—. ¡Con lo que se sale ahora! —y mirando a su interlocutor con aire enigmático, prosiguió más seriamente—: No haya cuestiones por esto, viejo amigo Michael. Además, ¿a qué clase de aventuras se refiere? ¿Sin duda, a las del corazón? Una aventura deslumbrante, perfumada y acicalada como una gran dama, que entra subrepticamente en su compartimiento, y murmura: «El seis de diamantes, en la torre del Norte, a medianoche; cuidado con Orloff», y luego...

Tairlaine restregóse convulso las manos y replicó emocionado:

—Creo que me refería a algo por el estilo...

El girar de las ruedas interrumpía la monotonía del silencio, mientras la frialdad del crepúsculo iba envolviendo paulatinamente a los viajeros.

—Quisiera ver —dijo meditabundo *sir* George— cómo se comportaría usted si alguna vez tuviera alguna. Quiero decir una aventura de verdad. Probablemente, ninguno de los dos sabríamos hacerle cara en la forma debida. Pero vayamos a lo que importa —a su vez vaciló, algo desasosegado—. Mi propósito al emprender este viaje no ha sido solamente el mostrarle los misterios de Bowstring. Dudo mucho de que eso le interese realmente. No sé si estoy en lo cierto..., quisiera equivocarme..., pero creo que, tarde o temprano, algo muy feo, algo atroz y espantoso va a ocurrir en esa casa. Téngalo por seguro.

Al evocar poco después esta parte de la conversación, Tairlaine no pudo menos que recordar el cambio de tono producido en la voz de su amigo.

Este tono, mucho más que las palabras, hízole olvidar el disgusto de haber admitido lo que toda persona sensata debe negarse a admitir. El diálogo decayó y ninguno de los dos volvió a pronunciar palabra. El tren ya aminoraba la marcha, y entraba en agujas en el empalme de Aldbridge.

Sin embargo, el profesor pensaba para sí: «No voy a consentir que me empleen como sujeto de experimentación». Y reteniendo en la mente las palabras agoreras de *sir* George Anstruther, descendió del coche mirando curiosamente en derredor.

Era una pequeña estación, desolada, con algunos perros vagabundos, enclavada en un repliegue de las montañas de Suffolk. El aire recargado de sales marinas denunciaba la proximidad del mar. En el andén, apoyado distraídamente en un fardo de mercancías, un joven elegante, aunque algo desaliñado, observaba a los viajeros.

—*Hallo!* —exclamó, iluminado el rostro por repentina animación a la vista de *sir George*, que se encaminaba a su encuentro—. *Hallo!* —volvió a repetir—. Me alegro de que haya llegado. No esperaba ciertamente que fuera puntual. Nunca espero que nadie lo sea, a fe mía. Ahí tengo el coche esperándolos.

Cambiaron un fuerte apretón de manos. *Sir George* dijo:

—Francis, éste es el huésped de quien le he hablado: el doctor Tairlaine. Michael, el honorable Francis Steyne, hijo de lord Rayle.

El joven se volvió con una reverencia. Aunque de contextura sólida denotaba cierta apatía, que se acentuaba en su mirar indolente y su bigote rubio de guías caídas. A ratos, chispazos de buen humor o de socarronería fulguraban en sus ojos de gruesos párpados. Sus apretones de mano eran vigorosos.

—No tenemos caza aún —observó con desgana mirando al cielo—. Hay que esperar una o dos semanas más para sacar las escopetas. Ha sido muy amable en venir, *sir George*. Su influencia entre nosotros es muy grande. Me refiero a los juegos. ¡Nos enseña algunos...! Además, lo hace con tanta gracia y habilidad. Aquí, fuera del «Hunt the Slipper»<sup>[1]</sup>, no tenemos la más pequeña distracción.

*Sir George* se encasquetó nerviosamente su recio sombrero.

—¡Hum! —reprochó malhumorado—. Disparates, joven, disparates. Siempre con sus librotes...

—Edgar Wallace —dijo descontento Francis— es el único autor que me dice algo. Devoro sus libros por toneladas. Los demás, ¡pchs...! He leído la misma historia tantas veces, que siempre adivino lo que va a ocurrir. ¡*Hallo, Masters!* —ordenó a un mocetón que andaba entre los equipajes—. Sírvase ponerlos en el coche. ¡Gracias! ¿Piensa volver aquí?... ¿Qué estaba diciendo?...

Después de mirar en torno suyo, *sir George* suspiró con impaciencia, y luego dijo:

—Déjese de decir simplezas y hable con seriedad. Sus incongruencias no engañan a nadie, y menos lo hará con el doctor Tairlaine. Es un profesor.

—Palabra honorable —observó Francis alzando las cejas. Moderó su actitud y se dirigió a Tairlaine con circunspección—. ¿Profesor ha dicho? Me alegro. Bien. Yo cierta vez traté también de graduarme, pero... El tribunal me era favorable. Hizo cuanto pudo por mí. Sí, los examinadores trataban de ayudarme para que saliera airoso sin menoscabo de su conciencia. Aquí está el coche; cuidado con el estribo.

—¿Y resultó usted aprobado? —preguntó Tairlaine.

—No, poca suerte... ¡Vamos, *Rayo!* Pícaro animal, siempre... No, a pesar de sus esfuerzos. Me advirtieron que iban a hacerme dos preguntas, y que si contestaba a una de ellas... era eso el cincuenta por ciento..., me aprobarían. Bien. La primera pregunta fue algo tan endiablado que ni ellos mismos habrían podido contestarla.

Imagínese uno de esos problemas corrientes en los exámenes escolares: «¡A ver, muchachos: hagan una breve descripción del mundo en un solo ejemplo!». La otra pregunta fue: «¿Cuál es su músico favorito?». Tengo el presentimiento de que no acerté, ¿sabe? Yo iba a contestar: «Tennyson»; pero como no pude recordar la forma de escribirlo... ¿Nos enseñará algún juego más, *sir* George?

—No —rezongó el interpelado desde el fondo del coche, tratando de sacar humo de la pipa semiapagada—, y basta de contar tonterías. ¿Cómo está su gente?

—¡Oh, todos lo mismo! Bastante bien. Mamá, aquejada de un dolor de cabeza. Tenemos en el castillo, como huésped, al joven Larry Kestevan. Disculpe, señor —dijo volviendo hacia Tairlaine sus grandes ojos asombrados—. Espero que *sir* George le habrá enterado de todo lo relativo a mi progenitor. Quisiera que no fuera desagradablemente sorprendido. Es toda una bella persona; pero, si he de ser franco..., no porque yo lo diga, papá no hace un secreto de ello. Suele andar de un lado para otro, siempre, con una especie de vestido blanco, rematado con una capucha, y, en ocasiones, es de conversación poco fácil, ¿eh?

—Ya lo tendré en cuenta —asintió el interpelado.

El rítmico y monótono golpear de los cascos del caballo estaba a tono con la charla deshilvanada de Francis. Las emanaciones salinas hacíanse cada vez más penetrantes. A lo lejos, tras las ondulaciones del paisaje, divisábase una cancha de golf sobre la cual se movían borrosos puntos negros. Más allá, la sinuosa línea de la playa y el mar infinito. Ambiente silencioso, lleno de vida y misterio. A sus oídos llegaba el rumor del oleaje, tenue y sutil como el zumbido interno de una concha.

*Clop-clop, clop-clop*, hacían las herraduras del caballo a compás con el traqueteo del vehículo. Luces vacilantes iban apareciendo en un edificio que semejaba ser un hotel de playa. Alzando el cuello del abrigo para resguardarse de la brisa fresca, Tairlaine trataba de estudiar la cara avejentada del joven que los conducía, cada vez que volvía la cabeza —cosa que ocurría con frecuencia—, para hacer alguna de sus observaciones inconsistentes.

¿Triste, burlón, aburrido, decepcionado? Imposible formarse juicio. A menudo, el extraño joven blandía airosamente el látigo, y en seguida expresaba el deseo de actuar de Ben-Hur, al igual que en las películas.

—Larry Kestevan —añadió confidencialmente— ha ingresado ahora en el cine. No le extrañe; las personas más representativas no tienen más que esa aspiración. Larry fue sometido a prueba en la G. B. S. y obtuvo los más altos puntos. Además, es hermoso como el mismo pecado, según he oído decir a las mujeres, porque sabe mostrarse brusco y altanero como cualquier jugador de Elstree.

Así son las cosas; hay que ser brusco; cuanto más, mejor. En otros tiempos, el héroe revelaba su virilidad aporreando la cabeza del villano. Ahora la muestra golpeando a su heroína. A eso le llaman masculinidad de alta clase... ¿Qué se le va a hacer?

Nuevo blandir del látigo. Echó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en una risa —

dijérase un relincho— que, Tairlaine pudo comprobarlo después, tenía extrañas reminiscencias de la risa de su padre.

El doctor observó cortésmente:

—No parece mirar con muy buenos ojos a ese señor Kestevan, ¿eh?

—¿Cómo dice? —repuso Francis volviéndose bruscamente, como ofendido—. Puedo asegurarle que no hay tal. Lo considero una persona excelente, y ya le dije que trabaja en el cine. ¡Ahí es nada, el cine! ¿No le gustaría trabajar para la pantalla? ¡A quién no le gustaría! —en su rostro fresco, mórbido, reflejábase una expresión de entusiasmo—. ¿Concibe nada parecido a ir ataviado con un uniforme de oficial de la Legión Extranjera, o como Ben-Hur, diciendo?: «¡Los pulverizaré a todos ante Antioquía!»». ¡Por Júpiter!

Tairlaine pensaba: «Este joven enigmático tiene la osadía de decir las cosas que todo el mundo piensa, pero que nadie quiere admitir».

Volviendo ahora hacia la izquierda, se veía a lo lejos un camino entre jardines ondulantes. Las torres, revestidas de púrpura por la luz del crepúsculo, se recortaban contra un cielo matizado de los más fulgurantes colores.

Francis señaló con el látigo:

—Bowstring —murmuró jubiloso.

Todos enmudecieron. Tras otro latigazo, la cabalgadura reanudó la marcha arrastrando el vehículo sobre un camino de guijarros puntiagudos que llegaba hasta las inmediaciones del castillo.

—Hace pocos días —prosiguió Francis con la animación que le provocaba el tema—, una compañía de cine solicitó autorización para rodar en nuestra casa algún episodio épico. Yo me alegré sobre manera, esperando divertirme viendo a los artistas caer desde lo alto de los muros. También habrían necesitado usar de las armaduras del viejo; las tiene en una sala inmensa, como ya verá. Lo menos cincuenta atavíos completos y un sinfín de armas, todo en un recinto. Pero el viejo ni se dignó escucharlos. A propósito —dijo volviéndose hacia *sir* George—, hemos tenido hace poco un incidente raro. No careció de gracia. Una de las doncellas...

Tairlaine, sin desviar la vista, creyó observar que *sir* George miraba fijamente, por un momento, a su interlocutor; pero ya estaba oscuro bajo la avenida de encinas, siéndole imposible cerciorarse de ello.

—¿Qué le pasó a la doncella? —interrogó *sir* George.

—Es Doris. Vino de Somerset. Linda muchachita, pero supersticiosa como ella sola. Así son todas las de esa región. Una vez me dijo que si uno se mira al espejo de noche, puede ver al diablo detrás —Francis sonrió entre dientes; había anudado las riendas en el mango del látigo, y volvió la cara para mirarlos de frente, con una expresión por demás ambigua. Tairlaine creyó hallarle semejanza con un maestro socarrón en vías de exponer un tema sobrenatural. Mientras tanto, el coche se deslizaba bajo el ramaje sombrío de las encinas—. ¡Ah! —exclamó después—. No dio poco que hablar...

—¿En qué forma?

—Bien... ¿Cómo le diré? Creyó ver una de las armaduras en la escalera, junto a la baranda, donde nada tenía que hacer. Asombroso.

*Sir George* le miró fríamente, sorprendido por la revelación.

—Sí que es extraño —dijo—. ¿Qué hacía allí?

—Nada. Simplemente estaba allí, mirándola de hito en hito, según nos contó. Doris se quedó aterrada. Por supuesto, nada hay de verídico en eso, pero ella asegura que pudo ver unas uñas auténticas en el extremo de los dedos del guantelete.

Por una causa inexplicable, esta lúgubre descripción quedó grabada en el cerebro de Tairlaine, como hecha por las aceradas puntas de los dedos de la manopla.

—Diga, *Mr. Steyne* —inquirió de improviso el profesor—. ¿Ningún fantasma en el castillo de Bowstring?

—Lo siento mucho —replicó el joven con algún dejo de contradicción—. Descuido imperdonable. Ni un simple duende en almenas y torreones. Parece increíble que en un período de quinientos años no se les haya ocurrido manufacturar uno. ¡Antepasados poco emprendedores! El viejo le mostrará todo lo curioso del lugar, si usted tiene interés. Ahora que recuerdo: hay algo muy extraño.

—Hable sin cuidado —exigió impaciente *sir George*, al detenerse el otro como para una confidencia.

—Fue mientras me hallaba en la escalera, en la grande, al final del gran salón, la que tiene una baranda de un pie de espesor, ¿sabe?

—Bueno, sí.

—Después se la mostraré —agregó Francis en tono alentador—. Ya verá... Bien; después que alguien arrancó la cuerda del arco...

—¿La cuerda de qué? —preguntó *sir George*, jadeante, incorporándose de súbito.

—¡Ah, ah! Esto les parecerá algo incomprensible —exclamó Francis volviéndose hacia Tairlaine—. Debe saber que el viejo tiene un aposento particular (medirá unos treinta metros por dos pisos de alto y es más frío que el demonio) donde guarda sus armaduras y arneses. Generalmente, están colocados en cajas de cristal, a cubierto del polvo y de la humedad. Es todo un museo, un señor museo. Un empleado del British Museum le ayudó a hacer la distribución de las armas. En la parte izquierda conforme se entra, casi pegadas al muro, hay un par de vitrinas totalmente llenas de ballestas. ¿Cómo pueden interesar estas cosas? Hay allí un artefacto llamado *cric*, que opera adosado al brazo del arco; luego se da la vuelta a una biela que tira de la cuerda hacia atrás hasta quedar prendida a una tuerca giratoria afianzada en la mitad de la ballesta. Así, con la cuerda en tensión, basta una leve presión del dedo para que el dardo o la flecha... ¡Bueno! —frunció el ceño, abismado en súbita meditación—. ¿Dónde estaba?

—Describía usted una tuerca giratoria —observó *sir George*, regañón—; pero no prosiga, por favor. Ya comprendimos de qué se trata. Incidentalmente, es un tipo de arma más reciente y raro que la llamada ballesta a estribo, de molinete central. Los

ejemplares de su padre son completamente originales, las cuerdas inclusive. Bien... ¿Qué ocurrió?

—Pues que alguien se introdujo en la sala y hurgó en las vitrinas..., nunca están cerradas; ninguna lo está..., y ¡zas! —terminó Francis extendiendo expresivamente el brazo.

—¿Quiere decir que alguien arrancó la cuerda?

—Tal como lo he dicho. ¿Con qué fin, pensarán ustedes? Pero, fuere como fuere, la cosa es pueril. Así se lo manifesté, aunque él lo sabe de sobra. En realidad, la cuerda sustraída no era la primitiva; la original era otra. Recuerdo que, siendo chico, me interesaba mucho conocer el funcionamiento de esos aparatos. Me gustaba hacer añicos los vidrios de las ventanas. ¿No les gusta a ustedes agujerear ventanas? A mí me encanta. Sí; también hacer blanco en la parte trasera de los transeúntes, como se ve en el cine. A propósito del cine. Recuerdo que...

—Siga contando lo que pasó —interrumpió George—. Lo de la ballesta.

—La... ¡Ah, sí! Sustraí una ballesta y traté de ver cómo funcionaba. Pero la cuerda estaba tan raída, que a una leve presión se rompió. El viejo se puso como loco. Casi me mata. Sin embargo, reemplazaron la vieja por una nueva. Una buena cuerda siglo veinte. Luego, importa poco que esta cuerda nueva haya desaparecido, ¿no es así?

Desde hacía un buen rato, Tairlaine creía advertir un rumor nuevo que se sobreponía al cascabeleo del coche. Un retumbar continuo, paulatinamente creciente, conforme se aproximaba al castillo.

—Es nuestra cascada —explicó Francis al notar la extrañeza del visitante—. El viejo se empeñaba en querer conservar el foso; pero por más que él quiera no puede, por razones sanitarias. El agua se estanca, y con la plaga de moscas y mosquitos se contraen fiebres. No sé cómo harían en los tiempos antiguos. El viejo tiene un gran caudal de agua tras la colina de nuestra propiedad y, con la ayuda de peritos hidráulicos, el agua fue traída y llevada de un lado a otro, encauzada en buenos canales, y se hizo cuanto exige la conservación de la salud. Ahora la corriente salta desde gran altura y va a parar al ribazo. Todo el año tenemos agua limpia y clara. Ingenioso.

Extendió sus largas piernas sobre el asiento delantero y golpeó con las riendas el lomo de *Rayo*. El coche transpuso velozmente otra curva; en tanto, el retumbar se hacía más intenso y las luces de Bowstring iban apareciendo con intermitencias entre el ramaje de las encinas. Conforme avanzaban en la semioscuridad del crepúsculo, Tairlaine pudo divisar unos escasos pormenores del lugar. Alcanzó a ver el parapeto de piedra del foso y una calzada que conducía a las puertas de la propiedad. En el lado opuesto, dos pequeñas torres, de un alto aproximado al de las murallas. Las aberturas de las ventanas estaban a oscuras; no así las de las murallas, de cuyo interior partían fulgores amarillentos que se reflejaban en la tapicería del follaje. Erguidos contra el manto grisáceo del firmamento, los murallones almenados se

prolongaban paralelamente hasta enlazar con dos altos torreones a ambos extremos de la fachada. Hileras de chimeneas se alzaban en profusión sobre los techos inclinados, cubiertos de tejas rojizas.

En la parte posterior del castillo ondeaba la bandera señorial, fijada en una de las torres del murallón.

El carruaje entró rápidamente en la curva final. Francis dio unas palmadas.

—*Hallo!* —gritó, y, contra lo esperado, la puerta se iluminó con una viva luz eléctrica.

—El viejo —comentó Francis— no quería esta clase de luces. Pero, aunque a regañadientes, cedió ante la gritería general. ¡Bondad divina! Estoy helado. Un buen *whisky* nos hará bien a todos. ¡Eh, los de la puerta! ¡Vengan a retirar los equipajes!

Dos sirvientes acudieron solícitos, mientras las puertas se abrían. Uno de ellos tomó las maletas, mientras el otro llevaba el coche al lado opuesto del castillo, hacia las cuadras.

Tairlaine se restregaba las manos, ateridas de frío. Cruzaron el puente tendido sobre la corriente rumorosa, y las puertas abiertas en el muro dieron acceso a un largo y estrecho patio, pavimentado con piedra puntiaguda, junto al cual la muralla exterior corría paralela al amplio frente del castillo. Sólo un escaso número de ventanas iluminadas podía divisarse desde la explanada interior, por ocultarlas los altos muros; mas el patio, de un extremo a otro, mostraba un alumbrado acogedor. Por unos pocos escalones se subía a una terraza, rodeada por una balaustrada, en la que estaba la puerta principal, que se hallaba abierta. Ornadas con las armas de la baronía, en el centro de los cristales, las ventanas irradiaban alegre fulgor desde dentro de los murallones, que, a juicio de Tairlaine, tendrían unos tres metros de espesor. Lleno de curiosidad, alcanzó a ver unas escaleras que conducían a los aposentos de la gran pared exterior, bruscamente cortada por las torres defensivas del castillo. El escaso tiempo no permitía una detenida observación.

Llegados bajo el dintel de la puerta, quedose inmobilizado, presa de estupor.

Una voz rechinante lo detuvo. En medio del gran salón, Bowstring, un anciano pequeñito, todo encorvado y cubierto con un ropaje blanco nada limpio, vociferaba como un energúmeno, al tiempo que enarbolaba un martillo amenazador. Sus agudos chillidos, acentuados por gestos descompuestos, le despojaban de todo aspecto humano y le daban semejanza a un animal salvaje. El extraño ser gritaba:

—¡Quiero mis guanteletes!... ¿Me oyen?... ¡Quiero mis guanteletes!...

## LOS GUANTELETES DESAPARECIDOS

«Algo tétrico y espantoso va a ocurrir en esa casa», había vaticinado *sir* George antes de llegar a Bowstring. Estas palabras zumbaban ingratamente en los oídos del doctor Tairlaine desde que se encontró en el gran salón del castillo. *Sir* George miraba a unos y a otros con calma aparente, mas los ojos suspicaces del americano podían advertir su desasosiego creciente, suponiéndole oprimido aún por los mismos presentimientos que le oyera expresar en el viaje. ¿Dónde estaba *lady* Rayle? ¿Qué era de la exaltada y llorosa Patricia?

Lo absurdo de esta situación sorprendió al profesor americano. No podía concebir sentimientos y caracteres tan exentos de realidad, tan en pugna con las prácticas de la familia y el hogar. La escena que había presenciado era impropia del lugar y del personaje encumbrado, causante de ella. En el fugaz momento que vio a lord Rayle gritando como un desaforado cruzó por su mente la visión de sus tareas en el aula: las hileras de bancos delante de él, y sobre la mesa el reloj, puesto allí para conservar la noción del tiempo transcurrido. Era el objeto indispensable para sus disertaciones. Conforme iba desarrollando el tema fijaba la mirada a lo lejos, más allá del recinto, indiferente a los sucesos del día y a la atención que pudieran prestarle sus alumnos.

Su única preocupación era emplear las palabras precisas y extraer de ellas las conclusiones oportunas. El asunto planteado, *La Historia del Terror*, era desarrollado a conciencia, exornado con sutiles y justos razonamientos. La base de todo terror, de acuerdo con sus explicaciones, residía en lo grotesco. Tal definición estaba sustentada por un cúmulo de famosos y claros ejemplos. Lo que ahora estaba presenciando era una comprobación de dicha teoría. Un caso de terror genuino revestido de un grotesco inconcebible, rayano en la demencia. Aunque tal comprobación se ajustaba a sus conclusiones, hallaba en ello menos halago que perplejidad y desconcierto. Era realmente asombroso que todo un par del reino, poseedor de títulos eminentes, incurriera ante extraños en semejantes excesos por el simple hecho de habersele extraviado un par de guanteletes.

Acto seguido, en medio de su vocerío y al volverse bruscamente a causa de la irrupción de los visitantes, se le cayeron, de un paquete que llevaba en el bolsillo, unos gruesos clavos que, al rebotar en el piso, produjeron un ruido metálico nada argentino. El anciano se agachó para recogerlos con un afán puramente infantil, prescindiendo de los visitantes que tenía en su presencia. La persona a quien estaba amonestando parecía vivamente resentida por la reprimenda de que era objeto ante desconocidos. Era un joven de corta estatura, pero vigoroso y de movimientos fáciles,

vestido con ropas costosas, aunque nada flamantes. Llevaba en la mano una maleta de cuero, y con ella hacía señas infructuosas al viejo enfurecido para señalar la llegada de los visitantes. De facciones sobrias y llenas, cubríale una parte de la boca un bigote en media luna, negro y tupido. Sus ojos tenían mirar penetrante, y toda su expresión, en aquel momento, era reflejo de la zozobra y disgusto procedentes de la reprimenda de su irascible señor. Enjugándose la frente empapada y gesticulando sin cesar, renovaba sus advertencias apremiantes sin otro resultado que exacerbar las intemperancias del anciano.

Descubrió el viejo, entre la voluminosa manga, un brazo descarnado, que agitaba convulso, y reincidía en sus recriminaciones con chillidos cada vez más estridentes.

—¡No transigiré esta vez! —intimaba, subiendo el tono de sus vociferaciones—. ¡Que me lleve el diablo si transijo!... ¡Quiero mis guanteletes! ¿Oye?... Primero fue la cuerda del arco; ahora, mi par gótico más bello. ¿Dónde están?... ¿Qué ha hecho usted de ellos? Quiero saberlo. ¡Pronto!...

—¡Por favor, señor! —suplicaba el interpelado haciendo gestos; luego, en tono más bajo—: Señor, tenga presente... Visitantes.

—Visitantes o no visitantes, quiero mis guanteletes —insistió lord Rayle—. Que me los traigan sin demora. Es ultrajante, sí, ultrajante, lo que está ocurriendo. ¿Dónde están, repito?

—Puedo asegurar a su señoría que no lo sé. Ignoro dónde están sus guanteletes. ¿Cómo voy a saberlo? ¿Soy acaso respon...?

—Eso —rechinó el anciano en la actitud de quien formula un argumento incontestable— no altera el principio de la cuestión. ¿Es usted mi secretario, sí o no? ¿Se atreverá a negarlo? ¿Se atreverá a...?

—No, señor. ¿Cómo voy a negarlo?

—¡Ah, ah!... ¿Lo reconoce? Entonces, tiene que saberlo. Si usted es mi secretario, tiene que saberlo. ¿No es ése su deber? —preguntó lord Rayle volviéndose hacia los demás.

—¡Por el amor de Dios, Henry! —exclamó *sir* George abochornado—. Olvide por un momento ese extravío; recuerde que le traigo un huésped. Hay en su museo guanteletes a montones.

El diálogo se interrumpió por la aparición de Francis Steyne, quien, quitándose la gorra y guardándola en el bolsillo, procedió a encender un cigarrillo rubio. En tono indolente, pero que denotaba desagrado, dijo a su progenitor:

—¿Qué anda haciendo, viejo, con esa telaraña colgando de la oreja? ¡Cómo se ha puesto de sucio! Ni que lo hubiera hecho a propósito. ¿Para qué ese martillo, además?

Ante aquella reconvención, lord Rayle pareció volver a la realidad, por un momento, mirando a unos y a otros como en demanda de protección. El reproche de su hijo, aunque duro, era justo. Tenía un manchón descomunal en su nariz curva, y puso oblicuos los ojos para observarse. Aun cuando parecía mucho más corpulento con su larga túnica de monje, cuya capucha colgaba debajo de sus cabellos grises, su

peso no debía exceder de los cuarenta kilos. Parpadeó unos instantes; luego, con aire cándido, examinó el martillo que tenía en la mano. Su expresión de hondo júbilo fue reemplazada al punto por otra de profunda astucia.

—Es preciso que no se enteren de esto —explicó presuroso, guardándose el martillo en el bolsillo—. No, no; esto malograría la treta. ¡Pícaros!... ¡Que el diablo me lleve si me sale mal! —levantóse las mangas, que le colgaban desmesuradamente—. Ni una palabra de esto a nadie. ¿Lo han oído?

—¿Ni una palabra *de qué*? —inquirió *sir* George.

Lord Rayle fijóse por primera vez en Tairlaine.

—¿Quién es ése? —preguntó extrañado.

—El señor es el doctor Tairlaine, su huésped... ¿No recuerda, Henry?

—¡Oh, sí, sí! Por supuesto, sí —exclamó vagamente—. Sí, sí, el profesor americano. ¡Encantado, señor, encantado! Sin duda. Deseo conocer su opinión sobre un tapiz franco-flamenco. Es un Tournai. Salton pretende que es anterior al siglo quince, pero yo sé bien lo que es. Es del año 1470, y nada más. Salton es un viejo loco, como lo son todos los de Oxford. ¿No es así?

—Señor, yo... a la verdad...

—¡Claro que lo es! ¡Ah! —refunfuñó lord Rayle, con una especie de soplido—. Usted es un hombre sensato, sí señor. ¡Encantado de haberle conocido, encantado!... ¡Oh, disculpen! Creo que debo lavarme un poco, pero que no sepan nada, ¿eh? Prudencia, por favor. Disculpen, disculpen. Bruce —indicó a su secretario cuando ya iba a retirarse—, Bruce les enseñará cuanto sea menester. ¡Hasta luego, hasta luego!

...

—¿Permite el señor? —dijo presuroso el secretario, señalando su inseparable cartera—. He estado todo el día para comunicárselo, sin conseguirlo. Hay cartas urgentes que contestar.

Lord Rayle hizo un gesto de impaciencia.

—En el despacho; ahora, no. En el despacho.

—Pero, ¿cuándo, señor?

—En el despacho —repitió el lord—. O en mi habitación —terminó malhumorado, mientras abandonaba el salón.

Tairlaine creyó notar una expresión de desaliento en la cara del secretario.

—¡Oh Dios! —exclamó moviendo la cabeza, con el gesto de quien siempre ve desbaratada su labor. Después cerró la cartera impacientado.

Francis le dijo alentador:

—Usted se preocupa con exceso, Bruce. Si tomara las cosas con calma, tendría la secretaría más cómoda de Inglaterra.

—Si así lo hiciera —repuso desesperado aquél—, nos veríamos envueltos en tantos pleitos, que durante una quincena estaría paralizado todo el sistema legal de Gran Bretaña. ¿Le parecería bien eso? —esforzándose en serenarse, prosiguió—: A juicio de su padre, toda carta que uno envíe al gerente de su Banco debe ser para

llamarle embrollón o usurero. Las disputas que surgen de ahí no son para contarlas. Es imposible llevar en esa forma los asuntos de la casa. Cada seis meses su padre cambia las combinaciones de las cajas fuertes, y después escribe los números al lado de la caja en la pared, para no olvidarlos. Cada vez que yo borro los números, me pregunta cuáles eran y después los escribe de nuevo. Algunas veces trato de darle una combinación errónea, pero él logra hallar la verdadera, y no es para recordar lo que entonces me dice. Antes solía ser algo humorista —añadió Massey, desalentado—. Ya no lo soy. Ignoro lo que soy.

—Y bien —dijo Francis dirigiéndose al profesor—, ¿recuerdan nuestra charla en el camino? Ya se lo previne. Pero, veamos, Bruce, ¿qué significan esos clavos y ese martillo del viejo?

El secretario frunció el ceño.

—Según tengo entendido, está preparando una conejera para no sé qué clase de conejos, pero a juzgar por el tamaño de los clavos diríase más bien que es para una leonera. Lo ignoro, lo ignoro. Aparte del hecho de que no es para conejos, pienso que tal vez se trate de un asunto romántico, en el que intervendrían algún Romeo y alguna Julieta —luego, mostrándose servicial—: ¿Los señores desearían retirarse a sus aposentos? ¡Wood!...

Tairlaine tenía ante sí un inmenso salón cuyas dimensiones debían de alcanzar treinta metros de largo por quince de ancho; el techo, en arco de estilo gótico, estaba formado por una trabazón de vigas decoradas, de las cuales pendían banderas y gallardetes descoloridos y con huellas de combates. El piso estaba pavimentado con grandes losas, en blanco y rojo, desgastadas por la acción del tiempo. Tres grandes chimeneas con abundante fuego mantenían un ambiente acogedor y seco. A todo lo largo de las paredes había altos zócalos de roble esculpido, y sobre éstos un enjalbegado somero que servía de fondo a grandes panoplias de armas —espadones, alabardas, hachas, rodela y escudos— en todos los estilos del arte medieval.

Al extremo de la estancia, una gran escalera de roble conducía hasta la mitad de la altura del salón, y allí una puerta en arco daba acceso a una galería que comunicaba con los aposentos del segundo piso. En esta galería, Tairlaine alcanzó a ver hileras de retratos sombríos, antecesores del actual barón, iluminados por velas que ardían en candelabros fijados en las paredes.

«Debe de haber —pensó Tairlaine— un patio de honor detrás del gran salón».

A ambos lados de la escalera surgían tres ventanas románicas de la escuela francesa del siglo XIII, adornadas con dibujos romboidales de color azul y violeta, taraceados en el cristal rojo.

Fue todo lo que pudo observar el visitante americano. Un sirviente, cuya entrada no había sido advertida, trajo una bandeja con vasos, un sifón y una botella de *whisky*. Instalados cómodamente junto a la chimenea, en la que ardían gruesos leños, seguían gratamente el juego de las llamas. Bajo sus pies, Tairlaine sentía el tibio calor de la alfombra, mientras experimentaba en sus venas la suave sensación que les

comunicaba el *whisky*. En esta posición, entregado a los pensamientos que le sugerían los habitantes del castillo, pasó un largo rato deseando no ver cumplidos los lúgubres acontecimientos augurados por el *baronet*.

Massey, cuya mirada, aparentemente distraída, no perdía detalle, dijo:

—Todo esto son cosas corrientes, doctor Tairlaine. Lo que más le interesará es la sala de armas —e indicó con la cabeza hacia la galería—. Como ya verá, este y otros aposentos del castillo han sido arreglados. Toda la casa lo ha sido; ahora es casi una mansión moderna, y si no lo es más, se debe a la oposición de lord Rayle. Por ese lado —señaló el muro de la derecha, en dirección a la escalera— está el salón-comedor. Indudablemente, para, un verdadero aficionado a las antigüedades, el castillo habría presentado un interés mayor con los hierros forjados de antaño, los lineamentos medievales y la ausencia de toda comodidad. Pero eso es bueno para los libros de arquitectura y las evocaciones históricas. La vida de hoy no puede ser la misma que la de hace siglos. Hay que tratar de vivir en la mejor forma posible.

Tairlaine se arrellanó en su butaca.

—¿Dónde está la sala de armas?

—En el otro lado de Bowstring, exactamente atrás —y apuntó con el vaso a una puerta en la pared, hacia la izquierda, según se miraba a la escalera—. Ahí hay un corredor que va del salón de música a la sala de recibir. Esta se encuentra directamente en la parte opuesta del comedor, que está allí. El corredor llega hasta la biblioteca, la cual se comunica también con la sala de armas. Una breve inspección ocular le hará más clara la distribución.

Massey prosiguió la enumeración de las diversas dependencias del castillo, con descripciones tan minuciosas como si presintiera que su oyente nunca llegaría a conocerlas; pero se interrumpió al ver a Francis pálido y fruncido el ceño. Dio otro giro a la conversación, y añadió:

—Los señores quizá estarán fatigados —hizo una seña al sirviente—. Wood, que espera sus órdenes, los acompañará a sus habitaciones de arriba. A usted, *sir* George, le hemos destinado la sala del abate, como de costumbre, y a usted, doctor Tairlaine, la sala azul, la que está frente a la habitación de *míster* Kestevan. Si se dignan bajar antes de la comida, me será grato mostrarles algo más.

¿Y esto fue todo?

Tairlaine, como aliviado de las téticas meditaciones imbuidas por las palabras de su amigo, miró más serenamente en torno suyo. Incorporose para sorber las últimas gotas del licor, antes de encaminarse a la planta superior por los ventilados pasadizos de la casa.

No fue esto todo. Hubo algo más. Algo repentino, perturbador, surgió en el espacio iluminado del gran salón, tan palpable como si una nueva figura apareciese como por arte de magia. Francis, que se hallaba indolentemente sentado en el brazo del sillón, se inclinó hacia adelante en actitud de extraña meditación. Sus ojos azules estaban fijos en el secretario.

—¿Quiere decirnos, Massey —interrogó—, qué hay sobre ese par de guanteletes desaparecidos?

—Dios lo sabe —repuso nervioso el secretario—. No tengo de ello la menor noción. Todos los días pierde algo y siempre me culpa por ello. Luego, cuando lo encuentra, no quiere reconocer su error, y si tiene que reconocerlo arma tal batahola que es muy difícil soportarla. A mi parecer, debió de sacar él mismo los guanteletes para bruñirlos. No quiere confiar a nadie esta tarea.

*Sir George* salió de su mutismo, sustrayéndose a la contemplación de las llamas, que el sirviente acrecentaba con nuevos leños.

—Es muy posible que así sea —dijo pensativo—. Sí, muy posible. Siempre ha sido lo mismo —pasándose la mano por los ojos murmuró—: Me estoy volviendo un viejo chocho. ¡Ah, la edad!... ¿Qué clase de guanteletes eran, Bruce?

—Un par de gran mérito. Era aquel par gótico de mediados del siglo quince, con vuelta larga, que había puesto en una vitrina especial. Me atrevo a esperar que no tardarán en aparecer.

—Si el recuerdo no me engaña —dijo *sir George* dejando de restregarse los ojos—, sus puntas terminaban en dedos muy afilados. Al principio creí que se trataba de mitones.

Incorporado ya, tomó el sorbo final de *whisky* e hizo señas a Wood para que condujera a los huéspedes a sus habitaciones. *Tairlaine* se levantaba también, cuando sobre el piso de piedra creyó oír rumor de pasos cortos y ligeros, pasos de mujer. Refrenó su curiosidad y no se volvió. Siguió observando a Francis, que sonreía como de costumbre; pero la sonrisa se desvaneció bruscamente. El cigarrillo que se llevaba a los labios cayó al suelo por la sorpresa súbita que debió de experimentar.

—¡Frank! —exclamó una voz de mujer—. ¡Frank!

*Tairlaine* volvióse entonces. Era Patricia Steyne, la hija de lord Rayle. La joven parecía estar asustada y toda ella denotaba una actitud implorante. Observándola atentamente se advertía que su mano temblaba al apoyarse en el respaldo de la silla.

Emanaba de Patricia Steyne una impresión de belleza espiritual, aunque no se pudiera precisar si era o no hermosa. Impresión de feminidad grácil, con cierto aire de recato y timidez que daba vivo realce a su figura. *Tairlaine*, tras breve examen, calculó su edad entre diecinueve y veinte años. Sus cabellos, de color rubio oscuro, estaban recortados, sin que ello afectara a su finura ni diera sugestión de masculinidad. Sus hermosos ojos se velaban con largas y sedosas pestañas, que, al bajarse, parecían cubrir de sombras sus mejillas de raso. La nariz, levemente respingada, y sus labios quizá excesivamente carnosos, pero frescos y carmíneos, mostraban al entreabrirse un friso de dientes menudos y blancos como la leche. Todo en ella era suave y delicado, y se revestía de una gracia especial con el gesto suplicante de sus manos apasionadas. Llevaba un vestido negro, de extremada sencillez, con cuello alto a la usanza de Eton, que no alcanzaba a disimular la tersura de su garganta provocativa.

—¡Frank —volvió a repetir—, es preciso que me escuches!

—Mi hermana Patricia, doctor Tairlaine —presentó Francis—. Ya conoces a nuestro amigo *sir* George. ¿Te ocurre algo, Pat? ¿Qué?...

—He sido una indiscreta al presentarme de este modo —se excusó la joven con voz apenas perceptible—, pero se trata de algo urgente. Frank, necesito que envíes a Saunders o a algún otro para que vaya a buscar al doctor Manning sin demora alguna.

Francis, que estaba encendiendo otro cigarrillo, volvióse sorprendido.

—Le ha dado una especie de síncope o algo malo —añadió Patricia, inquieta—. Parece muy enferma y *mistress* Carter, que está con ella arriba, teme que se trate de algo grave. Dice cosas que asustan...

—Explícate —interrumpió su hermano—. ¿De quién se trata?

—De una de las sirvientas. Ya sabes... Doris.

—¡Demontre! —murmuró *sir* George—. La joven de los aparecidos...

Su exclamación fue en tono tan bajo, que Tairlaine apenas la oyó.

Francis preguntó en tono sardónico:

—¿Ha visto otro fantasma, Pat?

—¡Por favor, habla en serio! No es para bromear lo que pasa. Yo traté de averiguar lo que ocurría cuando me llamaron. Creo que la estaban importunando sobre algo íntimo..., sin duda sería por eso..., y se puso furiosa al pasar por el corredor. Arrojó un plato a la cabeza de Annie, que la perseguía con sus pullas. En seguida prorrumpió en llanto y cayó al suelo, presa de una gran conmoción nerviosa. Sus convulsiones daban miedo, y parecía tan enferma, que entre varios la levantaron y la condujeron a su cuarto. Ya ves que... —cortó la explicación y miró a su hermano como reclamando ayuda.

—Tranquilízate —asintió el joven—. No; quédese aquí, Wood; yo mismo iré en busca de Saunders o de Lee.

Indudablemente, los electricistas y decoradores que habían renovado los interiores de Bowstring hicieron gala de métodos ingeniosos para iluminar una sala de tanta amplitud. Gracias a ello, Tairlaine logró ver algo que, de no ser así, le habría pasado inadvertido; algo que afectó más a la imaginación que al discernimiento; y fue los retratos de los antiguos poseedores del castillo que se destacaban con tonos sombríos, tal vez siniestros.

En el extremo del salón, donde la escalinata de roble, con alfombra roja, llevaba a la galería, el lugar estaba oscuro. En la penumbra, los trofeos de guerra adosados a la pared parecían grandes arañas aplastadas, encuadradas en rico marco. Por un dispositivo curioso, la gran puerta en arco que del remate de la escalera conducía a la galería presentaba una claridad más intensa que el resto del salón. Velas en toda suerte de brazos y candelabros ofrecían una iluminación litúrgica, brillante como el altar de un templo... Tairlaine vio en ese sitio una silueta.

Era la figura de un hombre, inmóvil, junto al borde de la puerta donde comenzaba la hilera de los retratos. El americano tuvo la sensación de que los estaba escuchando.

Los tonos vivos que le revestían dábanle un carácter medieval, evocado de las tradiciones del castillo que abundaban en las colecciones de manuscritos y armaduras. El profesor le contempló con extrañeza. Luego de examinarlo más atentamente, advirtió que la figura no era una remembranza del pasado, y que el espesor de sus cabellos era lo que le había sugerido la impresión de que llevaba un yelmo.

## LA PREDICCIÓN DE SIR GEORGE

—El doctor Manning acaba de examinar a Doris y nos presagia un feliz suceso —dijo sarcástico lord Rayle—. ¡Lindo acontecimiento, un bebé...! ¡Ja, ja!

Este brutal anuncio, ultraje a la corrección y al buen gusto en una mesa inglesa, dejó estupefactos a los oyentes. Cuando el profesor Tairlaine trató de recordar después las impresiones de los distintos comensales, no creyó haber descubierto nada definido en ellas. Las cabezas se inclinaron sobre los manjares, las manos se extendieron hacia las copas; fuera del choque producido por la revelación escandalosa, los rostros nada reflejaron.

La voz chillona y agresiva del lord se enseñoreó en el ominoso silencio. Veíasele sentado en mitad de la mesa, con su manchado hábito de monje sobre su traje de etiqueta, mirando vagamente el blanco mantel, sobre el cual había tantas velas que más bien se creyera uno en un templo que sentado a la mesa de un comedor. Las llamas de las bujías ondeaban con las corrientes cruzadas que venían de los corredores. Hasta ese momento, el diminuto personaje estuvo revolviéndose en su asiento, gesticulando o quejándose de la comida y hablando de todo sin preocuparse de las respuestas. Con extraña insistencia estuvo explayando el tema de los cinturones de castidad medievales, con tal profusión de detalles y consideraciones, que Patricia era presa del rubor y Bruce Massey se agitaba impaciente en su silla. Se echó hacia adelante bruscamente, extendiendo la mano sobre la mesa. Cada vez eme parecía absorto en algo, sus ojos se ponían oblicuos, despidiendo fulgores como la arista de un cristal.

—¡Doris va a tener un bebé! ¡Ja, ja!

Instintivamente, Tairlaine fue prevenido de cuánto preocupaba a los demás todo lo que sabían acerca de la muchacha. Habría sido intento vano tratar de desviar la conversación con un tema cualquiera. El obstinado lord se habría mantenido en sus trece. Comprendiéndolo así, Francis murmuró:

—¡Qué se le va a hacer! —y tarareó una cancioncilla.

Tairlaine observó disimuladamente a Larry Kestevan. Antes de sentarse a la mesa, ambos habían sostenido una breve plática en un rincón de la biblioteca, aunque el hombre del celuloide era parco en la conversación. Ahora estaba impasible. Lo estaba habitualmente. Esta táctica, que irritaba a los hombres, solía fascinar a las mujeres. Su rostro insensible, excesivamente plano en la nariz para merecer el título de hermoso, trataba de expresar ideas por medio de contracciones de cejas y movimientos de las fosas nasales. Grandes ojos, de la clase que las novelistas

lánguidas califican de «líquidos», aparecían inmóviles en medio de oscuras órbitas. La boca, en ese rostro chato, era tan recta como la raya de sus cabellos negros y lustrosos. Desde que los cronistas de cine le habían encontrado, a fuer de lisonja, un parecido notorio con los *gangsters*, se esforzaba por adoptar actitudes siniestras e imitar la pronunciación americana.

—Son cosas que pasan —dijo, despegando apenas los labios.

Sería difícil analizar la impresión que el astro de la pantalla producía en Patricia, según había intuido Tairlaine en el salón donde se habían congregado antes de comer. Kestevan entró con su paso altivo y lento, desplegando la gracia de sus ropas y de sus manos atildadas. Cuando la joven vio al actor, la dulce expresión de sus ojos se esfumó rápidamente, reemplazada por una indiferencia, tan visiblemente forzada, que se parecía a alguien posando para una fotografía.

Allí estaban ahora todos, reunidos para la comida habitual, en medio de corrientes peligrosas, aunque sentidas a medias. La única persona ausente era *lady* Rayle, a la cual Tairlaine no había visto todavía. Como de costumbre, fue Bruce Massey quien presentó las disculpas.

—Tiene un fuerte dolor de cabeza. ¡Oh, nada serio! Lo lamentaba mucho... —y otros cumplidos por el estilo.

«¿Qué clase de mujer era *lady* Rayle?», pensaba Tairlaine. Una segunda esposa, le había informado *sir* George, no la madre de los dos jóvenes. Mucho más joven que su marido, y de gran hermosura. Pero antes de la comida tuvo poco tiempo para especulaciones de esta clase, pues lord Rayle le había cogido por su cuenta con sus desatinadas observaciones. Desde que en el lord se afianzó la creencia de que su huésped había calificado de grandísimo asno a un tal Salton (Tairlaine no le conocía en absoluto), le profesaba una decidida estimación. Le había hecho prometer que no intentaría penetrar en la sala de armas hasta después de la comida, cuando él personalmente le acompañaría y le explicaría cuanto de valioso contenía el museo.

Allí estaba ahora en la mesa, junto a las lucecitas agitadas por las ráfagas. Con su puño huesudo descargó un fuerte golpe contra la mesa, que hizo tintinear la vajilla.

—¡Un nene! —repetía con aire satisfecho—. ¡Ah, ah, ah!

—¡No hable de ese modo, por favor, papá! —suplicó Patricia—. Puede ser que... ¿Están seguros?

—Déjate de interrupciones importunas, Patricia —aconsejó Francis en tono descuidado.

El viejo lord se impacientó.

—El doctor Manning lo ha afirmado.

—¡Ah! Bien sé que Manning es un viejo majadero —refunfuñó, descargando en otro su animosidad—; un verdadero majadero, ignorante de lo que es ajedrez y sostenedor de que la espada corta de los romanos era superior al arco de los bretones... ¡Pchs! —su voz volvióse estridente—. Un solemne tonto. Eso es él...

—¡Papá, por favor!

—... pero, por tonto que sea, no deja de ser médico, y un médico siempre sabe cuándo una mujer está en condiciones especiales. Voy a hacer que él mismo te lo diga. Está ahora arriba, con tu madre, el viejo tozudo...

—¡Bueno! ¿Va a seguir mucho tiempo con ese tema? —dijo severamente *sir* George, quien parecía tener con el dueño de Bowstring una gran intimidad—. Supongo, ya que el hecho le preocupa tanto, que sabrá quién es el responsable del estado de Doris. El hombre obligado a la reparación, quiero decir.

—¡Eh! —masculló lord Rayle, parpadeando—. Lo ignoro por completo. Alguno de los peones, sin duda. Sí, ¡por los cuernos de Belcebú! Los que andan en tareas con ella. Saunders o Lee... o alguno de los hombres de servicio. No toleraré semejantes indecencias en mi casa —estalló violento—. Los haré despedir a todos, sin contemplaciones... ¡Oh, ya verán! Y... ¿qué estaba diciendo?

—Nos hablaba de Doris —sugirió Francis redondeando una miga de pan.

—¡Ah, sí! Recuerdo... ¿Saben lo que es eso? Una advertencia, un aviso de que hay que vivir alerta —observó con risita sarcástica: luego, levantando el índice como si fuera a prevenir a alguien, pero sin señalar a nadie—: Me alegro de haber comenzado mi trampa para los conejos.

¡Que me lleve el diablo si no fue una gran inspiración!... Sírvase queso —indicó bruscamente a Tairlaine—. Es Stilton; a mí me gusta mucho.

Tairlaine escuchaba con estupor.

«¿Estará siempre desvariando como ahora?», pensaba para sus adentros, y trató de cambiar una mirada de inteligencia con *sir* George, que tenía concentrada la atención en un pedazo de bizcocho. En cualquier situación desagradable se aprovecha el menor incidente para desviar la atención y buscar interés en minucias gratas. En aquel momento, la curiosidad general pareció concentrarse en el fondo del comedor, envuelto en sombras, donde un gran reloj, de fecha remotísima, anunció que iban a dar las horas con su carillón estridente. Sonaron nueve campanadas. Todos escucharon atentamente, como si ignoraran la hora o desearan sustraerse, por un momento, a la locuacidad intolerable del viejo lord.

Patricia echó atrás su silla.

—¡Eh! —dijo lord Rayle—. ¿No esperas el café, muchacha?

Un subido carmín coloreaba sus mejillas, revelando gran nerviosismo. Sus grandes ojos azules acusaban tan honda confusión, que Tairlaine no pudo menos de compadecerla.

—Disculpe, padre; no lo tome a mal. Todo lo ocurrido me ha afectado mucho. Permítame que me retire; necesito ir a mi habitación. Si usted...

—¡Hijita, no faltaba más! —exclamó el viejo noble con afabilidad imprevista—. Retírate cuando quieras y cuídate. ¡Ah, ah! Es una gran muchacha.

Otro acceso de risa chillona mientras ella se retiraba. La partida de la joven pareció quebrar la suavidad de la comida. Todos se pusieron más o menos sombríos, a excepción de lord Rayle, quien tiró en alto el cuchillo para el queso y lo barajó en el

aire, con muestras de un gran placer. Cuando minutos después se levantaron para tomar el café en el recibimiento, Bruce Massey se excusó por abandonar la reunión. Unos breves momentos conversó con el lord, y no faltó entre los circunstantes quien le oyera decir:

—Ruégole me escuche, señor. No deseo molestarle en este momento, pero usted me indicó que atendiera a esta tarea sin demora. Se trata de esas cartas. Hay una, por lo menos, que debe ser contestada y firmada inmediatamente... La tendré redactada en unos instantes, si quiere venir conmigo...

—¿Cartas? —repitió su señoría sacudiendo la cabeza—. ¡Oh, comprendo, sí!... En seguida, en seguida. Vaya a escribirla; yo estaré allí dentro de diez minutos, de quince minutos, el tiempo necesario para tomar el café. ¡Por todos los diablos! Deje de importunarme —prorrumpió en tono exasperado—. Yo iré en seguida al escritorio. No, en mi aposento... O mejor en el despacho, ¿eh?

—Estaré en los dos lados —dijo Massey cejijunto; y colocándose bajo el brazo la cartera inseparable, se encaminó mohíno hacia el gran salón, mientras los restantes comensales entraban en la sala de fumar.

A despecho de su habitual locuacidad, lord Rayle estaba silencioso cuando se sentaron a tomar el café. A la manera de un gnomo se acurrucó junto al fuego, bajo las bombillas eléctricas con pantallas rojas: una tentativa de modernización frustrada lamentablemente por la lobreguez de las grandes dependencias de Bowstring. Wood trajo una bandeja con tazas, y lord Rayle insistió en servirse él mismo el azúcar. Con vivo contento se llenaba la taza de terrones. Las llamas de la chimenea se reflejaban en su rostro escuálido, mientras desleía la masa azucarada, como si se tratara de una mezcla en un mortero.

—Los viejos usos han muerto —observó hosco *sir* George, mirando con desdén la taza que sostenía en la palma de la mano—. En otro tiempo, al fin de las comidas, los hombres hacían la sobremesa y dejaban a las damas reunirse aquí. Era el momento mejor. Fumar y beber a destajo. Usted, Henry, tan apegado a las viejas costumbres, ¿cómo ha adoptado estos tontos modernismos?

Lord Rayle mostró un aire compungido.

—Mi hígado, exigencias dé mi hígado —dijo en tono quejumbroso—. Ciertamente, eran bellas costumbres. Yo siempre rodaba bajo la mesa, borracho como una cuba, y luego, el reumatismo. Por lo menos, así lo creía Irene, *lady* Rayle. ¿No la conoce aún, doctor Tairlaine? ¡Ah! Cambié de método y decidí almorzar con carne y cerveza, en el aparador, bella costumbre inglesa; pero indigestiones y más indigestiones —volvióse más animoso al mirar la taza de café—. Pero aquí está el azúcar; esto no me hace daño y puedo tomar cuanta quiera. Es una bendición.

Francis Steyne sentábase algo distante, en la sombra, a un costado de la gran chimenea, con la taza de café en el suelo, intacta. Algún pensamiento grave daba a sus facciones aire solemne. Del bolsillo trasero extrajo un gran frasco de plata, del que sorbió con avidez. Una expresión de contento transformó su fisonomía al volver

el frasco a su sitio.

—¿Me permite una pregunta, Kestevan? —inquirió con interés, inclinándose hacia adelante y apoyando la barbilla en la palma de la mano—. Aparte de intrigarme la forma en que está ahora sentado, quisiera saber en qué piensa cuando está absorto como ahora.

Lawrence Kestevan mostróse tan sorprendido como su impasibilidad lo permitía. Mecíase suavemente en la silla, el mentón en alto y girando el cuello como un pivote. Tenía, además, el fastidioso hábito de extender el dedo meñique cuando levantaba la taza de café.

—¡Cómo!... ¿En qué pienso? —repuso aturdido—. Pues... no puedo contestarle.

Su respuesta indicaba descontento. La imitación del acento americano sometió su nariz a una contracción quizá penosa.

—Comprendo —arguyó Francis repitiendo la libación—. Consecuencias del proceso mental; hablar poco porque se piensa mucho, y todo lo demás, ¿no es así?

—Por lo general —agregó seriamente Kestevan—, trato de conseguir nuevas figuras de bailé. Novedades artísticas, exigidas por los públicos selectos.

—¿No le es fatigosa esa elaboración? —preguntó *sir* George.

Kestevan descubrió un pliegue fuera de la línea en el pantalón. Cierta reflexión cavilosa, reflejada en sus ojos de porcelana, indicaba que había recaído en sus meditaciones. Ajustado el pliegue, dijo simplemente:

—No comprendo de qué están hablando —luego, con una decisión altiva—: ¿Me disculpan ustedes? Tengo que ir a mi habitación para escribir unas cartas.

Levantóse y abandonó el salón con paso lento y majestuoso.

Francis recurrió nuevamente al frasco.

—Pero ¿dónde estará ese Massey? —exclamó de improviso lord Rayle, levantando la taza de café y echando la cabeza atrás para sorber el resto del azúcar. Tairlaine vio la oscilación de la nuez en su garganta de ganso—. Me acosa para que firme una carta y luego desaparece. Nunca puedo encontrar a ese fastidioso secretario. Nunca está donde le he dicho que esté. Tendré que ir a buscarlo.

—Las armaduras, señor... —sugirió Tairlaine.

—¡Eh! —lord Rayle le miró extrañado—. ¡Oh, sí!, no lo había olvidado. Usted es el joven profesor que calificó a Salton de grandísimo jumento, ¿recuerda?... Encantado, encantado. Hagamos así: usted va a la biblioteca y me espera allí. No cambie de lugar, ¿eh? —previno en tono severo, alzando un dedo conminador—. No intente acercarse a la puerta de la sala de armas hasta que yo esté allí, ¿ha oído? Antes he de encontrar a mi secretario y decirle lo que pienso de él. El joven ladrón me ha escamoteado el par de guanteletes. ¡Oh, mal haya! He roto la taza. ¡Bah, no importa! Mejor así que robada. ¡Hasta luego, hasta luego!

Salió precipitadamente hacia el gran salón haciendo saludos con la mano.

—¡Eh, joven precavido! —amonestó *sir* George a Francis—. Va a permitirme un trago de esa redoma mágica que lleva guardada ahí. Le he visto refocilarse con ella

varias veces.

—Con mucho gusto —dijo Francis; luego, dirigiéndose a Tairlaine—: ¿Se ha convencido de lo que le dije? Esta es una casa de todos los diablos.

Sir George parecía algo desconcertado; la mole de su cuerpo se echaba adelante, hundidos los hombros y escrutando en torno con recelo. Sus manos se entrelazaban nerviosas en signo de impaciencia. Preocupado, observó:

—Hay un aspecto del asunto que no hemos considerado, Francis —tomó otro sorbo del frasco y prosiguió—: Las excentricidades de su padre no lo han explicado. ¿Qué hará con Doris?

—Depende... ¿Qué quiere que le diga?

—Habrá que aclarar cómo ha llegado a ese estado, ¿no?

Francis se arrellanó hasta una posición casi horizontal. Entornando los ojos, dijo:

—¡Por los brazos inexistentes de Venus! Nada tengo que ver en eso, si supone que yo sea el causante. No; yo nunca habría incurrido en tal falta, aunque hubiese tenido oportunidad. No se me ocurre ningún nombre, en caso de que quisiera investigar. ¡Hermosa criatura, la infeliz! Realmente, digna de lástima. Protegida de Irene, mi madrastra, la ha retenido casi exclusivamente a su servicio. Presiente que las diversas mujeres de la servidumbre se van a ensañar con ella, a menos que nuestra buena ama de llaves (esa viuda que conoce, míster Carter) tome cartas en el asunto y ponga las cosas en claro. Lo malo es que esas viudas suelen hurgar demasiado en hechos escabrosos de la vida, y eso puede acarrear trastornos... Bueno, ¿cómo se siente para una partida de billar?

Sir George no parecía muy tranquilizado.

—Ya sabe, amigo mío, que en esta casa ocurren cosas muy extrañas...

Francis se incorporó indolentemente. Su cara mórbida estaba algo abotagada. No bebió, a juicio de Tairlaine, empinar el codo con tanta frecuencia.

—Le voy a dar el desquite por la partida de *snooker* que perdió la vez pasada. Dejaremos al doctor Tairlaine que espere al viejo en la biblioteca. No le extrañe, doctor, si la espera es larga. Probablemente iré a sentarse a la sala de los trofeos, jurando y perjurando que le dije a Massey que fuera a esperarle allí, con la perspectiva de nuevas vociferaciones y reproches. ¡Vamos ya, sir George! Apuesto diez libras, que será como robárselas.

Ya estaba, pues, en el castillo que tanto deseó visitar. Así reflexionaba Tairlaine, sentado frente al fuego y esperando al atrabiliario señor. Después habría de comprender que no estaba adormilado, al extremo de que una docena de personas pasaran por la sala sin atraer su atención. Ni hasta el mismo lord Rayle. Ensimismado, escuchaba cualquier rumor, esperando a cada momento oír el taconeo nervioso del pequeño lord, sin dejar de percibir el incesante rumor de la cascada más allá de las ventanas de la biblioteca. Encendió otro cigarro y removi6 los leños de la chimenea. Un tiz6n, al desprenderse de su sitio, levant6 un haz de llamas y chispas, que ilumin6 las paredes pr6ximas con fuertes tonos rojos. La bruma empezaba a

infiltrarse por la ventana y enfriaba el ambiente; pero, vencido por el cansancio, Tairlaine desistió de levantarse para ir a cerrarla. Noche fría y plácida, apenas alterada por una suave brisa...

Grande era también la quietud en la casa, salvo el rumor de la cascada que ahogaba los leves ruidos interiores. Sintió vehementes deseos de echar una ojeada al interior de la sala de armas antes que llegara lord Rayle. En la penumbra, al extremo del salón, veíase la gigantesca puerta, recubierta de incrustaciones en hierro forjado, ligeramente entornada. En ángulo recto con el museo y la chimenea, frente a la cual se hallaba sentado, estaba el corredor que llevaba a la sala de música, a la sala de recibir y al gran salón. Tairlaine echó la silla hacia atrás para descubrir algún pormenor.

Lord Rayle llegaba en aquel momento. El precipitado golpear de sus pasos llegó a los oídos desde el corredor, Envuelto aún con la capucha blanca que llevaba durante la comida, venía murmurando, con paso tal vez más presuroso.

Tairlaine le salió al encuentro.

—¡Ah! —exclamó ansioso—. ¡Por fin le...!

No le dejó concluir, El viejo lord murmuró algo ininteligible y siguió andando hasta el museo, cuya puerta entreabrió lo suficiente para darle paso.

Tairlaine trató de seguirle, de llamar su atención.

—¡Le estoy esperando, señor! Hace ya...

Otra vez hablaba el lord impaciente desde el umbral de la sala de armas. Tairlaine pudo observar que alguien se le acercaba desde la puerta interna y que hasta la biblioteca llegaba el rumor de un diálogo breve y seco.

—He estado tratando de encontrarle —urgía la voz—. Estas cartas, señor...

Quejas y amonestaciones sonaban confusamente. Bruce Massey fue empujado a la biblioteca, y casi inmediatamente después la puerta se cerró con estrépito.

Por un instante, Tairlaine pudo ver al secretario frente a la puerta del museo, de espaldas a la biblioteca. Luego, Massey se volvió, encaminándose lentamente hacia el lugar en que se encontraba el americano, sujeta bajo el brazo la cartera de cuero. Al llegar a la zona de luz, el profesor quedó sorprendido por lo torvo de su rostro, alteración que atribuyó al poco éxito de sus gestiones, El americano juzgó difícil penetrar en los recónditos pensamientos de Massey, dado que el continuó desvío de lord Rayle le obligaba a un disimulo constante. Esta vez, sin embargo, no se trataba solamente de contrariedad. Era algo más hondo. Sus pasos lentos y su apostura rígida denotaban, según pudo inferir Tairlaine, una grave perturbación mental, el trastorno de quien pasa por una desgracia irreparable. Conforme se iba acercando a la chimenea, extrajo un pañuelo del bolsillo y se secó la frente.

—Doctor —dijo con extraña voz—. ¿Habló usted con él hace un momento?... No, no —rectificó, sacudiendo pensativo la cabeza—. Debió de venir por otro lado. Él no estaba aquí cuando vine en su busca desde el corredor. Usted parecía estar durmiendo, y no creo...

Su mirada, recelosa, parecía escudriñar la sala. Tairlaine dijo:

—¿Se trata de algo grave, joven?

—¿No le parece, doctor —murmuró el secretario, eludiendo la pregunta y como respondiendo a un pensamiento interior—, que tiene síntomas de enajenación mental? Hasta ahora, si he de serle franco, nunca había visto en un rostro humano una expresión tan demudada como la suya. Francamente, no sé qué pensar... Permítame sentarme un rato al fuego. ¡Qué hombre, Dios, qué hombre!

Acercó una silla a la chimenea, sacó un cigarrillo, y al encender un fósforo, se examinó la mano, agitada por leve temblor.

—Es intolerable —murmuró.

El humo salía en pequeñas, en tenues columnas de su boca. Intentó lanzar espirales, mas su excitación nerviosa se lo impidió.

—Pasó cerca de mí como una tromba —dijo pensativo—. Apartó mi brazo bruscamente y murmuró algo como «perlas»... Fue todo lo que pude oír. Luego me cerró la puerta en las narices... Dígame, doctor: ¿desde cuándo está sentado ahí?

—¡Oh, diez o quince minutos! Desde que dejamos la sala de fumar... ¿Por qué?

—Por la extrañeza de... Esa actitud de su señoría... ¿Vio usted si entró alguien en la sala de armas, excepto yo; quiero decir, antes que yo llegara aquí?

—No; puede ser que hubiera entrado alguien sin yo advertirlo... ¿Por qué me lo pregunta?

Tairlaine, cada vez más extrañado por semejante interrogatorio, comenzaba a sentirse molesto creyéndose culpable de delación o instigado a ella. La actitud nerviosa del otro le provocaba un recelo indefinible.

Durante algunos instantes, Massey permaneció pensativo, sacudiendo la cabeza con aire de desaliento. Por fin habló:

—Me dirigía al museo en busca de lord Rayle. Cuando llegué a la mitad de la sala, oí, como si alguien anduviera por allí, cierta especie de rechinamiento que no supe a qué atribuir. Pregunté en voz alta de qué se trataba; pero cuando se pasa la mitad del recinto el fragor de la cascada es tal, que resulta difícil oír la menor cosa. Sin embargo, apliqué bien el oído, y el ruido cesó. Registré los lugares inmediatos, pero no vi nada ni nadie que justificara mi extrañeza. Sólo había una luz, pero tan tenue que todo se veía confusamente. Algo me hacía presentir que el señor estaba entre las armaduras. Lord Rayle tiene un gusto especial en trajinar en tinieblas. No sé por qué, pero la cosa empezó a molestarme. Sé muy bien que las personas de mi posición tienen que moderarse, mostrarse sumisas... ¡Yo lo soy!, pero aquello ya pasaba de castaño oscuro. Esto le explicará que esté un poco nervioso.

Massey se agitó desasosegado, de un modo que causaba sorpresa. El cigarrillo que acababa de encender fue arrojado al fuego, y a la luz de la menuda llama viose más nítidamente la alteración de sus facciones. Como hablando consigo mismo, continuó:

—Decidí, pues, salir del museo, y, súbitamente, al llegar a la puerta, me topé con

lord Rayle. ¿De dónde salió, y por qué me trató de ese modo? No sé realmente qué pensar.

Durante este relato, Tairlaine había estado observando, con una especie de fascinación, la puerta cerrada de la sala de armas. Sentíase asaltado por los más raros presentimientos. ¡Aquellos lúgubres vaticinios de *sir* George! Tétricas visiones cruzaban por su mente. Sin apartar los ojos de la puerta, inquirió:

—¿No acierta en lo que pensaba cuando mencionó las perlas? Él suele decir cosas incoherentes, deshilvanadas, que no trata de justificar, pero...

Massey parecía dispuesto a contestar, pero retuvo las palabras, prontas a salir de su labios; tras breve vacilación, concretó su pensamiento:

—Creo adivinarlo. Yo... No es un secreto para nadie; todos en el castillo lo conocen. Lo que ignoro es su aplicación —y golpeó nerviosamente en la cartera de cuero—. Debe de relacionarse con el cumpleaños de *lady* Rayle. Sí, será eso. *Lady* Rayle posee varios collares de perlas; pero, a pesar de eso, él va a comprarle otro con motivo de la fiesta de su natalicio, de aquí a una semana. Con este fin ha hecho venir a un joyero de Londres, con varias muestras, y entre todos ya eligieron un collar. Luego...

Fijos aún los ojos en la puerta de la sala de armas, Tairlaine vio venir desde el corredor la corpulenta figura de Francis, con una bandeja, botella y vasos. Sorprendido, el profesor pensó para sí: «¿Será frecuente venir a la biblioteca por el lado del recibimiento? ¿Usarán *todos* ese corredor?».

—¿Qué tal, amigos? —saludó Francis, alegremente—. ¿Querrán beber un trago?

—La providencia ha guiado sus pasos —dijo ansiosamente Massey—. No deseaba otra cosa.

—Estuve castigando a *sir* George en el billar —explicó, asumiendo aires de mozo de café con la bandeja—, y sentimos necesidad de refrescar el gaznate. No pude dar con Wood por toda la casa... ¡Sabe Dios dónde andará!; en consecuencia, yo mismo me procuré los ingredientes. ¿Soy o no hospitalario? Tengan los vasos.

Desde el fondo de la casa llegó un grito desgarrador. Aunque amortiguado por el fragor del salto de agua, era tan penetrante como un pinchazo de aguja en las encías. Tairlaine se estremeció. La bandeja sostenida por Francis se ladeó tan peligrosamente que los vasos rodaron por el suelo. Massey, con ademán rápido, pudo evitar que la botella cayese. Los tres quedaron perplejos, en muda expectación: Tairlaine, creyendo próximos a cumplirse sus lúgubres presentimientos; Massey, en posición absurda con el frasco de *whisky* cogido en el aire, y Francis, amenazador, vuelta la cara hacia la sala de armas.

Les pareció que había transcurrido largo tiempo antes que pudieran oír, sobre el rumor de la cascada, el taconeo de un paso presuroso. Tairlaine se precipitó hacia adelante y, recorrida la mitad de la biblioteca, observó que el picaporte de la puerta del museo giraba hacia uno y otro lado, cual si alguien, desde adentro, tratara de abrirla infructuosamente. La niebla que invadía el salón desde la ventana irritó su

garganta, causándole un acceso de tos. Se detuvo, y comprendió que no estaba lejos de la ancianidad. Francis, adelantándose, llegó a tiempo para recoger a Patricia Steyne en sus brazos. La joven, presa de pavor, había caído desvanecida al abrirse la puerta.

Pasando el cuerpo inerte de su hermana a Massey, que ansiosamente escrutaba la cara de la jovencita, Francis empujó violentamente la puerta hasta abrirla de par en par y penetró en el recinto.

A los pocos instantes de haber desaparecido en el lóbrego lugar, volvió a la puerta, intensamente pálido. Acometido de un fuerte temblor, Francis parecía próximo a desfallecer. Para no caer se apoyó contra la puerta, y en esta posición miró en torno con ojos extraviados.

—Felizmente, aún está en la casa el doctor Manning. Que lo llamen en seguida — dijo en tono tembloroso—. El viejo está agonizante, si no ha muerto ya...

Entonces empezó a restregarse los ojos, una y otra vez, cual si quisiera alejar una visión aterradora.

## LA PUERTA TAPIADA

Henry Steyne, lord Rayle, tenía necesidad ahora de la pomposidad de su título. Yacía de bruces junto a la base de un pedestal, sobre el que se alzaba un gigantesco muñeco armado y enhorquetado en un corcel de madera. Estaba casi exactamente en medio de aquella sala de treinta metros de largo, atestada de armaduras, rodela, arcabuces y descoloridas banderas de guerra. La reluciente armadura se destacaba borrosamente en la lobreguez del museo; el caballo de guerra, cubierto con rica protección, parecía piafar sobre el cuerpo de Henry Steyne, levantada una de las patas delanteras. Henry Steyne, estaba tan muerto como el muñeco y el caballo. Cuando se inclinaron sobre el cuerpo, comprendieron que todo auxilio era inútil. Los pliegues azulados del cuello estaban fuertemente comprimidos con una cuerda que había hecho un surco en la carne. Esta cuerda de arco rodeaba el cuello varias veces y sus extremos pendían a ambos lados de la cabeza. Los cabellos grises del difunto cubrían casi por completo el instrumento de la estrangulación. Presintiendo la contracción horrenda que presentarían sus facciones, nadie osaba mirarle el rostro y, en consecuencia, el cuerpo fue dejado en su posición primitiva. Llevaba aún su mugriento hábito blanco, si bien la capucha parecía algo desgarrada; los brazos se escondían bajo el cuerpo, y el dorso de las manos aparecía aplastado por la espalda. La cabeza, con la cabellera enmarañada, hundíase entre los hombros.

Las piernas aparecían entreabiertas, pero dobladas por las rodillas, y los dedos del pie, arqueados, vueltos hacia arriba, como si el lord hubiera sufrido una caída en algún ejercicio realizado a gran altura.

Esto fue todo lo que pudieron ver a la luz de los fósforos que ininterrumpidamente encendía Massey, entre las exclamaciones proferidas cada vez que se quemaba los dedos.

Lord Rayle, que nunca fuera corpulento, era inconcebiblemente delgado en la muerte; era, en fin, un muñeco estrangulado en una galería de muñecas.

Tairlaine, de pie junto a la víctima, parecía escuchar el acelerado latir de su propio corazón.

Extrañábase de no sentirse más conmovido u horrorizado en presencia de la muerte. Juzgábase culpable de no haber impedido el crimen, pues desde que entró en la biblioteca su instinto le prevenía insistentemente que iba a acontecer una desgracia. Sumido en estas meditaciones miraba asombrado a su alrededor, mientras oía las sordas y bruscas interjecciones de Bruce Massey. Sólo una luz brillaba a lo lejos, cerca de la puerta; las figuras lóbregas asumían formas monstruosas, inverosímiles.

Sorprendido de la firmeza de su voz, Tairlaine preguntó:

—¿No hay más luces en este lugar?

La redonda cara de Massey tenía un aspecto grotesco en la penumbra. Creyérase, absurdamente, que en aquel trastorno anduviera buscando un botón.

—¡Eh! —murmuró—. ¿Cómo ha dicho?... Más luces... ¡Oh, sí! Hay más luces cerca de la puerta; la iluminación central. A ninguno de nosotros nos estuvo nunca permitido usarlas. No lo hemos hecho ahora por la costumbre. He olvidado, aquí... —añadió Massey; el fósforo se extinguió—. He olvidado, sí... ¡Enciendan las luces, por favor!

Persistía la imprevisión de lo irreal, como si el drama no se hubiera producido. Tairlaine puso la mano sobre el hombro del joven, preguntando:

—¿Le quería usted, Massey?

El secretario tardó algo en contestar.

—No —dijo lentamente—; nunca le quise, ni creo que tampoco le quisiera nadie. Sin embargo, a pesar de su genio atrabiliario, había en él algo especial que me forzaba a tener paciencia. Uno se acostumbra a las genialidades de hombres como él, al igual que si se tratara de niños —otra pausa. Massey agregó en tono extraño—: No lo juraría, pero creo que yo seré el único que lamente su desaparición.

Los pasos de Tairlaine resonaban en la vasta sala al encaminarse hacia el conmutador. El piso estaba embaldosado con grandes Cuadrados rojos de ladrillos, unidos por líneas de argamasa blanca. La temperatura había descendido; sentíase un frío intenso y mucha humedad. La cascada se hallaba situada en la parte exterior de la muralla, y los estremecimientos del salto de agua provocaban un tintineo continuo en las inmensas vitrinas, dentro de las cuales se guardaban armas de cierta importancia histórica.

Tairlaine se restregó las manos y las encontró viscosas, bañadas en un sudor frío. A poco de tantear en el muro encontró la llave de la luz. Al hacerla girar y sentir un leve y seco golpe metálico, quedóse pensativo. Ciertas reminiscencias, recuerdo de sensaciones pasadas, acudieron en tropel con insistencia inalterable. Después de escuchar el golpecito, permaneció absorto un rato, esforzándose por recordar.

Un ruido extraño, misterioso, En algún momento de los veinte minutos últimos, mientras miraba esa puerta de la sala de armas, creyó, haber oído un ruido metálico análogo, procedente del interior del museo. ¿Cuándo había sido? No había razón alguna para determinar el punto o torturarse la memoria con ello. La memoria podía inducirle a error. ¿Procedía realmente dicho ruido del conmutador? Debía aceptar, además, la posibilidad de que cualquier rumor, agrandado o desfigurado por el estruendo de la catarata provocará una sensación errónea en sus oídos. Sin contar con que la puerta estaba cerrada y era difícil que un ruido de aquella magnitud pudiera ser Oído desde el lugar donde él se encontraba, cerca de la chimenea. Dando diente con diente, entró de nuevo en el frío recinto del museo.

Bombillas eléctricas disimuladas en el techo difundieron una suave claridad. Esta

sala, al parecer, había sido construida con el diseño de no ser vista nunca de día. En el lado izquierdo no había ventanas. El tumulto de la cascada era tan fuerte, que la pared tenía el espesor de un muro de fortaleza para procurar un poco de calma en el interior del museo, sonoro como el hueco de una campana. A lo largo de esta pared pendían tapices Lefèvre, de mediados del siglo XVIII, procedentes de los talleres creados por Enrique IV, y a intervalos veíanse grupos de armas, blancas en su mayoría, distribuidas en grandes panoplias.

Abundaban las espadas y corazas ganadas a las tropas francesas, y rodelas y cañones, fruto de las correrías de los Raleigh y Drake. En secciones especiales hallábanse dispuestas las armas de distintas edades, usadas por calvinistas y luteranos en las primeras luchas por la Reforma. Algunas de estas armas estaban sin bruñir, a fin de no eliminar las manchas de sangre derramadas cuando su captura.

Cubriendo casi por completo la pared del fondo había un enorme tapiz flamenco que representaba el saqueo de Jerusalén por Tito y Vespasiano. Frente a este tapiz se alzaba una chimenea medieval, en círculo de tejas azules y blancas, a la manera teutona, flanqueada por instrumentos de tortura y armeros de cristal, conteniendo espadas de diversos tamaños y épocas, desde la *claymore* de los escoceses, ancha y larga, hasta las cortas y cinceladas de días más clementes.

Tairlaine miró hacia el lado opuesto. Ahora la muralla de la derecha...

La sala de armas tenía una altura de dos pisos, igual que el gran salón. En medio, sobre la muralla, había un balcón recamado con una balaustrada que tenía el largo de esa pared. Se llegaba a él por medio de una escalera circular. En la muralla, encima de este balcón, había cuatro ventanas de mosaico resplandeciente, formadas por vidrios de diversos colores.

Tairlaine pensó: «Son ventanas simuladas». Y se reprochó por tomarse el trabajo de llegar hasta allí. Debían de ser motivo de simple ornamentación para interrumpir la monotonía de las paredes, pues tras de éstas terminaba el castillo.

Además de las armas había una gran variedad de trajes de guerra, de un alto valor histórico. En vastos escaparates de vidrio, a lo largo de los muros veíanse colocados juegos completos de trajes de combate, yelmos de diversas épocas y cascos de menor antigüedad, todo lo cual tenía un aspecto macabro bajo las hileras de pendones, estandartes y banderas colgadas del techo. Tairlaine se detuvo frente a una vitrina vacía, cuyo fondo de terciopelo llevaba impresa la huella de un guantelete; después vio una caja de ballestas, de una de las cuales había sido quitada una cuerda...

Rígido, en el centro, el inmenso jinete de cartón, en actitud de combatir, aumentaba la sensación belicosa del museo. En la base de su pedestal yacía exánime el creador de toda aquella obra.

Tairlaine vio que su aliento se vaporizaba en el helado ambiente del salón. Luego, sorprendido, oyóse a sí mismo decir:

—Ha sido asesinado... ¿Por quién?...

Massey, que seguía inclinado sobre el cuerpo para examinarlo, sacudió la cabeza.

—Sí... No hay duda de esto —asintió, y Tairlaine creyó notar que temblaba—. Y lo mismo me pregunto yo: ¿Quién pudo ser? Pero... ¿por qué no estará aquí ya el doctor? Siento frío... Quisiera un *whisky*.

—¿Cree usted —preguntó Tairlaine— que el asesino habrá utilizado los guanteletes para estrangularle?

—¡Santo Dios! ¿Qué le induce a pensar semejante cosa? —preguntó Massey. Desvanecido en parte su letargo, miró a Tairlaine y después al infortunado lord—. Supone usted... ¡Oh, ahora veo! Los guanteletes que fueron sustraídos, Sí, sí. Mire aquí —recalcó en tono abatido. No encontrando nada que contradecir, dio otro giro a sus lamentaciones—. No puedo acostumbrarme a la idea de que esto sea un asesinato; pero en caso de que lo fuera..., ¿por qué no interrogamos a Pat? Ella estaba aquí mientras se produjo la muerte y debe de haber visto algo.

—Y también al criminal.

—Y al criminal también —asintió Massey en voz baja; sacudiendo la cabeza, inquirió como para sí mismo—: ¿Qué estaba haciendo ella aquí? —luego, dirigiéndose a Tairlaine—: Puedo asegurar que ella no ha venido a ver esta colección desde que yo estoy en esta casa. Decía que todo esto le parecía monstruoso.

Se interrumpió al ver entrar a Francis en la sala. Con él venía un hombre alto y pomposo, de apariencia sacerdotal y con anteojos de oro. Llevaba consigo un maletín negro y andaba con el paso lento y solemne de los facultativos llamados a diagnosticar casos extremos.

—Por aquí, doctor —indicó Francis en tono fatigado—. ¡Aquí está!

—¡Execrable, execrable! —decía el médico, abriendo el maletín y eligiendo algunos instrumentos.

Todos se percataron de que, aunque familiarizado con escenas de muerte, su emoción era profunda. Al inclinarse sobre el cadáver, Tairlaine advirtió que sus gestos eran convulsos.

—¡Un instante, por favor! —dijo el médico—. Hágase un poco a un lado, míster Massey. Así. Ahora...

Francis se llevó súbitamente una mano a los ojos.

—¡Resignación, muchacho! —y apoyó fuertemente una mano en su hombro. Aguardó un instante, mientras Francis, algo repuesto de su emoción, apartaba la mano de su cara, atribulada y fosca; luego le preguntó—: ¿Y su hermana?

—Ya debe de sentirse bien. Fue la impresión. Está tendida en un sofá del recibimiento. Bruce, ¿quiere ir a hacerle compañía? Sobre todo, no alarme aún a la casa. No creo que nadie más, fuera de nosotros, esté al corriente de lo ocurrido. Si encuentra una oportunidad, ruegue a *sir* George Anstruther que venga sin demora.

Massey partió indeciso hacia la puerta. Andaba mirando por encima del hombro, e inadvertidamente casi se llevó por delante una vitrina.

Francis observó:

—Tengo una excitación extraña... Si no salgo a fumar, no podré vencer mis

nervios.

Salió, y tras él marchó Tairlaine.

—Ese asunto de la cuerda del arco tiene que ver en esto, ¿no cree? —preguntó el profesor.

—Así parece.

—Es increíble la forma en que ha sido cometido el crimen. Porque, a no dudarlo, esto es obra de criminales.

—Baje un poco la voz... Yo también lo creo así —el tono de su voz indicaba que Francis daba respuestas confusas. Como horrorizado de haber admitido la posibilidad de un crimen, intentó rebatirse con argumentos fútiles, inconsistentes.

—Puede que no se trate necesariamente de un crimen. ¡Un cri...!, palabra horrenda. No me gusta pronunciar esa palabra. Acláreme esta duda, profesor: ¿estuvo usted sentado ahí en la biblioteca desde que salimos *sir* George y yo?

—Así es.

—¿Se fijó en la puerta alguna vez?

—Si he de ser preciso —contestó gravemente el profesor—, no aparté los ojos un instante de la puerta, hasta que su padre pasó junto a mí hacia la sala de armas. Fue esto cinco minutos antes que llegara usted.

Francis escuchó esto y se quedó estupefacto. El análisis no era su fuerte, y toda deducción sobre lo acaecido debía basarse en referencias muy sagaces. Incapaz de coordinar sucesos y posibilidades, preguntó angustiado:

—Pero si alguien lo ha hecho, ¿quién puede ser ese alguien? Tiene que haber huido o estar oculto aquí. ¡Dios mío! ¿Estará aún aquí?

Tairlaine afirmó resueltamente:

—Puedo jurar lo que le dije. Nadie salió por esa puerta, excepto su hermana. Tengo sobre esto una absoluta certeza. *Desde que me quedé solo en la biblioteca, nadie pasó por esa puerta.*

Y, según demostraron hechos posteriores, Tairlaine había dicho la verdad. Esta revelación produjo en el joven un visible aturdimiento. Por un instante, escrutó ansioso en los ojos del profesor; luego, en un impulso súbito, se encaminó hacia la puerta y la cerró por dentro, guardando la llave en el bolsillo.

—Vamos a cerciorarnos del hecho —dijo—. ¿Cuál es su opinión, doctor?

Manning se incorporó sacudiéndose el polvo de las rodillas de sus pantalones. Su semejanza con un miembro de la iglesia era acentuada por la americana abotonada hasta el cuello y la cadena de oro que sujetaba sus lentes tras la oreja. El diagnóstico, aunque de una evidencia incontestable, le sumía en preocupación.

—Muerto; no hay la menor duda —dijo en tono bajo—. No es necesario un médico para atestiguar esto. Dejó de existir hace sólo unos pocos minutos, estrangulado por esa cuerda. Era un hombre poco fuerte. No debió de tardar mucho tiempo en morir: dos minutos a lo sumo —después de alguna vacilación, continuó—: Como usted sabe, Francis, soy el médico forense del condado. Por tanto..., deberé

tomar medidas. Precaución desagradable, pero necesaria.

—¡Asesinado! —murmuró Francis con voz alterada—. ¿Hay evidencias incontestables?

—Sin duda alguna.

Un momento de vacilación, y continuó:

—Vea, doctor..., ¿quiere disculparme? Se trata de esto: yo no soy hábil en expresiones, y lo haría torpemente. Usted, en cambio, es de palabra fácil y sabrá hacerlo con corrección. *Lady Rayle* tiene que saberlo, tarde o temprano, y le agradecería mucho que se encargara de comunicárselo. ¿Tendrá inconveniente, doctor, en...?

—Tan pronto me sea posible —replicó gravemente Manning—. Tendré, además, que informar a la Policía.

Después de la partida del doctor, Francis permaneció junto a la puerta, fija tenazmente su mirada en la biblioteca. Momentáneamente, su aire indolente y festivo había desaparecido. Volvióse hacia *Tairlaine*.

—Disculpe mi franqueza, señor, y no se sienta ofendido por lo que voy a decir. Tiene usted un aspecto poco arrogante, pero bueno y honrado hasta decir basta. Ignoro si es inteligente, pero no tengo duda de su honradez, y esto es suficiente. Estoy seguro de que puedo fiar en Usted y en *sir George* —tras breve pausa, agregó—: Disculpe; necesito también otra persona. Quiero decir...

*Tairlaine* juzgó algo imprudentes las palabras de su interlocutor. Que se le reconociera bondad y honradez, le era indiferente. ¿Dudar de su inteligencia?... ¡Ah, joven deslenguado! Disponíase a una amable refutación, cuando Francis asomó la cabeza por la puerta y llamó suavemente:

—¡Saunders!

Un sirviente en librea, de aspecto rudo y cauto, se presentó respetuosamente a la puerta, contestando:

—¿Capitán?

Y penetró en la sala a indicación de su patrón.

Francis, advertido del efecto dudoso que sus palabras habían causado en el profesor, le golpeó afectuosamente en la espalda, disculpándose:

—Un buen *whisky* entre amigos lo arreglará todo. Entre tanto, vayamos a lo que importa. Saunders, ayúdenos a registrar la sala. No deje un solo palmo sin escudriñar. Creemos que alguien está escondido aquí dentro. ¿Comprende?

—¡Es horrendo, señor!... ¡Que en esta casa ocurran tales cosas! —murmuró el sirviente, consternado. Después de observar respetuosamente el cuerpo, preguntó—: ¿Cree necesario, capitán, que registre las armaduras? Puede que se haya introducido en una de ellas...

—Imposible; esas son cosas de niño. Mírelo todo; las armaduras también, si quiere. Todo debe ser registrado —luego, volviéndose a *Tairlaine*, casi con desesperación—: Forzosamente debe haber alguien oculto aquí. Si afirma que

nadie salió por esta puerta..., no hay otro punto de acceso. Sólo por aquí se puede entrar o salir. Ni un orificio de ratón. ¿Está seguro de que nadie entró o salió de la sala mientras usted estaba allí?

—Absolutamente seguro. Pero... ¿ese balcón?... ¿Y esas ventanas? El... malhechor pudo haberse escabullido por ahí.

—Se abren a los dormitorios. Mejor dicho, no se abren desde hace tiempo. Están siempre cerradas y, además, fuertemente tapiadas por el lado interior. Sin embargo, puedo intentar forzarlas. No está de más cerciorarse...

Los tres subieron por la escalera espiral. Francis los precedió con firme y pesado paso. Detúvose al llegar a la cúspide, en espera de Tairlaine, a quien la ascensión resultó fatigosa.

—Nadie ha pasado por aquí —dijo torvamente—. ¡Mire!

El balcón, de cuatro pies de ancho, era de roble barnizado, con una balaustrada de tres pies de alto. De un extremo a otro estaba cubierto con una espesa capa de polvo; asimismo estaba la balaustrada. Francis trazó una línea en el polvo con la punta del zapato. No había allí otra marca.

La mirada de Tairlaine vagó hacia las ventanas. Hallábanse situadas a una distancia de quince pies y fulguraban con sus cristales en mosaico de oro y rojo. Su altura era escasa.

Francis, disponiéndose a esta otra prueba, dijo:

—No dejemos nada por probar. Los tres a una... Veamos. Sé que se abren como puerta de una sola hoja, con goznes en la parte interior; pero ¿se abren hacia afuera o hacia adentro? Hacia adentro, por supuesto. Tratemos de abrirlas en alguna forma. Me consta que están cerradas por el otro lado, pero no importa.

Afirmáronse contra el marco de la ventana y empujaron con sus fuerzas combinadas. La ventana no cedió. Trasladándose a la abertura próxima, repitieron la prueba con el mismo resultado. Ninguna de las cuatro ventanas se abrió, aunque emplearon en la tentativa el máximo de sus energías.

Tairlaine, cumplido el experimento, respiraba con dificultad. Enjugóse las manos con un pañuelo, diciendo:

—Polvo y ventanas. Tendré que hacer otro juramento, y es que nadie salió de aquí por una de esas ventanas.

Miráronse los tres con incertidumbre. Tairlaine creyó prudente dar por terminada la prueba, y miró hacia abajo, recorriendo con la vista el amplio salón. Saunders, con la metódica lentitud del sirviente respetuoso, miró también hacia abajo, donde el viejo lord yacía junto a la figura ecuestre. Parte de la lívida cara veíase desde el balcón. Extraño contraste ofrecía su librea de vivos colores con los sombríos y terribles aceros y las banderas descoloridas que pendían de diversos puntos de la sala.

Apoyadas sus manos en la balaustrada polvorienta del balcón, Tairlaine contempló, a su sabor, un pabellón de banderas colgantes: un león vienés saltando, en castaño oscuro y amarillo despintado; una flor de lis polvorienta, un escudo español

con diversos orificios de balas de mosquete, y un sinfín de estandartes marchitos, que hablaban de feroces luchas. Las cajas de vidrio brillaban lúgubrementemente.

Las pisadas de Saunders repercutían en la sala... Todo había sido registrado. Se reunió con los demás cerca de la puerta cerrada.

—No hay nadie escondido aquí dentro, capitán —anunció con convicción—. Lo juro por las Escrituras. Y no sólo no hay, sino que tampoco lo ha habido. Lo prueba la falta de huellas en la alfombra de polvo.

Francis, cuyos cabellos rubios caían sobre sus ojos y con la pechera toda polvorienta, trató de limpiarse lo mejor posible con su pañuelo.

La elaborada incoherencia de su anterior forma de hablar surgió repentinamente con el resultado negativo de la pesquisa.

—¿Ha visto, profesor? Esto es un laberinto. Peor aún. Un enigma. Ningún lugar de entrada, ningún lugar de salida, nadie escondido. ¿Sabe hacia dónde se encaminarán las pesquisas?

—¿Quiere decir de quién se sospechará? —inquirió Tairlaine con estupor.

—Pat. Ella era la única persona que estaba aquí.

—¡Qué horror! Eso es absurdo.

—Tiene razón. Pero así será. No habrá forma de evitarlo.

—Debe de haber algún camino oculto. Alguna puerta falsa o pasaje secreto, algún medio de comunicación. Es inconcebible que esa muchacha sea objeto de tales sospechas...

Las facciones de Francis se iluminaron. Con movimiento de cejas expresaba su desaliento.

—Inconcebible, sí —dijo abatido—, pero la suspicacia judicial se fijará en ella. Si se pudiera entrar en la sala por otro lado, sería distinto. Como en el cine. Pero ningún pasadizo secreto, ningún fantasma. Ni magia ni brujería. No hay de quien sospechar... ¡Oh Dios!

Detúvose bruscamente, dilatados los ojos por la angustia, castañeteando los dedos. Se adelantó a Tairlaine y corrió hacia la galería. El americano, al intentar alcanzarle, sintió una punzada en el costado. Francis se deslizó por la escalera en espiral y llegó en cuatro zancadas al gran tapiz que pendía en el fondo de la sala: la tapicería flamenca que ocupaba la pared en casi toda su amplitud.

—Venga aquí, Saunders —indicó—. Levante ese lienzo por medió y sosténgalo. Manténgalo por encima de la cabeza, tan alto como pueda. ¡Arriba!... No suelte hasta que le avise.

El tapiz cambió lentamente de posición hasta dejar ver una parte de la pared que cubría.

—Doctor —gritó Francis, furioso consigo mismo—; soy un asno de primera clase. A pesar de conocer este sitio como la palma de mi mano, me había olvidado de una cosa tan obvia como la misma puerta principal.

—Capitán —profirió el sirviente, volviendo su cara sudorosa—. Capitán...

—Déjese de hablar ahora, Saunders, y concéntrese en el tapiz. Un poco más arriba. Esta sala está construida directamente contra el viejo torreón defensivo del castillo. La puerta de ese torreón está cerrada, como lo están las de las otras torres. Hay aquí, en esta sala, una puerta que conduce al torreón. Una gran puerta... Por fin dimos con la clave. Espléndido. Por aquí debe de haber escapado el miserable. ¡Arriba Saunders, arriba!

Los largos brazos de Saunders formaron una enorme carpa con el tapiz. Al penetrar la luz en ese hueco, Francis inclinóse hacia adelante, pero de improviso se detuvo. Tairlaine oyó un ruido apagado. Aferrado a la gruesa falleba de una cerradura, Francis forcejeaba desesperadamente para abrirla. Al inclinarse Tairlaine para atisbar debajo del lienzo, vio luz a través de las junturas de una puerta, de acuerdo con lo que Francis acababa de exponer.

—Ya iba yo a prevenirle, capitán —dijo Saunders pacientemente—, de que esta puerta no se puede abrir. No la abrirá por más que forcejee. Fue su señoría quien la condenó. Esta tarde vino aquí y la claveteó con remaches y clavos de gran tamaño. Después de afirmarla fuertemente aquí, dio la vuelta por el torreón y la aseguró en la misma forma por el otro lado.

## EL COLLAR DE PERLAS

Volvieron lentamente a la sala de armas, después de los infructuosos esfuerzos para abrir la puerta condenada.

Francis decía con aire reflexivo: «Luego esta es la razón del martillo y de los clavos que se le cayeron al llegar *sir* George. Y si después se introdujo en el torreón para asegurar la puerta por el otro lado, no es de extrañar que estuviera tan sucio... Pero ¿por qué? ¿Por qué condenar esa puerta?».

Después de mordiscarse las uñas, prosiguió para los demás:

—Raro es no encontrar a alguien predispuesto a crear fantasías en estos asuntos. Ficción sobre todo. Imaginar que alguien puede esconderse en una de esas armaduras. Nunca se ve una vestimenta así en las películas sin que repentinamente se mueva y empiece a repartir sablazos a derecha e izquierda. Es una tradición de la pantalla. Saunders mismo lo pensó así, y no se quedaría tranquilo si no las hubiera registrado todas, una por una. ¡Por Júpiter! —miró, refunfuñando, en torno suyo y mostrando intención de retirarse—. Este asunto se presenta tan lleno de misterio, que es de temer una investigación endiablada, de esas que los diarios llaman sensacionales.

Saunders, absorto aún en la cuestión de la puerta, dijo resueltamente a su señor:

—Sólida como el mismo muro, capitán. Esa puerta la vi clavar yo mismo, y después de haber usado aquí una docena de clavos, se trasladó al torreón para reforzarla por el otro lado. Hecho esto, atornilló la puerta de acceso al torreón, haciendo del todo imposible la entrada o salida de la sala de armas por la puerta que está detrás del tapiz. Fue grande el contento del señor cuando terminó ese trabajo.

—Espionaje —dijo Francis sin emocionarse por el relato—. Váyase y beba algo, si cree merecerlo. De todo lo visto y oído, ni una palabra a nadie.

¡Cuidado!

Se detuvo junto al cadáver de su padre y lo examinó con mirada tranquila.

—Necesitaremos una buena lupa —dijo— para examinar cosas que no aparecen bien claras. En el despacho del viejo hay una. Estoy casi seguro de que el canalla que hizo esto empleó guanteletes. Las puntas de sus dedos son afiladas; probablemente habrán dejado marcas en el cuello y en la cuerda usada para la estrangulación. ¿No le parece?... ¡Eh! ¿Qué es esto? —se inclinó para observar de cerca—. Ahí está la cartera de papá —añadió, señalando una cartera abierta que había casi junto al cuerpo, apenas visible entre las sombras. A pocos palmos de distancia veíanse algunos papeles, extraídos sin duda de la cartera, marcada con las iniciales H. S.

—No debemos tocar nada —indicó, aprensivo, el joven—. Por poco que uno

ande con estas cosas, ármanse luego unas trifulcas que siempre terminan mal.

Sus palabras repercutieron burlescamente hasta el último extremo del salón. Tairlaine sugirió:

—¿No nos queda nada mejor?

—Sí, por supuesto. Interrogar a Pat. La verdad, es espantoso abrigar sospechas sobre ella; pero... es una cosa buena, a veces, jugar al golf.

—¿Golf?

Francis reanudó sus tentativas de limpieza, restregándose con su pañuelo cabeza y manos y sacudiéndose los zapatos, que se habían cubierto de polvo en sus andanzas bajo el tapiz.

—Se encuentran personas interesantes en las canchas de golf —explicó pensativo—. Yo las encontré últimamente en ese hotel de playa..., ¿recuerda?... , aquel que vimos cuando los traía de la estación. ¿Oyó hablar alguna vez de John Gaunt?

—No.

—Creo que todos debiéramos tratarnos con él —sugirió Francis con aire meditabundo—. Salgamos pronto, señor.

Cuando abandonaron la sala de armas, Francis volvió a cerrar la puerta, guardando la llave en el bolsillo. Desde allí cruzaron la biblioteca hacia el recibimiento, seguidos por Saunders, que parecía un tigre amaestrado. Sobre un canapé de cuero estaba tendida Pat, mirando sin expresión la lámpara cuya luz la envolvía. La sensación de fragilidad y delicadeza que era habitual en ella se acentuaba ahora por la palidez del rostro y el desarreglo del vestido, desgarrado en sus accesos de desesperación. Sollozaba ininterrumpidamente y se llevaba las manos al pecho, como si respirara con dificultad. A un extremo del canapé, junto a ella, Massey, sentado sin moverse, sostenía una de sus muñecas.

*Sir George Anstruther*, presa de emoción y con un taco de billar en la mano, la miraba compadecido. *Sir George* exclamó:

—¡Bondad divina! ¿Se han vuelto todos locos o ésa es la verdad?

—Vaya a cerciorarse por sí mismo —repuso Francis, encogiéndose de hombros con abatimiento. Luego, dirigiéndose a su hermana—: Estoy muy apenado, Pat. Debes de haber pasado unos momentos espantosos. Pero... ¿qué ocurrió?... ¿Quieres decírmelo?

—Me siento bien, de veras —dijo con voz débil, acongojada; en seguida rompió a llorar.

Massey, pacientemente, sacó el pañuelo del bolsillo y le secó las lágrimas.

—¡Estoy perfectamente! —repitió con energía—. No me traten como a una niña; díganme la verdad. ¿Es cierto que papá...?

—Sí, queridita —dijo tristemente Francis—. Ya no está con nosotros; debemos resignarnos. Pero cuéntanos lo que viste.

La joven se debatió, agitando sus brazos semi-desnudos y mirando al vacío con pupilas horrorizadas. En tono convulsivo dijo:

—Le encontré allí... Casi tropecé con su cuerpo. Fue espantoso. La poca luz de la sala aumentaba mi pavor... Alcancé a ver sus piernas en una posición extraña.

—Pero... ¿qué estabas *haciendo* allí, querida?

—Pues iba a salir de la sala —contestó en tono de cándida sorpresa, como si esto lo explicara todo.

Francis mostróse paciente.

—¡Oh, me explico tu espanto, pobrecita! Pero... cuéntame ahora qué estabas haciendo en la sala de armas. ¿Por qué fuiste allí?

La joven vaciló, indecisa, buscando tal vez la forma de mentir, de encubrir la verdad. Por momentos parecía que las lágrimas iban a brotar nuevamente de los ojos.

—Estaba allí. Frank, ¿qué quieres? Tengo derecho a ir allí si ése es mi gusto, ¿no es así? —preguntó con los síntomas de un ataque de nervios.

—¡Qué duda cabe! Luego... ¿andabas paseando por allí?

—Sí, eso es. Andaba paseando; deseaba ver...

Francis no pudo contener un gesto de impaciencia dolorosa.

—¡Oh, qué ocurrencia, chiquita! ¡Paseando en la oscuridad, Pat, casi en la oscuridad! Dímelo todo, hermanita. Yo sé que tienes miedo a los fantasmas... ¿Cómo pudiste ir allí sola?

—Quería verle para disculparme. ¡Significaba yo tan poco para él! —exclamó compungida, juntando las manos con pasión—. Pensé que podría perdonarme lo que hice, el haberle replicado tan neciamente. Entonces..., yo estaba detrás de la estufa.

Algo así como una llamarada cruzó por la mente de Francis. Miró a *sir* George, que escuchaba preocupado el cauto interrogatorio a que era sometida la muchacha. Acercando una silla, Francis se sentó junto a su hermana y asió cariñosamente sus manos.

—¿La estufa, dices? ¿La grande de porcelana que está en el fondo de la sala?

—Yo no dije eso.

—Pero, querida, has dicho la...

—¡No dije eso, no dije eso, no dije eso! —gritó sacudiendo la cabeza con un mohín infantil—. De todos modos, eso no es cuenta tuya. Tenía las manos sucias, además —añadió, sin que viniera al caso.

*Sir* George tocó a Francis, haciéndole indicación de que cortara las preguntas.

—Pasa por una delicada crispación nerviosa —dijo persuasivo—. Será mejor que la deje sola un rato, Frank.

—¡Usted es bueno! —exclamó Patricia, enternecida, prorrumpiendo nuevamente en llanto.

—Lo que te pregunté, querida, no tenía ningún propósito maligno —dijo Francis cariñosamente, pasándole una mano por la frente—. Era simplemente para saber si habías estado mucho tiempo en la sala.

—No; sólo unos minutos. Primero tuve que ir a cambiarme de vestido; luego, al pasar por la biblioteca, vi a ese señor sentado frente a la chimenea, con los ojos

entornados, y anduve de puntillas porque creí que estaba dormido... Esa es la causa por la cual anduve de puntillas. Entonces penetré en la sala de armas y llegué hasta el fondo de...

—¿Utilizaste el conmutador para encender la iluminación central?

—¡Oh, no! Tal vez alguien podría... Pero ¿a qué tantas preguntas? Deja de marearme... ¡Basta!

—Tienes razón, hermanita; soy un bruto... ¡No llores..., vamos! —y siguió rodeándola de mimos que aliviaron su desconsuelo—. Así... Eres una niña valiente. ¿Qué ocurrió después?

—Verás... ¡lo diré! —continuó Patricia, en una especie de delirio—. Allí esperé..., ¿sabes? Luego creí haber oído un ruido, el movimiento de alguien que andaba, pero no pude cerciorarme bien a causa del ruido de la cascada. En la incertidumbre de lo que sería, me aparté temerosa y me escondí detrás de la estufa.

—Ese debía de ser yo —informó Massey, tranquilizador—. ¿Qué siguió a eso, *miss Steyne*?

—Después hubo una larga espera y oí a varias personas hablando. Debían de hablar en voz muy alta, pues por lo general no se oye allí nada, y casi inmediatamente llegó a mis oídos un portazo.

—Seguramente era papá que llegaba —dijo Francis en tono bajo—. ¡Recuerda bien ahora, Pat! ¿Observaste detrás de la estufa para ver lo que pasaba?

—¡Oh, no! ¿Cómo iba a hacer eso? No quería que ellos supieran que yo les... No sé lo que estoy diciendo; pero, sea como fuere, en ese momento yo estaba detrás de la tapicería. La estaba sosteniendo con mis manos a fin de que no me tocara la cara. Es inmundo ese tapiz, todo sucio y maloliente, lleno de gusanos y...

Estudiando las pupilas dilatadas de Patricia y sus manos de infantil delicadeza, juntadas nerviosamente sobre las rodillas de Francis, Tairlaine reconstruyó mentalmente la escena que se ofreció a la vista de Patricia.

El inmenso y oscuro salón, alumbrado por una sola bombilla amarillenta, que hería con siniestros resplandores las rodelas y corazas; el anciano internándose en la habitación, después del sordo portazo, sin que sus pisadas pudieran ser oídas una vez llegado a la mitad del recinto, donde la catarata tronaba con mayor vigor. Luego, mientras la hija hallábase detrás del gran tapiz flamenco, la cuerda del arco...

Aunque él hubiese gritado, ella no le habría oído. Mientras tanto, la cuerda tiraba desde detrás, incrustándose en la carne, manejada por guanteletes de acero... No habría precisado más de un minuto, dos a lo sumo, para causar la asfixia del débil anciano.

En la mente de Tairlaine seguían indeleblemente grabados los dedos de los fatídicos guanteletes. Pero ¿cómo, cómo? El asesino no salió por la puerta, ni salió por ninguna de las ventanas, ni se evadió por la puerta condenada, ni por ningún paso secreto. Tampoco, en ningún momento, estuvo oculto antes o después de cometido el crimen<sup>[2]</sup>.

A medida que el enigma se agrandaba, hacía-se más fantástico y enloquecedor.

—¿No viste nada? ¿No viste nada, entonces? —preguntaba en ese momento Francis.

—Creí ver ratones —dijo Patricia con pavor—. Fue por eso por lo que dejé el escondrijo. Me aparté del tapiz, y entonces vi al pobre papá.

Francis daba muestras de hondo desasosiego. Afectuosamente, dijo a su hermana:

—Será mejor que te retires a tu cuarto y descanses un rato. Bruce te acompañará. ¡Ah! —dijo a este último—, ruéguele a *mistress* Carter que vaya al cuarto para hacerle compañía. ¡Pat, querida, ve a descansar, te lo ruego!

Evidentemente, no había presentado la joven un fin tan repentino de la investigación. Miró a su hermano con ojos recelosos, temiendo alguna trampa o ardid; mas al convencerse instintivamente de la sinceridad de sus palabras, brilló patéticamente en sus ojos un fulgor, jubiloso. Pidió disculpas por el desarreglo de toda su persona; una tímida sonrisa contrajo sus labios carnosos y se apoyó agradecida en el brazo de Massey al alejarse de la reunión.

Siguiéndola con la vista, Francis, apenado, movía la cabeza:

—¡Apostaría a que se ha estado frente al tocador, tratando de hacerse más hermosa! —murmuraba Francis, abstraído—. ¡Y perfumada también! Diríase una figurita de cera para hacer propaganda de un colorete de labios...

Volvióse casi ferozmente hacia Tairlaine y *sir* George, este último ocupado en rascarse la oreja con el cuero del taco de billar.

—Ya habrán notado ustedes que no soy un moralista —continuó en tono vehemente—, pero ciertas cosas que he visto últimamente en esta chiquilla no pudieron menos de chocarme, y ahora me preocupan seriamente. Pat nunca ha estado alejada diez millas de Aldbridge desde que nació, excepto..., creo recordar..., cuando el viejo la llevó una vez a París; y en razón de algunas travesuras cometidas por mi hermana, el viejo la tuvo sentada en una silla en el museo del Louvre, día a día, durante una semana. Además la amenazó con encerrarla en un cuarto oscuro si hacía el menor intento de evadirse. Pat tiene un miedo cerval a la oscuridad. Por esta causa, a menos que tuviera muy poderosas razones, es dudoso que se aventurara a llegar hasta allí.

—¡Esa puerta clavada...! —comentó Tairlaine.

Francis completó su pensamiento:

—Ahora creo ver la razón por la cual el viejo condenó esa puerta y por qué ella movió el tapiz, a pesar de inspirarle tanto asco. El torreón habría sido un lugar de cita ideal. Nunca va nadie allí. Y *él*, el intruso, podía llegar por la puerta del patio del fondo sin despertar sospechas de nadie. Pero ninguno de los dos podía ahora entrar en el torreón. El viejo les había condenado las dos puertas.

—¡*Él!* —repitió *sir* George.

Francis miró rápidamente en derredor. Saunders, ceñudo y silencioso, permanecía apostado en la puerta del gran salón.

—Vaya a rogar a míster Kestevan que venga un momento aquí.

Cuando Saunders hubo salido, Francis expuso brevemente los hechos a *sir* George. El robusto *baronet* se había arrellanado en el sofá y silbaba entre dientes, conforme avanzaba la conversación:

—Me temía algo de eso —dijo por último.

—¿Sospecha de alguien? —preguntó Tairlaine.

—No podría afirmarlo —contestó lentamente *sir* George—. Lo ignoro a ciencia cierta... Pero ya han visto lo ocurrido. El criminal no hurtó una de esas primitivas cuerdas de arco, que podría haberse roto cuando la arrollara en torno al cuello de su víctima. En cambio, robó una nueva, una fuerte, de cuero, que resistiría cualquier tirón —pensativo, *sir* George se restregaba las manos mirándolos a los ojos—. Dígame, Frank: ¿quién sabía que no era una cuerda vieja y roída?

—Eso no es una pista. Todo el mundo en el condado estaba al corriente de eso —contestó el otro—. El viejo nunca se cansaba de ir contando a todo el mundo lo que yo hice cuando tenía quince o dieciséis años. Quiero decir, cuando rompí la dichosa cuerda. Acostumbraba hacer esos relatos a la hora de comer, sobre todo cuando éramos muchos a la mesa, y teníamos que escucharle sin remedio. Era exasperante. Pero aún hay más...

Con una especie de inspiración, Francis pareció recordar el frasco que llevaba en el pantalón. Púsole al descubierto y se lo ofreció primero a Tairlaine, luego a *sir* George; finalmente, se refociló con un largo trago. Después volvió el frasco a su sitio.

—Decía, pues, que había algo más. Yo no sé si ustedes recuerdan..., cuando los traía para aquí..., lo que les dije sobre esa muchacha, Doris, de que había visto uno de los trajes de armas, de pie, en medio de la escalera principal.

—¿A qué viene lo de Doris en esta cuestión? —murmuró *sir* George—. Esa Doris...

—No estaba soñando, no sufrió ninguna alucinación —dijo Francis.

—¡Por los garfios de Satanás! —exclamó *sir* George—. No pretenda hablarnos de cosas sobrenaturales.

—Lo que quiero decir es que en el pasamanos de la escalera había marcas. Cinco rayas, que parecían hechas por las puntas aceradas de los dedos del guantelete.

*Sir* George le contemplaba con escepticismo. Luego blandió el taco de billar y miró adelante como si fuera a ejecutar un golpe. Pasó largo tiempo, como si examinara las invisibles bolas de billar, antes que se decidiera a formular su observación.

—Vea, Frank, eso no va —dijo enfáticamente—. Hábleme cuanto quiera de armaduras paseando por los aposentos de la casa; pero de aquello otro, ya es distinto. Ningún modo de entrar, ninguno de salir, ni nadie escondido en la sala de armas. Esas son imaginaciones. Alguien está equivocado o cuenta lo que vio en sueños, ¿eh?

Sus ojos pestañearon cuando los demás le miraron con fijeza. Nadie dijo palabra. Todos, quién más, quién menos, sabían que eso era cierto. Incredulidad, irritación,

despecho, estaban impresos en la cara de *sir* George. Durante un largo silencio, el débil murmullo de la cascada llegaba a sus oídos con machacona insistencia... *Sir* George golpeó en el piso con la cabeza de su taco.

—Todo eso, sépanlo bien, son supercherías —observó disgustado.

—Necesito rellenar el frasco —dijo Francis, perplejo—. Está casi vacío...

*Sir* George extendió las manos.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? Porque hay algo que hacer antes que la Justicia tome cartas en el asunto...

—Quitarnos la carga de encima —explicó Francis—. Le pregunté al doctor Tairlaine, y dijo que no le conoce, pero usted tal vez lo recuerde. ¿Oyó usted hablar de un tal John Gaunt?

Prodújose un largo silencio.

—Conozco a John Gaunt muy bien —replicó *sir* George—, pero dudo de que pueda ayudarnos. La última vez que supe de él estaba en Persia o en uno de esos países. Si usted quiere dar con él, tiene que enviar una carta a «The World, Poste Restante»... Si en ese tiempo no ha muerto de una borrachera, contestará.

—Respecto a lo de las bebidas alcohólicas, nada sé —observó Francis—; pero en cuanto a que esté en Persia, sé positivamente que no. Actualmente se halla en las cercanías del Globe Hotel de Aldbridge, jugando indiferentemente al golf con un coronel retirado de Bixton. ¿Cree usted que podríamos obtener su ayuda?

—¿Es necesaria?

—Se me ha ocurrido. ¿Qué opina usted, *sir* George?

—No es mala idea —repuso el *baronet* tras breve vacilación; después dijo—: Pero es algo puntilloso sobre ciertos hábitos, ¿comprende? La última vez que le vi se hallaba sentado, semidormido, en la ventana del Athenaeum, contemplando el Pall Mall. Nunca hemos podido saber si estaba embriagado o no. Por lo general, se encuentra fuera de Gran Bretaña.

Enarbolando el taco, *sir* George lo estuvo examinando, entre perplejo y admirado, como si se preparara a hacer una admisión contra el buen gusto. Abruptamente, prosiguió:

—Son muchas las historias que todavía circulan sobre Gaunt, Francis. Medbory me contó que un día estaba sentado, en su silla habitual del club, cuando de repente se incorporó de un salto, corrió al teléfono y pidió comunicación con Vine Street. «Hay un hombre corpulento, con anteojos ahumados, impermeable y sombrero de fieltro verde —dijo al magistrado del otro extremo de la línea— que ahora debe pasar por las inmediaciones de Waterloo Square. Le aconsejo que lo detenga. No tiene aún ninguna denuncia sobre él, pero pronto se le buscará bajo acusación de asesinato». Y, efectivamente, detenido el hombre, se encontró que le había cercenado la cabeza a su mujer, aun cuando el cuerpo no fue encontrado hasta dos días después... Luego —dijo *sir* George con volubilidad— se produjo aquel robo en el London Liverpool Bank, que recordarán ustedes. Se logró echar mano a Partington y a dos hombres de

su banda, pero no pudieron encontrarse los bonos robados. Todas las pesquisas fracasaron. Entonces, el comisionado de la Policía recibió una nota, una simple línea escrita en la envoltura de un paquete de cigarrillos. La nota decía: «En la cabecera de la cama, estúpido. *Gaunt*». Y fue allí donde Partington había ocultado los bonos. El mismo comisionado me lo contó.

*Sir George* extrajo la cigarrera. Encendió un cigarro, dio una fuerte chupada y escrutó la expresión de Francis, que parecía no haber escuchado.

—¡Saunders! —gritó el noble joven—, ¿no logra encontrar a nuestro amigo Kestevan?... Extraño... Me parece que habré de hacer yo mismo la búsqueda... y ver lo que pasa en los aposentos de Irene. Me sorprende que el doctor Manning no haya bajado ya. ¿Me disculpan un momento? ¡Por favor, vigilen y no dejen que nadie entre ni salga!

Salió presuroso hacia el gran salón, presa de visible descontento. Tairlaine, intrigado por las asombrosas referencias de *sir George*, preguntó con curiosidad a éste:

—¿Quién es exactamente ese John Gaunt? Nunca había oído hablar de él.

*Sir George* pareció refunfuñar.

—John Gaunt —contestó lentamente— es tal vez el más grande genio criminalista que se conoce en Inglaterra. Debiera haber un libro titulado: «*Gaunt: su ascensión y su caída*». Ambas fueron espectaculares.

—¿Estaba vinculado al Scotland Yard?

—¡Pchs! Sí, en cierto sentido. Si hubiera estado oficialmente relacionado, no se habrían producido algunas querellas sensacionales. Nadie pudo precisar con exactitud cuáles fueron sus conexiones con Scotland Yard. Nunca se lo pregunté al comisionado; tampoco él me lo dijo.

—¿Querellas, dijo usted?

—Querellas o cosa por el estilo; no podría establecerlo con exactitud, pero... En primer lugar, tiene fama de gran bebedor, y la confirma a cada rato. Esto nada significa en su contra; el vicio de un caballero nunca es considerado un vicio, según prácticas sociales establecidas; Además, cuando falleció su esposa..., hará de esto seis o siete años..., quedó herido hasta lo más recóndito de su ser. Incomprensible. Una vez dejó escapar a una mujer convicta de homicidio y la ayudó a huir del país. En otra ocasión, en el proceso Saidley, cuando el fiscal formulaba una acusación irrefutable, provocó un tumulto en la sala: juró que Saidley era inocente, pero que el tribunal no le permitía demostrarlo. Nuevamente hubo una trifulca respecto al uso de instrumentos científicos del Yard. Gaunt, hay que tenerlo en cuenta, es de la vieja escuela. Cualquiera que fuere el motivo, desde entonces cesaron sus relaciones con el Yard.

*Sir George* cortó cuidadosamente la punta del cigarro. El taco de billar se le fue de las manos, produciendo un ruido seco contra el piso; no se inclinó a recogerlo.

—Le encontré una tarde en el Embankment, poco después de su renuncia. De alta

talla, con bigote y perilla recortada, daba la impresión de ser un perfecto caballero. Cogiéndome bruscamente del brazo, dijo: «¡Modernos! ¡Científicos!... ¡Son tan abominablemente científicos, que no alcanzan a ver la verdad más simple! ¡Acompáñeme a tomar un *whisky!*».

—¿Y qué le ocurrió después?

—Le ofrecieron estipendios fabulosos para encargarse de investigaciones policíacas privadas; pero él, reacio a sistematizar sus métodos, declinó la oferta. Sus relaciones son numerosas y calificadas; es el tercer hijo del vizconde Barnehasset. La única vez que experimentó un serio tropiezo fue cuando el viejo Grunz, el anticuario de Viena..., ¿recuerda usted?..., sufrió el robo de un Viena..., ¿recuerda usted?..., sufrió el robo de un Rembrandt. Debióse esto a que Grunz le ofreció un Corot si se encargaba de la investigación. Gaunt deseaba tener ese Corot desde hacía quince años. Recuperó el Rembrandt en cuarenta y ocho horas, y escarneció tan rudamente a la Policía austríaca, que ésta se vio obligada a echar tierra al asunto para evitar un conflicto mayor. Pero, por lo que yo sepa, no ha realizado ninguna otra investigación desde hace años. Ahora se dedica a recorrer el mundo.

*Sir George* parecía ansioso de hablar rápidamente, casi con incoherencia, a fin de alejar del pensamiento lo ocurrido en la sala de armas. Pero no pudo sobreponerse a tales preocupaciones. Tenazmente observó:

—¿Qué le parece? ¿No le extraña lo que está ocurriendo aquí? Todo parece ambiguo... Dijérase que nadie...

Hubo una pausa. El inglés se levantó lentamente y se paseó, de un lado a otro, meditabundo. Las miradas de ambos se encontraron. *Tairlaine* presintió lo que pasaba en el ánimo de su amigo.

Suele haber ambientes tangibles, cosas impalpables que parecen reales a la vista. Esta sensación se deslizó en el ánimo del americano, causándole un vivo desasosiego. Advertía ahora con cierto temor la ausencia de ruidos abruptos, salvo el murmullo adormecedor del agua. Ningún sonido que fuera pulso de actividad. Solamente el crujido de la leña en la chimenea, pero nada más. Creyérase a todos los de la casa entregados al sueño. Fruncidas las cejas, *sir George* murmuró:

—Todo es erróneo, todo es falso. Quizá algo *peor*...

Su voz sonaba lúgubrementemente. Alzándose ahora en un murmullo perceptible, *Tairlaine* creyó oír rumores sofocados, como los producidos después de la muerte del lord. Cierres violentos de puertas, voces angustiosas, señales de consternación. De distintos puntos, ecos de carreras precipitadas y el tumulto confuso que origina un suceso fatal. Ambos visitantes se miraron con extrañeza.

Desde el lado del gran salón llegó el eco de pasos presurosos.

Francis Steyne, rígido y solemne, apareció de pronto y se detuvo bajo el dintel de la puerta. El muro era tan grueso que le hacía semejar a una figura en un nicho. Acentuaba esta impresión la palidez de su rostro, visible a pesar de estar envuelto en sombras. Levantando una mano para protegerse los ojos, dijo:

—¡Señores!... Algo horrible...

*Sir George* preguntó impaciente:

—¿De qué se trata? ¿Encontraron ya la...?

—Doris —dijo el otro en tono fúnebre.

—¿Qué ha ocurrido?

Apoyada la cabeza contra el muro de piedra, *Francis* explicó con voz apagada:

—No puedo soportar por más tiempo estos hechos horribles... La han encontrado hace unos minutos en el corredor que conduce a la cocina. Ha sido estrangulada. Tenía un collar de perlas en la mano.

## EN LOS CUARTOS DE LOS SIRVIENTES

«En la vida había sido muy hermosa; en la muerte casi lo era también», pensó el profesor ante el cuerpo de la infortunada joven. Aunque la cara de Doris Mundo aparecía ligeramente hinchada y los ojos revelaban una leve congestión, no debió de requerirse una presión muy poderosa para causar la muerte de aquel organismo juvenil. Criatura delicada, cuyo fino cuello había sido aferrado por los dedos de una mano grande de varón, yacía sin vida desde pocos momentos antes. Su postura inspiraba invencible compasión.

El lugar de la escena, según se presentó a los ojos del profesor, quedó grabado en su cerebro con los tonos más lúgubres y horribles. Partiendo de la galería que conducía al comedor, había un pasadizo bastante ancho y largo que llevaba a la cocina. Este pasadizo se alumbraba con una luz procedente de la puerta del castillo en un extremo y de la cocina en el otro. La muerta yacía sobre grandes losas, en rojo y blanco, con los cabellos desordenados, casi sueltos, bajo la cofia de encaje.

La forma en que había sido perpetrado el crimen y las apariencias absurdas de que se le pretendía rodear, colocando aquel collar de perlas en la mano de la víctima, denunciaban a las claras una mente execrable, una audacia inaudita por parte del monstruo que había cometido este segundo crimen. Uno y otro, indudablemente, eran obra de la misma mano.

Al mirar por encima del hombro de *sir* George, Tairlaine advirtió un repetido abrir de puertas y que alguien profería gritos delirantes. El despensero Wood daba muestras de agitación en la puerta de la despensa, haciéndose sombra con la mano. Una mujer gruesa, bajita, que Tairlaine supuso que sería el ama de llaves, atisbaba ansiosa desde la puerta de su propia habitación, profiriendo plegarias a gritos.

—¡*Mistress* Carter, por favor! —dijo Wood, súbitamente—. Interrumpa sus preces. Es una profanación.

Pero otra cosa dio la verdadera nota de horror en las dependencias del servicio. Era el sonido de voces elevadas en himno, que, a juicio de Tairlaine, no habían cesado de oírse desde que franqueó la puerta para ver a la jovencita asesinada. Estas voces provenían de un gramófono con altavoz, situado en el cuarto de Wood. Ferviente, casi extáticamente, el coro entonaba esta salmodia:

*Tropas de Cristo, en marcha,  
en marcha a combatir...*

Francis, que acababa de aparecer en el pasadizo, iluminado ahora, se inclinaba

para contemplar el cuerpo de la doncella.

... con la cruz como guía  
en contra de Luzbel;  
Jesús, el gran Maestro,  
templará nuestra fe.

—¡Llaman al médico! —dijo en tono apremiante *sir George*—. ¡Y corten ese condenado disco! ¡Pronto! ¡Pare ese gramófono, Wood!

—Al instante, señor.

Y el dispensero se internó en el cuarto; durante unos instantes más siguió oyéndose el canto marcial con las voces de triunfo, contra las fuerzas demoníacas. Luego se oyó el chirrido de la aguja, un golpe y el silencio.

Tairlaine se enjugó la frente.

—En su garganta hay impresiones marcas muy claras —dijo Francis, arrodillado junto a Doris Mundo; con un movimiento instintivo bajó los pliegues de su falda—. Terminan en puntas muy afiladas, según verá, y aquí están las huellas de las ligaduras de las falanges. También se ven los cuadritos de las cadenas que sujetan las manoplas a la muñeca. Sí; no hay duda. Ha sido estrangulada con un par de guanteletes.

—¿Quién encontró a la muerta? —preguntó *sir George*.

Wood volvióse bruscamente; sus facciones fuertemente pronunciadas se destacaban en la puerta iluminada, formándole ángulos de sombra que le hacían parecerse a un Mefistófeles asustado.

—Fui yo, señor. Hace sólo unos momentos —dijo, adelantándose respetuoso—. Estaba entretenido con la gramola oyendo ese himno. Es de motor eléctrico y puede tocar hasta doce discos sin interrupción. *Mistress Carter* gusta de los himnos, y por eso...

—¿Cómo la encontró?

—Era ya tiempo de cerrar, señor. Las diez y quince minutos. Yo salía de mi cuarto, y la vi ahí, en el suelo —dijo, señalando—. No la toqué poco ni mucho... En seguida me di cuenta de quién era.

—¡Pobre criatura! —murmuró Francis, incorporándose.

Hubo una larga pausa.

—¿Qué hizo usted entonces? —preguntó *sir George*.

—Traté de encontrar a su señoría, señor, para comunicarle lo que ocurría. Me encaminé hacia el gran salón y vi a *míster Francis* que subía la escalera; pensé entonces que era mejor que se lo dijera a él que a su señoría, y le seguí... No me atreví a llamarlo en voz alta. Luego los dos volvimos aquí.

—¿No sabía usted —preguntó *sir George*— que su señoría ha sido asesinado?

Algún músculo, alguna sacudida nerviosa, pareció inmovilizar las piernas de Wood. Literalmente casi cayó y tuvo que agarrarse a la jamba de la puerta.

—¡Oh Dios bendito! —exclamó horrorizado, mirando el cuerpo de la muchacha.

—No nos ocupemos por ahora de eso —dijo Francis—. ¿Cuánto tiempo

permaneció usted en su cuarto?

—Desde que serví el café, señor. *Todo el tiempo*. Vi a usted y a *sir* George que se dirigían a la sala de billar, y oí al señor que hablaba de jugar una partida de *snooker*. Después cerré la puerta del cuarto y me puse a oír música.

—¿Salió del cuarto alguna vez?

—No, señor. Juro que no salí.

—Entonces, ¿por qué no contestó a mi llamada desde la sala de billar? Fue una llamada insistente, pero no logré que despertara.

Wood se llevó una mano a la frente, como aturdido por ser interrogado y no poder contestar satisfactoriamente a las preguntas.

Tairlaine, estudiándole, le encontró bien conservado para su edad; distinto de esos majestuosos mayordomos, de aspecto avinado, que suelen tener las mansiones señoriales.

Lo siento mucho, señor —repuso el sirviente, pesaroso—; debió de ser por la música. No le oí, señor. Lo siento mucho.

—¿Cuándo la vio viva la última vez?

—A decir verdad, no recuerdo bien, señor. Debió de ser por la tarde, después que la pobrecita fue acometida por un ataque de nervios.

Un áspero incidente, iniciado por una voz seca que irrumpió en el debate, dio otro giro a la pesquisa. *Mistress* Carter, el ama de llaves, alisándose agresivamente la falda, dijo:

—Yo le explicaré lo ocurrido, *míster* Francis, aunque todos sepamos la causa —y señaló el cuerpo de Doris—. Todos saben aquí que yo he sido la última en hablar mal de la muerta. La verdad es que era una muchacha inmoral y nociva. ¡Ojalá el Altísimo olvide su conducta y tenga piedad de su alma!

Francis no pudo evitar un gesto de irritación. Fosco replicó:

—Todos lo deseamos así; pero dejemos eso, por el momento. ¿Qué ocurrió? ¿Cuándo habló por última vez con ella?

—¡Muy bien, señor! ¡*Muy* bien!... Entonces..., sí, le contaré. Usted no ignora cómo se comportaba; sí, lo sabe usted bien. Después que hube enterado de todo a su señoría..., ¡oh, cómo se indignó!..., y también a *miss* Patricia, hicimos que la viera el doctor Manning. Ya sabe lo que el doctor comunicó. Luego, en vista de su estado delicado, dispuse que fuera llevada a su cuarto, que comparte con Annie la camarera. Sí, así fue la cosa —afirmó *mistress* Carter con gesto ceñudo.

—¿Algo más, luego?

—Entonces, el doctor tuvo una conversación con su señoría, nada agradable, por supuesto, aunque de ella nada oí. Doris estaba levantada en su cuarto. Su señoría quiso que el doctor se quedara a comer, pero el doctor adujo que no estaba con las ropas debidas, y como es todo un caballero y además tenía apetito, preguntó si le podían enviar un refrigerio a la sala de música. Se le preparó carne hervida y algo más y le servimos. Luego...

—Esto nos aparta de la cuestión, *mistress* Carter —interrumpió Francis—. ¿Cuándo vio a Doris por última vez?

—Fue ésa la última vez, míster Francis. ¿No se lo dije ya? Fue en su cuarto, adonde yo la envié hasta decidir qué haríamos con ella. No se podía tener en la casa ese ejemplo de corrupción, capaz de contaminar a las otras muchachas si las teníamos todas juntas. Conseguí de Annie que prometiera que dormiría en otra habitación, con Jane y Nellie, y no hubo más.

Francis observó con pesadumbre:

—Por lo que llegó a mis oídos, es difícil que Annie y otra fueran contaminadas —sus facciones algo contraídas denotaban indicios de amargura. Mirando compasivamente a la muerta, añadió—: No omitiré esfuerzo para encontrar al monstruo que estranguló a esta infeliz; todas sus argucias para ocultarse serán inútiles. Escuche, *sir* George: conoce usted a John Gaunt, ¿no es así?

—Sí; ya le conté algo respecto a él.

—Entonces, ayúdenos. No hay tiempo que perder. Las pistas se desvanecen si no hacemos una investigación adecuada. John Gaunt está ahora en el Globe Hotel, cerca de la cancha de golf. Ofrézcale lo que quiera. Si no quiere dinero... ¡Bueno! ¿Qué cree que le puede interesar?

—Cuadros, libros viejos, caballos. Sí, y armaduras. Ahora que recuerdo, buscaba...

—Perfectamente. Tenemos un Reynolds en la galería de cuadros. Y un volumen de la primera edición de las «*Baladas líricas*», con el nombre de Coleridge en la primera página. Y el mejor potrillo de los *haras* de Suffolk... Dígale que puede llevárselo todo, inclusive esa malhadada colección de armas, si ése es su gusto. Cualquier cosa, *con* tal que venga.

*Sir* George miró asombrado a su joven amigo. Tairlaine escuchaba conmovido.

—Trataré de complacerle, Francis —dijo severamente—. Pero... ¿se diría que esto le ha emocionado más que la muerte de su padre?

—El hombre que ha cometido esta muerte es el más abyecto, el más miserable. Y no he de descansar hasta verle en la horca. He de remover cielo y tierra para conseguirlo.

Una voz pomposa, de predicador, resonó en el pasillo, diciendo:

—¡Espantoso, espantoso!

Ajustándose sus lentes de oro, el doctor Manning apareció seguido de Saunders. *Sir* George hizo un movimiento de cabeza y se retiró cuando el doctor se inclinó sobre el cuerpo de la víctima. Cuando puso el cuerpo boca arriba, todos desviaron los ojos para no mirarle la cara, a excepción de Francis, que la observaba tenazmente, con creciente pesadumbre.

El doctor hizo un examen minucioso.

—Es casi el mismo género de muerte, hijo mío —murmuró atónito—; la misma mano ha cometido las dos muertes. Era casi tan endeble como tu padre, aparte de que

su estado..., ¿comprendes? La sangre tenía poca resistencia. La asfixia se ha producido en pocos instantes. Noto en su garganta unas marcas bastantes curiosas...

—De dedos de acero —dijo Francis—. Son los guanteletes que el criminal sustrajo del museo.

—¡Ah! —murmuró el doctor, incorporándose y limpiando los cristales de sus lentes—. ¡Ah sí..., eso debe de ser! ¡Señor, señor!... ¡Cuánta desgracia!... Me he tomado la libertad, Francis, de enviar a Lee a Aldbridge para que fuera en busca del inspector Tape. Tu madre ha recibido la otra noticia con resignación. Hace un momento se la he comunicado.

Francis asintió con el gesto.

—Esto facilitará las cosas —replicó, aliviado; y, fuese por accidente o por designio deliberado, su voz ordinariamente indolente imitó las inflexiones del tono del doctor—. Nosotros también nos tomamos una libertad. *Sir George* va a ir al *Globe Hotel* para conseguir los servicios de *John Gaunt*.

El doctor Manning volvió a ponerse los lentes. *Tairlaine* notó una curiosa expresión en su rostro cuidadosamente afeitado.

—¿El detective? —preguntó—. ¡Ah, muy bien!

—¿Nada más que decirnos, doctor?

—Creo que no. ¿Ha observado —agregó— el collar de perlas que tiene en la mano? Parecen ser perlas de un gran valor.

—Ya lo vi. Son perlas auténticas. De primera impresión, me han parecido las que papá eligió para regalárselas a *Irene* en su cumpleaños. —Francis vaciló levemente al ver llegar a *Massey* desde el comedor. El secretario miró sólo una vez los restos mortales, y pareció estremecerse de emoción—. *Massey*, le agradecería —continuó el hijo del lord— que examine por un momento esas perlas. Estoy casi seguro de que son las mismas compradas hace poco para el cumpleaños de *Irene*.

Hubo un temblor apenas perceptible en el rostro de *Massey*, pero hizo un gesto de asentimiento y se inclinó sobre el cuerpo. Cuando levantó en alto el brazo derecho de la muchacha, un manojo de glóbulos nacarados brilló entre los dedos contraídos de la muerta.

—Son las mismas perlas, en efecto.

—¿Dónde las guardaba papá?

—En una de las dos cajas de hierro. A veces, en la caja del despacho; otras, en las de su propio aposento. No sé bien en cuál. Solía cambiar los valores y alhajas de una caja a otra. Decía que lo hacía por precaución. No comprendo cómo... ¡Ah! La última vez que las vi las tenía en la caja del despacho.

—¿Cree posible que ella pudiera abrir esas cajas?

*Massey* hizo un gesto de estupefacción. Después de apoyar una mano en el suelo para poder incorporarse, dijo convincente:

—Sin duda alguna. Cualquiera podría abrirlas. Las combinaciones de cierres están escritas en las paredes. Pero ¿para qué quería ella?...

—Estamos perdiendo el tiempo en conjeturas —exclamó impacientado Francis—. ¡Que me lleve el diablo si sé lo que he de hacer! Será bueno, sin embargo, que echemos una mirada a las dos cajas fuertes. ¡Ah! Según me ha dicho usted varias veces, papá solía guardar en las cajas grandes sumas de dinero, ¿no es así?

Massey hizo un gesto de sorpresa. Alejóse precipitadamente del corredor, pero vaciló de pronto y volvió.

—Si esto fuera un robo. Frank..., si te tratara de un robo... ¡Oh, no se me había ocurrido! En la caja del despacho hay diez bonos al portador de mil libras esterlinas cada uno. Lo sé porque hace dos o tres días yo mismo tomé los números de los bonos.

—¿Y en efectivo?

—El dinero lo guardaba en un cajón del escritorio. Hay dinero en uno o varios cajones, pero él conservaba las llaves. La suma exacta no la conozco.

—¿Dónde estuvo usted últimamente?

—En el despacho... por asuntos de lord Rayle —contestó el secretario con visible esfuerzo para ordenar sus pensamientos—. Estuve allí después de la comida. Escribí a máquina una carta tomada del dictáfono, y despaché algunas minucias. Luego, como él no viniera..., sabía que no vendría a pesar de habérmelo prometido..., salí en su busca. Sería esto... ¡Oh, veamos! No recuerdo bien. Las nueve y media, más o menos. En ese momento todo estaba en orden; así me pareció, por lo menos. No me preocupé entonces de examinar la caja.

—¡Atienda! —dijo Francis de improviso, apartando la mano de los ojos—. En los últimos días observé que papá estaba fuertemente preocupado por una carta. Sería una carta muy importante, sin duda, ¿no?

Massey denotó estar incómodo.

Tairlaine, viendo sus ojos desmesuradamente abiertos, pensó en aquella cara rubicunda del reloj alemán, paciente e infatigable, girando en torno a la esfera año tras año.

—No he lavado todavía el cilindro del dictáfono —contestó Massey. Según quien lo escuchara, ese tubo podría provocar graves cuestiones—. La carta que escribí fue tomada de ese cilindro... ¿Quiere escucharlo usted mismo para enterarse de qué se trata?

El doctor Menning sorprendió a todos con esta reflexión:

—Su señoría era un hombre singular, hijo mío. Muy singular. Nadie como usted para saberlo. Además tenía frecuentes desvarios, susceptibles de causar delicados equívocos. ¡Lamentable infortunio! —cerrando de golpe la maleta con sus instrumentos profesionales, echó a andar como para eludir aquel lugar destemplado—. ¿Me será permitido sugerir que este corredor es un lugar poco propicio para una conferencia?

—En efecto, doctor —asintió Francis—. Pasemos a la biblioteca para adoptar alguna resolución. ¿Supongo que no deberemos molestarla..., molestarla a ella hasta

que venga la Policía?... ¡Oiga, Wood!

—Ordene, señor.

—Prosigamos un poco más las investigaciones, ¿quiere? Veamos. Los demás sirvientes no duermen en la casa. Quizá alguno de ellos haya visto algo interesante..., por el lado del torreón, tal vez. Vaya a despertarlos y trate de ver si consigue algo. Cualquier novedad que descubra, venga a comunicármela. Estaré en la biblioteca.

Wood estaba tratando de hacerse presentable. En el momento de ser interpelado por su amo, se alisaba sus cabellos grises; juzgando irrespetuosa esta actitud, se detuvo:

—Muy bien, señor. Todos deben de estar acostados ahora. Naturalmente a excepción de Saunders, aquí presente. ¿El...?

Saunders ni siquiera pestañeó.

—Estoy encargado de presentar todas las noches el gorro de dormir al capitán —observó sin dirigirse a nadie en particular—. Se lo he estado dando todas las noches desde la campaña del Soma. Creo haber desempeñado mi trabajo a conciencia, salvo mejor parecer del capitán. En cuanto a este otro crimen, no sé la menor cosa. ¿Quiere el capitán...?

—No quiero absolutamente nada, Saunders, excepto que nos acompañe a la biblioteca. ¿Místress Carter...?

—Diga, señor. Estoy esperando...

—Le ruego que vaya a despertar a las mujeres del servicio. Procure no asustarlas, pero trate de descubrir si saben algo, en cuyo caso me verá en la biblioteca. ¿Y la cocinera?

Místress Carter dio un chillido inclasificable, parecido a los que lanzaba lord Rayle. En aquella situación semejava un fantasma en el lugar de la muerte. Tairlaine se sobresaltó.

—¿Místress Bounder? —preguntó el ama de llaves—. ¡Bah! Duerme a pierna... ¡Oh, perdone! No hay quien la despierte. De todos modos procuraré interrogarla.

Francis miró en torno.

—Estamos todos aquí —dijo, cejijunto—, excepto..., ¡ah, sí!..., Pat. ¿Dónde la dejó usted, Bruce?

—En su cuarto; estuve a su lado hasta hace un momento —nuevamente Massey titubeó—. Parece que no quiere consuelos femeninos, según manifestó. No desea, según entiendo, que la molesten. Saunders entró en el cuarto y me enteró de *esto último*. Miss Patricia no sabe nada todavía. Como la vi tan agitada le di a beber un soporífero.

—Bien. Sabemos por lo menos dónde está cada uno. Irene, en su habitación, Pat... ¡Oh! —añadió sorprendido—: Falta uno de los habitantes de la casa. ¿Dónde está el hermoso bailarín? ¿Dónde está Kestevan? ¿Sabe alguien dónde está?

—Capitán —replicó Saunders—, fui a su cuarto en su busca, como me ordenó. Estaba envuelto en una bata de noche, de brillantes colores..., uno de esos quimonos

chinos de mangas muy anchas, y se encontraba escribiendo. Dijo que tenía que cambiar de ropa y que bajaría sin tardanza. Perdona usted, capitán; en este momento ha llegado.

Por algún tiempo Tairlaine estuvo bajo la sensación de que alguien, a espaldas suyas, estaba observando a la reunión por encima de los hombros y entre los muebles. El anuncio repentino de Saunders descubrió a Kestevan y le obligó a manifestarse. Sólo las aletas de la nariz parecían agitarse en su pálida cara de italiano, demostrando las palpitations usuales de quien respira con dificultad. Sus manos colgaban con rigidez militar.

—Aquí me tiene —dijo en su voz de tono agudo—. ¿Desea que me aproxime algo más?

—Nadie piensa hacerle daño —advirtió Francis—. Acérquese a mirar a la muerta; díganos si la vio antes y cuándo.

—Ciertamente —repuso el artista con dignidad. Sus grandes zapatos charolados movíanse sobre las losas del corredor como espejos oscuros. Cauteloso, avanzó la cabeza por el corredor, cual si presintiera algún peligro—. Ciertamente, la vi hace poco. Era una muchacha encantadora, ideal para el celuloide. ¡Y pensar que esta misma noche hablé con ella!

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—En materia de piernas era una perfección —dijo Kestevan como ensimismado—. Se parecía bastante a la primera dama de mi compañía.

—¿Dónde la vio usted?

—¡Oh!, por ahí y esta noche. Después de la comida, cuando estaba arriba... Me sonrió, y entonces note, ¡por mi honor!..., que se parecía a la estrella de mi compañía... Según creí notar, se dirigía a los aposentos de *lady* Rayle.

Sobrevino un silencio. Kestevan se fue apartando del cuerpo de Doris.

—¿A los aposentos de *lady* Rayle? —repitió Francis—. Es curioso, realmente curioso —luego, dirigiéndose al doctor—: Doctor Manning, ¿no estuvo usted con Irene toda la noche? ¿Vio a Doris entrar allí?

El doctor mordióse los labios.

—Sí, estuve con *lady* Rayle... casi toda la noche, En cierto momento dejé sus habitaciones para ver a lord Rayle. Así fue. Y antes de esto, lo recuerdo ahora, estuve fuera un largo rato. Fue a causa del auto. Temí que hubiera dejado el motor en marcha, y bajé para cerciorarme. Naturalmente, no quise ocupar para esto a uno de los sirvientes, suponiendo que podía ser un error mío. Llegué hasta el coche. Entre paréntesis, no estaba en marcha. Posiblemente fue entonces cuando la pobre muchacha entró. Pero yo no la vi.

—¿Cuándo bajó usted para ver su coche, doctor?

—¡Ah! —dijo pensativo el médico, esforzándose por recordar—. Mi joven amigo, no sabría decirlo con precisión las nueve y media..., tal vez un poco antes, un poco después.

—¿Fue en ese tiempo cuando vio a Doris? —preguntó Francis a Kestevan.

—¿Si vi a...? ¿Se refiere a la joven parecida a la estrella de mi compañía? —inquirió Kestevan—. No lo sé exactamente. Nunca me fijo en esas cosas. Yo me levanté, señores, y me encaminé a mi habitación. Para escribir a mi tía —explicó con el aplomo de quien no cree necesario explicar nada más—. Desde ese momento ignoro cuanto pasó en la casa.

Saunders hizo un leve gesto para intervenir.

—Perdone, capitán —dijo gravemente—, y con su debido permiso. Pero lo que él dice, temo mucho que no sea verdad. No exactamente, por lo menos.

Las manos de Kestevan cayeron inertes, quedando como sin respiración. Altivo, esperó la acusación.

—Quiero decir —prosiguió Saunders pacientemente— que no trato de contradecirle sobre el momento en que vio a Doris. Me refiero a que no se encaminó directamente a su cuarto. En vez de eso, salió y se dirigió hacia la puerta del torreón que queda detrás del castillo.

La denuncia provocó estupor en todos los oyentes. Por un momento, Kestevan permaneció impasible y habría dejado la referencia sin respuesta; pero intimidado por el silencio general y por las miradas recelosas de todos, alzó amenazador el puño y gritó:

—¿Cómo se atreve a decir ese embuste, puerco charlatán? ¡Cuidado con lo que se dice, si no quiere que le haga despedir de la casa!

Por más que procuraba dominarse, notábase en la voz de Kestevan una honda alteración. Saunders se limitó a observar las grandes losas del pasadizo. Respetuoso contestó:

—Esto, señor, es cosa que resolverá el capitán. Y repito lo que dije antes: usted hizo lo que yo he dicho. Le vi con mis propios ojos.

Tairlaine quedóse boquiabierto. La denuncia de Saunders tenía una importancia extraordinaria. Si alguna duda pudiera tener de ello, la habría desechado al observar la súbita palidez que cubrió las facciones de Francis. Ahí estaba, presumiblemente, la explicación de aquellas puertas condenadas por lord Rayle; la inexplicable presencia de Patricia en la sala de armas, y sus andanzas en torno al tapiz flamenco que ocultaba la puerta secreta por la cual se iba al torreón, *lugar ideal para una cita*, la confusión de la jovencita en explicar los motivos de su presencia allí, con lo cual se comprometía gravemente y provocaba toda clase de sospechas respecto a la pesquisa sobre la muerte de su padre; finalmente, la revelación de Saunders acerca del lugar adonde se dirigió Kestevan —el hombre fascinador amado por las mujeres—, que sería para consumir otra obra de seducción artera en la casa a la cual había sido invitado.

—¿Admite o niega lo que dice Saunders? —preguntó Francis a Kestevan, con furia mal disimulada.

—No quiero descender a discusiones de esa clase —repuso—. Lo que tenga que

decir sobre esto será al lado de un abogado y ante un miembro de la Justicia. Usted no es quién para interrogarme.

—¿Puedo sugerir otra cosa más? —insinuó el doctor Manning. El tono oratorio de su voz estaba impregnado de fastidio—. ¿Puedo sugerir que nuestras diferencias se diriman fuera de las dependencias del servicio? Hace ya mucho que estamos aquí...

—Sí; salgamos de este pasadizo.

Todos callaron. El grupo echó a andar, huyendo del viento frío que empezaba a soplar en el corredor donde yacía la pobre Doris. Mister Carter quedóse detrás, comentando con sus subordinadas las extrañas cosas puestas al descubierto en los interrogatorios. Encuadrado aún en el marco de luz de su propia puerta, Wood —un Mefistófeles medroso, con cabello tan tupido como un casco— permaneció largo tiempo en actitud inmóvil.

Tairlaine pasó por la extraña sensación de haber visto en alguna parte una figura parecida, de este o del otro mundo. Algo sobrenatural.

Pero cuando volvió la vista atrás vio al repostero con una manta roja en las manos para extenderla piadosamente sobre el cuerpo de la muerta.

## JOHN GAUNT ENTRA EN ACCION

Al encontrarse nuevamente en el gran salón, Francis se volvió rápidamente y se encaró con Larry Kestevan.

—¿Sabe que tengo buenas razones —dijo en tono bajo, pero seco— para creer que Saunders decía la verdad? Bruce sabe lo que quiero decir, y el doctor Tairlaine también.

Las vibraciones habituales se repitieron en las fosas nasales del artista. Echóse hacia adelante para hablar en tono enérgico.

—Usted sigue demostrando que me detesta —fue su contestación—. Cree poder burlarse de mí, pero se equivoca. Necesita algo más que lo que tiene, Steyne, para burlarse. Y con todas sus ínfulas y su tono de superioridad, le diré que a su hostilidad contesto yo con la mía. ¿Entendidos?... Si no es así, puede irse al infierno.

—¡Bribonzuelo! —repuso suavemente el aludido—. Si estuviéramos en otra situación, ya tendría el correctivo que merece en sus huesos y en su vanidad. Una causa levísima, muy tenue, impide que lo haga.

Raspó un fósforo indolentemente y encendió un cigarrillo. Kestevan, que esperó producir una gran confusión con su bravata, sintióse intimidado con la respuesta recibida. Tuvo la absoluta certeza de lo que iba a ocurrir si salía de sus labios otra palabra imprudente, pero no podía permanecer callado ante la amenaza de un castigo. Debía replicar algo, oponer algún intento de rebelión, pero no supo qué decir; no se le ocurrió nada.

—Y a lo que dije antes, debo agregar esto —continuó Francis con ardor—. Tendremos que informar a la Policía que Pat se encontraba en el museo. Es inevitable. En cuanto a lo demás, al torreón y a las puertas condenadas, ni una sola palabra. Ella estaba allí mirando las armaduras, y nada más... En cuanto a usted... Usted nunca fue al torreón, ni encontró la puerta clavada por el exterior, como ella la encontró de igual modo en la parte interior. Su palabra de que no estuvo allí es aceptada, y las referencias de Saunders son un mito. Pero, tan pronto como podamos hacerlo convenientemente, dejará esta casa sin chistar y sin ostentaciones.

—¡Eso está por verse! —dijo Kestevan eludiendo heroicidades por su propia cuenta—. Por si no lo sabía, entérese ahora: soy huésped de su madre y estoy aquí porque ella me invitó. En Bowstring sólo manda ella, y lo que ella ordena se hace. Veremos, pues...

Massey, al ver el gesto impulsivo de Francis, le contuvo por un brazo.

—¡Prudencia, Frank!

—¡Bien! —dijo Francis entre una gran bocanada de humo—. Señor Kestevan, nos vamos arriba para un asunto en el cual su presencia es innecesaria. Por consiguiente, no venga con nosotros. Debo prevenirle, sin embargo, que su alejamiento de aquí urge. Es imprescindible, sin demora alguna. De lo contrario, le pondré en un estado que no podrá mirar las luces de Kleig en muchas semanas. ¿Enterado? Vamos arriba, señores.

En silencio, los cuatro hombres —Francis, Tairlaine, Massey y el doctor Manning — atravesaron el gran salón y subieron la escalera alfombrada de rojo.

—Ya habrán notado ustedes —observó, pensativo, el joven durante la ascensión —, o quizá no lo hayan advertido, que detesto cordialmente a ese hombre. Me tiene sin cuidado que sea hermoso. No es esto; ¿tiene él la culpa acaso? Lo que detesto en él es que sea hermoso y estúpido como una mujer. Aunque tampoco tendrá la culpa de eso. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Vayamos ante todo a echar una mirada al escritorio!

La larga galería de retratos, al extremo de la escalera, relucía con la luz de múltiples bujías. Tras una baranda de cordones rojos, los tonos sombríos de los retratos brillaban con riqueza, sobria. Francis los saludó con la mano. Deteniéndose ante cada uno de ellos conforme desfilaban, dijo:

—¡Aquí estamos todos, nobles antepasados míos! Buen lote, en verdad. Ese de mirada acerada, largas piernas y gorguera, es Charles Steyne. Le cortaron la cabeza por delito de alta traición... El gordo de al lado, con pelliza roja y mirada lúbrica, es el juez Humphrey Steyne. También procesado por alta traición durante las «Bloody Assizes»<sup>[3]</sup>, y sentenciado por su cofrade, el juez supremo Jeffreys, que le puso bajo el hacha. Una tanda de locos. Muy a menudo he sospechado que yo lo estoy también. Nunca he sido capaz de creer que en el mundo hay algo serio, ni siquiera los deportes. Mi mente es una nube blanca, inaccesible. Y, créame, cuando hace poco hablaba abajo con ese pobre histrión, que es casi inofensivo, sentí tentaciones de arrojarle al suelo y pisotearle como a un reptil. Malo, malo. No me gusta eso.

—Bueno; ahora, amiguito mío —intervino el doctor Manning con sus amplias y benévolas maneras—, debe sustraerse a esas predisposiciones hereditarias, que no afectan en nada a su carácter —sonrió satisfecho del argumento empleado—. No crea en predisposiciones a la locura. Lo que necesitamos usted y todos nosotros es una botella.

—¡Inglaterra, mi vieja Inglaterra! —dijo Francis alzando la mano—. Lo único que puede ser nefasto para un individuo es tu clima, lo único que puede remediarlo es tu *whisky*. Lo sé por experiencia propia. ¡Por aquí, señores!... Este es el famoso escritorio. ¿Quiere encender las luces, Bruce?

Los cuatro permanecieron inmóviles hasta que se encendieron las bombillas.

—¡Alguien ha andado por aquí! —exclamó Massey, precipitándose sobre una diversidad de objetos dispersos por la pieza—. ¡La oficina ha sido saqueada!

Era una pequeña pieza con dos ventanas y varios muebles de metal para la colocación de documentos. Una gran lámpara verde alumbraba un escritorio con

máquina de escribir, cuya tapa estaba en el suelo, como tirada. Junto a la máquina había un dictáfono y debajo de éste un casillero con los cilindros usados para el dictado. Los papeles habían sido cuidadosamente puestos sobre el escritorio, única parte limpia de la oficina. Varios cuadros habían sido arrancados de las paredes, sin duda para ver si detrás de ellos había sido ocultado algún valor. Había vidrios rotos diseminados por el piso, y una caja fuerte empotrada en la pared se hallaba semiabierta. Contiguos a ésta, toda clase de papeles caídos y desgarrados. A dos pasos, una silla giratoria derribada, diversidad de planos de casas y fábricas y algunos catálogos de jardinería. Exactamente en medio del piso veíase un largo estuche cubierto de terciopelo, abierto, forrado con raso blanco.

—Esa es la caja donde estaban las perlas —dijo Massey levantándola—. No sé si por el momento será una operación prudente, pero tenemos que registrar la caja.

—Aguarde un poco —sugirió Francis—; no ponga las manos en esa caja. Vendrán luego y armarán un lío de todos los demonios sobre las impresiones digitales, aunque nadie sepa que sirven para atrapar a alguien. Tenga cuidado; cúbrase la mano con mi pañuelo.

El doctor Manning se acercó a la pared y se ajustó los lentes, mientras Massey abría del todo la puerta de la caja.

—Hay tres o cuatro combinaciones escritas en la pared —leyó el facultativo—. La última es bastante clara. ¿Qué hay dentro?

—¡Limpia! —exclamó furioso Massey, golpeando con los nudillos los compartimientos de la caja—. ¡Gran Dios, yo seré arrestado por esto y tal vez culpado de robo! Con tal que esos dichosos bonos estén en la otra caja del dormitorio... He administrado esta propiedad durante seis años, y creo haberlo hecho bien, pero ahora ya no habrá otro empleo para mí en toda Gran Bretaña. ¡Mire!

Tairlaine miró al interior. Había varios paquetes de cartas sujetos con bandas de goma, un libro polvoriento encuadernado en cuero, con un título floreado que decía: *Tennyson's Poems*, y un pequeño pote de plata con azúcar. Nada más.

—Una reliquia de la primera *lady* Rayle —dijo Massey tocando el libro—. Su señoría siempre lo miraba con veneración.

—También han escudriñado el escritorio —observó Francis desde detrás, registrando un cajón abierto—. Hay una llave en este cajón. ¿Es aquí donde guardaba el dinero?

Sin desprenderse del pañuelo, Massey sacó todo el cajón, donde había una caja abierta y voleada.

—Quienquiera haya sido el que ha hecho esto —dijo el secretario— utilizó sus llaves. Las llevaba pendientes de la cadena del reloj.

Francis seguía revisando cada uno de los objetos dispersos. Retirando la cubierta del dictáfono, se puso a examinarla con atención escrutadora. El tubo flexible con embocadura de vidrio y la palanca de control pendían del gancho lateral. Bajo la aguja que imprimió la cera había un cilindro instalado en el tambor giratorio. Por las

tenues líneas visibles en la cara podía verse que el cilindro estaba totalmente grabado.

Francis observó súbitamente:

—Se oyen contar diversos hechos absurdos sobre los dictáfonos. La voz no es mucho más fuerte que la que transmite el teléfono y rechina con una potencia endiablada. Es bastante fácil de identificar, y muchas veces da la impresión de ser una persona que habla detrás de la puerta. Sobre esto se basan muchas de las fantasías en los relatos de las novelas policíacas... Probemos éste. ¿Cómo funciona el aparato?

—Hable usted por la embocadura —explicó el secretario— y levante la palanca de control cuando usted la suelte, el tambor se detendrá y cesará la grabación. Si luego quiere ver cómo ha salido la grabación, ponga la aguja a la inversa y la voz saldrá por la boca de cristal.

Francis sacó el tubo del gancho y oprimió un botón en la base. Oyóse un chirrido; el cilindro comenzó a girar sobre sí mismo con un rumor leve. Otro chirrido más sonoro rompió el silencio al ser levantada la palanca de control, y del tubo partió una voz vibrante y seca claramente perceptible. Era la voz de lord Rayle, con las mismas vibraciones agudas e imperiosas que la hacían inconfundible.

Decía a chillidos:

«Massey, cachorrito picaro, siéntese ante la máquina de escribir y trate de copiar lo que le digo. ¡Ah! Escuche bien ahora. Escuche. Es para el procurador. Allá va —una ligera pausa—. ¡Qué fastidio! No doy con la dirección. Usted la conoce. Debe conocerla. Simpson y Simpson Court. Inner Temple. ¿Me oye bien?».

—Era su modo de hablar —intercaló Massey— para hilvanar el pensamiento. Sabía bien que le escuchaba.

—Pump Court, Inner Temple —chilló la voz hasta el falsete, con rabiosa insistencia—. Caballero. No. No. ¡Ah! Siempre cometo el mismo error. No quiero llamar caballero a ese maldito asno viejo, ¿oye? Bórrelo. Diga simplemente señores. Esto no deja también de ser mucho; pero ¿cómo diablos se los puede llamar? Señores. ¿Está listo, Massey?, *in re*. ¿Qué significará esto? Dios lo sabe. *In re* expreso la última voluntad de mi testamento, la tercera o la cuarta, para consignar otro cambio. Permítame agregar, señor (esto va para usted, Hartley Simpson, ¿me oye?) que el oportuno que me sirvió en su casa en agosto pasado no servía ni para los cerdos. Necesito eliminar una manda de mi anterior testamento. No sé cómo lo hacen ustedes, pero hágalo. Es referente a ese grandísimo idiota, el doctor Horatio Manning. H-o-r-a-t-i-o, como en *Hamlet*.

El doctor Manning murmuró:

—¡Oh, vean, vean! Debe de referirse a mí.

Otra pausa chirriante del dictáfono:

«¡No puedo encontrar el dichoso azúcar! —proclamó el cilindro—. Alguien me oculta siempre el azúcar cuando me dispongo a tomarlo... No ponga esto en la carta, gran idiota; suprimalo. ¿Dónde estaba? Ah, sí. En *Hamlet*. Horatio Manning quiere fundar una clínica para meterles gusanos a los niños o alguna porquería semejante. Le

prometí que podía contar con quince mil libras. Bien. No tendrá un solo cobre mío, y será bueno que se lo diga de mi parte. Un hombre que sustenta la opinión de que las inscripciones encontradas en los cascos de los buques daneses... no, no, usted no se interesa en eso, Hartley, ¿qué sabe usted de esas cosas?... “buques daneses en Ham”...; tonterías: deje eso. En fin, no tendrá de mí un solo centavo. Esto es cuanto quiero decirle. Entregue esa suma a mi mujer, así como el resto de mis propiedades. *Lady Rayle* quiere hacer una gran película. Bueno. Que la haga, pero no será mientras yo viva. De todos modos, entréguele el dinero... y, por todos los demonios, sirva a sus huéspedes mejor vino que el que me sirvió a mí. Soy de ustedes atento, etc. Procure tener lista esta carta para mañana, Massey. Recuérdelo. Trate también de que yo no la olvide...».

Francis aflojó la palanca del control y la palabra se apagó, aunque el cilindro continuó girando.

Con una sonrisa forzada, Manning comentó las referencias a su persona.

—Creo haberle dicho, querido Frank, que su padre era un hombre muy excéntrico. Tenía la costumbre de instruir legados para muchas personas y a la semana siguiente borrarlos de su testamento. Creo que usted puede confirmar esto, míster Massey, ¿verdad?

—Ciertamente —replicó con desaliento el otro—. Dice él que ésta es la tercera o cuarta enmienda. Van como quince ya. La dificultad de estos cilindros estribaba en la transcripción. Será bueno que hable con *lady Rayle* sobre el particular.

Francis cerró la máquina.

—Será bueno dejar esa conversación para más tarde, Massey. Este asunto del dictáfono plantea un punto interesante. ¿Hay en esto un carácter verdaderamente legal? No hay la menor duda de que ésta es su voz, y, teóricamente, Bruce es un testigo. Por otra parte, pienso que la ley no puede tener en cuenta estas comprobaciones. Nada hay previsto ni escrito sobre ellas. ¡Hum!

Prodújose un silencio prolongado, como si nadie acertara en lo que convendría decir. El doctor Manning mostraba una actitud irritada.

—Tenemos la otra caja en su dormitorio —dijo Francis—. Será bueno que vayamos a examinarla.

Abandonaron el escritorio y recorrieron los aposentos débilmente iluminados, pronunciando alguna que otra palabra. Massey trató de mantener la conversación, explicando el uso de cada habitación.

—Sus aposentos, dormitorio y cuarto de vestir, los de lord Rayle también, están contiguos en el otro extremo del castillo. Ya supondrán que todo está allí revuelto y nada limpio. Su vivienda era una pocilga. Cierta vez trató de trabajar allí, pero el desorden era tal que se lo impidió. Continuamente redactaba notas para un libro que desde hace años tenía en preparación, sobre la historia de las armas; pero las notas eran arrojadas por todos lados conforme las iba escribiendo. ¡Atención, señores! Por aquí se va a un pasadizo exterior.

Atravesaron una puerta en arco y se hallaron envueltos en el frío de la noche. A todo lo largo del muro había cuatro piezas, cada una con puerta y ventana, que daban a un balcón abierto, con vista al patio interior del castillo. La luna, alta ya, proyectaba su luz azulada sobre el vasto cuadrilátero del patio. Desde allí podían contemplar los muros nítidamente recortados contra el cielo, la potente mole del torreón erigida en un ángulo del castillo y las delgadas agujas de la pequeña capilla gótica, adosada a un extremo de la muralla exterior. Sobre ellos, las iluminadas ventanas del gran salón despedían fulgores azules y rojos. Alumbrado por dos pequeñas bombillas eléctricas, el cubierto pasaje, sostenido por una hilera de arcos semejantes a los del claustro situado inmediatamente debajo, corría en toda su longitud frente a las puertas y ventanas.

—Esta es la parte más incómoda del castillo —explicaba Masev a Tairlaine—, y en extremo difícil para la calefacción. Pero él insistió en tener aquí sus aposentos, lo mismo que los de *lady* Rayle... ¿Qué es eso?

Tairlaine, inclinado sobre la balaustrada de piedra, trataba de ver en las sombras del patio. Tras mucho concentrar la visión alcanzó a distinguir la cúspide del torreón circular y el mástil de la bandera, delineado por la luz lunar.

—¿Dónde está esa puerta del torreón que fue condenada últimamente? —preguntó—. Alcanzo a ver un claustro que lleva a la capilla y en él parece haber dos piezas de distribución análoga a las de aquí. Pero ¿dónde está la puerta?

—Allí hay varios dormitorios, pero nunca los usamos, pues son excesivamente húmedos. La puerta del torreón está al fin del claustro.

La luz de la luna, aun cuando comenzaba a condensarse la neblina, cubría de reflejos plateados las tejas de la techumbre. El rumor de la cascada, cada vez más atronador, rasgaba el silencio de la noche. Francis, erguido junto a uno de los arcos, contemplaba pensativo la maraña de chimeneas que se alzaba sobre el castillo como formas misteriosas.

—Esto me recuerda ahora —declaró el joven con voz lejana— lo que Kestevan dijo cuando vio a Doris salir de la pieza de Irene... ¿Qué suponen que estaba haciendo cuando vagaba por estos lugares fríos? ¿Se aficionó a los encantos de Bowstring iluminado por la luna? Me parece dudoso.

Interrumpió sus meditaciones y se incorporó al grupo que llegaba al extremo del pasaje. La luz brillaba en la ventana de una habitación y Massey anunció:

—Ahí vive *lady* Rayle. No debemos pasar de este lugar.

—¿Qué hay al otro lado de estas habitaciones? —inquirió Tairlaine—. ¿Un muro cerrado? Parece que no tiene otro medio de iluminación, ¿no?

Francis refunfuñó:

—¡Oh, ahí está la sala de armas! Aquellas ventanas tapiadas daban aquí. Pero ahora...

—Supongo que el criminal no se haya evadido por ese sitio —murmuró el doctor Manning.

—No, de ningún modo —exclamó el joven—. Las probamos todas y eran infranqueables. Sin embargo, debemos examinar las cerraduras por la parte interior. ¿Está abierta la puerta, Bruce?

La voz de Bruce Massey parecía apagada.

—Está abierta —dijo, dando un tropezón—. Lo malo es que él nunca quiso electricidad en ninguna de sus habitaciones, y hay que tomar precauciones para ver la menor cosa. Quédese ahí mientras me procuro luces.

Surgió una claridad, luego otra y otra, a medida que Massey encendía las velas que había conseguido. Era imposible determinar, a juicio de Tairlaine, si la habitación había sido saqueada. Era una hermosa cámara, de alto cielo raso, en la cual las llamas de las velas difundían un fulgor escaso. Había en ella un desorden espantoso. La cama, por el estilo de un sofá, no había sido hecha y las sábanas parecían no haber sido cambiadas en muchos días. A un lado del aposento, una mesa con manchones de tinta y goteada de estearina por las velas, y un montón de papeles desparramados en tal forma, que un vendaval no los hubiera desordenado más. Tras la puerta, totalmente abierta, del vestuario contiguo veíase un interior densamente húmedo, y, colgada de las perchas, media docena de trajes blancos manchados. La ventana en mosaico brillaba débilmente.

—*Hallo!* —dijo Massey—. Hallé una linterna eléctrica. Nunca supuse que él usara estas cosas.

Es mejor que las velas. La caja está detrás de ese tapiz contiguo al lecho.

El largo reguero de luz blanca de la linterna recorrió la cámara. Al acercarse al tapiz, Massey tropezó con varios pares de zapatos y un envoltorio de ropas. Levantó la tapicería, y las miradas de todos se concentraron allí. Otra caja fuerte, de diseño semejante a la anterior, fue puesta en descubierto. Estaba cerrada, aunque no con llave.

Sólo había en su interior una botella de tinta, varias plumas de ganso cortadas para escribir y un tarro chino de azúcar. La personalidad del pequeño lord resurgía ahora en la cámara, tan palpable como las inmundicias que se encontraban a cada paso. Estaba en todas partes. Colocar la mano sobre cualesquiera de los muebles o artículos diseminados era como tocar uno de aquellos hábitos sucios.

Massey cerró la caja.

—Yo podría poner en orden todo esto —dijo disculpándose—, pero ninguna sirvienta se habría atrevido a entrar aquí. Él tampoco lo habría permitido. Bien. ¿Qué más ahora?

—Déme sea linterna, Bruce —dijo Francis impaciente—, y veamos cómo están esas ventanas. Quiero convencerme de que no pueden ser abiertas.

Las ventanas, además de con fuertes pestillos, estaban afirmadas con sólidos travesaños, como los ojos de buey de un buque. Era evidente que no podían ser forzadas desde el exterior, y así lo confirmaron los cuatro hombres tras desesperados esfuerzos para vencer su resistencia.

—Las otras habitaciones ahora —requirió Francis—. Después haremos una visita a Irene.

El cuarto de vestir tenía una ventana de idénticas condiciones que las anteriores. Después de probar su solidez, Francis profirió algunas interjecciones de tono subido al ver sus manos ennegrecidas por el polvo acumulado en el montante.

Cuando llamaron a la puerta de uno de los aposentos de *lady* Rayle, prodújose un largo silencio. Después, una voz musical, pero algo metálica, indicó que entraran.

La primera habitación presentaba un contraste tan grande con lo que acababan de ver, que Tairlaine pestañeó estupefacto. Si lord Rayle había sido un espíritu medieval, no cabía la menor duda sobre el carácter y gustos modernos de su esposa. Los decoradores hicieron derroche de arte con los diseños en las paredes, en líneas y ángulos brillantes; había una concentración de luces pálidas sobre los espejos y una especie de brillo alabastrino que llenaba los ojos de delicias. En sillas y divanes veíanse tubos de plata y anillas metálicas en tal profusión, que todo parecía ideado por un artesano desequilibrado. Los cojines revestían diversidad de formas y estaban diseñados para proporcionar comodidad en cualquier postura que adoptaran sus ocupantes.

En una de estas otomanas, sentada bajo una luz difusa encontrábase *lady* Rayle. Junto a ella había paquetes de bombones, un falderillo y una media docena de novelas francesas, en todas las cuales predominaba la palabra *amour*. Para el alma desasosegada de Tairlaine, todo esto denunció una falta flagrante de buen gusto, sin la virtud de ser atenuado por la amenidad.

Pero *lady* Rayle no adolecía ni de amenidad ni de buen gusto.

Los ornamentos de que estaba rodeada brillaban en torno como un exceso de máscara sobre un hermoso rostro. Era bella, en verdad; muy pálida, de cabello cobrizo partido en dos sobre la frente, cejas muy tupidas de gracioso arco y ojos verde amarillento que al entornarse tenían una expresión y seducción portentosas. Su cuello bien torneado era sólido, como eran fuertes sus manos bien cuidadas y expresivas. Sonreía levemente.

—Buenas noches, señores —dijo a todos, sin mirar a Francis.

Su voz tenía vibraciones ricas, algo bajas. A primera vista, se tenía la sensación de dos cualidades por lo menos: que era profundamente enérgica y sagaz y que aborrecía a su hijastro. No era difícil adivinar que había sido una cantante y que estaba familiarizada con el homenaje de los hombres.

—Creo adivinar lo que están pensando —empezó serenamente, sin titubeos—. Se extrañan, sin duda, de que no muestre pesadumbre por la muerte de mi esposo. ¡Bah! ¿Qué se puede hacer? Yo no puedo sentir esa pesadumbre, porque nunca hubo entre nosotros ninguna clase de afecto en particular. Para mí, expresar dolor sería una hipocresía. Hoy día estas cosas están fuera de uso.

Frecuentemente sonreía, a ratos en forma mecánica.

Francis le habló amablemente.

—Lo siento mucho, Irene. Esa falta de afecto no ha existido de nuestra parte. Aquí todos simpatizamos con usted. Doctor Tairlaine, ésta es mi madre, *lady Rayle*.

La artista sonrió deferentemente.

—Le conocía ya, señor, por elogiosas referencias. *Sir George Anstruther* nos ha hablado frecuentemente de usted. Sé que es usted autor de varios estudios sobre la novela de la época victoriana. A decir verdad, detesto esa clase de novelas —sus ojos miraron con singular complacencia hacia un estante donde los lomos de algunos volúmenes brillaban con títulos rojos. Por un momento acarició al perrucho que tenía al lado, el cual lanzó algunos ladridos de descontento en respuesta a tales manifestaciones—. Esa clase de estilo es anticuada; ahora se quiere verdad, vigor, análisis certero, rudeza. Lo que yo llamo vida. ¿Disiento de usted?

—Creo haber oído definiciones tan profundas como las de ahora, *lady Rayle* —dijo Tairlaine evasivamente, comprendiendo que entre los dos había notorio antagonismo.

Ella agregó, algo rudamente:

—¿No está de acuerdo conmigo?

Francis acercó una silla.

—¿Me permite una interrupción, Irene?... Hemos venido aquí para discutir ese otro asunto nefasto. Otro crimen en la casa. Doris Mundo...

—¡Oh! —exclamó ella pellizcando al falderillo en el cuello—. ¿Qué hay de Doris Mundo?

—¿Estuvo aquí esta noche... con usted?

—Sí, estuvo aquí.

—¡Ah!

—Siempre tuve algún apego a Doris —contestó *lady Rayle*. Hablaba en el tono de quien regatea con un tendero, negándose a transigir con sus precios—. Pero esa muchacha ha sido una tonta. Tendrá que irse de esta casa.

—Veo que usted trata con un exceso de severidad a esa pobre joven. ¿Por qué?

—No suelo inmiscuirme en la moral de nadie —replicó *lady Rayle*. El perrito se sacudió y renovó sus estridentes ladridos—. Pero una muchacha que hace concesiones a sus pretendientes y por ello llega a la maternidad, es una verdadera estúpida. No puedo tolerar faltas de ese jaez. Noto que no le satisface mi franqueza. ¡Bueno!

Francis hacía oír un silbidito que reflejaba su pensamiento.

—En fin, esto no concierne a usted. La muchacha se ha ido. Mejor dicho, se ha muerto. Alguien la ha estrangulado hace media hora.

El joven se levantó lentamente de su silla.

*Lady Rayle* escuchó la noticia sin emoción, fijos sus ojos en Francis. Su mirada era dura, penetrante, casi acusadora. Por último, preguntó:

—¿No es esto una broma? —y sus manos se extendieron nuevamente en busca del perro.

—No.

Otra pausa. Un malestar creciente dominaba a todos.

—Lo siento; lo siento muchísimo —murmuró entre dientes la mujer.

—¿Estuvo largo rato con usted esta noche?

—No, no mucho. Vino para suplicarme que intercediera por ella ante mi marido.

Le dije que lo sentía mucho, pero que era imposible.

—Ya... ¿Cuándo estuvo ella aquí?

—Mientras el doctor Manning salió por algo a su coche. Doris tenía miedo de volver a ver al doctor. Tuve que decirle que sus lágrimas me interesaban poco. Las lágrimas son simples antiguallas.

Francis asintió con un gesto.

—Entre paréntesis —dijo como al azar—, ¿es usted la que invitó a Larry Kestevan a venir aquí?

—Sí, yo le invité. Soy una gran admiradora de su arte —detúvose vacilante, algo prudente—. Debo hacerle saber, Frank, que cuando se normalicen las cosas haré rodar una película sonora, en la cual actuaremos juntos. He resuelto volver a la pantalla.

—¡Bien! —exclamó Francis—. ¡Bien! Yo también tengo que comunicarle algo. Debo hacerle saber que cuando se normalicen las cosas echaré a puntapiés de esta casa a ese repulsivo y pequeño *gigoló*. Buenas noches..., Irene.

*Lady Rayle* se puso blanca como la cera. Sus labios se contrajeron como los de una máscara griega. Durante un momento, Tairlaine creyó que le iba a arrojar la caja de bombones, pero la sonrisa del joven la contuvo. Francis se mantuvo sumamente sereno; detrás de él había una galería, iluminada con candelabros, en la cual se veían retratos de grandes personajes, en colores solemnes y severos.

No hubo escena ninguna. Una llamada a la puerta permitió a *lady Rayle* elaborar una sonrisa. Era Wood el que llamaba.

—Discúlpeme, señor —dijo respetuoso—. El inspector Tape acaba de llegar. *Sir George* está con él y con mister John Gaunt. ¿Debo decirles que usted bajará a verlos?

## ¿QUE FUE ESE RUIDO?

Frente al fuego de la chimenea, un hombre alto y delgado acercaba sus manos entumecidas a los leños llameantes. *Sir George Anstruther* llevó allí a *Tairlaine* para presentárselo; mientras *Francis* exponía los detalles de la situación al inspector *Tape* en el gran salón.

Sólo brevemente había mirado *Tairlaine* al inspector, y su impresión fue óptima. Tenía el porte militar de un sargento mayor y grandes ojos azules, que sabía entornar o abrir desmesuradamente con malicia y fijeza desconcertantes. En su cara de óvalo estrecho descollaba, como ornamento principal, un par de bigotes desmesurados, mayores que cuantos *Tairlaine* había visto desde que saliera de Francia. Ambas guías estaban enceradas y tenían una longitud aproximada a la de las agujas de ganchillo. El inspector *Tape* se retorció las puntas del mostacho con el pulgar y el índice, según inclinaba la cabeza a un lado u otro, al escuchar las informaciones de *Francis Steyne*.

Pero *Tairlaine* estaba especialmente interesado en *John Gaunt*. Insociable, *Gaunt* rehuyó la charla y se acodó en la repisa de la chimenea. El norteamericano se había preparado para enfrentarse a un carácter rudo, probablemente arisco y verosímilmente con un barniz de cortesía burlona. En consecuencia, quedó sorprendido al verse frente a *Gaunt*. Espíritu conservador —parlamentario de la vieja escuela—, un poco gustador de sí mismo, *Tairlaine* había encontrado pocas veces tanta cortesía, ni llevada a un extremo tan cumplido.

En su aspecto físico, *sir George* lo había descrito de una manera exacta. De alta estatura, tal vez delgado, usaba chaqueta de comer, de viejo estilo, abotonada hasta cerca del nudo de la corbata, que quedaba semioculta. Sobre la pechera colgaba un monóculo, sujeto por una cinta negra. Estaba ligeramente embriagado, pero esto sólo podía advertirse después de una observación cercana, aunque el olor a *brandy* denunciaba claramente su estado. A primera vista, creyérasele un hombre semiexhausto, consumido por las aventuras de la vida, pero avezado al peligro y las formas de vencerlo. Moderado, cortés, impetuoso cuando el caso lo requería, y con cierta fragancia de la vida estudiantil en los claustros colegiales..., y semidormido, por lo general.

Extendió una larga mano, sonriendo.

—Tengo oídas muy buenas cosas de usted, doctor *Tairlaine* —expresó, y éste tuvo la sensación de que iba a simpatizar con aquel hombre—. El año pasado asistí a varias de sus conferencias en Cambridge. Sus definiciones sobre la manera de *Thackeray* fueron especialmente notables, casi tanto, a mi entender, como las propias

de Thackeray sobre los humoristas ingleses, de las cuales conservan su aroma. Permítame que le felicite.

Tairlaine agradeció el elogio.

—Muy agradecido, míster Gaunt. Según tengo entendido, ¿se ha encargado usted del caso?

—¡Encargado del caso! —dijo, meditabundo, el criminalista; sus ojos, creeríase así, miraban hacia adentro, con ironía. Se volvió hacia *sir* George. Lo bueno era más aparente que real—. A propósito, George —continuó lentamente—; me encontré en París con el prefecto de Policía y el doctor Blanchard, de la Sûreté Générale, y ambos me favorecieron con varias interesantes impresiones relativas a mi persona. La síntesis de sus juicios fue la palabra *fogy*<sup>[4]</sup>... Estoy fuera de moda; el progreso de la ciencia moderna... Me he encargado del caso, sí. Una última aventura, queridos señores... Cometamos otro exceso antes de la brega. En Inglaterra ya no se puede beber en paz.

—¿Le ha explicado George de qué se trata? —preguntó con interés Tairlaine.

—Sí, algo. Me gustaría también conocer su apreciación de los hechos, doctor, antes que el inspector comience sus investigaciones.

Acercó a la chimenea una silla de respaldo alto que le colocaba en la penumbra, a pesar de que las llamas le iluminaban medio cuerpo, de la cintura para abajo.

—Una cosa ante todo —propuso pensativo—, antes que vea los cuerpos... Tú, George, solías ser un buen dibujante en el colegio. Mientras el doctor Tairlaine me ofrece una explicación de los hechos, ¿querrías hacerme un plano sencillo de las plantas de la casa? No es posible formarse una idea clara de un lugar tan grande como éste y seguir los presuntos pasos del criminal. Porque aquí, por lo que veo, la clave del enigma radica en la disposición de las habitaciones... Gracias, y si no lo toman a mal, ¿un frasco de *brandy*?...

*Sir* George llamó a Wood y le encomendó el suministro del *brandy*. Luego se sentó y comenzó trazar el plano del castillo, con toda la minuciosidad posible.

Tairlaine, por su parte, plenamente absorto en los terribles sucesos de la noche, comenzó una dolorosa descripción de todo lo que vio en la casa, desde el momento de la comida hasta el descubrimiento del segundo cuerpo. Gaunt se quedó inmóvil, cubriéndose los ojos con la mano y abismado en las meditaciones que le provocaba el relato. Cuando llegó el *brandy*, no hizo más que extender la mano derecha para alcanzar la copa y llevarse el licor a los labios. Tairlaine observó, a medida que avanzaba en la descripción, que los dedos de la mano izquierda se iban contrayendo lentamente.

—No debe atenerse únicamente a mis impresiones —continuó el norteamericano—; debe utilizar las notas de los testimonios. El inspector Tape probablemente...

—Gracias, doctor —dijo Gaunt, escéptico—. Creo que lo recordaré todo.

Un largo silencio. El rugir de la cascada se hizo más sonoro, pero Tairlaine estaba ya tan acostumbrado al rumor de las aguas que difícilmente lo advirtió.

Sin comentario alguno, *sir* George hizo entrega del plano. Gaunt extrajo una larga pipa, la llenó de tabaco y la encendió. El plano quedó sobre sus rodillas. Gaunt lo examinó un largo rato, mientras las espirales de humo se desvanecían sobre su cabeza.

—Para empezar por algo, doctor, ¿quién, además de ese hombre, Saunders, sabía que las puertas habían sido clausuradas?

—Por lo que yo sé, nadie.

—¿Vio alguien los clavos y el martillo que lord Rayle enarbolaba, además de ustedes dos, *míster* Francis Steyne y *míster* Massey?

—No podría asegurarlo. El viejo lord esforzóse por ocultarlos después que *míster* Steyne le llamó la atención sobre ellos, como ya le dije.

Gaunt movió la cabeza.

—Tenemos ante nosotros, doctor, un caso de no mucha astucia. El asesino, evidentemente, ha simulado estar a punto para descargar su golpe en otro, e impedir así toda sospecha respecto a su delito. En este caso, quiere hacérsenos creer que el criminal entró y salió por la puerta clausurada, detrás del tapiz. Pero falló en esa simulación; no sospechó que la puerta era infranqueable y que podía seguirse la verdadera dirección de sus pasos. —Gaunt adoptó una actitud más alerta—. Abrigo la esperanza de que podremos demostrar, por el dictamen médico, que *miss* Steyne no pudo haber estrangulado a su padre.

—Así lo espero también. Es de una delicadeza extrema.

—Por mi parte, doctor, espero que esta posibilidad no sea admitida por el inspector Tape. No deja de interesarme la situación de esa señorita, a pesar de su extraña conducta. Pueden buscarse otras explicaciones. Las hay —el humo formaba anillos sobre su cabeza; cuando levantó la copa, bebió casi todo el contenido del *brandy*—. Revela usted una cualidad notable, doctor, para recordar detalles —continuó distraídamente—. Por ejemplo..., ese *clic* que oyó me intriga. El punto importante es éste: ¿Cuándo lo oyó usted? ¿Provino ese *clic* del interior de la sala de armas?

Tairlaine se mostró contrariado.

—Lo siento mucho, *míster* Gaunt. Ese es precisamente el punto que no puedo recordar. Ocurrió en algún momento mientras lord Rayle estaba dentro de su galería, antes o después de su muerte.

—Pero ¡por el amor de Dios, señor!... —momentáneamente, se desvaneció la expresión fatigada de sus ojos; un fulgor súbito brilló en ellos, cual si hubiera descubierto un indicio revelador. Después recayó en su calma y prosiguió con el tema —: ¿No sabe..., no se le ocurre cuál pudo ser la causa?

—He tratado de explicármelo, pero... Tal vez pudiera...

—Le pido disculpas por mi temperamento, querido doctor. Creo que podría determinarse fácilmente cuándo ocurrió, si bien hay ahí elementos perturbadores. Tal vez se debiera... ¿Por ejemplo?

—¿La llave de la luz? Lo he estado pensando algún tiempo.

—La puerta según me ha dicho, estaba cerrada —las miradas de Gaunt se dirigieron hacia ese lado—. Un ruido de esa clase, por fuerte que sea, difícilmente podía ser oído a través de una puerta tan gruesa.

—O bien pudiera ser —murmuró Tairlaine pensativo— que lord Rayle diera vuelta al conmutador central al entrar en la sala y antes del instante preciso en que la cerrara de un portazo. Es perfectamente lógico un hecho así. El criminal pudo haberlas apagado después.

Gaunt movió la cabeza.

—La iluminación central es muy brillante, según infiero de lo que me ha dicho. En esa sala no había más luz que la de la chimenea y las pocas velas puestas sobre la repisa. En otros términos, la puerta de la sala de armas debía de estar casi a oscuras. Luego usted habría visto el resplandor de aquellas luces en caso de que él hubiera girado el conmutador antes de cerrar la puerta... ¿No le parece?

—Sí... debería haberlas visto.

—Hagamos la prueba. George, ¿quieres ayudarnos? Ve allá abajo. Penetra en el museo, haz girar la llave de la luz y cierra la puerta.

Gaunt cerró los ojos mientras *sir* George cumplía el encargo. El fuerte golpe de la puerta retumbó en la biblioteca, precedido por la iluminación del museo.

Gaunt interrogó:

—Y bien, doctor, ¿qué dice ahora?

—Vi las luces de forma distinta.

—Muy bien. ¿No se le ocurre ninguna otra explicación?

Tairlaine vaciló un instante.

—Casi no se me ocurre nada. Son puras fantasías.

—Mi estimado señor, tengo el hábito de alentar esta clase de facultades. El comisionado las rechaza. Ruégole que continúe.

—Hemos llegado a la conclusión de que el criminal, al estrangular a lord Rayle, llevaba guanteletes, como suponemos que ocurrió cuando dio muerte a la doncella. Estos guantes son pesados.

Si las puntas de los dedos de acero chocan contra el piso, en caso de que uno de los guantes se le hubiera caído al criminal; en otras palabras, si...

Gaunt miró fijamente la pipa. Sus oscuras cejas estaban levemente arqueadas y sus pómulos salientes formaban pozos de sombras en aquella cara pálida.

—El ruido, doctor, no pudo haberse producido cerca del pedestal de la estatua donde lord Rayle fue estrangulado. Tampoco pudo haber sido hecho en la segunda mitad de la sala..., el lugar contiguo a la puerta condenada..., o en cualquier otro sitio distante de la puerta.

—¿Por qué no?

—Por la cascada, doctor; no se olvide de la cascada. De haberse producido allí, usted no lo habría oído. Si me ha repetido correctamente las palabras de *miss* Patricia,

ésta hizo ver que una vez transpuesta la mitad de la sala, hacia el fondo, el rugir de la catarata es tan potente que no pueden ser oídos los ruidos más fuertes.

—Así lo afirmó... Aquí, en cambio, oyó no solamente el rumor de una disputa, sino también el ruido de las pisadas de lord Rayle al acercarse a la puerta. Lo que nos lleva a la conclusión de...

*Sir George*, desasosegado, se enjugó la frente, y arguyó:

—¡Gaunt, por favor! No pierdas de vista una cosa. Ya habrás supuesto, más o menos, por qué *miss Patricia* andaba por allí, ¿no? Convendría que...

Gaunt hizo una señal de asentimiento.

—Te prometo no mencionar eso, *George* —contestó solemnemente—. Creo poder encontrar un medio para desviar la atención del inspector Tape si el hombre se vuelve hartamente imaginativo. En el ínterin...

Hizo una pausa y se arrellanó nuevamente en la silla, sumido en las sombras. Casi inmediatamente después fueron apareciendo en la biblioteca la mayor parte de los hombres que había en la casa. Primeramente transpuso la puerta el inspector Tape, con su apostura militar y retorciéndose las puntas del bigote. Luego, el doctor Manning, con una maleta-botiquín de cuero; Francis, detrás de él, y a continuación Kestevan, Massey y Wood.

## SON HALLADOS LOS GUANTELETES

Todos se encaminaron hacia la sala de armas, precedidos por la enorme figura del inspector Tape. John Gaunt no había pronunciado palabra desde la llegada de los otros; absorto en sus meditaciones, parecía no tener más contacto que con su pipa.

El mismo inspector, hombre nada imaginativo, sentíase oprimido por el solemne terror de las figuras de acero. Su uniforme parecía sombrío junto a los colores vivos de los yelmos y coseletes. Retorciéndose las puntas del bigote, echaba miradas escudriñadoras a uno y otro lado.

—¡Rum! —dijo, exactamente como si pidiera una bebida—. ¡Rum!

Su exclamación retornó del fondo de la sala con eco tan pavoroso, que redujo la voz a casi un susurro. Sus ojos saltones se fijaron en Gaunt.

—¿Eh, *sir*?

Gaunt evidenció entenderle. Al volverse para mirar atrás, Tairlaine vio al doctor Manning detenido en la puerta. El inspector le hizo señas de que entrara.

—¡Y ahí tenemos a su señoría yacente! —consignó, apenado, el inspector—. ¡Pobre hombre!... ¡Tan gran caballero! ¡Ah! —acercándose al cuerpo, le miró de soslayo y empezó a hacer anotaciones—. Se me han dado seguridades de que ninguna de las personas que han estado aquí, desde que se descubrió el crimen, ha puesto la mano sobre el cuerpo ni alterado la posición de los objetos inmediatos. Ahora, doctor Manning, sírvase contestar a esta pregunta: ¿desde cuándo está muerto lord Rayle?

El doctor Manning consultó su reloj:

—Hará cosa de unas dos horas. Debió de morir a eso de las nueve y media.

—¿Fue a esa hora cuando le vio venir aquí, doctor Tairlaine?

—Aproximadamente. Quizá un poco más tarde. Sí, recuerdo que oí sonar el reloj. Entró en la sala a las nueve y treinta y cinco minutos o un poco más tarde.

—Exacto —dijo el doctor Manning—. Ponga entre las nueve y treinta y cinco y las nueve y cuarenta. Hacía muy poco que había muerto cuando yo le vi la primera vez.

El inspector hizo ademán de agacharse.

—Ruégoles, caballeros, me presten ayuda para volver el cuerpo... ¡Ah, gracias! No la necesitaba, en realidad. Un peso de lo más liviano, si los hay.

Instintivamente, Tairlaine desvió los ojos mientras se inclinaba la figura del inspector, pero en seguida se tranquilizó. La corpulenta figura del uniforme azul se agrandaba junto a la diminuta del cadáver. La muerte había impreso su marca sobre lord Rayle, y en aquella postura, tendido boca arriba, con las piernas arqueadas en el

aire, parecía estar balanceando un barril con los pies, como en las pruebas de circo. La expresión de sus ojos, desmesuradamente abiertos, era horrenda, agudizada por el rictus feroz de la boca. Tairlaine oyó de Francis un gemido entrecortado, y él a su vez sintió un malestar intenso. Los demás no parecían menos afectados.

—¡Ejem! —murmuró el inspector Tape, cuyas facciones cobrizas presentaban una viva alteración; luego, esforzándose por reponerse, exclamó—: Posición bien curiosa, caballeros. Como si hubiera sido agarrado por detrás mientras realizaba ejercicios en cuclillas. Gimnasia sueca llamamos a esto en el ejército —pareció complacido con este vuelo imaginativo, despejó la garganta y afiló una de las puntas del bigote con sólo un dedo—. ¡Eh!... Pero ¿qué es eso? Dijérase que aquí ha habido lucha... Sí, ha habido lucha, y bastante seria: un botón de hueso arrancado del tejido, ropas estrujadas de medio cuerpo para abajo, la cadena del reloj colgando, un botón de camisa suelto y la camisa manchada. Sí...; además, una maleta por el suelo junto al cuerpo. Vacía. Las manos sucias, y un rasguño bastante hondo.

Francis se inclinó para mirar. Cejijunto, interpeló a Manning:

—Esto es nuevo. Si mal no recuerdo, doctor, nos dijo usted que había sido agarrado por detrás y estrangulado sin que hubiera lucha, ¿verdad?

—¡Querido muchacho! —protestó el médico con voz desanimada—. No repite exactamente lo que yo expresé. Fue muy distinto lo que yo dije. Todos coincidimos en ello. Lo que yo dije fue que habría precisado muy poca presión para matarlo. En cuanto a que no hubiera lucha... No, no.

El inspector Tape extrajo una linterna eléctrica y se arrodilló junto al cuerpo iluminándolo; visto de cerca, el cadáver presentaba detalles horribles.

—Discúlpeme, señor —dijo a Francis—. Es muy extraña la posición en que ha quedado el cuerpo. Me da que pensar. Hay, además, tres nudos en la cuerda, sobre la nuca... Una cuerda de arco, según alguien me ha dicho; *sir* George, para ser exacto. Una cuerda que estaba en una de esas vitrinas. ¿Qué infiere de esto, señor?

Evidentemente, el inspector sentíase más intrigado y nervioso, según lo atestiguaban sus esfuerzos para despejar la garganta. A juzgar por ciertos gestos, parecía considerar el uso de la citada cuerda como una afrenta casi, y lo demostraba con lentos movimientos de cabeza hacia Gaunt. Este se hallaba quieto, de pie, dando chupadas lentas a su pipa. Parecía siempre estar tras la sombra de alguien, y ahora emergió de la voluminosa sombra del doctor Manning. Dejando en el suelo la copa de *brandy*, tomó la linterna de manos del inspector y se dispuso a realizar su primera inspección.

Todos guardaron silencio.

Doblando una rodilla junto al muerto, el detective pulía su monóculo con un pañuelo. Tairlaine, que observaba sobre su hombro, comprobó que no se trataba de un monóculo, sino de una lente gruesa, potente, como las que usan los joyeros. Los cabellos plateados del muerto brillaban bajo la luz del foco. Con hondo interés todos seguían los movimientos de Gaunt, mientras éste se inclinaba sobre el cuerpo. Breve

fue su revisión. Examinó especialmente la nariz y los ojos y trató de introducir un dedo bajo la carne hinchada, oprimida por la cuerda.

—Dígame, doctor... —manifestó, mirando detenidamente a la víctima con la lente sujeta aún en el ojo—, doctor Manning, ¿no es así? Gracias. Es indudable que estaba sumamente débil. ¿Cree usted que una ligera presión en el cuello, con el solo empleo de los dedos, pudo causarle la muerte?

—Eso es lo que he dicho —contestó el interpelado, algo a la ligera—; lo he dicho varias veces, estimado señor. Hasta la simple conmoción causada por la sorpresa del ataque pudo ser suficiente. Si realmente hubo lucha, este solo esfuerzo debió de bastar para provocar la crisis.

—De acuerdo —fue la respuesta del criminalista, al tiempo que giraba sobre sus talones—. Inspector Tape, debe usted saber que este hombre fue muerto antes que la cuerda le fuera atada al cuello.

El inspector, atónito por la revelación, apeló automáticamente al cuaderno de anotaciones.

En la cara de Gaunt veíase impresa una extraña y sombría expresión. Maquinalmente alargó el brazo en busca del *brandy*, como había hecho antes el inspector con el librito de apuntes. La pipa estaba retenida sólo por los dientes, y en esta forma difícil iba haciendo sus observaciones con frases secas y cortas.

—Lo puede usted comprobar, doctor, examinándolo desde más cerca. No hay rastros de sangre en la nariz ni en los ojos. Además, la cara sólo está ligeramente amoratada. La cuerda está tan fuertemente incrustada en el cuello que forzosamente debiera haber provocado hemorragias en los ojos y la nariz si realmente hubiera sido estrangulado con ella... Por lo que yo..., ¿alguien tiene un fósforo?...; por lo que yo deduzco, fue atado en esta forma aproximadamente al minuto de su muerte. Pero no fue muerto por estrangulación. Si quiere usted emplear mi lupa, inspector, podrá observar en el cuello algunas leves raspaduras. Nada definido, por supuesto. Dedos. O quizá, según me ha sugerido *sir* George en sus apreciaciones, huellas de guanteletes.

Apuró la última gota de *brandy* y limpió el monóculo.

—Pero... ¿para qué? —preguntó Francis, en tanto que el detective apagaba la linterna y la devolvía al inspector—. Quiero decir, ¿para qué, entonces, la cuerda del arco? Y si realmente hubo lucha, ¿cómo explicar esa extraña posición? Es como si el criminal le hubiese sostenido en el aire, en forma parecida a la de un ahorcado, teniéndolo así hasta producida la muerte y después lo hubiera soltado, cayendo el cuerpo sobre sus pies. Es decir...

Detúvose al iniciar una nueva conclusión.

—¿Y qué más, señor? —exclamó el inspector.

Gaunt iba y venía lentamente. Con sus pómulos pronunciados y sus patillas caballerescas, parecía hallarse en su elemento entre las armadas figuras de tiempos lejanos.

—Creo realmente que hubo lucha —decía meditabundo—; en cierto modo, por lo menos. Esa bata, como habrán observado, le llega hasta los pies. Si hubiera habido lucha verdadera, la parte inferior estaría sumamente estrujada. Donde la ropa habría sufrido más, por los esfuerzos y empujones inevitables, sería en la parte baja, en los bordes, porque tanto el atacante como el atacado tendrían que pisotearla, poco o mucho. En cambio, no ha sido desgarrada ahí, como pueden ver... Las partes rasgadas están en el frente, y el desgarramiento mayor en la unión del cuello con la capucha. Esto último es significativo. Ello revela que no fue el resultado de un choque de fuerzas. Lord Rayle, según infiero yo, estaba tratando de *huir* de su asaltante.

Gaunt encendió nuevamente su pipa.

—Permítame, inspector..., una pequeña reconstrucción. Lord Rayle, supongamos, llega inesperadamente hasta nuestro hombre, mientras éste se halla ocupado en una operación sospechosa. Probablemente llegaría muy cerca sin ser advertido; de lo contrario, lord Rayle habría echado a correr avisando a las personas de la casa. Supuestas así las cosas, la continuidad supone la muerte. El criminal le echa mano, desgarrando el cuello del hábito al atraerlo hacia sí, y luego... —el detective hizo un gesto.

—¡Bien, bien, señor! —interrumpió el inspector Tape—. Todo eso son puras conjeturas. Usted sabe que la pesquisa debe...

Titubeó, retorciéndose vigorosamente el bigote.

Gaunt, entre tanto, se había alejado hacia el fondo del museo y se oían sus pasos entre las grandes vitrinas; parecía que se hubiera olvidado del asunto. Momentos después seguían oyéndose sus pisadas, en ecos acompasados, bajo el techo de la galería.

—Ahora, señores —prosiguió el inspector en tono casi conminatorio—, si no tienen nada que objetar, será bueno que volvamos a la biblioteca. Encargaré al agente que proceda a trasladar el cadáver, después que el doctor quiera hacernos el favor de examinarlo rigurosamente. ¿Vamos, señores?

—¡Un momento, por favor! —contestó Gaunt desde lejos—. Un momento tan sólo...

El inspector demostró su impaciencia. Esta fue exteriorizada en miradas de fastidio a cada uno de los circunstantes, en gestos bruscos y en la entonación aguda que revestía su voz autoritaria.

—Es preciso que hablemos, claro, señor —expresó confidencialmente a Francis mientras abandonaban el lugar del crimen—. Yo soy un hombre práctico; no gusto de mezclar fantasías en las tareas que se me encargan. Me entiende, ¿no?... No me gusta este asunto, ni poco, ni mucho... ¿Por qué no me gusta?, dirá usted. Bien, señor... Por un hecho circunstancial: me siento inquieto entre esas armaduras antiguas, entre esos vestidos misteriosos. Siempre me ocurre lo mismo en situaciones análogas...

Contemplando el espectáculo guerrero que dejaban atrás, Tairlaine, comprendió

fácilmente la sensación de terror que tan ingenuamente confesaba el inspector.

Alguien había arrojado más leña a la chimenea de la biblioteca, y todos se habían agrupado, para reaccionar del frío de la sala de armas, frente al calor benéfico que despedían los tizones. Massey, con su inseparable cartera bajo el brazo; *sir* George, abismado en lóbregas meditaciones y mirando receloso en torno; Wood, a respetuosa distancia junto a la puerta, y hasta el mismo Kestevan deslizando ahora sus zapatos lustrosos por el piso.

—Bien. ¿Y ahora? —preguntó *sir* George.

—Ahora, señor —replicó el inspector Tape, hondamente preocupado—, ya he visto los dos cuerpos y procede dar comienzo a la instrucción del sumario. Si no tiene usted inconveniente, señor —dijo, volviéndose hacia Tairlaine en actitud severa y abriendo su libreta de apuntes—, su declaración jurada ante todo.

Tairlaine repitió lo que tantas veces ya había declarado, hablando y contestando en forma mecánica. En la agitación de que era presa, Tape rompió la punta del lápiz. Confundido, el inspector pidió disculpa.

—¡Es verdad, la pura verdad! —exclamó adusto, casi agresivo, Francis—. Dúdenlo cuanto quieran, pero así ha ocurrido. No renovemos la discusión. Bien me consta que la cosa es difícil, pero los hechos son así y no podemos enmendarlos. ¡Siga interrogando, por favor!...

El cuello del inspector se alzó desmesuradamente, alargándose como el de un ánade. Extrañado, miraba a unos y a otros.

—Pero no puedo consignar estas declaraciones, míster Steyne —observaba, golpeando el cuaderno con los nudillos—. El jefe me lo reprocharía muy severamente. Tenga en cuenta que una declaración improcedente...

—¿Tiene algo más que preguntar? —añadió Francis—. El doctor Tairlaine está esperando.

El inspector Tape se volvió hacia Massey.

—¿Confirma usted esto, señor?

—En todas sus partes —asintió el secretario con una firmeza que no permitía objeciones—. ¿Va usted a interrogarme ahora? A sus órdenes, señor inspector.

Bruce Massey declaró que había subido al escritorio para escribir una carta a máquina y que había bajado en seguida en busca de lord Rayle, poco después de las nueve treinta. Al consignar el momento en que el lord franqueaba la puerta de la sala de armas, el inspector se inclinó hacia adelante.

—¡Ah! ¿Parecía consternado, señor?...

—Por lo que pude inferir, muy consternado.

—La luz era tenue; sólo estaba encendida una lámpara. Me abstuve de girar el conmutador para dar más luz, pues él lo tenía prohibido. Sólo le vi un momento en esa situación, pero todo me llevó a suponer que pasaba por una gran contrariedad.

—¿Y qué fue lo que le dijo a usted? Recuerde bien...

Massey hizo un gesto de descontento.

—Eso es lo que he tratado de recordar toda la noche. Fue algo como: «Se han apoderado de las perlas», o «sustraído las perlas», o algo por el estilo. No puedo precisarlo bien. Yo fui a llevarle la carta para que la firmara.

—¿No dijo quién las había sustraído?

—No; estoy seguro de eso.

—¿Y qué hizo entonces?

—Simplemente me empujó hacia afuera y cerró la sala de un portazo.

El inspector anotó cuidadosamente estos detalles en su librito y se rascó la frente con el lápiz.

—Dígame ahora, señor: ¿no sabe por qué fue a la sala de armas en ese momento? ¿No le dio la menor indicación?

—No.

—Bien —el inspector hizo otras anotaciones, y después, más diplomático y confidencial, prosiguió—: Tengo entendido, según se desprende de las declaraciones de míster Tairlaine, que *miss* Patricia Steyne estaba en la sala cuando su padre fue muerto. ¿Eh? Dato valioso. Que encontró el cuerpo y tal vez vio...

Massey cambió una mirada con Francis, que daba muestras de nerviosismo. El rumor de la cascada iba creciendo, y la atención general se concentraba en ese detalle para encubrir el desasosiego que dominaba a todos. Las miradas que cambiaban dejaban entrever que se había forjado una justificación especial para excluir a la joven del interrogatorio.

—¿Qué estaba haciendo allí? —inquirió el policía alargando el cuello.

Massey dio la respuesta, en tono sincero:

—Pues mirar las armaduras; verificar si se había producido algún cambio. Todos... solemos hacerlo.

La última observación era hartamente forzada. Tairlaine pensó: «¡Qué imprudente! No tiene arte para los embustes. ¡Ni que los hubiera hecho a propósito!... Debemos ser más precavidos».

Massey tenía concentrada la atención en el cierre de su cartera.

—¡Hum! —murmuró el inspector—. ¿En la oscuridad?

—¡Oh, no estaba oscuro del todo! Había mía sola luz, pero se veía algo. Creo haberle dicho que su señoría nos tenía absolutamente prohibido encender las luces de la sala.

—Bien; admitamos que había alguna luz —refunfuñó el inspector con una tosecita poco tranquilizadora—. Y... ¿vió usted a la señorita?

—A decir verdad..., no la vi. Esa sala tiene unos treinta metros de largo, y ni al propio señor podía ver fácilmente.

—¡Ah!, entonces... Cuando usted estuvo allí, miró adentro, ¿no es así? Usted buscaba a su señoría, y en esa búsqueda pudo haber visto a ella. ¿No la vio?

—Dije también a usted —replicó el secretario imprudentemente— que no llegué ni a la mitad de la sala. Me limité a llamar a lord Rayle, y...

—¡Oh, no! —exclamó el inspector Tape, que iba excitándose gradualmente; un color cobrizo le subió al rostro cuando preguntó—: ¿Y cómo? ¿No contestó ella? ¿No salió si oía llamar a su padre?

—¿Salir *miss* Patricia? Además, si ella estaba en el fondo de la sala de armas, era imposible que me oyera. A causa de la catarata, ¿sabe? Y si estaba..., bueno, paseando entre las vitrinas llenas de armas, difícilmente me podría haber visto.

El inspector, después de mirar severamente a Massey, declaró:

—Necesito que *miss* Steyne comparezca aquí. No en este momento —dijo tranquilizando con la mano a Francis, que se disponía a protestar—, si su hermana no lo desea; pero sí a la brevedad posible. ¿Vio *miss* Patricia muerto a su padre?

Esta pregunta no fue dirigida a nadie en particular; Francis se apresuró a contestarla:

—Inspector, usted es un hombre razonable, un hombre imaginativo que se conduce de los grandes infortunios. ¿No le conmueve someter a un interrogatorio a una niña que pasa por dolor tan terrible?

—Sí..., comprendo que es un poco rudo. Procuraré no llevar al extremo el rigor policíaco —halagado por las diversas consideraciones del joven, se llevaba incesantemente la mano al bigote—. ¿No tiene otros motivos para desear un retraso?

—¿No ha sentido nunca la presión de un pesar intenso? —preguntó Francis con vehemencia—. ¿No ha sentido nunca el deseo de encontrarse solo y de concentrarse en sí mismo? Ansia de soledad, inspector; la necesidad de pensar... Mi hermana meditaba...

Tairlaine, a su vez, trató de presentar a una Patricia pensativa, y no halló la tarea fácil. La figura romántica descrita por Francis era poco convincente, y, presintiéndolo así, el joven noble apeló a razones especiales, tan extraviadas como artificiosas.

Tairlaine, en aquel momento, miró al rostro fatuo de Kestevan. La expresión de éste parecía decir: «¿Por qué no hablan de mis lances de amor? Esto vale tanto como todo lo demás». Sin embargo, el actor extrajo simplemente un espejo del bolsillo y se examinó el nudo de la corbata.

—Aplazaremos el asunto como *míster* Steyne desea —respondió Tape, acosado—. Quisiera retirarme un momento para reconcentrarme, como usted dice. Pero bueno es que sepa que no soy tan inaccesible a los ruidos externos como para no ver una lucha y un asesinato cometidos en la misma sala.

—Ya ha oído a *míster* Gaunt asegurar que no hubo realmente lucha. El criminal se limitaría a sujetarlo y darle muerte a mansalva. Además si hubiera proferido un grito, el rumor de la cascada habría impedido oírlo.

—¡Ah! —dijo el inspector, inclinada la cabeza a un lado—. ¡Veremos, veremos! ... No le digo ahora lo que yo pienso del asunto. Habrá que ver... Pero prosigamos. Los otros testigos ahora —dirigiéndose a Francis, preguntó—: ¿Dónde estuvo usted durante ese tiempo?

Francis lo estuvo considerando un momento, y contestó en su tono de displicencia

habitual:

—*Sir* George y yo estuvimos jugando al billar, desde que nos levantamos de la mesa —*sir* George asintió con un gesto—. Luego, como yo...

—¿*Todo* ese tiempo... jugando al billar?

—Así es... Es decir, déjeme que le explique. En la mitad de la partida, yo sentí sed. Tenía necesidad de una bebida espirituosa. Por tanto..., una acción muy natural..., llamé a Wood tocando el timbre. Pero Wood tenía el gramófono en marcha en su cuarto, y no me oyó —mientras hablaba había juntado las puntas de los dedos y los contemplaba pensativo; luego miró al despensero, que inclinó la cabeza. El inspector, cada vez más misterioso, anotó algo en el cuaderno—. En consecuencia, dejé el juego para servirme por mí mismo. En la pieza contigua, vi sobre la mesa los restos de una comida. *Mí*ssress Carter, nuestra ama de llaves, inspector, dijome después que allí había comido el doctor Manning. Busqué y rebusqué *whisky* por todos lados, pero no lo encontraba en ninguna parte. Tras una larga investigación, descubrí que una persona ingeniosa lo había ocultado tras un armero.

—¿Eh? —bostezó el inspector.

—Discúlpeme, señor —interrumpió Wood, adelantándose—; tal vez yo pueda explicar eso. Son cosas que se le ocurren a *mí*ssress Carter. Pretende, con razón o sin ella, que alguno de los sirvientes se ha aficionado a... —y terminó la frase apuntando con el pulgar a la boca.

—Saunders, sin duda —confirmó Francis con reprobación—. Es él quien hace desaparecer las botellas, ¿eh? Por eso nunca puedo encontrarlas en el aparador. Ya... Bien, inspector.

—Prosiga, señor..., y concrete.

Francis, en un estado de dudosa lucidez, prosiguió:

—Explico cosas que vienen al caso, inspector. Usted no las ignora. Se me ocurre a veces pensar que a todo el mundo le gustaría beber un poco más. Específicamente, pensé en el doctor Tairlaine, que estaba solo en la biblioteca y seguramente desearía humedecer el gaznate. Traicioné, pues, a *sir* George, y me fui en busca de Tairlaine. Lo demás, ya lo sabe usted.

Hubo un largo silencio. El inspector carraspeó fuertemente, demostrando mal humor. Frunciendo el entrecejo interrogó:

—¿Y cuánto tiempo estuvo fuera de la sala de billar?

—¿Fuera de la sala de...? ¡Oh, por Dios, inspector! —musitó sobriamente Francis—. ¿Usted quiere preguntarme cuál es mi coartada?

—No soy yo quien debe pensar... Es usted.

—La respuesta es: no lo sé bien. Tal vez cinco minutos... o más; diez quizá. Me es difícil precisarlo.

—No quiero sugerirle nada —indicó Tape subiendo el tono de voz—. Es simple rutina, rutina tan sólo. En todas mis preguntas rige la necesidad de acopiar informaciones. Lo que quise preguntarle es esto: si usted fue a la sala de billar con *sir*

George, tenían que estar uno a la vista del otro. ¿Fue así?

Hubo una sonrisa levemente maliciosa en la expresión de Francis.

—A decir verdad, no nos veíamos entre sí. Antiguamente había una puerta entre la sala de billares y la sala de trofeos, pero mi viejo la hizo tapiar. Tenía la costumbre de permanecer largo tiempo en ese sitio, y le molestaba oír jugar al billar, y más las charlas que provocaba el juego. Lo mismo que me ocurre a mí con las personas que juegan al *bridge*. Todos estamos algo tocados en nuestra familia; todos, quién más, quién menos. Debí habérselo advertido... No, inspector. No estábamos a la vista el uno del otro.

—Es como lo dice, inspector —terció *sir* George. El calor de la chimenea había encendido su rostro, que denotaba una honda preocupación, agudizada por la marcha del interrogatorio. Como a regañadientes, añadió—. No estuvimos siempre juntos, no. Pero..., Frank, déjese de incoherencias y explique pronto la situación.

Francis, reincidiendo en sus desvarios, abordó otro tema:

—Las cosas aparecen tan confusas, que las sospechas nos rodean a todos. ¿Quién puede asegurar que *sir* George y yo no estuviéramos de acuerdo para alguna trama, eh? Trama horrenda. Ya le he dicho que yo estoy algo tocado. Y *sir* George ha envidiado siempre la colección de mi padre. Luego...

—¡Cielos! ¿Adónde va a parar? —vociferó *sir* George, realmente incomodado—. El inspector ya tiene bastante en qué pensar para que lo embarulle con más preocupaciones.

—¡Por Júpiter! —exclamó Francis, distraídamente—. Tal vez le haya pasado inadvertido. Insisto en que todos estamos bajo la misma sospecha. El doctor Tairlaine y Bruce pueden haber tramado la muerte del viejo y forjado luego esa historia fantástica de la puerta para desorientar la investigación. ¡Ah! O también el doctor Manning y *lady* Ra...

Titubeó un instante bajo el recuerdo de la ruda entrevista sostenida con su madrastra. Hubo una pausa. Nadie acertaba con la forma de despejar la opresión, y el inspector Tape disponíase a formular nuevas preguntas cuando Wood, con un súbito movimiento de la puerta, creó un nuevo motivo de atención. El dispensero se había retirado, y a poco se le oyó discutir con una mujer, que exponía agitadamente un nuevo hecho. Todas las miradas volviéronse hacia aquel lado. Francis se adelantó a mirar.

—Discúlpeme, señor —masculló el dispensero, afectado—; *mistress* Carter vino a decir que se han encontrado los guanteletes. Están en el cuarto de Doris Mundo. No ha querido tocarlos por el terror que le inspiran. Si el señor lo desea, yo iré a buscarlos y los traeré aquí.

## LA VENTANA ABIERTA

El inspector Tape quiso acompañarle, dejando a los demás en la biblioteca.

—¡En el cuarto de Doris! —murmuró Francis, aplastando el cigarrillo en el cenicero.

*Sir George* jadeó acremente:

—Le ruego que se modere, Frank. Mientras nos dan este respiro, déjeme prevenirle: sea cuerdo. Cese en esas divagaciones, que le pueden perjudicar. El inspector es hombre peligroso y no quiera usted ser su víctima. Andese con cautela.

Con sorpresa de todos, Kestevan habló.

—Es edificante lo que ha dicho —terció, subiéndose los puños de la camisa que se le salían desmesuradamente—. ¡Atreverse a insinuar que *lady Rayle* pudiera tramar algo contra...!

—¿Tiene usted algo que ver en nuestros asuntos? —preguntó Francis con un renovado interés y mirándole curiosamente—. Ya era tiempo de que se oyera el timbre de su voz. ¿Podría, pues, decirnos qué clase de película es la que van a producir Irene y usted? Ella admira su arte, pero me ha dicho que su ambición es hacer *Hamlet*... No lo puedo soportar...

Kestevan se incorporó, apretados los puños y dando un paso adelante.

—¿Quién le ha revelado nuestros planes? —preguntó amenazador.

—Espías —dijo Francis en tono misterioso—. ¿Y qué, Kestevan? Un fatal presentimiento me advierte que harán una película terriblemente rusa. Una de esas poderosas producciones sin diálogo, en las cuales el autor resuelve todos los problemas que preocupan al mundo y es desterrado a Siberia por ello. Durante muchos años —musitó, pensativo, Francis— las empresas editoriales han estado empeñadas en una amarga rivalidad por imprimir las novelas rusas en el tipo más pequeño que fuera posible. Una vez aceptado el microcosmo, el autor será deificado. Además, los pueblos de habla inglesa estamos convencidos de que ninguna novela tiene verdadero mérito si los nombres de sus personajes pueden pronunciarse a primera lectura. El de Irene es inglés, lo sé... Sí, Kestevan, presiento que eso será ruso. Con toda probabilidad, *La familia contaminada*, por Boris Stifv.

Kestevan se puso en pie, apoyó las manos en la cintura y avanzó a grandes pasos.

—¡Que me lleven los diablos si sé lo que quiere decir! —bramó—. Lo único claro es que insulta usted a *lady Rayle*. ¿Será, sin duda, porque nuestra vinculación le trastorna y enfurece? Sí, vamos a rodar en común, pero será algo grande, que no está al nivel de ciertas mentes.

—¡Histrioncillo miserable! —puntualizó el otro.

—Será en ruso, es verdad. Supongo que también se ha enterado de eso, ¿verdad?, pero de factura inglesa. Sí, por alguien que es de su familia. ¡Una mujer! ¡Hará bien siendo menos injurioso, Steyne!

—¿Eh? —murmuró Francis—. ¿Alguien de mi...?

—Por lo menos, tiene el mismo apellido; luego infiero que lo es. Pero lo sea o no —resopló Kestevan haciendo a un lado esta cuestión—, convendrá que sea más respetuoso con el nombre de *lady*...

—¿Se refiere acaso —interrogó, intrigado, *sir* George— a esa escritora Gertrudis Stein?

—Sí, a ella.

—¡Ah! ¡Por las barbas de Moisés! —exclamó Francis—. La gran estilista de la familia... de Worcestershire.

—Perfectamente. ¿Hay algo cómico en eso? No estoy seguro de qué se trata, pero *lady* Rayle lo juzga excelente. Grábeselo bien en la mente, Steyne, y en cuanto a lo de echarme usted de esta casa...

—No lo dude, histrioncillo —sonrió Francis, lanzando una bocanada de humo—. En cuanto a su interpretación, creo que estará magnífico. Gran contribución. ¿Qué parte representará? ¿La regla perdida, los puntos suspensivos o el locuaz plato de frutilla? Y en ruso, además. ¡Pobre Hollywood! La obra será una revuelta artística.

Hablaba con animación creciente, los ojos chispeantes y más recia la voz. Temiendo un choque, *sir* George intervino:

—¡Calma, muchacho! Piense que su padre yace sin vida en la habitación de al lado.

Francis, con gesto impulsivo, estalló:

—¡Déjeme enloquecer! ¡No trate de moderarme! La tara de la familia está saliendo a la superficie. Si no hablo así, seré presa de furor. Además, los restos del viejo no están ya allí. ¡Mire!... Están evacuando el cementerio.

Pero Francis no miró, diose vuelta y trató de encender un fósforo para el cigarrillo, mientras un policía de uniforme azul y el impassible Saunders aparecieron en la puerta de la sala de armas llevando su carga mortuoria. El doctor Manning guiaba sus pasos.

Iban silenciosos y con expresión tétrica. Cuando desaparecieron por el corredor, Tairlaine oyó decir al doctor Manning:

—¡En la sala de música, por favor!

—*Sic transit* —murmuró Francis, bajando el tono de su voz—. ¡Dios tenga piedad de su alma loca! Tenía buenas cosas, no hay duda. Ya todo pasó... ¡Adiós, viejo! —después de encender el cigarrillo, añadió—: ¡Oh, ahí anda míster Gaunt! ¿Qué habrá visto?

Limpiándose el polvo de las manos con su pañuelo, míster Gaunt entró en la biblioteca.

—¡Bien! —inquirió *sir* George—. ¿Encontraste algo?

Aquél se encaminó a llenar su copa de *brandy* antes de contestar.

Un leve carmín coloreaba sus salientes pómulos; su mirada, habitualmente apagada, era más vivaz.

—No me atrevo a decirlo todavía —contestó lentamente—. Ese plano que trazaste, George, me ha sido de gran utilidad. Incidentalmente, he oído la última parte de la conversación. ¿Conque se han encontrado los guanteletes?

—Sí.

—Y en el dormitorio de la pobre joven —reflexionó Gaunt—. Sí; veremos qué es eso. Debo decirle, míster Steyne, que hizo una observación muy interesante cuando examinaba usted la posición del cuerpo.

—¿Le ha inducido a hacer alguna averiguación?

No le contestó al momento. Su mirada recorrió las diversas personas del grupo, como si estuviera considerando o descartando eventualidades. Finalmente, se fijó en Kestevan. Este, más pálido que habitualmente, se había acercado al fuego, dando la espalda a Gaunt.

—Observó usted —resumió Gaunt— que parecía como si alguien, al estrangularle, le hubiera levantado del suelo y mantenido en el aire hasta que se produjera la muerte. Me inclino a creer que en esa observación había gran parte de verdad. Pero con esta diferencia. Por ejemplo...

Repentinamente extendió los brazos. Sus finos y sólidos dedos se aferraron al cuello del actor, que fue levantado en el aire como un muñeco. Gaunt le hizo volverse para que los otros contemplaran su actitud.

Un grito inhumano, arrancado por el terror, brotó de los labios de Kestevan. Francis botó en el asiento y *sir* George lanzó una exclamación de asombro.

—Observen sus piernas —apuntó Gaunt.

Tan suavemente como si hubiera sostenido un objeto liviano, depositó al artista en el suelo. Kestevan casi se bamboleó; demudado el rostro, se llevó angustiosamente una mano al cuello de la camisa y con la otra se afirmó fuertemente en una silla. El diseño de Gaunt se había realizado: todos pudieron comprobar su demostración. El actor suspendido en el aire les había ofrecido un cuadro horrible: una pierna se había extendido hacia adelante; la otra, arqueada hacia arriba hasta casi tocarle el abdomen; los pies rectos, en punta, y los brazos echados hacia atrás.

Sacudiéndose rabiosamente, el hombre jadeó:

—¡Oh, por Cristo! ¿Qué significa este atropello? —respiraba con dificultad—. Me ha estrujado la camisa... Tendré que cambiarme de ropa.

—Presento a usted mis más sinceras excusas, señor —dijo Gaunt fríamente—. Fue una demostración que requería la investigación. —No parecía ebrio, ni enojado en absoluto—. Necesitaba un hombre pequeño como usted. Míster Massey tiene también la estatura requerida, pero es quizá demasiado corpulento para mi experiencia. Además, necesitaba cogerle a usted desprevenido para comprobar los

movimientos que le provocaría la reacción.

—El motivo del experimento —dijo Francis— ha sido cumplido. Pero ¿qué se proponía demostrar con ello?

—Un hombre que es estrangulado, sea cogido por delante o por detrás, acciona como han visto que lo ha hecho míster... ¿Su nombre, señor?

—Kestevan —apuntó Francis.

—Como míster Kestevan. Sus rodillas accionan juntas y patalea adelante o atrás contra el estrangulados La probabilidad más admisible, por tanto, es que forcejee hacia atrás. Es un movimiento instintivo por parte de quien trata de prenderse a la garganta de otro. Sobrevenida la muerte, como es lógico, los miembros de la víctima se aflojan y queda inerte. Ustedes advirtieron la falta de un botón de camisa. Es casi inconcebible suponer que nadie, en una lucha, intente arrancar un objeto tan diminuto como un botón de camisa. Sólo con gran dificultad lograrán ustedes si lo intentan, arrancar sus propios botones, aun encontrándose quietos. Este que ven se soltó, supongo, al igual que se salió del bolsillo la cadena del reloj, cuando lord Rayle se doblaba hacia atrás, mientras luchaba y sacaba el pecho hacia adelante, según míster Kestevan nos ha demostrado. Se preguntan ustedes adónde conduce esto. Hemos observado que su señoría, después de muerto, estaba tendido de espaldas. Ahora bien: faltaba un botón en su túnica, según observó muy sagazmente el inspector Tape. El ojal que correspondía a ese botón estaba considerablemente deformado, pero en una dirección muy curiosa. ¿Recuerdan en qué dirección?

—¿En cuál? —repitió Francis, confundido—. ¡Por Júpiter, no! No me fijé en absoluto. ¿Qué quiere decir eso de la dirección?

—Estaba deformado hacia arriba —informó Gaunt—. No necesito recurrir a nuevos experimentos, pero... —volvióse hacia Kestevan, que, sobresaltado, dio un paso atrás—, pero supongan que yo estuviera forcejeando con míster Kestevan. El lleva, en la ficción, una túnica suelta abotonada por delante. Yo le prenderé en la lucha y la desgarraré por el botón del pecho, como lo fue la de lord Rayle. Pero si yo he agarrado la ropa, habrá de ser inevitablemente desde *arriba* y ocasionar el desgarrar hacia abajo. No ejerceré la tracción desde debajo del botón, como si tratara de arrancarle el hábito hacia arriba, por la cabeza.

—¿Qué infieres de eso? —puntualizó *sir* George.

Gaunt, después de beber un sorbo de *whisky*, prosiguió:

—Este desgarrar, sin embargo, se ha producido desde abajo. Pero no como resultado de una lucha. En realidad, señores, nuestra lucha empieza a parecer muy poca cosa y con gran ventaja para una de las partes... Empero, ¿y si lord Rayle estaba de espaldas, y bajo la túnica abotonada había algo que yo necesitaba poseer..., digamos las llaves, la cartera o algo especial..., y no hubiera tiempo que perder?...

Francis interrumpió, palmeándose la frente:

—Usted agarraría la túnica por abajo y tiraría hacia arriba para abrirla más rápidamente, y así saltaría el botón. Hacia arriba, sí, como quien abre una lata de

sardinas.

*Sir George* reprochó mansamente:

—Como comparación, Frank, para referirse al padre, no parece muy...

—No, cierto —masculló Francis—; pero continúe, míster Gaunt. Sus deducciones son muy prácticas.

—Le tenemos tendido de espaldas, mientras el criminal rebusca en sus bolsillos. Sea cual fuere la forma en que hubiese caído, sus miembros no estaban ciertamente en la extraña posición en que nosotros los vimos más tarde, lo que hace suponer que impidieran los esfuerzos del matador. Debemos suponer, por tanto, que después de la muerte, el asesino, con relativa facilidad, pudo atarle la cuerda al cuello, sin duda para simular el asesinato por este procedimiento. *¿Y después?*... Podemos comprender ahora por qué el criminal puso el cuerpo boca abajo: le era necesaria esa postura para darle las tres vueltas al cuello. Pero...

Gaunt se inclinó adelante. Hallábase ahora en pie, de espaldas a la chimenea, sus angulosas facciones en la sombra. Tairlaine presintió una interesante deducción, aunque el investigador buscara ciegamente en la oscuridad.

—... pero *¿por qué* el asesino colocó el cuerpo inerte en esa extraña posición? Hay ahí, señores, uno de los tres principales problemas. No solamente era innecesaria esa posición, sino que el colocar un cuerpo en esa postura, cual un muñeco tirado, habría requerido un tiempo considerable. Y ya sabemos que el asesino no disponía de tiempo. Si yo no he entendido mal, entre el momento en que lord Rayle entró en la sala de armas y aquel en que su hija descubrió el cadáver no habían transcurrido más de ocho minutos. Luego de su infame tarea, tuvo que preparar la evasión. *¿Por qué* perdió ese tiempo?

Francis echó el cigarro a la chimenea.

—Esto se enmaraña cada vez más —dijo contrariado—. *¿Llevan a alguna solución esas deducciones, míster Gaunt? Creyérase que pretende sustituir tres enigmas por uno sólo. Tres grandes problemas. ¡Hum! El primero, me permito suponer, es por qué el criminal dio tres vueltas de cuerda al cuello después de ocurrida la defunción. El segundo acaba usted de indicarlo: ¿por qué puso el cuerpo boca abajo? ¿Cuál es el tercero?*

—El botón de la camisa y el de la túnica habían desaparecido —puntualizó Gaunt— y en algún lado habrían de encontrarse. Yo los he encontrado. Y, cosa curiosa, *¿sabe dónde?*

—En el suelo, presumo.

Gaunt sacudió lentamente la cabeza.

—No; no en el suelo. *En el bolsillo de lord Rayle.*

La leña chisporroteaba en la chimenea. *Sir George* parpadeó insistentemente como un Pickwick despavorido.

—*¡Bondad divina!* El criminal no sólo cambia la postura del cuerpo, sino que busca los botones en el suelo y los coloca cuidadosamente en los bolsillos de... Me

parece, John, que te engañas; eso es imposible.

—Ahí estaban, sin embargo —explicó Gaunt, mostrando los objetos en la palma de la mano. Después de contemplarlos un momento, expresó—: Ustedes lo juzgan imposible, pero yo no creo que esto sea tan difícil de comprender. ¡Por Dios santo! La explicación puede ser bien sencilla. Quisiera que el comisionado estuviera aquí; igualmente Blanchard, con sus aparatos analíticos. Discúlpenme, señores. Quiero decir que de estos menudos hechos pueden inferirse algunas deducciones sorprendentes. Por ejemplo...

Sus ojos, que relucían bajo sus tupidas cejas, cambiaron de fulgor y sus manos cayeron a los costados. Quedóse inmovilizado en su silla junto a la chimenea al franquear la puerta el inspector Tape.

—¡Ah! —dijo el oficial—. Aquí está el misterioso trofeo.

Traía un par de guanteletes de acero reluciente, con los dedos encorvados. Todos se agruparon en torno suyo al exponer los guanteletes a la luz de la chimenea.

Tairlaine los inspeccionó cuidadosamente. Era un trabajo del último diseño gótico, según *sir* George había indicado, ribeteado en la juntura de los dedos con falanges defensivas que terminaban en puntas muy afiladas. El juego de la muñeca estaba revestido con un paño escarlata deslucido, que llevaba estampadas las armas en lo que en algún tiempo fue de oro. El puñal propiamente dicho, cortado con diseño laborioso, subía hasta más de la mitad del antebrazo, sujetándose en el codo con una fuerte presilla de plata.

El bruñido metal brillaba con el juego de las llamas mientras pasaba de mano en mano.

—¡Fíjense, señores! —observó el inspector súbitamente—. Es un hecho que siempre me he resistido a creer. Ignoro la causa; la tradición tal vez. Yo siempre creí que las gentes de la Edad Media o de tiempos antiguos eran unos gigantes. Esto es lo que todos ignoramos. Hombres corpulentos; tan grandes... como yo mismo. Razas potentes todas.

Detúvose en sus reflexiones, parpadeando.

—Y bien, señores: todo es ficción, pura fantasía. Los trajes de armas que hemos visto son casi todos para hombres pequeños, ni siquiera para, hombres corpulentos. Sin embargo, este artefacto es muy pesado.

*Sir* George tomó uno de los guanteletes y lo examinó.

—Es verdad, inspector —asintió *sir* George—. El vestido de armas completo solía pesar ochenta y ocho libras, más o menos. Las armas para la lucha tenían un peso algo inferior, y los guerreros a pie llevaban una protección menos consistente. Evidentemente, se trataba de seres pequeños. No tenían adiposidades, ni carne de sobra. Puro músculo. Pero ¿cuál es el significado de su observación?

—Lo digo porque esos guanteletes se han hecho para manos poco grandes —repuso Tape con escepticismo—. Yo mismo me los probé y no conseguí que mi mano entrara. Desearía, si no lo toman a mal, que cada uno de ustedes hiciera la misma

prueba...

—Es muy justo —accedió Francis sin titubear—. Pásemelos; yo me los probaré.

Su mano, aunque grande, era delgada y amoldada a aquella medida. Si bien un poco justo, el guantelete parecía hecho para él. Levantó la mano a la luz de la chimenea, examinando curiosamente los diversos movimientos que le imprimía.

—Como de medidas casi..., las juntas se mueven fácilmente —comentó, doblando lentamente la mano derecha—. Con alguna práctica, podría recoger cosas menudas del suelo. Es más fácil que con un guante. ¡Oh! Parece que ha sido engrasado; sí, recientemente engrasado. Pruébenla ustedes también.

Había algo de tétrico en el brillo de las juntas y en las contracciones que el joven hacía frente a la cara. Tairlaine pudo evitar con esfuerzo un estremecimiento.

Massey los aceptó cautelosamente de manos de Francis y hubo de hacer varios ensayos antes que pudiera introducir ambas manos en los guanteletes. Luego fue el turno de *sir* George, para quien la manopla era excesivamente estrecha. Tairlaine tenía dimensiones casi idénticas y se ajustaron fácilmente. Su piel raspó las partes corroídas del forro, causándole una sensación tan ruda, que hizo un gesto apresurado para sacárselos. Al entregar los guanteletes a Kestevan, el celebrado intérprete de papeles de *gangster* dio un paso atrás.

—¿Qué le pasa? —refunfuñó Francis—. ¿No quiere probárselos?

Kestevan llevóse instintivamente las manos al cuello, sometido poco antes a violenta experimentación. Miró altivamente a Francis y alargó la mano para la prueba, como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa.

—¡Ahí están! —exclamó con las manos en alto—. Creo que ajustan bien.

La escena sorprendió a Tairlaine.

«Extraño cuadro», pensó.

Mientras en los demás estos guanteletes habían sido meras incongruencias, prestaban a Kestevan una gracia felina. Le estaban *bien*; hacían juego con su espíritu y con su plástica, y envolvían su cara pálida y su cabello negro con una especie de resplandor medieval. Kestevan tuvo conciencia de ello, y, aun cuando al principio sintió deseo de sacárselos, los retuvo un instante después, luciéndolos en una *pose* artística, sensual. Ante esa impresión, Tairlaine pensó para sí: «Su interpretación de héroe ruso podrá ser más o menos dudosa; pero no hay duda de que, como César Borgia, haría una actuación admirable». El fatuo y pomposo artista volvió a la realidad cuando los fatídicos aceros, instrumentos de terror, se hallaron fuera de sus manos.

—¿Los otros?... —el inspector Tape miró en su derredor y renunció a más pruebas—. Después, después. Ahora vamos a...

Nubes de humo envolvían a Gaunt cuando se sentó junto al fuego haciéndose sombra con la mano. Frunciendo el entrecejo, inquirió:

—¿Dónde los ha encontrado, inspector?

—¡Ah, en cuanto a eso...! En la habitación de la muchacha, como ya le habrán

dicho.

—¿Dónde?

—En... ¿cómo le diré, si no ha estado en la pieza?

—Tengo un plano de la casa, gracias a *sir* George. ¿Dónde estaban?

—Junto a la cama de Doris, señor. En el suelo, como si los hubieran arrojado del lecho. Míster Carter los encontró; no hizo sino entrar en la habitación y encender la luz, y allí los encontró.

—¿No había nadie más en el cuarto?

—No, señor. Anteriormente, una muchacha llamada Annie Morrison dormía en la misma habitación, pero esta noche... —el inspector titubeó otra vez y carraspeó—. Por una u otra razón, *mistress* Carter dispuso que Annie durmiera en otro cuarto con otras dos sirvientas. Doris estuvo sola desde las ocho treinta. Nadie más estuvo allí desde entonces.

Distraídamente, Francis había recogido los guanteletes y trataba de introducir los dedos.

—¿Ha interrogado a las otras muchachas? —preguntó—. Quiero decir, ¿averiguó si alguna de ellas vio u ovó algo durante la noche?

—No lo hice todavía, señor —repuso Tape—; pero lo ha hecho *mistress* Carter. Dicen que no vieron ni oyeron nada, a pesar de que todas estaban despiertas, charlando, sin duda: sobre Doris, supongo. Pero ninguna de ellos fue al dormitorio de la víctima. Les está prohibido.

—¡Ah, sí! —murmuró amargamente Francis—. El peligro de contaminación, por supuesto. No deseo saber nada más, inspector.

Gaunt, después de mirar el plano, levantó los ojos.

—Hay ahí algo poco claro, inspector —dijo Gaunt, pensativo—. Echaremos después un vistazo al cuarto, como puede suponer, pero me sorprende lo ocurrido allí. ¿Estaba desarreglada la habitación?

—No, señor; en algún momento la muchacha debió de haberse acostado, pues se nota la impresión del cuerpo, aunque ni siquiera movió la colcha de la cama. Lo que más me sorprende es esto: ¿por qué estaban los guanteletes en su cuarto?

Gaunt sacudió las cenizas de la pipa.

—Gracias al dibujo de *sir* George, inspector, creo tener una idea más clara del castillo que usted, a pesar de que estuvo en las habitaciones de arriba. Ahora, volvamos a la habitación de Doris. Hay una ventana en ella, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y cuando estuvo allí la encontró abierta, ¿no es eso?

El inspector vaciló y recurrió a sus anotaciones para cerciorarse.

—Sí, lo estaba. Y esta ventana da al pasadizo donde el cuerpo fue encontrado. ¿Sospecha usted quizá que fue estrangulada en su cuarto y arrojada después al pasadizo?

—Precisamente.

—Pero ¡por San Jorge! —estalló Francis—. Sólo... hay unos pocos pasos del cuarto de Doris al de Wood y al de *mistress* Carter. No es posible echar un cuerpo ahí, desde una altura de cuatro o cinco metros, sin que dejen de oírlo al lado.

—Creo muy bien que se puede hacer, míster Steyne —contestó plácidamente Gaunt—. Si mal no recuerdo, había en una de esas habitaciones un gramófono particularmente grande, que hacía oír himnos bastante ruidosos en el momento preciso en que se cometía el crimen.

Con rabioso escepticismo, el inspector exclamó:

—Sí, es sospechoso ese estruendo de himnos en el momento de cometerse un crimen. Pero ¿para qué el criminal iba a correr el riesgo de ser atrapado arrojando el cuerpo por la ventana? Alguien tenía que verle u oírle forzosamente. ¿Por qué no limitarse a dejarlo allí? El hecho de haber dejado los guanteletes indicaba que no quería ocultar su presencia en el dormitorio. Luego...

—Exactamente, inspector —asintió Gaunt—. ¿El porqué?... Nuestro criminal es una persona muy extraña. Pero veo que me voy interponiendo en su pesquisa. Siga con su interrogatorio, señor inspector.

## UN FANTASMA CON ARMADURA

Francis tuvo a su cargo la descripción del resto de los sucesos, desde el descubrimiento del cuerpo de Doris Mundo hasta la llegada del inspector Tape. Este mostrábase irritado y francamente incrédulo. Insistía especialmente en los detalles monetarios.

—¡Diez mil libras en bonos al portador!... —nuevo retorcimiento del bigote y un amplio surco en la frente—. Es increíble, señores. ¡Si por lo menos tuviéramos los números...!

—Los tengo yo aquí —dijo Massey, abriendo su cartera. Revolvió algunos papeles y presentó al inspector una hoja en la que había anotados varios números—. Respecto al dinero en la caja fuerte, no hay nada.

—¿No recuerda a cuánto ascendería, más o menos?

—A varios centenares de libras, a mucho tirar. Era el producto de las rentas.

—Diez mil li... —refunfuñaba el inspector, asombrado por la magnitud de la suma—. Es increíble. Pero ¿para qué tener tanto dinero en casa? ¿Se puede saber?

—Compras a los anticuarios. Siempre pagaba en efectivo. En primer lugar, no gustaba de escribir cheques porque lo encontraba molesto, y en segundo lugar, porque las cuentas nunca coincidían, lo que le llevaba a la conclusión de que cada vez que extendía un cheque, el Banco trataba de robarle.

—¡Hum!... Bueno. Ahora tenemos un documento muy curioso: esa carta referente al doctor Manning. ¿Eh? Sin que ello implique ofensa para nadie... —Tape enarcó las cejas y masculló algunas palabras ininteligibles.

—Esa carta ha sido una sorpresa para todos —explicó Francis en tono indolente—. Por ella he llegado al conocimiento de que me ha excluido del testamento hasta donde legalmente pudo hacerlo. No es una novedad. Varias veces me ha desheredado y otras tantas me ha instituido heredero después. En el momento actual ignoro si estoy desheredado o no —hubo una pausa durante la cual Francis puso los guanteletes a un lado de la mesa, añadiendo—: Lo cual me tiene particularmente sin cuidado.

—Así y todo, importa que tenga una conversación con el doctor Manning. Simple formulismo, ya supondrá. Sin embargo... Disculpe, señor; tengo entendido que la verdadera beneficiaria es *lady* Rayle, ¿no es así?

—Así será. El futuro del cine depende de eso —dijo Francis.

—¿El futuro de...? ¿Cómo ha dicho?

—Nada, señor. Voy a beber algo. Hable con los demás, si gusta.

Francis se encaminó hacia la puerta con visible descontento, despertando la atención del policía, que no le perdió de vista hasta que hubo abandonado la biblioteca.

—Ahora, señores —anunció el inspector con soltura persuasiva—, debemos admitir que la hora es avanzada. Mi mujer se inquieta si estoy fuera hasta muy tarde. No significa esto —rectificó en seguida con actitud severa— que un miembro de la fuerza pública elude el deber cuando está de servicio, pero..., en fin, hay que atender a las damas en noches como éstas. ¿No les parece? Bien. Si el señor —dijo, dirigiéndose bruscamente a Kestevan, que dio un salto— quiere hacerme el relato de sus movimientos durante la noche, pondremos fin por hoy a los interrogatorios, ¿eh?

Kestevan se sacudió las mangas de la americana. Miró vacilante a los demás y vio los ojos vigilantes de *sir* George y Massey fijos en los suyos. Sin embargo, la ausencia de Francis le tenía más tranquilo.

—¡Bien! No sé nada de lo ocurrido, inspector —contestó resueltamente—. Ni el menor detalle.

—Por lo menos —insistió Tape—, ¿querrá decirme en qué empleó el tiempo hasta que le comunicaron la muerte de su señoría?

—Lo empleé, verá... Me fui al cuarto de arriba después de levantarme de la mesa, y allí... —manifestó Kestevan tratando de eludir las miradas perseguidoras y empleando un tono de sonámbulo—, y allí estuve escribiendo a mi tía Margaret. Puedo mostrar a usted la carta —añadió en tono desafiante— si le ofrezco alguna duda. Tuve la primera noticia cuando el sirviente vino a mi cuarto y me enteró de lo ocurrido. Entonces me vestí apresuradamente y vine a este salón. Es todo lo que puedo decir.

—¿No salió de su cuarto en ningún momento?

Kestevan iba a despegar los labios para una imprudente negativa, cuando se interpuso *sir* George.

—Ciertamente, debió de ser cuando vio usted a Doris Mundo, ¿no es así, míster Kestevan?

—Sí —dijo éste, después de una pausa y paseando su mirada perpleja desde *sir* George al inspector, aunque aparentemente no vio malicia alguna en la pregunta.

—Sí..., yo la vi. Vi a Doris cuando se encaminaba a los aposentos de *lady* Rayle. Ya declaré esto.

La arruga en la frente del inspector se hizo más profunda; se inclinó pesadamente para echar un vistazo al plano del castillo, puesto en el brazo de la silla de Gaunt.

—¡Oh, ya!... Los aposentos de *lady* Rayle. Pero su habitación está en el otro extremo de la casa, completamente al otro lado. ¿Cómo pudo ser que viera a Doris por allí?

—¡Oh..., no le extrañe! Me dirigía a visitar a *lady* Rayle un momento —respondió Kestevan, aturdido—. La visitaba a menudo para discutir..., para hablar de libros y de otras cosas.

—¡Ta, ta, ta! —rezongó el oficial en tono de repulsa; su expresión amenazadora tenía amedrentado al actor—. ¿Por qué acostumbra visitar a las señoras casadas en su gabinete muy de noche?

Kestevan parecía desconsolado.

—Pero... si... yo... no —murmuraba titubeante—. ¡Oh, con mil demonios! —fue éste el primer chispazo de naturalidad surgido de sus labios desde que habitaba el castillo. Con todo, en su explosión de rabia por no poder decir lo que hacía en la noche del crimen, tenía reminiscencias de creación teatral. A la mirada reprensiva del inspector contestó con un gesto desdeñoso.

—Luego..., ¿fue o no al cuarto de la dama?

—No; como vi a la sirvienta ir hacia allí, desistí de la visita —repuso Kestevan cándidamente— y me volví a mi habitación.

—¡Ah! —bramó el inspector como escandalizado—. No le convenía que hubiera un tercero en la entrevista... Bien, bien; no es asunto mío, después de todo. ¿A qué hora, más o menos, vio a Doris Mundo?

—¡Oh Dios! ¿Cómo voy a saberlo? Todos me preguntan lo mismo, como si yo me fijara en eso. Allá por las nueve y media...

Tape hizo otra anotación, seguida de una mirada conminatoria.

—He de suponer, por lo que dice, que se volvió directamente a su cuarto.

—Sí. Al parecer, no lo cree. Juro que volví a mi cuarto.

—Bien, bien; ya lo he oído —asintió el inspector, contrayendo su potente nariz. El reloj alemán del rincón empezó el redoble característico de las horas y la cara rubicunda salió a girar en torno a la esfera. Simultáneamente, las campanadas dieron el toque de la medianoche—. Algunas palabras con el doctor Manning —continuó Tape—, y después un breve interrogatorio a la señora de arriba... Con eso ya podemos dar por terminada la noche.

Cuando hubo partido de la biblioteca, *sir* George se incorporó en la silla y empezó a dar grandes pasos frente a la chimenea.

—Esto se está volviendo cada vez más feo —decíase moviendo la cabeza—. No hay forma de ignorarlo. Teóricamente, cualquiera de estos crímenes pudo ser perpetrado por un ladrón o un intruso cualquiera. Pero todos sabemos bien una cosa, y es que esto no ha sido cometido por gentes de fuera. Los malhechores no roban guanteletes de una casa un día y vuelven al siguiente para estrangular a los moradores con ellos. Esto es lo que se llama un trabajito interno. Hagámosle cara francamente; uno de nosotros es el culpable.

Gaunt se inclinó para echar las cenizas de su pipa.

—¡Explíqueme, George! —dijo bruscamente—. ¿Cuándo fueron sustraídos la cuerda del arco y los guanteletes?

—Es casi imposible precisarlo —replicó este último—. En ocasiones, su señoría solía ir diariamente a la sala de armas; otras no iba en muchos días. Descubrió la pérdida de ambas cosas; la cuerda del arco, primero, hace dos o tres días; y los

guanteletes, esta misma tarde. Cuando ocurría uno de estos hechos u otros parecidos, yo era inculpado por ello. Esto no significa necesariamente que hayan sido sustraídas en diferentes ocasiones. Puede ser que no mirara hasta ayer en la vitrina de los guanteletes y que ambas cosas hubieran desaparecido hace tiempo, simultáneamente.

—Esta es la parte —señaló *sir* George— que me tiene preocupado, preocupadísimo..., pero dejemos todo a un lado. Estudiemos por orden la situación de cada uno de nosotros —se restregó los ojos con ambas manos y luego hizo un ademán como si tratara de aprisionar algo intangible—. Para exponer los hechos tales como son, cualquiera de nosotros... *cualquiera*, pudo haber matado a Henry, lord Rayle. Existe una sorprendente falta de justificaciones, de coartadas realmente fundadas, en esos críticos diez o quince minutos después de las nueve y media. Yo me encontraba solo en esos momentos en la sala de billares. Es en extremo improbable que yo pudiera arrastrarme, si su fantasía los induce a imaginarlo, hasta la sala de armas, sin ser visto por Bruce ni por Tairlaine, y consumir allí la estrangulación. Pero, mírese como se mire mi situación, el hecho es que yo estaba solo en la sala de billar. ¿Conformes?

—¡Oh! Pero las cosas no... —protestó Tairlaine, intranquilo.

—Lo mismo puede decirse de Francis. Lógicamente, no puede ser el criminal, pero en estos terribles diez minutos andaba de un lado a otro, buscando cosas que nadie puede comprobar. En suma: que los dos estamos por encima de toda suspicacia; nadie se atreverá a inculparnos. Pero no tenemos coartada. Mister Kestevan, aquí presente, estaba solo en su habitación, escribiendo... o deambulando por las habitaciones o corredores. Otro que carece de coartada. *Lady* Rayle y el doctor Manning, luego. Ambos estarían en condiciones de justificarse mutuamente, si precisamente en esos minutos peligrosos Manning se hubiera encontrado lejos del lugar en que dejó el auto, ¡con el motor en marcha! Uno y otro sin coartada. Personas como Wood y *mistress* Carter tienen también necesidad de coartadas. Wood, por ejemplo, no oye el timbre cuando Francis le llama desde la sala de billar. El ruido de ese gramófono es ensordecedor, y, en consecuencia, Wood se queda quieto sin contestar a la llamada. Si quieren llevar las hipótesis más lejos..., ¡tengan en cuenta que sólo estoy fantaseando!..., pueden llegar a la conclusión de que el hecho de que una gramola esté funcionando en el cuarto de un hombre no significa forzosamente que él esté allí. Tales aparatos son eléctricos y automáticos y tocan hasta doce discos sin que nadie tenga que cambiarlos. Finalmente, las únicas personas que estuvieron juntas —el doctor Tairlaine y mister Bruce— están en situación tan comprometida como Patricia Francis, que puntualizó los hechos correctamente: connivencia de dos o más en la casa. Mediante esa connivencia se nos quieren presentar hechos que, a juicio de todos, son imposibles. Supongan que, por cualquier razón, ustedes dos han dado muerte a lord Rayle. Jurarán, por consiguiente, que nadie entró en la sala de armas mientras se hallaban allí. Con ello nos quieren imbuir la creencia de que el criminal entró por la vía secreta que va de la sala de armas al torreón. Jurarán eso y

cualquier otra cosa más, en la ignorancia de que las dos puertas de ese pasaje secreto estaban fuertemente clavadas. Luego, sus esfuerzos para desviar las sospechas los lleva a declarar una situación imposible, que los hace del todo sospechosos.

Un escalofrío sacudió al doctor Tairlaine, estremeciéndole hasta lo más recóndito de su ser. Desconcertado por la presunta acusación, se levantó para decir:

—¡Simples conjeturas, por supuesto! Pero usted sabe perfectamente que yo nada tengo que ver con lord Rayle, ni conozco la casa...

—No; *yo no sé nada* de todo eso —replicó secamente *sir George*—. Bien sé que mi explicación de los hechos es fantástica, pero *yo no sé nada*. El mismo razonamiento puede aplicarse a los otros testimonios. Tal es mi punto de vista.

Sobrevino un largo silencio. Gaunt, sentado en la sombra, con los párpados entornados y con una copa vacía entre sus manos, no hizo signo alguno de haber escuchado. Su respiración era tan regular, que Tairlaine le supuso abismado en un sopor alcohólico. Massey se acercó a la chimenea y removió los tizones con el pie. Súbitamente, nació en la reunión un recelo profundo, que se tradujo en miradas de desconfianza, casi hostiles, cual si se culparan unos a otros por los crímenes cometidos.

—¡Mantengámonos serenos! —recomendó *sir George* con autoridad—. Ninguno de nosotros debe rechazar las sospechas con gestos airados ni considerarse por encima de toda acusación. El crimen ha sido cometido por alguien de la casa; el asesino está aquí o allá, quizá entre nosotros. La única manera cuerda de defenderse es mostrarse a plena luz y despejar las suspicacias con actos evidentes que permitan proclamarnos inocentes. Todos somos inocentes..., pero hay que demostrarlo.

—¿Se refiere usted a mí? —preguntó en tono arrogante Kestevan.

—No me refiero a nadie —contestó *sir George* amablemente—. Consideremos ahora las posibilidades de nuestra culpabilidad... —hizo una pausa al volver Francis al salón. Traía la cara encendida y un fulgor extraño chispeaba en sus ojos. Evidentemente habíase prodigado en las libaciones, lo que se reflejaba en gestos bruscos, poco conformes con su indolencia habitual.

—No me gustan esas expresiones, *sir George* —dijo, deteniéndose en medio de la biblioteca y observando a todos con recelo—. Evidentemente, el asunto se pone serio y sabe Dios adónde nos va a llevar. Bien.

*Sir George* se enjugó la frente humedecida.

—Tengo el presentimiento de que he puesto el dedo en la llaga, Frank. Estaba explicando ahora que ninguno de nosotros puede demostrar lo que hacía cuando su padre fue asesinado. Y luego, ¿dónde estábamos cada uno de nosotros cuando Doris Mundo fue estrangulada?

—¡Oh! —dijo el joven, acercándose al fuego y calentándose las manos—. Para eso precisaría saber cuándo murió la pobre Doris. ¡Que me lleven los diablos si lo recuerdo!

Otro silencio. Tairlaine sintióse totalmente desconcertado. Cuantos recuerdos

acudían a su cerebro no hacían más que aumentar su desorientación: relatos absurdos, caras hoscas, la gran gramola entonando un himno y el dispensero Wood extendiendo una sábana para cubrir el cuerpo.

—También mis recuerdos son confusos —oyóse afirmar a sí mismo—. Todos estábamos excitados, y dudo mucho que nadie tuviera una exacta noción de los hechos... El doctor dijo que cuando fue llamado hacía unos minutos que Doris había muerto. Es lo único que puedo recordar.

—Vayamos por partes —apuntó Francis restregándose las manos junto al fuego—. Nuestros movimientos fueron así: llevamos a Pat al recibimiento, fuimos a ver el cuerpo, volvimos a interrogar a Pat, Bruce la condujo a su aposento, conversamos luego *sir* George, el doctor Tairlaine y yo. Después, yo fui en busca de Kestevan..., ¡déjeme recordar! Pero, en definitiva, ¿sabemos cuánto tiempo había pasado desde su muerte? Yo no sé si un médico puede determinar una defunción en un tiempo tan breve.

*Sir* George golpeó con los pies, rabiosamente, en la alfombra.

—Personalmente, no creo en esa facultad. Personalmente también me atrevería a afirmar que ese Manning no es más que un simple petulante. Su único cuidado fue aparecer pomposo... Pero admitimos su dictamen como correcto. ¡Prosiga!

—Luego sigue mi parte, enigmática, confusa —recalcó Francis—. Partí escaleras arriba en busca de Kestevan. Sí, fuerza es que diga que este caballerito no me interesaba mucho. Lo que realmente quería era encontrarme un momento a oscuras y dar rienda suelta a los nervios —fue desafiante su tono al expresarse así—. Estaba a oscuras el comedor; me senté en una silla y creí temblar. Podía oír desde allí el gramófono de Wood. El maldito chisme chirriaba un «Luz del cielo, quién la da» —pasóse la mano por los cabellos y miró a todos con sonrisa lánguida—. Todo esto los confirmará en mi temor de que los Steyne tenemos un tornillo flojo. Sentíame mal, como si estuviera viendo una película barata. Entonces me dije: «Reacciona, muchacho; todo esto es podredumbre; hazte firme y lucha». Así lo hice y corrí escaleras arriba. No sé cuánto tiempo estuve así. Wood vino corriendo tras de mí, y me enteró de la desgracia.

Tairlaine recordó a continuación:

—¡No prosiga! —dijo, levantándose a medias en la silla—. Ahora recuerdo. Wood mencionó el momento en que fue encontrado el cadáver. Dijo que fue en el recorrido para cerrar las puertas..., a las diez y diez. Así lo dijo.

*Sir* George, sin cesar el paseo, declaró:

—A *grosso modo* entonces, si aceptamos el veredicto del doctor Manning, tendremos que la muerte de Doris ocurrió a las diez, aproximadamente. Usted y yo, Michael, estábamos aquí hablando. Anteriormente, usted y Bruce estuvieron juntos, y ahora usted y yo. Su caso cuadra mejor; el mío no es malo... ¿Y usted, Bruce?

Repentinamente las facciones del secretario reflejaron una expresión pensativa. Después habló lentamente:

—Estábamos reunidos todos...; luego llevé a *miss* Patricia a su cuarto. Viéndola tan desconsolada, le administré un soporífero, tratando de distraerla y consolarla. Dejé el cuarto cuando se disponía a acostarse. No sé si esto podrá constituir una coartada positiva, pero sí puedo afirmar que nada hay más realmente cierto.

*Sir* George volvióse hacia el actor.

—¿Míster Kestevan?

—Ya lo dije una vez, y lo repetiré cuantas veces sea preciso, que yo no salí de mi cuarto. Lo único que...

—¡Bien, bien! Ahora es el turno de Manning. Ya sabemos que el doctor bajó para ver el cuerpo de Henry; después fue enviado arriba para comunicar la nueva. Si fue arriba o a otro lado, tendremos que preguntárselo. Lo mismo a *lady* Rayle y a Wood. No debemos exceptuar a nadie de la casa. Se nos presenta la misma situación en el caso de Doris que en el otro, pues no tenemos la seguridad de si ella fue muerta antes o después de lord Rayle. Faltan las coartadas.

Francis daba impresión de cansancio, de aplanamiento. Nada de alucinamiento ni desesperación en su actitud; simplemente cansancio.

—¿Quedamos..., pues, señor? —inquirió.

—¿No se le ha ocurrido pensar —respondió lentamente el *baronet*, después de mirar largo tiempo la puerta de la sala de armas— que esa parte del dinero en el robo de los bonos puede resultar una trampa? Todos nos hemos concentrado en la discusión de los bonos y la forma de atrapar a su poseedor, pero los otros detalles del asunto suscitan mucha desconfianza. En otras palabras: el robo de los bonos sería una pantalla para encubrir una sustracción mayor.

—¡Eh! —exclamó Massey—. No se roban diez mil libras en bonos para una simulación.

—¡Por el amor de Dios, Bruce! Sea más imaginativo —refunfuñó *sir* George—. Los bonos, aunque sean al portador, no son lo mismo que el dinero. Tenemos los números de esos bonos y la Policía sabe qué hacer para emplearlos. El hombre que haya matado a Henry para robar esos bonos tiene que ser el último de los locos. En cuanto a lo otro, lo más que él o ella habrá conseguido será unos cuantos centenares de libras esterlinas. Pero hay otra cosa aún, más seria quizá... No concierne al saqueo de esas cajas... Es el supuesto fantasma.

—¿Eh? —dijo Francis, pestañeando—. ¡El fantasma!

—Usted nos lo mencionó esta tarde cuando nos trajo de la estación a Michael y a mí. Usted, como de costumbre, se hizo el botarate amable. No sé por qué lo mencionó. Nos dijo que Doris Mundo sufrió un susto mayúsculo al creer ver uno de esos trajes de pie en la escalera que conduce al gran salón, y no tengo reparo en decírselo: el caso me preocupó mucho.

—Le preocupó... ¿por qué?

*Sir* George fijó una larga mirada en su interlocutor, cual si considerara a un enfermo.

—Desde hace mucho tiempo, Frank —dijo deliberadamente—, está usted insistiendo en las taras mentales y aberraciones de su familia. Se le ha convertido en una obsesión. Es bochornoso escucharle y aflige que un hombre hable así. Su padre le oyó a menudo expresarse en esa forma y debiera comprender cuánto daño y hasta qué punto esas palabras le afectaron. Escuche lo que sigue.

—Hable sin reparos —murmuró Francis sombríamente.

—Ya debe haber supuesto quién era ese fantasma y cuáles eran sus designios al adoptar tal treta —prosiguió *sir* George—. Su padre quiso por este medio espantar a los sirvientes e imbuirles terror hacia los trofeos que coleccionaba con tanta pasión...

Francis le interrumpió:

—¿Y cree usted que eligió a la persona más supersticiosa del castillo, a Doris, para provocar terror?

—No me atrevo a precisar tal cosa. Pienso tan sólo que a su mente delirante le habría deleitado espantar a la servidumbre, para que se apartaran medrosos de sus preciosas armaduras. ¿Recuerda ahora algún otro detalle de ese episodio terrorífico?

Francis movió la cabeza. Después de un breve silencio, dijo con firmeza inesperada:

—Ignoro si mi padre tuvo alguna vez la intención de causar ese miedo en Doris. Sé muy bien quién hizo eso: fue Irene.

—¿Irene? —*sir* George experimentó un sobresalto; su confusión era intensa—. ¿Piensa que ella?...

—¡Oh, no se extrañe tanto, demontre! La conoce usted bien. Sabe cómo siente y cómo piensa: «realidades», «verdades crudas», «rudeza», y toda esa carroña literaria que han inyectado los escritores de argumentos de cine. Si se tomó tanto interés por Doris no fue por simpatía personal, sino por el placer de atormentarla, de torturar su timidez. Le llamaba a eso «extirpación de supersticiones ingénitas». Yo la he visto cruzar los cuchillos para causar estremecimiento en la pobre muchacha; la he visto simular un tropezón para que el vaso que llevaba Doris en la mano volcara su contenido y se hiciera añicos contra el suelo. A veces le contaba historias espeluznantes de espectros o crímenes fantásticos, para reírse después y llamarla idiota por creerlas... Solía decir que estaba haciendo con Doris un experimento psicoanalítico.

Surcos de encono en la frente y una expresión de intenso disgusto revistieron las facciones de Francis con una máscara de repulsión. Algo feroz desde su interior le hizo apretar los puños. Terminó diciendo:

—A veces me dieron tentaciones de castigar a esa mujer. Ahí tiene su nueva ciencia, señor. ¡Dios la maldiga!

Sobrevino una pausa embarazosa. A falta de cosa mejor, Tairlaine sacó el reloj y se puso a mirar la esfera sin verla. Massey registró afanosamente su cartera, buscando algún documento para la ocasión, y *sir* George, con las piernas extendidas hacia el fuego, volvió al tema del fantasma, observando tenazmente la expresión del otro.

—¿Quiere decirme si conoce otra historia de armaduras andantes? —preguntó.

—No.

—¿O se acuerda de lo que ocurrió en la noche en que Doris creyó ver al fantasma?

—Sí —replicó Francis en tono uniforme—. Tengo buenas razones para recordarlo —se estremeció, impresa en su rostro una sensación desgarradora—. Lo siento. Creyérase que esta noche dejé de ser el británico incommovible de siempre. No... Nunca más... ¡Bien! Era tarde aquella noche. La una pasada, bien pasada. Yo me encontraba aquí, en la biblioteca, frente al fuego, leyendo y bebiendo... Pero no estaba ebrio —afirmó en tono rotundo, mirando a todos antes de bajar la vista—. ¡Juro que no estaba ebrio! Concentrado en la lectura, vi a alguien que se movía en el recibimiento o en las proximidades. Era tarde para andanzas de nadie, pero no le presté mucha atención. Pensé que fuera Saunders. Es su costumbre traerme bebida por la noche, y no se va a su cuarto hasta que me he acostado... Bien; estaba yo leyendo aquí y creí que Saunders se acercaba por la puerta. Por ello no levanté la vista, y me limité a decirle: «¡Déjalo sobre la mesa y, por el amor de Dios, retírate a descansar!». Me contestó la voz de Doris. Salté en la silla, sorprendido por su presencia. Es costumbre del servicio que a las diez y quince todos estén acostados. Allí estaba ella. Irene la había tenido levantada, hablando, alisándole el cabello. De improviso, Irene recordó que había olvidado... o pretendió haber olvidado, abajo, en el recibimiento, en la biblioteca o alguna parte, un ejemplar de sus favoritos rusos. En consecuencia, envió a Doris a buscarlo. Decía Irene que no podía precisar el sitio en que había dejado el libro, de modo que la pobre chica tenía que buscarlo por todas partes, a pesar del terror que sentía en la oscuridad. Hizo que encendiera una vela y le advirtió que no usara la luz eléctrica, pues el viejo podía advertirlo y se pondría furioso. Como era de suponer, Doris no pudo encontrar el libro, y estuvo disculpándose por haber venido a molestarme. La ayudé en su tarea, y ante la inutilidad de la búsqueda le aconsejé que volviera arriba y dijera a Irene que se fuera al diablo.

Se interrumpió, respirando a pleno pulmón. *Sir George* tartajó rudamente:

—¿Y qué pasó después?

—Me volví a la chimenea y reanudé la lectura. Antes de despedirla le dije que encendiera tantas luces como se le antojara, y yo mismo lo habría hecho de saber que la muchacha tenía tanto temor a Irene que no se atrevía a desobedecerla... En eso la sentí proferir un grito y oí caer el candelero por el lado del gran salón. Cuando yo llegué, la encontré presa de un pánico mortal. No vi nada, ni a nadie más. Al día siguiente me enteré, indirectamente, de lo que pretendía haber visto.

Massey murmuró algo por lo bajo.

Francis, paulatinamente, se había dejado llevar por el recuerdo punzante de la joven asesinada. Parecía dispuesto a proseguir el relato, pero bruscamente se detuvo, y se limitó a decir:

—Esta es la historia del fantasma. Deduzcan de ello lo que les parezca.

## LA VENTANA ILUMINADA

Sir George carraspeó:

—¿Está usted seguro de que *lady* Rayle hubiera...?

—Yo no estoy seguro de nada. Lo que estoy es cansadísimo de la incesante habladuría provocada por estos hechos. Ya habrá oído bastante de todo, míster Gaunt —dijo Francis, volviéndose bruscamente hacia el investigador—. ¿Qué piensa *usted* de la situación?

Gaunt se desperezó. Cuando sus ojos se abrieron, fue como si una estatua hubiera vuelto a la vida.

—Creo haber visto al doctor Manning que venía a reunírseos —repuso meditabundo—. Mi opinión, a su tiempo. Por ahora prefiero preguntar algo al doctor.

El médico, ajustándose el abrigo hasta el cuello, dobló el ángulo del corredor y apareció en la biblioteca. Extendió una mano de uñas rosadas para saludar y se sentó en actitud expectante.

—Si no me engaño, creo haber oído pronunciar mi nombre —dijo con afectuosidad solemne.

La mano de Gaunt se había extendido hacia la copa. Tairlaine quedóse sorprendido al ver que el sirviente Saunders, situado junto al codo de Gaunt, le escanciaba *brandy*; el americano no había advertido la presencia del criado y se preguntó desde cuándo estaba allí. Tirándose de la perilla caballeresca, Gaunt estudiaba al doctor Manning.

—¿Ha hecho usted un examen de los cuerpos, doctor Manning?... Estoy particularmente interesado en el de la muchacha.

—Un examen breve. Antes de la investigación deberé hacer un amplio informe *post-mortem*.

—Hay una razón que motiva mi interés por ese cuerpo. A juicio de la mayor parte de los reunidos aquí, la muchacha fue estrangulada y arrojada por una ventana al pasadizo donde fue encontrada. Por su examen del cadáver, ¿considera usted probable ese hecho?

Los ojos del facultativo se abrieron desmesuradamente.

—Noté en el cuerpo ligeros, muy ligeros, rasguños en el costado y hombro izquierdo, y que una de las caderas estaba magullada. Debieron ser causadas, sin duda, por el agresor ante la resistencia de la víctima. Sin embargo...

Sir George refunfuñó:

—¡Es de suponer que habrán sido causadas en una lucha! ¿Cómo es posible que

se arroje un cuerpo desde una altura de cuatro o cinco metros sin que presente después grandes magulladuras o lesiones?

—Sí, es muy posible, George, muy posible —explicó Gaunt—. Especialmente si se trata de un cuerpo muerto. Entonces éste presenta una flexibilidad absoluta. ¿No ha visto nunca los payasos y acróbatas en el circo sufrir las más terribles caídas, que habrían roto la espalda de un hombre normal, y levantarse después sin una sola contusión? Los *jockeys*, particularmente los participantes en carreras de obstáculos, conocen el mismo truco. Por eso, los borrachos rara vez se ocasionan heridas graves; pueden caer desde las escaleras, a veces hasta desde los tejados, sin sufrir daños serios, por la sencilla razón de ser tan flexibles y elásticos como si no tuvieran huesos... Así, pues, los escasos rasguños en el cuerpo de la muchacha indicarían que fue arrojada por la ventana al pasadizo, más bien que estrangulada ahí. Probablemente, Doris Mundo opuso alguna resistencia, y con una piel suave como la suya pudo haber sufrido marcas mucho peores al ser *arrojada* viva al suelo que al ser arrojada muerta por la ventana. ¿Estoy en lo cierto, doctor?

—Enteramente. Además, sus huesos eran jóvenes y flexibles, no así los de lord Rayle. Lord Rayle...

—Un momento, si lo permite —Gaunt repicó en el borde de la copa con los dientes y, pidiendo disculpa con la mirada, dijo—: Tengo una teoría sobre lord Rayle, la cual someto a su criterio. Me dirá después si es acertada. Lord Rayle era viejo y sumamente frágil. Infiero que la víctima, que fue estrangulada en una lucha y arrojada al suelo de la sala de armas, sufrió peores heridas que la muchacha, arrojada desde una altura de quince pies. Pero veamos ante todo cuáles fueron estas heridas... Durante la lucha fue dejado sin sentido por un golpe, ¿no es así?

—Absolutamente exacto —dijo, asombrado, Manning—. Pero ¿cómo pudo usted...?

—Una pierna fue fracturada a la altura del muslo y tenía señales de haber sido golpeada muy fuertemente.

—Ignoro, señor, cómo ha llegado a saber eso. Pero sus observaciones son ciertas.

—El criminal ha hecho estas y otras cosas extrañas —recalcó Gaunt inflexiblemente—. Son puntos oscuros del mismo enigma, pero confío en que todos nos llevarán a la luz.

—Estimados señores —declaró afablemente el doctor Manning—, creo que mi misión ha terminado por esta noche. Todo cuanto estuvo en mi mano, lo hice. El inspector Tape, con quien acabo de conversar, se ha ofrecido a dejar aquí un policía por si los señores estuvieran intranquilos.

—¡Oh Dios! —indicó, despechado, Francis—. ¿Cree que no podemos cuidarnos por nosotros mismos?

El doctor, sonriendo benévolamente, contestó:

—Era sólo una sugerencia, mi joven amigo.

—Antes que se retire, doctor —interpuso Gaunt—. Hemos estado preocupados

por algunos problemas, cosas sin importancia, que con su ayuda podríamos esclarecer. Yo no estaba aquí al comienzo de la noche; pero, según tengo entendido, usted dijo que, por el tiempo en que lord Rayle era asesinado, abandonó la compañía de *lady* Rayle para echar un vistazo a su auto.

La sonrisa del doctor hízose más pronunciada, sin duda por el placer que le causaba la pregunta.

—¡Oh, sí! De eso mismo acabo de conversar ampliamente con el inspector. Suceso infortunado, por cierto. Infortunado también que las excentricidades de su señoría se pusieran tan de manifiesto en el dictáfono. Precisamente en esta ocasión... Sin embargo, el inspector me habló sobre las circunstancias que concurrieron en la muerte de la joven Doris. Como recordará, yo estaba aquí abajo para examinar el cuerpo de su señoría y, a ruego de mister Steyne, subí a los aposentos de *lady* Rayle para informarla del triste suceso. Esto fue, lo recuerdo, unos quince minutos antes de las diez, un poco antes de la muerte de la muchacha. Yo estuve con ella, como podrá atestiguar, hasta que fui llamado para ver los restos de la segunda víctima, casi una hora después. Yo debería insistir en que usted la interrogara inmediatamente sobre este punto, si no fuera porque *lady* Rayle indudablemente necesita reposo después, ¡ah!, de estas horas de prueba. Confío, sin embargo, en que usted hablará con ella, como una de las primeras diligencias que haga mañana. Estaré aquí para el traslado de los cuerpos al Aldbridge.

Gaunt se limitó a asentir con un gesto y Francis le extendió una mano.

—Perfectamente, doctor —sonrió el joven—. ¡Gracias infinitas por su ayuda, y buenas noches!

—Le renuevo el deseo —insistió Manning blandamente mientras se despedía de los demás— de que hable con *lady* Rayle sobre el particular. Necesito que haya constancia de mis actos. Muchas gracias. ¡Buenas noches, señores!

Partió, erguida la proa, con porte majestuoso. Todos respiraron con alivio. Francis hizo un gesto de agotamiento.

—Y ahora, a la cama. Estoy exhausto. De todos modos, nada se puede hacer hasta mañana. He hecho que Wood colocara sus maletas en la habitación del Rey, mister Gaunt. Yo le acompañaré hasta allí, si desea retirarse...

El investigador hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Gracias, no por ahora. Deseo quedarme algún tiempo. Me sería imposible dormir ahora —durante un momento levantó los párpados y sus manos se extendieron tensas sobre los brazos del sillón; añadió—: ¿Puede usted dormir?... Le envidio, mister Steyne, le envidio mucho.

Hasta que recogió su palmatoria de la mesa contigua a la escalera del gran salón, Tairlaine no se dio cuenta del cansancio que le agobiaba. Kestevan y Massey ya se habían retirado a sus dormitorios, y Francis había desaparecido para una conferencia final con el inspector Tape. El americano subió las escaleras en compañía de *sir* George, dominados ambos por las intensas conmociones sufridas en un par de horas.

La una de la noche. La única campanada fue repetida por los diversos relojes del castillo; sólo unas débiles luces ardían en las paredes del gran salón. Wood había cubierto el fuego en las distintas chimeneas, volviéndose el ambiente sumamente frío. El dispensero permanecía apostado junto a la puerta principal, esperando la salida del inspector Tape.

En la galería de los retratos, al final de la gran escalera, todas las luces habían sido apagadas.

El *baronet* avanzó titubeante, y murmuró:

—Hasta mañana, amigo, y procure descansar —inclinó la palmatoria, de modo que sólo los pies de los retratos a bajo nivel eran perceptibles en la larga galería—. Yo ocupo el Cuerpo del Abate, por el otro lado. Esté prevenido, Tairlaine. Los hechos de esta noche han demostrado que por estos sitios anda rondando un loco. Sí; el estrangulador está al acecho... ¿No lo cree así?

—Sí, lo creo —repuso con calma Tairlaine.

—Después de madura reflexión —comentó el otro—, he llegado al convencimiento de que todo esto es la obra de un demente, contra el cual hay que estar constantemente alerta. En su lugar, Tairlaine, yo atrancaría la puerta. ¡Buenas noches!

Tairlaine trató de analizar sus sensaciones mientras se encaminaba a su habitación. Detúvose para tomarse el pulso, y no lo encontró alterado. Si acaso sentía miedo, era un miedo muy distinto del que experimentaba la generalidad. Sentía en las sienes como si un pequeño martillo le asestara menudos golpes y el corazón le latía con alguna violencia; pero podía jurar que sus emociones nada tenían que ver con el miedo.

No encendió la luz al entrar en su aposento. La claridad lunar llegaba hasta allí por dos ventanas que daban al gran patio. Las murallas eran muy gruesas y los vidrios de las ventanas tenían estampados en colores las armas de la casa Rayle. Una de éstas estaba abierta. Echó un vistazo y pudo distinguir la conformación de un lecho bajo un dosel con colgaduras plateadas; un fuego ardía bajo la repisa labrada de la chimenea; frente a ésta se hallaban las sillas de los presuntos huéspedes. Veíase un pote de plata sobre una mesa inmediata a las sillas y una botella semillena de *whisky*.

Sosteniendo en alto el candelabro, Tairlaine dio unos pasos por la habitación. La llama vacilante se reflejó en un espejo, sobre una consola con ricas incrustaciones. Detúvose, puso la luz sobre la consola y miró la imagen que le devolvía el espejo. Vio ante sí un rostro delgado, de barbita gris puntiaguda y ojos fatigados que reclamaban reposo. La mente, acuciada por los tremendos sucesos de la noche, se dejó arrastrar por extrañas alucinaciones, por las quimeras insensatas que sugieren los lugares tétricos, fatídicos. Así, involuntariamente, comenzó a recordar las palabras de Doris Mundo, repetidas por su joven amigo: «Si uno se mira de noche en un espejo, se le aparece detrás la cara del diablo...». Cerró los ojos para no mirar...

Diversos experimentos le habían demostrado que el miedo, en la mayoría de los

casos, sólo es resultado de las alucinaciones que forja la imaginación. En un temperamento sensible, estas ficciones adquieren tal realidad que es materialmente imposible sustraerse a ellas y no ser arrastrado por ráfagas de terror espantoso. No, él no tenía miedo; no temía las apariciones ni las imágenes misteriosas, propias de los castillos lóbregos, pero juzgó prudente no alardear de impávido, pues en los espíritus más firmes y menos propensos a la superstición hay siempre una larva de terror, pronta a hacerse carne y volver medrosos a los hombres más osados.

La imagen de la infeliz doncella no se apartaba de su imaginación. La veía agitarse en torno suyo con las múltiples nimiedades de que la había revestido Francis Steyne y las crueles diatribas con que la atormentaron *lady* Rayle y esa despiadada *mistress* Carter. ¡Pobre criatura! ¡Cuánta expiación inicua por el triste desliz a que la impulsó un desalmado!

«No me cabe duda —se decía— de que Francis Steyne ha amado a su sirvienta. Pero ¿la hizo suya? ¿Fue él la causa del mal paso que todos en la casa le recriminaban? Pero si ese hombre fuera el responsable del estado de Doris y hubiera osado abusar de su posición por un rato de placer, ¿es posible admitir que la dejara abandonada y permitiera tan terribles acusaciones a su memoria?».

No; Francis Steyne habría amparado a cualquier mujer que hubiera sido su amante; su carácter impulsivo y noble, a pesar de las taras hereditarias que se atribuía, se habría interpuesto ante la muchacha, víctima de un pecado de juventud, y la corriente difamadora que pretendía apartarla y confinarla en su cuarto, para que las otras mujeres no se contaminaran con su ejemplo.

Bruscamente, el profesor americano oprimió con los dedos la llama de la vela. Esta se extinguió y la cera caliente se aplastó bajo su mano. Las visiones misteriosas se desvanecieron como por arte de encanto. Ahora, sólo la luz lechosa de la luna trazó los diseños de las cornisas y de las chimeneas sobre el patio. Francis, en algún lugar del sombrío castillo, estaría desolado y se mesaría los cabellos porque una fina y delicada muchacha había muerto... Tairlaine se aproximó a la repisa de la chimenea, llenó la copa con *whisky* y bebió de un sorbo, sin pestañear.

Sintióse mejor. Tuvo, sin embargo, la sensación de que compartía en alguna forma las peculiaridades de lord Rayle en este castillo del que la electricidad había sido excluida como un mero anacronismo. Por tanto, encendió las velas que siempre estaban preparadas en la repisa, para uso de los huéspedes honorables, y se dispuso a acostarse. Las perchas para la ropa se encontraban en un ropero de la pared. ¡Oh! ¡Usar roperos empotrados en vez de los armarios corrientes!... Seguramente habrían sido hechos extrayendo inmensos trozos de pared, en fechas recientes. Ya lo había notado antes, con no poca sorpresa, en los aposentos de *lady* Rayle. Las puertas, pesadas como puentes levadizos, guardaban pequeñas piezas, a manera de fuertes, dentro de los cuales quedaban amortiguados los ruidos más estentóreos.

La noche era gratamente fresca, sin llegar a fría. El americano revolvió el fuego de la chimenea, acercó una silla a la ventana y se sentó a fumar embargado por la

calma serena del momento. Una débil neblina empezó a invadir el espacio que rodeaban las paredes. El patio espectral, con sus muros recortados por ventanas sobre los claustros laterales, se envolvía lentamente en sombras. El murmullo de la cascada rompía la monotonía del cuadro, forjando visiones poéticas y apacibles. En la parte opuesta al cuarto de Tairlaine se destacaba un balcón cubierto, situado exactamente sobre las arcadas del claustro. Este balcón corría a lo largo de las habitaciones de lord y *lady* Rayle. Una de las ventanas estaba iluminada. Tairlaine fijó allí los ojos como hipnotizado. El pequeño cuadro de luz ejercía sobre él una atracción misteriosa. Cerca de la ventana, un reguero luminoso surgió verticalmente. La puerta del dormitorio de *lady* Rayle había sido abierta.

Oyóse un rumor vago, semejante a un débil ladrido. Una pequeña sombra se escurrió al pie del trozo iluminado; luego, otra sombra le siguió, y el ladrido cesó, como si hubiera sido sofocado violentamente. El reguero de luz desapareció con el cierre brusco de la puerta.

«El perrito de *lady* Rayle», pensó Tairlaine. Seguramente, se le habría escapado en uno de sus accesos furiosos, y debió de perseguirlo para capturarlo y hacer cesar sus ladridos.

Sintiéndose presa de un extraño abatimiento, se apartó de la ventana, apagó la luz y se entregó al reposo. Los temores que había tratado de conjurar invadieron ahora su mente en tropel. Terribles pesadillas e imágenes de enormes seres con máscaras de hierro y lanzas ensangrentadas le asaltaban sin cesar en medio del sopor que le embargaba. Dudaba si habría pegado los ojos, pero algo debía de haber dormido, pues al sentirse completamente despierto, una claridad tenue, apenas el fulgor del alba, invadía débilmente la habitación. Varias veces resonó en sus oídos la prevención de *sir* George sobre la necesidad de atrancar la puerta; a impulsos de las tétricas visiones que alteraban su sueño, saltó del lecho y, con los pies desnudos, fue a correr los cerrojos, presa de inquietudes que hasta entonces había ignorado. En medio de su somnolencia creía haber oído ruido de pisadas y forcejeos en la puerta, que le aterrorizaron y le hacían dar diente con diente.

Ahora, ahuyentado el sueño, sentíase acometido de un leve temblor. Pesábanle los ojos y sus frágiles huesos le dolían. Los pájaros empezaban a revolotear, haciendo oír los primeros gorjeos del día. Pero también oyó ahora, y en forma inconfundible, el rumor de pisadas que habría jurado fueron una parte de su sueño. Corrió a la ventana y abrió los postigos, ansioso de luz.

El patio estaba bañado en una semiclaridad. El cielo empezaba a teñirse con los colores del alba, pero la noche hacía confusos aún los murallones. El ruido de las pisadas bajo los arcos del claustro seguía oyéndose acompasado.

Y la lámpara en la ventana de *lady* Rayle seguía ardiendo... Vigía inalterable, silencioso, en guardia toda la noche. También en las pisadas continuas, de un lado al otro del claustro, percibíase una sensación de vigilancia. Tairlaine nunca pudo precisar si hizo algún ruido al inclinarse por la ventana para mirar abajo. Los pasos se

detuvieron. En medio del patio movíase una figura alta, delgada; repentinamente, se quedó inmóvil en las inmensas losas blancas y rojas, con la cabeza en alto, mirándole.

La figura le hizo una seña con el brazo. Una sensación de terror se removió en el pecho de Tairlaine. La figura repetía sus ademanes, haciéndole signos de que bajara para compartir sus lóbregos paseos.

Al fin, después de haber intentado escrutar en la semiclaridad de la aurora, Tairlaine pudo reconocer en el extraño paseante la persona de John Gaunt.

Las tenues luces del alba se habían desplegado en oleadas rosadas que iluminaban las torres del castillo, pero el patio seguía envuelto en neblina cuando el americano dio los buenos días a Gaunt. Este, envuelto en una capa negra y con un sombrero blando echado sobre los ojos, le contestó suavemente. Sin cambiar más palabras, Gaunt y su acompañante reanudaron el paseo bajo las húmedas arcadas del patio. En esta forma, silenciosamente, ambos continuaron su ambular acompasado hasta que los terrores de la noche se desvanecieron totalmente en el ánimo de Tairlaine. Siguieron andando así hasta que el movimiento dentro del castillo comenzó a adquirir alguna intensidad; hasta que las puertas se abrieron y las chimeneas empezaron a despedir columnas de humo, indicio de que los moradores se reintegraban a la vida.

Aún continuaban sus recorridos, cuando una muchacha, desde el balcón de arriba, profirió un agudo grito. La mujer, enferma de sueño y de pavor, seguía gritando, prendida a la balaustrada, cuando acudieron en su auxilio. El terror que la embargaba era tanto, que tardó minutos en poder hablar. Reveló entonces que había encontrado a *lady* Rayle tendida en un diván con el corazón atravesado de un balazo.

## EL ARMARIO DE LORD RAYLE

Tairlaine nunca llegó a saber de qué medios se sirvió Gaunt para tranquilizar a la muchacha y evitar que los moradores del castillo fueran alarmados. Profundo conocedor del corazón humano y familiarizado con las crisis que provocan dolores desgarradores, John Gaunt llegaba a las vías de la resignación, gracias a las dotes de su personalidad más que por el valor de las palabras. Tairlaine comprobó este hecho; pero curioso, solamente hasta cierto punto, renunció a saber en qué consistía. Maltrecho por los espantosos hechos de sangre que se registraban en el castillo con una frecuencia aterradora, tenía que templar sus nervios y atender a su propio organismo. Desde que saltó de la cama llamado por Gaunt hasta el anuncio del tercer asesinato, había fumado seis pipas con el estómago vacío; y este nuevo horror, no menos que las causas físicas, provocó en su salud un desarreglo peligroso.

Gaunt interrogaba con circunspección a la espantada mujer. El nuevo drama no revestía complicaciones. La muchacha, Annie Morrison, era una campesina, sirvienta de la casa, que había sido compañera de cuarto de Doris Mundo. Había recibido orden de *mistress* Carter de levantarse a primera hora, a fin de que arreglara los dos cuartos de baño del segundo piso y prendiera fuego en los caloríferos para que los huéspedes tuvieran agua caliente con que afeitarse.

En sus andanzas de una a otra habitación, había notado que la puerta que daba al balcón permanecía abierta y que las luces en las habitaciones de *lady* Rayle estaban encendidas. Dado que su señora descuidaba a menudo apagar las luces cuando la sorprendía el sueño, y que su señoría se enfurruñaba por estos descuidos, Annie trató de reparar esta negligencia con la mayor rapidez posible.

Atisbando por la ventana del dormitorio, le sorprendió ver que la cama no estaba ocupada. Llamó una y otra vez y no recibió respuesta. Entrando por la puerta del dormitorio, que no estaba cerrada, observó con extrañeza que su señora no se encontraba allí. Entonces llamó al vestuario, y como tampoco recibiera respuesta, asomó la cabeza y miró al interior.

Annie Morrison trató de describir lo que había visto a la incierta luz del alba, pero esto le provocó una nueva crisis de incoherencias y lágrimas. Gaunt la palmeó en el hombro, profundamente conmovido por su estado.

—¡Oye, muchacha! —dijo paternalmente—, enjuga el llanto y procura que nadie se entere de esto, siquiera por un rato. ¿Has entendido? —y esperó a que el trastorno de la joven se calmara—. Yo estoy en el cuarto del rey, ¿me oyes? *En el cuarto del rey*. Vuelve abajo y permanece allí hasta que yo te llame. Si alguien pretende entrar

aquí, simula estar haciendo la limpieza y desvíalo a otro lado. Sal pronto; yo te mandaré llamar.

Con mirada llameante siguió los movimientos de la joven, que reprimía su emoción al alejarse.

—¿No le parece que deberíamos llamar a Francis Steyne? —propuso Tairlaine, atribulado.

Con voz y actitud enardecidas, el otro contestó:

—El asunto es de mi entera incumbencia. De mi incumbencia tan sólo por primera vez desde que corrí con el caso de Mordray en París. ¡Vamos adentro, doctor!

Cubrióse las manos con un par de delgados guantes y empujó la puerta abierta del dormitorio. Tairlaine iba explicando rápidamente lo que había visto durante la noche: la aparición del perro, sus repetidos ladridos y la forma en que se fueron extinguiendo. Sin dejar de prestarle atención, Gaunt examinaba los menores detalles de la habitación iluminada.

Era este dormitorio tan pulido, floreado y moderno como el gabinete que Tairlaine había visto horas antes, de noche. Junto a la pared había una larga otomana cuyas cubiertas, ligeramente desordenadas, mostraban la impresión de un cuerpo. A la cabecera de la cama ardía una lámpara de plata, de luz tenue. En la mesita, próximo al velador, habíase dejado un libro de tapas amarillas, con un artístico cuchillo japonés marcando el lugar en que se interrumpió la lectura, y un grueso bombón de chocolate, mordiscado, puesto en el borde de un cenicero de plata. Junto al cenicero, dos paquetes de cigarrillos Gold Flake.

John Gaunt, con síntomas de preocupación, se golpeaba los dientes con el tubo de la pipa. Tairlaine trató de seguir la dirección de su mirada. Vio a Gaunt con el ceño fruncido...

Aparentemente, Gaunt examinaba una silla baja y cuadrada sobre la cual se había extendido cuidadosamente una bata de mujer. Era de un encaje muy tupido, color de durazno oscuro y de mangas amplias. Al pie de la cama, en caprichoso desorden, un par de zapatos de gamuza y otro de zapatillas con lazos de color. Desde allí los ojos del detective se desviaron hacia la puerta abierta del ropero practicado en la pared...

Examinado éste de un vistazo, se dirigió hacia la puerta que comunicaba el dormitorio con el gabinete. La luz de la mañana, que penetraba por una de las ventanas, era suficientemente fuerte para poder abarcar al punto la escena horrenda que se presentó a sus ojos.

*Lady Rayle* yacía de espaldas a través de la otomana en la cual Tairlaine la había visto la noche precedente. Tumbada allí, con la garganta descubierta y el cabello cobrizo suelto, tocando el suelo, presentaba la actitud graciosa de quien presiente la muerte, invocada con los brazos abiertos. Sus ojos en blanco, empero, denotaban una impresión de pánico y el rojo del lápiz de labios presentaba grietas por las crispaciones violentas de la boca. Llevaba ropa de noche, sin mangas, en verde pálido, desgarrada en los hombros por la lucha que debió de haber sostenido con su

agresor. Otras partes del vestido aparecían también estrujadas, sobre todo en la parte superior. Su pecho parecía haber saltado por efecto del arma de fuego.

Tairlaine se sobresaltó al sentir los dedos del detective oprimirle el brazo. Toda huella de sueño se había desvanecido, y su voz, firme y resuelta, tenía una entonación triunfal en esta frase:

—Deduzco que él mismo se ha traicionado, aquí por lo menos. Sus golpes de anoche fueron *materialmente* perfectos. Ahora ha dejado indicios que nos llevarán a su captura con absoluta precisión.

Tairlaine, que había concentrado su atención en la sangre, se estremeció:

—¿Alude usted al criminal? ¿Qué indicios son los que ha descubierto?

Volviéndose lentamente, Gaunt fijó en él una mirada distraída.

—Conocí quién era el asesino —contestó— a la hora de haber llegado a esta casa. En las declaraciones que oí, y en las que usted oyó también, una persona consignó una mentira tan fútil y endiablada, que me permitió descubrir al punto el misterio. Pero es hábil en extremo. No dejó tras sí ninguna prueba definitiva. Tal vez la hallemos aquí. Venga.

Pensando en esto después, el americano se percató de que no era un horror nauseabundo lo que experimentaba, pues parecía incapaz de sentir la menor cosa. Era como si lentamente fuera sucumbiendo a los efectos de una droga soporífera. Una sensación inexplicable le arrastraba a dejarse caer en el diván sobre el que yacía el cuerpo de *lady* Rayle.

—Tres balazos en el pecho —anunció, después de un somero examen—. Uno de ellos..., ¡mire aquí!..., tan bien dirigido contra el corazón, que en mi vida he visto otro más certero. Los otros están ligeramente desviados del blanco; una pulgada o dos —palmeándose la frente, puntualizó—: El vestido chamuscado en todo el pecho por el fogonazo de la pólvora. El arma fue asestada inmediatamente contra el cuerpo, a quema ropa.

Reacio a toda investigación, Tairlaine ya no miraba; se limitaba a escuchar la voz de Gaunt.

—Las rasgaduras del vestido me dan que pensar; también las pantuflas que lleva. Diga, doctor: ¿no oyó pistoletazos anoche?

—Ninguno.

—Pero ¿dijo que oyó ladrar al perro?

—Sí, aunque débilmente.

—Esto se complica —dijo, reflexivo, Gaunt—; pero la complicación nos lleva automáticamente a la claridad.

El detective trasladóse nuevamente al dormitorio. Al verle franquear la puerta, Tairlaine sintió un impulso casi irrefrenable de seguirle, pero apretó los puños y permaneció rígidamente junto al cadáver. Momentos después reaparecía Gaunt.

—Los hechos concuerdan con su relato. He encontrado el cuerpo del perro bajo la cama, estrangulado. Parece que el perro trató de escapar; el criminal lo persiguió por

este cuarto, y lo estranguló antes que los ladridos despertaran a la casa... Examinemos el lugar. Sí; la ventana de este cuarto está abierta. Y no puedo creer...

¡Ayúdeme con sus luces, doctor!, no puedo creer que el arma haya sido dejada atrás. Registre cuanto vea, doctor...

Fue sólo un registro superficial, por lo que a Tairlaine se refiere, pues no acertaba con los medios de descubrir el arma. Dio vuelta a dos o tres cojines del diván tirados por el suelo y miró cándidamente los diversos muebles de la habitación. El detective rebuscaba, veloz, en todos los posibles escondrijos del cuarto, y en breve tiempo obtuvo la seguridad de que el arma no estaba allí. Solamente se detuvo una vez para escrutar a Tairlaine, y preguntarle:

—¿Habló con ella, doctor? Deduzco que debía de ser una mujer bravia, de temple recio.

—Capaz de hacerle frente al demonio —repuso el americano—. Creo que por una de estas causas se me hizo odiosa.

—Naturalmente. No es eso lo que uno busca en las mujeres. ¡Ah! Encontramos algo... —con una mano enguantada registró por debajo del cuerpo y extrajo un pequeño revólver con un gatillo diminuto. Tan pequeña era el arma que no ocupaba del todo la palma de una mano de hombre.

—¿Para qué tendría un arma tan insignificante? —inquirió Tairlaine.

—Una Browning 22 —murmuró el detective, dando vueltas a la diminuta arma—. ¡Por los cuernos de Belcebú! No es esto lo que la ha matado, doctor. El arma que le destrozó el pecho fue un arma de calibre mucho mayor. Un cuarenta y cinco reformado, juzgando a primera vista. El juguete era de ella. Sí. Aquí están sus iniciales, en la culata. ¿Vio usted alguna vez un hombre tocado por la bala de un revólver de uso policíaco? —continuó después de una pausa—. Sus efectos son increíbles. Yo me he visto forzado varias veces a defenderme con ellos. El impacto hace más que derribar el cuerpo. Cierta vez me vi atacado por un hombre de Rangoon. Su cuchillo enarbolado iba a herirme, pero por una fracción de segundo me anticipé e hice fuego. Era un luchador; el comisionado podrá relatarle el hecho. Hombre corpulento, de más de doscientas sesenta libras. El golpe de la bala le arrojó contra la pared, como un palo de bolos. Y... ya lo ve aquí ahora. Las pantuflas de *lady Rayle* ni siquiera se salieron de los pies.

La evocación de esta escena puso al detective sonriente. Sin cesar de examinar el cuerpo, daba vueltas a su alrededor.

—El criminal es astuto. Tiene una imaginación brillantísima, doctor. Por ello, consiguió dar muerte a lord Rayle en la forma desconcertante que nos ha intrigado a todos. Pero, ¡veamos...! Sería ilusorio buscar un rastro que le descubriera. Sin embargo..., esa mano izquierda de la muerta. ¿No sería que?... —levantó la mano rígida y la examinó con la lupa—. Sí; esto no era inevitable, pero aquí hay algo importante: unas gotas de cera en el dedo pulgar y en el índice.

Pasándose una mano sobre sus cansados ojos, Tairlaine preguntó:

—¿Gotas de cera? ¿Les atribuye alguna significación?

Gaunt se acercó a la ventana. Después de examinarla con detenimiento volvió al cuarto y raspó un fósforo para encender la pipa. La llama se reflejó en sus pupilas metálicas.

—Supongamos, mi amigo, que hiciéramos una reconstrucción del drama. ¿Qué ocurrió aquí dentro, según su parecer?

—No sé; me es imposible reconstruir nada... Estoy como adormilado. Me siento como si no hubiera conciliado el sueño desde hace días —hablaba titubeante. Luego, de repente, como arrancándose a su estado de postración, imaginó hechos y situaciones que en otro momento de lucidez difícilmente se habría atrevido a sugerir —. Pero, a fin de cuentas, creo que en todo esto sólo cabe formular suposiciones.

—Suposiciones y algo más —replicó sombríamente Gaunt—. Lo que ha ocurrido aquí es diabólicamente claro, fácil de reconstruir. *Lady Rayle* se hallaba acostada, leyendo y masticando bombones. Oyó un ruido que le pareció sospechoso. El ruido no procedía de aquí, del gabinete, sino de más allá, del cuarto de lord Rayle. Sabemos que la mujer era valiente y que ignoraba lo que es miedo. Se levantó, cubrióse con una bata y extrajo la *Browning* del cajón de la mesita de noche. Resueltamente, se encaminó a las habitaciones de lord Rayle, y allí, en el dormitorio del fallecido, se alumbró con una vela. Sus sospechas estaban completamente fundadas. El criminal estaba allí. Concretamente, se había ocultado en el ropero de la habitación del lord. Advirtió algún movimiento extraño y procedió a averiguar la causa. Fue en esa ocasión, al abrir la puerta, cuando el criminal actuó. Le arrancó la palmatoria de un guantazo, le tapó la boca con la mano, y la atrajo dentro del ropero. Ella le había visto y sabía quién era. Dejar hablar a la mujer era ser descubierto y significaba la horca, infaliblemente. Cerró la puerta tras sí, retuvo fuertemente a la mujer en sus brazos, y, en la oscuridad, desenfundó el revólver e hizo tres disparos a verdadera quemadura. Después, muerta *lady Rayle*, transportó el cuerpo a esta habitación y lo arrojó sobre la otomana. En su afán de crear apariencias desconcertantes, nuestro criminal recogió la *Browning* de *lady Rayle* y la colocó bajo el cuerpo, con lo que los investigadores se desorientarían. El perro, asustado, dio algunos ladridos y corrió a ocultarse bajo la cama, donde él le dio alcance y satisfizo otra vez su pasión dominante: la estrangulación... No tengo dudas de que encontraremos pruebas de esto si examinamos las habitaciones de lord Rayle.

Tairlaine le miró con estupor. Después de largo silencio, dijo:

—Espero que haya estado hablando seriamente. Usted no estuvo allí; ni siquiera conoce la disposición de las habitaciones. ¿Cómo puede hacer una reconstrucción tan prolija de los hechos?

—Debemos ir a verlo para comprobarlo. Pero creo que todo puede explicarse en un momento... —Gaunt vaciló, mirándole con una curiosa expresión, mezcla de reproche y suavidad. Luego, disponiéndose a la investigación, continuó—: Sí, la puerta que da a las habitaciones de lord Rayle está abierta —agregó, haciendo girar el

pomo de la cerradura—. Usted me dijo, si no recuerdo mal, que lord Rayle acostumbraba cerrar la puerta por el lado suyo. Aquí está la llave. ¡Hum!

Ni siquiera la ventana había sido lavada en el vestuario del difunto lord. A la escasa luz que penetraba por los vidrios empañados, los intrusos pudieron comprobar que lo de «cuarto de vestir» era un término ceremonioso. Todo lo que lord Rayle hacía, al parecer, era vestirse en su dormitorio, sacando del ropero inmediato las ropas que requería. Esta pieza, aunque polvorienta, estaba relativamente limpia. Desde ahí se trasladaron al dormitorio.

Aparentemente, todo se encontraba en el mismo estado que la noche anterior, si bien Tairlaine no podía asegurarlo, pues en la breve visita realizada no había hecho un examen prolijo de la habitación. La mirada perspicaz de Gaunt descubrió en seguida un candelero con una vela, puesto sobre una mesa situada inmediatamente a la derecha de la puerta, conforme se venía del cuarto de vestir. Estaba doblada por la mitad, con abolladuras en otros lados. Un hilo de sebo colgaba a un costado.

El detective comentó la situación:

—El criminal la restableció en su sitio, tal como ella la encontró al entrar aquí. Esto indica su prolijidad. La pista empieza a esclarecerse. Ahora, a examinar el ropero. Esperemos que haya allí claridad suficiente...

—Anoche había aquí una linterna eléctrica. Tal vez la podamos encontrar.

Haciéndose sombra con la mano, el detective escrutó en distintas direcciones, sin resultado.

—No logro descubrirla... Lo mismo da. Mi encendedor será suficiente.

Dio unos pasos hacia el ropero, y dijo:

—Cerrado, como suponía. El asesino es cuidadoso en todo —encendió el mechero y abrió la maciza puerta del ropero—. Hay falleba en el interior, como ve. El criminal pudo encerrarse por dentro. Ya lo descontaba...

—¿Y por qué razón? —interrogó Tairlaine sin cesar de mostrar asombro.

—Por la razón de que usted oyó distintamente los ladridos de un perrito y no alcanzó a oír las tremendas denotaciones de una cuarenta y cinco, partidas del mismo lugar. ¿Cómo explicar esta diferencia? Mi deducción es forzosa, inevitable. Ella me ha conducido a la serie de deducciones que siguieron. Sigamos explorando...

Maquinalmente, el doctor Tairlaine alargó la mano hacia la falleba.

—*¡No la toque!* No toque nada —previno el detective—. Límitese a husmear, doctor. La puerta ha estado cerrada desde el crimen. Aquí ha habido un descuido; nuestro amigo, el criminal, ha incurrido en grave inadvertencia. ¿No huele a cordita, doctor? Sí; olor bastante intenso. Los disparos han sido hechos aquí dentro. Si no hubiera cerrado la puerta, las emanaciones habrían sido menos perceptibles. ¡Oh! Todo se confirma; aquí hay huellas —habíase arrodillado, casi en cuclillas, con la llama del encendedor alumbrando varios espacios del piso—. Gotas de sebo en varias partes. Ella arrojó la palmatoria... Lo demás fue rapidísimo; consumada la obra, nuestro hombre hubo de procurar que la llama de la vela no prendiera fuego a las

ropas. El ropero es un cuarto en sí mismo; la puerta..., ¡ya lo ve!..., de un espesor de tres pulgadas. ¡Ah, mi amigo! Cada paso suyo es una revelación. Nuevamente, el criminal trató de embrollar la pista. No dejó el cuerpo abandonado aquí. Todo lo contrario. Quiso hacernos creer que había sido muerta en la otra habitación, y, para apartar nuestras miradas de este lugar, tuvo que desplegar grandes esfuerzos. No solamente llevó el cuerpo a las otras habitaciones, sino que recogió el candelero y lo colocó dónde antes estaba... ¿Por qué no quiere que este ropero sea objeto de una investigación? ¡Eh!... ¿Ha visto algo, doctor?... ¡Pronto! ¿De qué se trata?

Tairlaine no acertó a concretar sus impresiones. Esforzábale por traer a la memoria algo visto brevemente y sólo recordaba a medias. A la incierta luz de las velas, rodeado de los hombres que lo revolvían todo apresuradamente, fijó una mirada en este ropero cuando estuvo allí con Francis para verificar la solidez de la ventana. Recordaba la extrañeza que le causaron las fantásticas ropas blancas suspendidas de las perchas. *Ahora...* notaba ahí algo diferente; algún cambio sutil, imposible de determinar. No era que el contenido del ropero ocupara otro sitio o hubiera sido arrojado; colgaban ahora como antes, sin diferencia alguna. Pero tenía la impresión de un cambio. La índole de este cambio podría descubrirlo al punto u olvidarlo por completo. La mirada inquisitiva de Gaunt presionaba tenazmente en la suya, pero sólo podía contestar con sacudidas vacilantes de cabeza.

—No logro precisar la causa de mi extrañeza —murmuraba confuso—. Mi débil memoria busca en vano. Pero...

—Tal vez yo pueda sugerírselo —le indicó lentamente—. Pero quisiera verle seguro sin ayuda mía, porque entonces podría ser una mera sugestión que en nada nos ayudaría. De paso, haré notar que uno de estos hábitos está rasgado a tal punto, que apenas es reconocible. ¡Fíjese bien! Lord Rayle, a pesar de su desidia, se negaría a llevarlo. Pero...

Se detuvo, y cuando la expresión de Tairlaine demostró que esta observación no había evocado ningún recuerdo, se incorporó con forzada sonrisa. Casi inmediatamente se inclinó para examinar nuevamente el piso.

—Ninguna cápsula —masculló—. Esto indicaría que el arma era una pistola automática, en cuyo caso nuestro hombre despejó bien el piso para no atraer nuestra atención, o que... Observe su previsión en la cuestión del candelero...

—Yo no veo, sin embargo —Tairlaine titubeó e hizo un gesto—. Quiero admitir que las cosas hayan ocurrido como usted dice, pero ¿cómo puede afirmarlo? ¿En qué basa sus presunciones?

—¿Eh? —refunfuñó Gaunt, volviéndose—. ¿Presunciones?

—Sí... ¿Cómo sabe que fue un intruso, y no alguien que ella estuviera esperando? ¿Qué le decide a suponer que fue asesinada aquí dentro?

—¡Oh! Eso tiene poca importancia. Por lo demás, la explicación es fácil —el detective parecía irritado ante la falta de comprensión del otro, y, como hablando consigo mismo, puntualizó la forma en que había sido muerta aquella mujer—: *Lady*

Rayle estaba en la cama leyendo, y alguien penetró en una de las cuatro habitaciones de este lado. Si la persona de referencia era un intruso con propósitos de robo, es indudable que no pasó de aquí y evitó entrar en el gabinete, que veía iluminado. Tuvo tiempo ella de marcar con cortapapel la página que leía —muestra de serenidad y temple animoso— y cuidadosamente colocó en el borde del cenicero el bombón medio consumido. Asimismo, tuvo tiempo de buscar en un cajón la pistola que hallamos bajo el cuerpo y descolgar del guardarropa, ya que vio que la puerta estaba abierta, la bata y las pantuflas que lleva puestas ahora. ¿Penetró el intruso en la morada de la dama? Insisto en creer que no. Si *lady* Rayle se hubiera encaminado a la otra habitación, aunque fuera para hacer frente a un ladrón o a un malhechor, instintivamente se habría puesto ese hermoso vestido de encaje que hemos visto junto a la cama y calzado las pantuflas que tenía más a mano. En cambio, poco afecta a las cosas y al recuerdo del difunto, eligió...

Hizo una pausa indicando con la cabeza las otras habitaciones.

—Sí —interrumpió Tairlaine—. Se puso la bata más vieja y fea que probablemente tenía en el ropero...

—... para dirigirse a una pocilga. Sí; a las habitaciones de su marido. Debemos, pues, deducir que esto no era una cita convenida; de ser así, fuera quien fuera la persona esperada, difícilmente se habría puesto esa vieja bata de algodón.

—¿Y el ropero en la habitación de lord Rayle?

—¡Ah! Respecto de esa habitación, creo que ha sido el verdadero escenario del suceso. Los muros exteriores de estos aposentos son muy gruesos y las ventanas sólidamente reforzadas. Por otro lado, las ventanas de la pieza de *lady* Rayle estaban abiertas. Una pistola de ese calibre, disparada tres veces, tiene necesariamente que ser oída en aquellos dos cuartos y, con toda probabilidad, también en las habitaciones de lord Rayle. Como ya le hice observar antes, el estampido de la cuarenta y cinco es infernal. Usted, que estaba sentado junto a la ventana, tendría que haberlo oído, a menos que...

Hizo un gesto indicando el ropero. Tairlaine recordó el grosor de la pieza-ropero de su propia habitación: una caverna de piedra a prueba de ruidos, con una puerta de roble de varias pulgadas de espesor.

—A menos —completó él— que hubiera sido muerta dentro de una de estas habitaciones con la puerta cerrada.

—No hay *ningún* otro lugar donde pueda haberse producido —dedujo el detective—. En cuanto al escondrijo del malhechor, debe admitirse como muy probable que él la asaltó en esta pieza y la arrastró al ropero, donde le dio muerte.

—Cabe suponer que él le dejó que encendiera la bujía sin molestarla. Además, el buen estado de sus ropas y la ausencia de rasguños en la piel demostrarían que el crimen no fue precedido por ninguna lucha. En caso de que hubiera sido atacada cuando encendía la vela, *lady* Rayle habría gritado o hecho fuego con el arma. La deducción natural es que él se ocultaba en el único sitio posible y que no quería ser

descubierto. Pero probablemente fue descubierto...

Gaunt hizo otra pausa.

—Fue descubierto por el perro —dijo pensativo— cuando se produjo la primera alarma. Me inclino a creer que fue el perro quien primero descubrió al ladrón, y que llamó a su ama para investigar en las habitaciones del difunto. Ahí, por supuesto, estamos en el terreno de las especulaciones. El criminal no se atrevió a hacer fuego contra el perro, por el ruido que produciría con la habitación abierta, ni tampoco intentó capturarlo por miedo de que arreciara en sus ladridos y corriera a buscar la protección de su ama. Una vez perpetrado el crimen, y temiendo los ladridos denunciadores, el malhechor habría iniciado la persecución del can, hasta darle caza bajo la cama y estrangularlo.

Durante esta nueva reconstrucción de los hechos, Gaunt estuvo hablando como para desvanecer indecisiones propias, débilmente alentadas.

Su atención estaba concentrada en el ropero, del cual no apartaba los ojos.

—Todo esto, doctor, por verosímil que pueda parecer, está basado en conjeturas. Cada partícula de la evidencia converge hacia ese punto: el ropero. Yo me pregunto: ¿Qué pretendía el criminal cuando anoche se introdujo aquí? Su empeño por desviar la atención hacia otro lado era evidente. Nuevamente, ¿por qué?

—¡Oh, Dios me valga!

—Yo creo saberlo —dijo el otro vehementemente—, pero no quiero exacerbar su imaginación. Quiero tan sólo que recuerde por qué este ropero parece diferente y lo que sugiere a usted la ropa tan extrañamente desgarrada. En el ínterin..., ¿cómo podremos trocar en ventaja nuestra esta última hazaña del criminal?

Púsose a recorrer la habitación de un lado a otro, golpeándose fuertemente la palma de la mano con el puño. Luego, hablando consigo mismo:

—¿Cuál es la izquierda y cuál la derecha?... ¡Mal haya..., no lo recuerdo! Sí..., no. Lo tengo ya. Era la derecha. Bien; entonces probaremos la izquierda. Necesito una hoja con membrete de lord Rayle y... —volvióse, levantando el brazo—... y le estaré muy agradecido si se molesta en procurarme un tarro de talco. Nos será de gran utilidad.

## EL COMO Y EL PORQUE DE UNA MENTIRA

—¡*Lady Rayle* ha sido asesinada! —anunció John al levantarse de tomar el desayuno.

Dejó que todos tomaran el breve refrigerio. El gran reloj del comedor acababa de dar las nueve, y los distintos comensales se aprestaron a las diligencias sumariales que iban a dar comienzo en breve. Aunque reinaba cierta cordialidad, nadie podía evitar la suspicacia, la mirada de recelo para el que acababa de entrar, para el que daba los buenos días o el que formulara cualquier pregunta por insignificante que fuera. Es que el asesino estaba allí, era uno de ellos, y probablemente, momentos antes se tiñó las manos en sangre o estuvo ocupado en ocultar los instrumentos del delito.

Francis acababa de bajar para tomar una taza de café; otro tanto habían hecho *sir George*, Massey y Kestevan; el doctor Manning había entrado momentos antes, bien afeitado y paternal, y se sentó a compartir el desayuno.

La última campanada del reloj sonó estridentemente en aquel silencio opresor. Alguien, en ese momento, hizo chocar los platos y cambió de sitio una tetera. Wood, atento al arreglo de la mesa, la pasó de la izquierda a la derecha antes que *sir George*, empujándola distraídamente con el codo, la hiciera rodar por el suelo. Francis, absorto en mirar una fotografía de su hermana que trajo consigo, escuchó y se quedó inmóvil. Luego concentró su atención en el retrato.

Durante varias horas Tairlaine estuvo esperando la difusión de la noticia. Cada campanada del reloj aproximaba el momento de la tétrica revelación, y la esperaba como un mazazo en la frente. Ahora, solamente se escuchaba el tintineo de la vajilla de plata al ser levantada por las manos expertas de los sirvientes. Tairlaine trató de examinar el efecto del anuncio en las caras, pero sólo pudo ver la esbelta y alta figura del detective, sobresaliendo en la mesa y dándole vueltas al monóculo con el índice. Antes de sentarse a la mesa, Gaunt le había dicho únicamente: «*Esté de acuerdo con todo lo que yo diga*».

Ahora Gaunt jugaba negligentemente con el monóculo, ajeno a la sensación que sus palabras habían producido.

Kestevan se había puesto intensamente pálido, con visibles muestras de emoción. Incapaz de permanecer en su asiento, estuvo por levantarse y desahogar su angustia en gestos violentos, pero la actitud impasible de Francis le contuvo. Este fue el primero que habló.

—¿Cuándo murió? —preguntó en tono firme—. ¿Estrangulada también?

—No —repuso Gaunt—. Muerta a balazos, el último de los cuales le atravesó el

corazón, en su propio cuarto. Ocurrió anoche, pero el cuerpo no fue descubierto hasta esta mañana.

De nuevo sobrevino el tétrico silencio; tan profundo, que Tairlaine oía a Wood moverse en la puerta. Bajo impresiones diversas, Francis sintióse acometido de una risa histérica, apenas esbozada, pero se reprimió pronto y se acercó a la mesa.

—¡Bien, bien! —murmuró—. Así son las cosas. Es lo que ella quería. ¿Qué pensará de la muerte ahora?

Miró con curiosidad a Kestevan. Manteniendo aún su posición de sernisentado, el actor contemplaba la puerta del gran salón como si hubiera allí una imagen. Comenzaba a estar completamente en pie; estremeciéndose entonces y sentóse de nuevo.

—No, Kestevan —sugirió Francis en tono indolente—; en su lugar, yo no iría a verla. Podría parecerle poco grata.

El actor profería palabras inarticuladas; al fin pudo decir:

—No pensaba en ella, malvado. Quería saber tan sólo si Patricia está...

—Duerme todavía —indicó el detective—. ¿Quieren decirme los señores si anoche oyeron algún tumulto, alguna detonación?

—Por mi parte, no —apuntó *sir* George—. Y si lo hubiese oído, no estoy seguro de que me hubiera levantado para hacer averiguaciones.

—¿Usted, señor Massey?

El secretario movió tristemente la cabeza, que había mantenido baja desde la revelación.

—No; nada oí. Estoy en el otro lado de la casa. ¿Quién... la encontró?

—Una de las sirvientas. ¿Míster Kestevan?

—¿Eh? ¿Quién le...? ¿Un balazo? ¡Oh!... ¡No... no!

—Y, desde luego, el doctor Manning —insinuó Gaunt con suave sonrisa—, puesto que no estuvo aquí, nada puede haber oído.

El doctor se secó fuertemente los labios con la servilleta; su ancha cara parecía congestionada.

—*Lady* Rayle... Es atroz, por supuesto. Yo... ¿Por qué no se informó antes?

—El doctor Tairlaine y yo estuvimos realizando algunas averiguaciones. No tocamos en absoluto el cuerpo. Está en su salón. Aparentemente, estaba leyendo en la cama; debió de oír algún ruido o fue atraída a otra habitación con algún pretexto. En fin..., está muerta.

—Sí —dijo Manning, moviendo varias veces la cabeza y mirando la mesa—. ¿Dijo usted... a tiros?

—Con un revólver de gran calibre, al parecer.

Durante todo el tiempo que estuvo hablando, una de las manos del detective trazaba signos debajo de un gran azucarero; Tairlaine creyó notar que hacía extraños arabescos con un lápiz en el mantel.

—Y... ¿por la misma persona que mató...? —Francis terminó la pregunta arqueando las cejas.

—Indudablemente.

—¿Y por qué a Irene? ¿Qué diablos andaba haciendo en su habitación?

—Otro enigma, míster Steyne. Confieso que hasta el presente nada he podido descubrir. El motivo del crimen no fue el robo; en el gabinete de Ja muerta hay diversidad de joyas de gran valor —hizo una pausa mirando cejijunto los trazos de su lápiz—. Pero, ante todo, míster Steyne: ¿qué personas de la casa tenían un revólver que pueda haber servido para este hecho?

—¡Revólver!... ¡Hum! En la casa hay más bien carencia de ellos. El museo de trofeos tiene los consabidos cañones, mosquetes y reliquias sobre el estilo. ¡Oh! Recuerdo también un viejo Smith and Wesson 32, con el cual yo solía cazar conejos, pero ya no se usa desde hace tiempo. Creo también que la misma Irene tenía uno muy pequeño.

—El arma usada esta vez es de uno de los más grandes calibres, a mi ver. El doctor sabrá decírnoslo después.

Francis entornó un ojo y levantó la ceja del otro, tomando un aspecto peligroso y extraño a la vez.

—A excepción —dijo— de mi pistola automática del ejército: una cuarenta y cinco.

—¡Ah, bien! —contestó Gaunt, imperturbable—. ¿Y dónde está?

—¡Que me aspen si lo sé! Hace años que no la he visto. No se la puede usar contra cosas chicas; las hace añicos como una bala de cañón. Saunders puede ser que lo sepa. Es una especie de asistente que atiende a todas mis cosas. Le interesa especialmente todo lo relacionado con el ejército... ¡A ver, Wood!

El dispensero reapareció, inclinada la cabeza.

—¡Mande el señor!

—¿Quiere buscar a Saunders? Debe de estar arreglando mi cuarto... Y... ¡Wood!

—Señor.

—Diga a Lee que eche un vistazo a la sala de armas. Encárguele que vea si puede encontrar una pistola de un calibre de más de treinta y dos. ¿Ahora, míster Gaunt?

—Estoy impaciente esperando la llegada del inspector Tape. Hay un motivo que hace necesaria su presencia. Quisiera también que me permitiera ocupar a uno de sus dos sirvientes para ir a Aldbridge y expedir dos telegramas... ¡A ver! ¿Qué más? Míster Massey; si mi memoria no falla, los abogados de lord Rayle son Simpson y Simpson, ¿no es así?

El aludido asintió con un gesto.

—Puedo darle la dirección completa, si gusta.

—Gracias. ¿Y su Banco?

—Great Midland London Branch. El nombre del gerente es Harlan Dale.

El detective escribió los datos en un sobre. Ahora, dirigiéndose al doctor Manning, dijo:

—Vamos a continuar, doctor Manning. Me disgusta volver de nuevo sobre el

asunto, pero cada vez asume mayor importancia, y anoche no tuve la oportunidad de plantearse. Conciérneme a Doris Mundo.

—¡Ah, sí! —contestó el doctor, ajustándose las gafas—. ¿Otro..., ¡ah!..., detalle trágico sobre la infortunada criatura?

Gaunt planteó la cuestión:

—Ahora veremos. Según ha dicho míster Steyne, Doris era muy apreciada por *miss* Patricia, a la vez que era la sirvienta favorita de *lady* Rayle. ¿Tendría usted inconveniente en subir la escalera y ver si su hermana puede venir a contestar a algunas preguntas?

Una mirada extraña, cierta especie de comunicación pasó entonces entre Francis y el detective. Este había hablado casi negligentemente, no obstante lo cual Francis pareció entender. Asintió con el gesto y abandonó el comedor con las manos en los bolsillos de su vieja chaqueta de caza.

—Y ahora, doctor —prosiguió Gaunt—, fue usted llamado anoche para reconocer a la muchacha, ¿no es así?... Exactamente. La encontró usted en estado interesante. ¿Era esto de mucho tiempo?

—Tres meses, más o menos, a simple impresión. Fuera del consultorio sólo es posible realizar un reconocimiento superficial.

—Lo que sigue es delicado e importante. ¿Averiguó algo sobre lo que cortésmente se llama «el hombre» en el caso?

El doctor, algo sonrojado:

—Ética profesional, señor.

—Ruégole que conteste a mi pregunta, doctor.

—Accederé a *su ruego* —repuso Manning—. Sí, traté de averiguarlo. Fui específicamente solicitado en ese sentido por lord Rayle y *mistress* Carter, que hace las veces de madre para las muchachas... Pero Doris se negó a confesarlo. Adoptó una actitud algo melodramática, ¡ah!, y lloró desconsoladamente.

—¿Recuerda si le dijo algo que pudiera inducirle a una mera presunción?

—Mi estimado señor, yo no soy un detective.

—¡Tenga la bondad de contestar a una pregunta humanitaria! El recuerdo de la infeliz exige cualquier esfuerzo en su defensa.

—Sólo puedo recordar una cosa —explicó Manning venciendo sus escrúpulos—. No, me es imposible recordarlo exactamente. Fue algo así como: «Le quiero mucho y ahora no se lo puedo decir. Quisiera que él lo supiera». Sus palabras eran difíciles de comprender, y...

—¿A quién supone usted que aludiría?

El facultativo hizo intención de levantarse.

—¡No lo sé! Usted no tiene aquí ninguna autorización oficial, y le ruego desista...

—¡Gracias doctor!... ¡Ah, entre, Wood! ¿Y éste es, según supongo, Saunders?

Wood hízose a un lado, mientras el asistente de Francis se adelantaba, moviendo

inquieto sus toscas manos. Saunders, aunque tranquilo, miraba a un lado y a otro con recelo. Gaunt, sentado frente a él, le estudió un momento.

—Saunders, ¿es usted el asistente personal del honorable..., discúlpeme..., del nuevo lord Rayle?

El criado parpadeó ligeramente a la mención del nuevo título. Tairlaine, que también lo oía por primera vez, sintióse impresionado.

—Sí, señor —contestó el criado—. Además de otras obligaciones.

—¿Hace mucho tiempo que está usted a su servicio?

—Diecisiete años, señor.

—Su señoría nos ha dicho hace un momento que entre sus recuerdos de filas había una pistola automática de calibre cuarenta y cinco, pero que desde hace tiempo no la ha visto. ¿Sabe algo de esa pistola?

Saunders hizo un gesto afirmativo, sin rehuir la mirada penetrante del detective.

—Sí, señor; sé dónde está. Pero si el capitán la necesita ahora... ¡Oh, imposible! Está rota.

—¿Rota?

—Como le he dicho, señor —continuó Saunders animándose paulatinamente—. Está averiada; yo mismo la averié, señor. Luego se perdió. Se perdió hace meses. No me atreví a decírselo al capitán. Yo se la arrumé. Fue por no tener balas y querer tirar con balas diferentes. Después traté de repararla, pero no pude. Entonces me acordé de un amigo que es estupendo para componer armas. Fui y le dije: «Mira, James: aquí te traigo una pistola del capitán para que la examines, a ver si tiene compostura». Y él me dijo: «¡Cómo no, amigo! Veré de arreglarla». Y se la guardó.

—¡Cuidado, Saunders, no se precipite! —advirtió Gaunt, viendo al otro embarcado en una descripción interminable.

—Bien, señor. Una semana después volvió James y me dijo: «Mira, viejo: lo siento mucho, pero el arma que me diste se me perdió». Yo me desesperé, pensando en lo que diría el capitán. Entonces mi amigo me explicó que se había ido con su novia a dar un paseo en bote, con el arma en el bolsillo trasero. James me contó que durante el paseo dijo a la muchacha: «¿Qué te parece si nos besáramos?». «¡Oh, sí! —dijo ella—, pero ten cuidado no vuelque el bote». Los dos se levantaron y, en el momento en que él extendía los brazos, el arma se le salió del bolsillo y cayó al agua —Saunders hizo un gesto de impaciencia y observó desalentado—: Esto es lo que me dijo, señor, aunque tengo mis dudas de que sea cierto.

Gaunt le miró con expresión alentadora.

—No me atrevo a reprocharle nada, Saunders. Así que la pistola está bajo el agua. ¡Qué le vamos a hacer!

Saunders respiró tranquilizado. El detective extrajo del bolsillo el pequeño revólver reluciente, con gatillo de pata de cabra, el arma que había encontrado bajo el cuerpo de *lady* Rayle. Lo retuvo pensativo en la mano antes de mostrarlo a nadie.

—¿Vio alguna vez este juguetito?

Saunders tomó el arma que le presentaban y la examinó con sorpresa desdeñosa. Locuazmente contestó:

—Pero ¡qué pequeño! Nunca vi otro tan menudo. Lo puedo cubrir con mi mano. No, señor... La primera vez que lo veo.

—Gracias. Deseo preguntarle otra cosa. Usted ha sido hasta ahora un servidor obediente y leal. Según mis informes, usted fue quien advirtió anoche que míster Kestevan cruzaba el patio en dirección al torreón del fondo.

—Así es, señor —y Saunders frunció el ceño al mirar al actor.

—¿Dónde estaba usted entonces? ¿En el patio también?

—Sí, señor. Y no lejos de allí.

—Eso ha despertado mi curiosidad —observó Gaunt—. ¿Suelen llevarle allí sus tareas habituales, en la oscuridad de la noche?

Saunders le miró con profunda sorpresa, reflejada en sus palabras:

—¡Por la no...! Sí, señor. Al servicio del capitán, como le he dicho. Sabrá el señor que el cuarto del capitán está en el fondo de la casa. Míster Wood, el dispensero, dice que yo alboroto mucho por los corredores cuando voy y vengo para el arreglo de las cosas del capitán. Por eso, ayer me encargó que en vez de ir por los corredores pasara por el patio y subiera por la escalera de atrás. Allí hay una puerta que da a un cuarto no usado por nadie, completamente al fondo. Al hacer ese recorrido fue cuando noté la presencia del señor, cerca del torreón.

—Bien, nada más, Saunders; muchas gracias.

El asistente parecía a punto de formular una pregunta. Pero cerró los labios e imitó toscamente la inclinación de cabeza de Wood, retirándose del comedor. Gaunt le siguió con la vista sonriendo levemente.

El doctor Manning refunfuñó:

—Este hombre mentía de una manera descarada. Me extraña, míster Gaunt, que no lo haya desenmascarado. ¡Salta a la vista que forjó una paparrucha indecente!

—¡Ah! —exclamó el detective—. ¿Qué opina usier, míster Massey?

—¿Acerca del revólver? —inquirió el secretario, abstraído en pinchar el mantel con un tenedor—. A decir verdad, no me pareció muy convincente. Con esa charla y esos «dijo» y «dice»..., ¡cualquiera le aguanta! —terminó desasosegado.

—¿Y tú, George?

—Yo estoy menos seguro. Esa actitud de ingenuidad y sencillez con que ha hecho el relato me ha convencido a medias. No diré que sea falsa, pero sí parecía excesivamente candorosa. No quiero ser suspicaz en extremo, pero tampoco deseo dejarme embaucar por los mentirosos. Ese hombre tal vez sea sumamente hábil; quizá nos ha servido una historia absurda, y que nos inclinaríamos a creer, simplemente porque es tan increíble. En cambio, si hubiera forjado una justificación sencilla para apoyar sus embustes, entonces te sentirías inclinado a prestarle crédito. Objeciones ultrasútiles, como habrás visto.

Gaunt cambió una mirada de inteligencia con Tairlaine.

—No del todo. Debo confesar que el mismo pensamiento se me ha ocurrido a mí. Desde el comienzo, me percaté de que en modo alguno debía ceñirme a un interrogatorio estrecho. No se puede acosar a un testigo de esa clase. Para probarlo tenía que apelar a un experimento —convinciente, movió la cabeza—. No, George. Saunders no es ningún embrollón. Estoy seguro de que se sorprendería muchísimo si te oyera atribuirle esas maquinaciones de que has hablado. Estoy seguro de su sinceridad.

—¿Cómo así?

—Porque se dejó tomar las impresiones digitales —explicó Gaunt, tocando levemente el revólver diminuto que tenía ante sí—. Por eso se lo di para que lo examinara. Estimados señores: esto es sólo una variante de una treta muy conocida. El verdadero malhechor siente un horror casi fanático por las marcas de sus dedos, aun cuando está positivamente seguro de no haber dejado ninguna. Desde el principio al fin de haber cometido un crimen ha podido haber usado guantes; pero, así y todo, siempre alienta el temor, nunca alejado de su mente, de que tras sí haya dejado una de esas endemoniadas huellas, reveladoras de su delito.

—¿Quiere decir entonces —inquirió *sir* George— que esa historia es cierta a juicio tuyo?

—¡Oh, no! No necesariamente. Quiero sólo decir que Saunders no es persona de sutilezas ni picardías. Por lo demás, su historia me interesó especialmente. Si ha mentado, ha contado una mentira tan reveladora como la misma verdad.

*Sir* George castañeteó los dedos con rapidez.

—Paradojas llaman a esto. Algo que no está en tus métodos.

—Sentido común lo llamo yo. Quisiera que el comisionado hubiera asistido a esto.

Gaunt había olvidado —así parecía al menos— el asunto de los crímenes. Denotaba ansia de polemizar. Su ademán casi invisible puso a Wood en movimiento para traer una provisión de *brandy*.

—Hace algunos años —prosiguió, encendiendo un fósforo para la pipa— hubo un gran revuelo en los círculos policíacos sobre ciertos pretendidos inventos científicos, mediante los cuales el delincuente se traicionaría a sí mismo. Se comenzó con el experimento de la *asociación verbal* de Jung. Leíase a un sospechoso determinado una lista de palabras aparentemente sin sentido, y se subordinaba la respuesta a la palabra que cada una le sugería. Si tardaba mucho en contestar, o merced a una palabra traicionera contestaba inconscientemente a una sugestión, dábase por supuesta una significación altamente siniestra.

Luego tuvimos lo que humorísticamente se llamó el *detector de mentiras*. Consistía en aplicar a un sospechoso varios complicados aparatos y verificar luego las diferencias de presión sanguínea a la simple mención de determinadas palabras. Hubo después otros métodos, inclusive el uso de una droga garantizada para obligar a decir la verdad, y todos ellos fueron solemnemente considerados por los médicos y

curanderos... Hasta donde alcanzan mis conocimientos, toda clase de ordalías fueron experimentadas, excepto, según creo, la de atar a un sospechoso de pies y manos, arrojarlo al agua y declararlo inocente si se ahogaba. Como asunto de valor práctico, el último procedimiento habría resultado tan útil como cualquier otro en determinados delitos.

Pruebas al canto. El acusado no puede menos de saber lo que había de ocurrirle. Está sentado con un aparato atado al brazo, mientras se le hace una descarga de palabras de sentido recóndito. El sospechoso ve su sangre subir de un salto, como un *geyser*, con la palabra más inofensiva. En realidad, cuanto más inofensiva es una palabra, más apto es el paciente para alarmarse por sospechar un sentido mortal. Si está realmente complicado en el delito, conocerá los hechos y sentirá terror si le son conocidos. Y cuanto más inocente es, más grande su inquietud.

A causa de la divulgación de la prensa, es concebible que la mitad del pueblo de Inglaterra esté al corriente de los hechos en un juicio notorio. Una muerte es cometida en la tienda de un vendedor de pájaros en Tottenham Court Road. Un pacífico corredor de Bolsa es detenido y llevado ante los investigadores. El invento es aplicado a su brazo, el científico hace algunos pasos mesméricos con su libro de apuntes, y lanza una retahíla de palabras, tales como *cuchillo, gusano, canario, árbol, alpiste, arenque*. Si el corredor de Bolsa es perturbado por las cinco primeras palabras, como habrá de serlo indefectiblemente, sentiráse oprimido de angustia a la palabra *arenque*, que no parece tener aplicación y probablemente resultará fatal.

Esto, como es lógico, confunde a los inquisidores, pues, en primer lugar, *arenque* nada tiene que ver con el asunto. Fue puesta únicamente allí como una diabólica treta de los psicólogos para dar descanso a la mente del paciente. Hecho esto, los analistas se sentarán a acumular puntos en sus torres de erudición, intentando explicar por qué extrañas contorsiones del cerebro humano este asesino del vendedor de pájaros sucumbió ante la palabra *arenque*... Esto, señores, es lo peor de la máquina. La máquina suele cometer algunos errores; el operador los comete invariablemente. Es inevitable.

Gaunt hablaba recostado, con los ojos entornados y envuelta la cabeza con las nubes de humo de la pipa. Ahora se sentó y miró en derredor suyo.

—No intente nunca poner un termómetro clínico en la oreja con el fin de averiguar la temperatura de su cerebro. Déjelo solo, completamente solo. No le induzcan a hablar y reserven la dureza únicamente para los que son locuaces en extremo; entonces se volverán más parlanchines que nunca. Si ha preparado una mentira grande, intrincada, bien construida y fundada, será muy difícil descubrirlo. Para el interrogador, la ventaja saliente es que pocas mentiras son bien elaboradas de antemano. Son embustes para salir del paso y, aun cuando hayan sido concebidos con tiempo, el mentiroso no puede resistir a la tentación de *elaborar*, de *enriquecer* la mentira. Por ejemplo, si usted desea ir sinceramente a comer con determinada persona y las circunstancias se lo impiden, las disculpas que expondrá a esta persona

después serán breves y no le costarán ningún esfuerzo. Únicamente, cuando desee evitar de todo corazón esa comida y la evita deliberadamente, sus disculpas toman la forma de una larga y detallada historia. En otros términos, el detalle denunciador es el detalle innecesario.

Gaunt se sirvió una copa de *brandy* y la contempló al trasluz. *Sir George* se inclinó hacia adelante.

—Nunca te oí una conferencia de esta clase sin ningún propósito —observó—. ¿De ella deberá inferirse que el mentiroso se entrega por sí mismo, más dejándolo hablar que interrogándolo? ¿Con tal inconsistencia, que puede señalarse con el dedo?

—Si a veces no llega a los extremos que le son comunes —contestó el detective—, invariablemente es una pintura de su propio carácter. Generalmente revela lo que está en su pensamiento por los hechos imprevistos que se suceden, *sin necesidad de interrogarle...* Es por eso —concluyó Gaunt tras de un largo trago— por lo que yo prefiero por amigos a los embusteros auténticos, congénitos... Sé con quién tengo que habérmelas.

El recelo creció en la reunión; oyéronse toses inclasificables, y *sir George* dijo mansamente:

—Presiento que todo esto tiene alguna finalidad. ¿Está inspirado el discursito en las tonterías que Saunders acaba de relatar?

—¡Oh, no! Nada de tonterías. Saunders descubrió perfectamente lo que meditaba cuando nos largó su historia... Me refiero a un asunto más trascendental. Estudiaba la más perfecta combinación de los dos factores: una mentira y una serie de ellas, que no solamente atrapan al mentiroso en el absurdo creciente que va acumulando, sino que reflejan plenamente su carácter.

Se incorporó a medias en el asiento al oír rumor de voces en el vestíbulo.

—Debe de ser el inspector Tape, sin duda alguna. No perdamos tiempo; vayamos a verle sin tardanza.

## LA PISTOLA ES HALLADA

Tairlaine no deseó oír una nueva descripción de los hechos. Se arrellanó en la silla al salir Gaunt del comedor, seguido por el doctor Manning. Al franquear la puerta casi chocaron con Francis.

—Ahí está la ley —dijo este último, contrariado—. Pat bajará dentro de poco. Yo estaré aquí en caso de que me necesite... ¡Ah, *brandy*! ¡Excelente! ¿Ocurrió algo durante mi ausencia?

—Una conferencia —murmuró *sir* George frunciendo el ceño—. Nada agradable.

—Tampoco lo fue para mí —aduló Massey—. Me ha hecho reflexionar sobre todo lo que he dicho y hecho, y abrigo el temor de que haya omitido algo importante al declarar, o que no lo haya declarado adecuadamente, y hasta tal vez erróneamente en la segunda vez... ¡Qué sé yo! Las deducciones que pueda hacer ese viejo diablo asustan... ¡Gran Dios! Me causa miedo ese hombre.

—De lo dicho deduzco que ha examinado la situación de cada uno de ustedes —puntualizó Francis en tono extraño—. ¿Qué es lo que dijo?

—Habló de la mentira —dijo *sir* George— y de las formas de mentir. ¡Hum! Tengo entendido, Tarlaine, que usted presencié buena parte de lo ocurrido. Cuéntenos... lo de esta mañana.

Con voz cansada, el americano renovó la descripción de los hechos, desde el momento en que oyó ladrar al perro en el balcón hasta el descubrimiento del crimen. Breves detalles fueron deliberadamente omitidos, no haciendo mención de que gran parte de lo ocurrido estaba relacionado con las habitaciones de lord Rayle.

Gaunt estaba aparentemente conferenciando con el inspector Tape en el gran salón, y la voz del funcionario sobresalía por su tono perentorio. Ahora repercutía en el comedor.

—... Pero este ladrón, este hombre... ¿Nada sucedió en los otros aposentos? ¿Quizá buscaba algo en las habitaciones de su señoría?

—Eso mismo pensé yo, inspector, y lo registré todo por allí. Pero si quería robar algo en ese lugar, nada de lo que investigué me lo reveló. En todos los cuartos, cada cosa parecía estar en perfecto orden.

La voz de Gaunt, según Tairlaine notó, era tan resonante como la del inspector; no obstante, se oía muy distintamente. Podía afirmarse, en realidad, que llegaba a todas las dependencias próximas, como seguramente deseaba el detective.

—¡En perfecto orden! —refunfuñó la voz de Tape; Tairlaine se lo imaginaba moviendo la cabeza con descontento—. Anoche, sin embargo, todo estaba allí en

confusión.

—¡Ah, no estoy seguro! Un gran cofre fue apartado a la pared; una caja florentina, de tres o cuatro pies de alto: sus huellas se revelaban claramente en el polvo.

¿Era verdad eso? Tairlaine trató de recordar una vez más la distribución tumultuosa del dormitorio. Él y Gaunt habían estado escudriñando por el cuarto algo después que Gaunt descubriera el ropero y las diversas huellas en su interior. Lo recordó, por fin: un arca de roble labrado en el estilo macizo de mediados del siglo XVII que trajo a la memoria el caso de la esposa que se escondió, por broma, en uno de esos cofres y después no pudo salir de él. ¿Por qué lo recordaba? ¡Ah, sí! Le había extrañado que en sitio tan desaseado la tapa del cofre estuviera casi libre de polvo. Pero le era imposible precisar su posición: todo en esa habitación era desorden.

De nuevo, como si el inspector Tape hubiera definido algún punto oscuro, su voz resonó imperiosa.

—Lo sabía, señor. Anoche lo comprobé en la inspección. Vacía, completamente vacía. ¿Algo más?

—Hice un registro en la caja, por supuesto. También en los cajones del escritorio y del cuarto ropero —explicaba Gaunt con voz moderada, pero perfectamente dominada, como la de un actor. Si los otros oían lo que parecía destinado a ellos, estas palabras debían de producir un efecto curioso, perturbador. Mientras Gaunt y el inspector iban encaminándose hacia la escalera, tras ellos flotaban estas palabras: «Armario...». «Vestido...». «Nada importante...». «Puerta abierta...». Una trampa, indudablemente. Pero ¿que clase de trampa?

Gaunt, que indudablemente trataba de inducir al criminal a volver a los aposentos de lord Rayle, perseguía un propósito de dudoso resultado, a juicio de Tairlaine: ¿Qué se podría demostrar si se descubriera a alguien en semejante acto? Uno puede concebir sospechas de una persona encontrada en tales circunstancias, pero de ahí a acusarla de asesinato media una larga distancia.

Volviéndose, y haciendo como si nada hubiera oído, el americano advirtió que los demás trataban de hacer lo mismo. Francis parecía el más tranquilo de todos. Llenó una copa y, levantándola frente a la cara torva de *sir* George, dijo:

—¡Trampas policíacas! —e ingirió casi todo el contenido de la copa; después agregó—: No sé bien lo que voy a hacer, pero creo que no me pondré de luto. Todo induce a pensar que voy a ser acusado de haber dado muerte a Irene... ¡No pongan esa cara, señores! Todos ustedes han estado pensando lo mismo.

—¡Disparates! —dijo *sir* George, enrojeciendo.

—Sospechan que fue con mi pistola —prosiguió Francis, pensativo—. Hablé de esto con Saunders, ¿saben? Gran corazón. El pobre muchacho piensa que me protege. La cosa es que el arma ha desaparecido. Yo mismo la busqué antes de venir aquí. Pero ¡que me emplumen si sé donde está! A menos que ese apasionado amigo de

Saunders la perdiera realmente en el agua, cuando intentó el más arriesgado de todos los actos: agacharse en un bote de remo. Sólo un maestro lo habría conseguido... ¡Diga, Kestevan! ¿Se ha agachado alguna vez en un bote a remo?

Sir George se interpuso irritado:

—¡Déjese de molestarle! Se nos hace desagradable a todos con su rudeza.

—Me interesa saber qué efecto le produjo la muerte de Irene. Después de todo, era su amiga.

Kestevan se levantó de la mesa. Durante largo rato había permanecido silencioso, mirando al mantel y ajeno a las discusiones policíacas.

—No; no era mi amiga —repuso con toda calma—. Era odio lo que sentía por ella.

Por vez primera miró a Francis de hito en hito, y se retiró del comedor.

—¡El diablo que lo entienda! —dijo Francis silbando—. Hoy odio, ayer admiración. ¿Cuál será la causa del cambio? Esta mañana, cuando se enteró de la noticia, creí que le iba a dar un síncope. ¿Para qué tanta tragedia si la odiaba?...

Después, volviendo al tema de su presunta culpabilidad, continuó:

—Estaba señalando que yo soy la presa indicada en las investigaciones del inspector Tape. Todo el mundo estaba al corriente de mis rencillas con Irene. Además, ahora soy el acaudalado lord Rayle, lo que no habría sido si ella viviera. Sin embargo, lo que me place mucho es que todos ustedes estén convencidos de que yo no fui. ¿Verdad? ¡Gracias! —reprimiendo su tono trivial, contempló a Tairlaine con renovado interés—. Doctor, hay puntos oscuros en este otro crimen. Su relato sobre la luz en la ventana, los ladridos del perro...

Irene, sin duda, debió de ser asesinada minutos antes de eso. ¿Qué es lo que ha ocurrido, a juicio suyo?

—No tengo una seguridad absoluta de todo ello —contestó el profesor—. Recuerdo que era exactamente la una de la noche cuando George y yo subimos a nuestras habitaciones. Mi impresión es que ya llevaba algún tiempo en mi cuarto cuando observé una luz en la ventana de enfrente. Pero me es difícil calcular el intervalo. Debo eludir precisiones.

Sobrevino un silencio, que fue interrumpido por Francis:

—Estaba pensando en... Yo sé que fui el último en retirarme, a excepción de míster Gaunt. El inspector Tape y yo estuvimos conversando, y ante lo avanzado de la hora, dije a Wood que se fuera a descansar, que yo me encargaría del inspector — Francis se recostó en el borde de la mesa, nuevamente con aire reflexivo—. Cuando subí la escalera, vi la luz de míster Gaunt en la biblioteca. Sí; era la una y media pasadas. Recuerdo que instantes después miré al reloj y vi que eran cerca de las dos menos cuarto... Sentíame terriblemente cansado. ¿Cree que el incidente del perro ocurrió antes de eso?

—Muy posiblemente; un poco antes, tal vez. Estoy seguro de que no llevaba en el cuarto más de media hora.

—La razón por lo cual lo pregunto... Todas las luces en las galerías de los retratos habían sido apagadas. Yo llevaba una palmatoria cuando subía las escaleras. Creo que debía ser la única luz en la casa... A los dos o tres pasos creí oír como si alguien se moviera en la galería de los retratos —hizo una pausa entre la expectativa general.

—No ocultaré que experimenté un sobresalto.

Imagínense, después de tantas sorpresas y terrores... «¿Quién anda ahí?», pregunté. Ninguna respuesta. Pensé entonces que habría sido una ofuscación. Di la vuelta para llegar a mi cuarto, que está en el extremo del fondo, y salté a la cama como un gato. Saunders, como de costumbre, me esperaba allí para las últimas tareas de la noche. Su presencia me causó un gran alivio; cumplidas sus obligaciones, le autoricé a retirarse. Juraría que debió de ver en mí algo raro que, aunque yo no lo advirtiera, me tenía molesto, desasosegado. A los pocos momentos de haberse retirado, oí llamar a la puerta. Saunders apareció de nuevo, con un abrigo puesto y expresión poco tranquilizadora. Después de tartamudear algo, preguntó si le permitiría quedarse en mi habitación y pasar allí la noche para hacerme compañía... Le contesté con alguna rudeza... Se llevó la mano a la frente, mostrándose un poco intranquilo, y me dejó solo.

De nuevo el joven lord se detuvo, pestañeando sorprendido al ver entrar en el comedor a un policía, saludar militarmente y dirigirse a la cocina sin decir palabra.

—Nervios —comentó *sir* George, agitando las manos—; nada más que nervios. Está así desde anoche. Lo que debe hacer es abandonar esas cavilaciones; si no, andara pensando pronto si fue usted mismo quien cometió los crímenes.

—No me extrañaría. Eso es lo que me tiene constantemente pensativo.

Después de otra pausa desagradable, el *baronet* se puso a hablar volublemente.

—¡Ea, señores! Razonemos la situación en lo posible. Anoche comencé a argüir una cosa, que es forzoso continúe ahora. Ante todo, tenemos que el inspector Tape practica un registro en la casa...

—¿En busca del arma? —rumió Francis.

—Bien, sí, por el arma. Pero no pensaba en eso ahora. Me preocupaban los bonos y el dinero hurtado. Anoche rechazaron ustedes mi teoría de que los bonos fueron robados simplemente como pretexto. La muerte de lord Rayle confirma, en parte, mi presunción. Según lo que hemos oído, había allí joyas muy valiosas y nada fue tocado. Pero, sean cuales fueren los motivos reales del criminal, tendrá ahora que ocultar esos bonos en alguna parte. Él sabe perfectamente que la realización de esos valores es imposible. Sin embargo...

—¿Entonces? —musitó Francis.

—... sin embargo, es dudoso que ninguna persona normal se atreva a destruir un total de bonos que asciende a diez mil libras. Difícil es que los arroje al fuego para desprenderse de ellos. Siempre confiaría en esa tenue esperanza de que *algún día* pueda hacerlos efectivos... ¡Por Júpiter! Todos somos humanos... ¿Los quemarían

ustedes? Tal vez pensarían: «Esperemos, esperemos; si obro imprudentemente, puedo perder una fortuna». Y probablemente los ocultarían en alguna parte.

—Pero, a buen seguro, no los ocultaría en su propio cuarto, ¿verdad? —señaló Francis—. Eso sería suicidarse.

—Naturalmente. Luego, ocultaría usted los bonos y el dinero...

—¿Por qué el dinero? —inquirió Massey, extrañado—. Nadie conoce los números de los billetes, y, por consiguiente, no tendrían el riesgo de los bonos.

—Evidentemente. Pero supóngase que el inspector Tape hurga en sus ropas algo viejas y le encuentra trescientas libras. ¿Se expondría a esa contingencia? No, en el presente caso. Escondería, pues, el dinero lo mismo que los bonos. En consecuencia, desearía poner a prueba nuestras facultades. ¿Dónde lo ocultarían ustedes?

Francis se retorció el bigote.

—Eso dependería, en primer lugar, de los móviles del robo. Si su hipótesis es correcta y el malhechor robó los bonos como una máscara, probablemente elija por escondite la habitación de otro. Si alguna vez los necesitara, podría rescatarlos en cualquier momento. Si en un registro de la casa fuesen, encontrados, las sospechas recaerían en otra persona. ¿Le parece?

—No —repuso *sir* George, moviendo la cabeza—. Dudo que un criminal listo como el nuestro se conduzca así.

—¿Por qué?

—Considere esto, querido Frank. Aparte de Gaunt, como ya sabe, hay varias personas muy ladinas en esta casa. No debemos proceder en este caso como en las novelas. Habría muchas probabilidades de que si el ladrón escondiera lo robado en la habitación de usted, usted mismo lo descubriera. Y usted no se quedaría aterrado ni lo escondería de nuevo, como en las historias policíacas, ni se lo colgaría a cualquier otro, a la par de una figura tipo Woodehouse. Todo lo contrario. Anunciaría usted el hecho y sería creído. ¿Se imagina que si Gaunt o, Dios sabe, el mismo inspector encuentra el dinero, convenientemente doblado, en un cajón de mi escritorio, va a creer que yo soy el ladrón? Harto se vería que es una treta, y todos estarían convencidos de mi inocencia.

—Nuevamente se me está poniendo sutil, doctor —reprochó mansamente Francis—. Por lo que veo, hay en ustedes el propósito de convertir a nuestro hombre en un genio criminal.

—Y bien, señores —sugirió *sir* George, paseando la mirada por el grupo—. ¿Qué harían ustedes? ¿Usted, por ejemplo, doctor?

Trató Tairlaine de concebir una trama ingeniosa, pero sólo pudo llegar a un famoso axioma literario. Su plan fue, pues:

—La mejor manera de ocultar una cosa es ponerla a la vista de todos.

Francis levantó la copa, exclamando:

—¡Ya, ya! Me extrañaba que nadie sugiriera eso. Doctor, disculpe, pero ya conozco esa treta. Es la de la carta robada. Usted echa la carta en el buzón de la

puerta, creído de que nadie pensará buscarla allí... Error. Yo creí en esa teoría hasta que la probé un par de veces. Aquí nos divertíamos con toda clase de juegos, algunos tontísimos. Inclusive el famoso *Hunt the Slipper*<sup>[5]</sup>. Bien. Cuando yo oculté la pantufla, traté de ser original, y lo fui. La primera vez me la puse en mi propio pie. La segunda vez la puse junto a varios pares de botas, a plena vista. El cazador echó una mirada, apuntó a la pantufla y me miró como si dudara de su lucidez mental. El inconveniente de la teoría de esa clase de ocultación es que nadie la observa. Por hábil o estúpida que sea una persona, siempre mira primeramente en el lugar menos indicado. Así es la naturaleza humana.

—Abrigo algunas dudas, pero lo que Tairlaine propone no es lo que se busca. ¿Qué opina *usted*, míster Massey?

La cara rubicunda del secretario reflejó una expresión decepcionante. Encogiéndose de hombros, masculló:

—Si yo hiciera alguna vez una cosa semejante llevaría el dinero lejos y... lo enterraría. ¡Puah!

—Como el avestruz —dijo Francis—. Sabido. Pero en eso no seguiría sus inspiraciones propias, sino las de la prudencia y el terror. Yo estaría tan asustado que... Pero ¿qué haría el supercriminal de *sir* George? Tenemos que conocer sus ideas para decidir.

—No lo sé bien —admitió el *baronet*—; aquí, en el castillo, hay gran número de escondites: arcenes, escritorios, chimeneas. Conozco dos mesas, por lo menos, que tienen cajones con doble fondo. Además...

Miró por encima del hombro. Patricia Steyne, con su vestido negro que acentuaba su palidez, se hallaba vacilante en la puerta. Massey se apresuró a ofrecerle una silla.

Tairlaine la encontró más atractiva que la noche anterior. Gustábale la fragilidad en la mujer, de igual manera que detestaba en ella el carácter viril; tal es la tónica del último ideal en la existencia del soltero. Contemplando la belleza y los grandes ojos de la joven, sintió piedad por sus cándidos deslices y los sentimientos que empañaron su frente virginal.

—No se incomode, Bruce. Nada de comer; ya tomé café... Pero ¡es horrible esto!

—Sí, lo es, queridita —asintió Francis, animoso—. Pero resígnate. La maligna mujer ya no...

—¡Oh, no hables así, Francis! Te oí lo que decías acerca de Irene —un leve temblor la estremeció—. *Mistress* Carter me contó cosas que me han dejado horripilada. Irene...

Francis la palmeó en el hombro.

—Querida mía, ya no habrá más experimentos de psicoanálisis. Eso terminó para siempre; Irene no volverá a intimidarte. Pero no estábamos hablando de eso. Aquí, siéntate aquí, y te calentaré un poco de café —manipulaba el calentador mientras charlaba insustancialmente—. En realidad, estábamos hablando de juegos.

—¡Y la pobrecita Doris!... ¡Doris querida! —exclamó Patricia, prorrumpiendo

súbitamente en llanto—. *Mistress Carter* me habló de eso también y de lo que parecía, muerta, echada por el suelo en el pasillo, y de que un gramófono estaba tocando himnos...

—¡Qué ganas de atormentarte! —dijo Francis—. ¡Pchs, mal haya el calentador! No logro encenderlo. Una copa, por favor, Bruce. Te decía, Pat, que olvidaras a la vieja bruja. No hablábamos de ella ahora. Hablábamos de juegos. Particularmente uno que te gustaba mucho: *Hunt the Slipper!*

Patricia le miró con ojos asombrados.

—La forma en que lo jugabas nos encantaba a todos —continuó Francis, admirándola—. ¿Azúcar y crema?

—*Hunt the Slipper!* —replicó ella—. Pero ¿a qué viene eso ahora?... De todos modos, tú lo jugabas muy bien cuando le encontraste el secreto. Tenías un modo de ocultar la pantufla en una de las armaduras, que nadie podía encontrarla, porque la empujabas muy adentro... —contúvose de pronto. Los otros vieron que pensaba en la sala de armas y que volvían a su memoria las horrendas escenas ocurridas en la semioscuridad.

—¡Bueno!... Olvidemos eso y toma un poco de café... ¡Oh, magnífico! Aquí está míster Gaunt. Tiene ganas de hablar contigo.

Gaunt se adelantó lentamente y demostrando una desmesurada gravedad. Hechas las presentaciones, miró tristemente a Patricia y dijo:

—No creo que la vaya a molestar, *miss Steyne*. Por lo menos, ahora. Vine solamente para prepararlos.

Francis intervino hosco.

—¿Para prepararnos?

—Para un recio golpe. El inspector Tape está en funciones ahora y debo mencionar que lo hace en forma triunfal... ¡El arma ha sido encontrada!

Tairlaine sintió una violenta contracción del corazón y un súbito martilleo en los oídos. Oyóse un fuerte chirrido al echar atrás Francis la silla. Gaunt, meditabundo, miraba a uno y otro hermano.

—Ha sido encontrada —prosiguió— en el bolsillo del abrigo de Saunders. Si es apremiado, creo que Saunders está dispuesto a confesar que mató a *lady Rayle*.

## UN PASEO POR EL PARQUE

—¡Oh, no! —dijo Gaunt—. El culpable no es él; pero esto nos ayudará mucho para descubrir quién es.

Estaba ya muy avanzada la tarde, y el torbellino de aquella mañana, después del aplastante anuncio de Gaunt sobre Saunders, dejó a todos desconcertados. Esa parte del día, a juicio de Tairlaine, fue el momento más emocionante de su existencia. Saunders, sentado torvamente en una silla y negándose a contestar a las preguntas del inspector Tape; Francis, acosando al inspector con rabia fría e hiriente; *sir* George, desconcertado y vacilante, y todo el mundo dudando de la culpabilidad de Saunders, pero sin saber cómo contestar las evidencias presentadas.

—Usted, señor —murmuró Saunders, fijando en Francis una mirada que reflejaba toda lealtad—, no se meta en esto, se lo mego. Si ellos dicen que yo lo he hecho, que sea como ellos dicen.

En el extremo del salón superior, junto a la pieza de Francis, había un cuartucho reservado que contenía mapas, trapos, andrajos y diversas ropas viejas pertenecientes a Saunders. Todo esto fue expuesto aparatosamente por el inspector Tape, que se retorció los bigotes al contemplar las supuestas evidencias del delito.

En este cuarto Saunders tenía su abrigo, que usó antes de salir de la casa, y varias prendas de vestir desechadas por su patrón.

El inspector Tape, ufano por desarrollar la misma clase de deducciones que el detective, si bien con mayor éxito, entró en detalles sobre el descubrimiento del arma. También interrogó a Saunders. Poco satisfecho con las respuestas de éste, había destacado un agente en el cuarto de Saunders, situado sobre el establo. El agente no encontró nada, y por un momento el oficial sintióse perplejo. En esa situación, Wood, el despensero, pensó en el cuartucho del salón superior, y a la primera búsqueda del inspector Tape, en los bolsillos de un viejo abrigo Norfolk, fue encontrada la pistola. Era una automática de ordenanza Webley-Scott, calibre 45. Había hecho recientemente fuego y faltaban tres cápsulas del cargador.

El caso para el inspector era ahora simple y completo.

—Claro como la luz del día, amigo —decíale a Gaunt—. Yo, créalo bien, no acuso a *lady* Rayle, pero en el pueblo se andaba diciendo que no era feliz. Anoche mismo oí algo de eso. No desdeño la opinión de los sirvientes, señor, y siempre la he encontrado de mucha ayuda.

Tairlaine lo recordaba perfectamente, echado hacia adelante, con un ojo semiabierto, en la conversación que mantuvieron por la mañana en la biblioteca.

Francis estaba arriba con Saunders, así que el inspector tenía libertad para hablar.

—Se anda diciendo que fue la señora la que asustó a Doris con los guanteletes. Entonces, si la señora sustrajo los guanteletes, quiere decir que estaban en su poder. ¿No es así?

—Indudablemente —dijo *sir* George—. Pero ¿tiene esto algo que ver con Saunders?

Una sonrisa misteriosa contrajo los labios del oficial.

—¡Paciencia, señor! Pronto lo verá. Si tuvo los guanteletes, probablemente tuvo también la cuerda del arco, y si tuvo la cuerda y acaso pensaba deshacerse de su señoría...

Formuló esta presunción en el tono de quien muestra una interesante pista.

—¿Para robarle, piensa usted? —inquirió Massey, incrédulo.

—Sí; ya sé que ella era la heredera universal, pero también sabemos que él cambiaba todas las semanas el testamento. Ahora bien, fíjense en esto: ¿quién estaba arriba haciéndole una visita en el momento preciso en que lord Rayle era estrangulado? Doris. ¿Y quién, señor, probablemente la vio cometer el hecho? Doris...

—Luego, a juicio suyo —comentó *sir* George—, ¿*lady* Rayle sería nuestro criminal? ¡Hum!... Ya lo pensé también, pero... ¿tenía ella fuerza para eso?

—Si se hubiera fijado en sus manos, señor, no tendría de ello la menor duda. Podía haberlo hecho fácilmente. Mi creencia es que fue ella. Hay esto además: teniendo siempre en cuenta lo que dicen los sirvientes, por lo que no dudo me disculpará —miró en torno para estar seguro de la ausencia de Francis—, no era un secreto para nadie cómo *míster* Fran..., cómo lord Rayle estimaba a Doris Mundo. Y tampoco es un secreto que Saunders se habría dejado cortar la mano derecha si su amo se lo hubiera exigido. Leal, señor. La lealtad personificada. Sabía cuánto sintió *míster* Francis la muerte de la joven, y Saunders era hombre de matar, según dice su hoja de servicios.

*Sir* George se rascó la nuca, pensativamente.

—Esto supone un nuevo rumbo para la investigación, inspector. Pero ¿no se le ocurre que esto significa atribuir a Saunders un gran sentido de penetración? ¿Cómo iba a saber que *lady* Rayle mató a la muchacha? Ni aun usted mismo...

—Lo que es por mí, no sé qué pensar —dijo Massey—. Era perfectamente sabido lo que Frank pensaba al respecto. Estoy casi seguro de que, a su entender, *lady* Rayle era la culpable, y esto es cuanto Saunders necesitaba... Además, Saunders estaba aquí, en la biblioteca, anoche, cuando Frank lanzó la historia del terror causado a Doris con los guanteletes. Sí, Saunders tal vez tomó cartas en el asunto. Y, sin embargo...

Detúvose intranquilo. Aun en pleno día, la biblioteca estaba semioscura. El sol, a través de las vidrieras heráldicas, cubría el piso con tonos lóbregos; más allá de una de las ventanas podíase ver el esplendor de la catarata.

—Y, sin embargo, ¿qué? —preguntó Gaunt, inclinado hacia la chimenea y con un libro en la mano—. ¿Qué, míster Massey?

—No le veo lógica alguna al asunto —contestó ásperamente el secretario—. Admito que Saunders no brilla por su perspicacia; pero si hubiera matado a *lady* Rayle, ¿es posible creer que iba a esconder el arma en el bolsillo de su propio gabán, donde forzosamente sería encontrado por la primera persona que lo buscase? Creo recordar que hoy mismo estuvimos hablando de estas cosas, y, al parecer, todos coincidimos en que no podía sospecharse de un hombre en cuyo poder se encontrase una evidencia tan comprometedora. Luego pienso esto —Massey terminó como avergonzado por tan largo discurso—: Saunders podrá ser estúpido, pero no es rematadamente loco.

—Estamos de nuevo en el pantano —dijo, *sir* George, impaciente—. Forjamos suposiciones sobre Saunders sin saber lo que en realidad es. Esto me lleva a pensar en el terror del criminal por las impresiones digitales, según lo ha descrito Gaunt. ¿Es admisible que dejara sus impresiones en ese juguetito que le prestó John? Entre paréntesis, ¿hay impresiones en el Webley-Scott?

Las pupilas del inspector brillaron de júbilo.

—Punto importante —asintió, mirando el cuaderno de apuntes—. Su pregunta es juiciosa, señor. Yo soy un poco inexperto en esas cuestiones, pero sé cómo se maneja la pólvora; es parte de mi deber. Sus impresiones están en el arma, claras como la luz. Con esto está dicho todo. Les agradeceré, pues, que vigilen a Saunders mientras yo voy a Aldbridge por un auto de prisión...

Gaunt cerró el libro en el cual tenía concentrada la atención, y levantó vagamente la mirada. Llegó a emplear el monóculo para observar mejor al inspector Tape, y, en un sentido abstracto, pareció decepcionado.

—¿Eh? ¿Cómo ha dicho, inspector? ¿Una orden de arresto?... ¿Va a hacer semejante cosa?

Tape frunció el ceño.

—¿Por qué no, señor? ¿De qué se extraña? Ustedes serán muy eruditos y cuanto se quiera, pero a mí no me harán creer esa cosa sutil de las impresiones. Saunders tampoco es muy erudito. Dudo que sepa nada de dactiloscopia, de dejar sus impresiones aquí o allá. No titubea en aceptar el pequeño revólver, como tampoco en tirar con el grande, porque ignora que las huellas de los dedos podrán descubrirle.

Gaunt se sentó en una silla alta y extendió las piernas.

—Es un punto que me tiene intrigado, inspector —dijo—. Haga lo que le parezca, por supuesto, pues está de servicio. Pero ¿puedo pedirle que me diga qué es lo que ocurrió en las habitaciones de *lady* Rayle? ¿En qué forma realizó Saunders su trabajo?

—¿Cómo realizó su trabajo?

—Podemos pasar por alto las partes incompletas de su tesis, inspector —prosiguió Gaunt, en tono rudo, casi cáustico—. Puesto que *lady* Rayle ha muerto, ya

no puede molestarle pidiéndole una explicación, como seguramente haría si aún fuera de este mundo. Cuando usted acusa a una mujer de criminal, es muy probable que indique lo que hizo para pasar a través de un muro de cuatro pies de ancho. En otros términos, si usted acusa a un hombre de Londres de haber matado a otro de Nueva York, mediante una flecha arrojada a través del Océano, tiene que presentar una explicación verosímil de cómo pudo hacer eso, so pena de que ningún jurado quiera creerle. Sin embargo, *lady* Rayle ha muerto. No le molestará con esa pequeña dificultad, ni yo tampoco. Cuanto deseo saber es su versión de la conducta de Saunders.

El inspector parpadeó ante la andanada.

—No será difícil, señor. Empecemos por él, que lo admite... Bien; extrajo el Webley-Scott del cuarto de míster Francis, hecho nada difícil. Todos en la casa estaban acostados, y si alguien le veía rondando, podía decir que se iba a retirar. En estas andanzas vio luz en los aposentos de *lady* Rayle y procuró introducirse en el salón sin ser advertido. El perro le oyó antes que se hubiera trazado un plan. La señora se levantó, se puso una bata y armada con el revólver fue a mirar en el salón. Entonces él vio que la cosa iba en serio; se asustaría y, al verla acercarse, le hizo fuego tres veces a quema ropa. El perro ladraba, Saunders levantó a la muerta y arrojó el cuerpo sobre la otomana. Después corrió tras el perro, que trataba de escurrirse por el dormitorio hasta el balcón. Logra echarle mano, lo estrangula y cierra la puerta. Luego rehace el camino para ver si está todo en orden. Recoge el revólver caído y lo coloca junto a la víctima. Esto es lo que se me ocurre. La reconstrucción no podrá ser exacta, pero...

—No —replicó Gaunt—. Aseguraría que no es exacta.

—En ese caso, tendrá una versión más fundada...

—Puedo ofrecerle varias; pero, puesto que no las conoce, me limitaré a examinar su reconstrucción. La ventana del salón estaba abierta, ¿no es cierto?

Tape reflexionó, mostrando recelo. Después de consultar sus anotaciones, contestó:

—Sí, señor; pero...

—Precisamente. El doctor Tairlaine, sentado frente a la ventana abierta, oyó ladrar al perrito en el balcón. En cambio, con la ventana del salón abierta, no alcanzó a oír los disparos de una potente automática. El doctor podrá sufrir algo de los ojos, pero creo que de los oídos está perfectamente.

El inspector quedóse perplejo; descontento, replicó:

—Es una declaración que ignoraba. Muy bien...

Habrá sido muerta en otra habitación. Pero, como quiera que sea, ello no altera la culpabilidad de Saunders. Tal vez, como he sugerido insistentemente, Saunders se encontraba en la habitación de su señoría...

—Eso agravaría aún más sus presunciones, merced a los hechos que resultarían —dijo Gaunt moviendo la cabeza—. Si Saunders se hubiese conducido como supone,

habría dejado buenas marcas de su presencia. Puso la mano sobre tres puertas, una otomana, una pequeña pistola y Dios sabe sobre qué cantidad de objetos más. De lo dicho por usted, deduzco que ha hecho en estos sitios un registro minucioso, en busca de impresiones digitales —súbitamente, Gaunt clavó su mirada en el inspector—. ¿Encontró alguna?

Prodújose un largo silencio, al fin del cual Gaunt continuó plácidamente:

—Como ve, inspector, tenemos aquí un insigne bobo que nada sabe de impresiones digitales. Se le da tan poco de las marcas, que deja sus propias huellas en el arma con la cual ha cometido el crimen y descuidadamente maneja el arma que le presenté después. ¿Qué se le importan las impresiones de su mano?... Sin embargo, en el lugar del crimen no deja marcas de ninguna clase en muchas cosas que debe de haber tocado. Me parece, inspector, que una teoría anula la otra por completo.

Honda incertidumbre reflejaba la expresión de Tape. Su confianza se iba desvaneciendo.

—Si estas razones no le bastan —siguió diciendo la voz del detective—, venga conmigo arriba y quizá salga de su error. Si yo estuviera en su lugar, aplazaría por un momento la detención de Saunders. Esto le demostrará la claridad de sus actos...

—Hay aún algo más —exclamó *sir* George—. Ahora veo claro lo que nos contó Francis esta mañana...

—¿Les contó algo esta mañana?

—Sí; tú y el inspector estabais arriba. Dijo que Saunders le estaba esperando en su cuarto cuando llegó allí para acostarse. Ordenó a Saunders que se retirara. El criado obedeció y poco después reapareció, *con el abrigo puesto* y, según Francis, explicó, «con una expresión sumamente extraña». Saunders, indudablemente, estaba inquieto. Había ido a su cuarto y se puso el abrigo... —*sir* George hizo una pausa, mirando inquisitivamente a Gaunt.

Este último comentó:

—Sí; y en el bolsillo de su abrigo encontró una automática recientemente usada.

—Hechos todos muy extraños —observó Massey lentamente—. Pero ¿cómo no se desprendió del arma inmediatamente? ¿Por qué sacarla de un bolsillo y colocarla en otro?

*Sir* George, que iba de un lado a otro, impaciente, volvióse amenazador.

—No es de extrañar. Ignoraba entonces que se acababa de cometer otro crimen en el castillo. Sólo tuvo conocimiento de ello esta mañana, cuando empezamos a interrogarlo, y entonces nos largó esa historia disparatada... Pensó, sin duda, que su señor necesitaba que él asumiera la culpabilidad de los hechos.

Abismado en otra clase de especulaciones, Tairlaine formuló una conjetura que encontró escaso eco:

—¿Quién nos dice que no lo hiciera?

El americano se acordó de esto después, al finalizar la tarde, mientras paseaba frente al castillo en compañía de Gaunt. Era un atardecer brumoso de septiembre, con

un cielo tranquilo sobre las torres y la fragancia de los campos en la brisa del mar. Gaunt y el inspector Tape habían mantenido una conversación algo larga. Tairlaine no asistió a ella, pero observó que el inspector estaba visiblemente preocupado cuando abandonó la biblioteca. La mayor parte de los ocupantes de la casa estaban entregados al reposo. Poco era lo que habían dormido en la noche precedente, y ahora los dormitorios servían de refugio a los moradores, abrumados de terror y fatiga. Las sombras empezaron a serpentear bajo la hiedra de la fachada, pero tras las ventanas luminosas notábanse indicios de vida y calor... Gaunt, dando con los nudillos en las urnas de piedra negra de la terraza, seguía entregado a su paseo silencioso. Por último dijo:

—El joven Francis Steyne ha prometido venir para dar un paseo por el parque. Tengo que hablarle... muy seriamente.

—¿Respecto a Saunders? —preguntó distraídamente Tairlaine, mientras seguía los caprichosos vuelos de las palomas en torno al reloj de sol del patio.

—Entre otras cosas. Juegos, por ejemplo. Según parece, en Bowstring son muy dados a los juegos.

Hacíasele difícil comprender a Tairlaine, que llevaba un día escaso de permanencia en el castillo. Bruscamente recordó que casi las primeras palabras que cambió con uno de los ocupantes de Bowstring versaron sobre juegos de niños. El viento y el rumor del oleaje, el rechinar del coche y los latigazos que descargaba Francis sobre la cabalgadura, *sir* George abrigado con gruesas ropas, y ahora la voz de Francis resonando en sus oídos: «Siempre recordamos la brillante influencia del *baronet*. Me refiero a juegos. ¡Nos enseña cada uno...! Sopla usted la luz y grita. Es fantástico...».

Viendo a las palomas volar, Tairlaine sentía un absurdo deseo de reír. Gaunt volvióse bruscamente.

—¿Por qué recuerda eso?

—¡Qué sé yo! Fue una observación que Francis hacía ayer. No tiene importancia.

—¡Por Elias! —masculló el detective mordiscando la pipa—. Profeta del mal... Disculpe, doctor; no me divierte esto. De todos modos, ahí está nuestro profeta.

Francis, con aire preocupado, salía de la terraza. Le sorprendió ver a Gaunt.

—¡Oiga, oiga! —empezó; pero transcurrieron varios segundos antes que pudiera continuar—. No sirvo para mostrarme agradecido, míster Gaunt. Pero si quiere para usted este diabólico castillo, suyo es. No tiene más que decirlo. El inspector Tape estaba convencido, ¡grandísimo jumento!, de que Saunders fue el autor... ¡Asusta pensarlo! No sé cómo ha hecho usted para disuadirlo, pero... ¡Gracias, gracias de todo corazón! Es lo que quería decirle —exhaló un gran suspiro—. Todo esto es una tramoya, por supuesto. El malhechor ha deslizado el arma en el bolsillo de Saunders, y éste se niega a sincerarse. Pero ¿por qué *Saunders*? ¿Por qué, entre todas las personas de la casa, elegirlo a él?

—Si no tiene inconveniente en Jar una vuelta por el parque —contestó Gaunt—,

se lo podré demostrar. ¿Por dónde vamos?

—Ahí está la laguna del Rey; solemos mostrársela a los visitantes. Algunos soldados del ejército realista parece que se ocultaron allí durante la guerra de Cromwell. Pretende la leyenda que el grueso de las Cabezas Redondas sorprendió a los realistas y, tras una corta lucha, los mataron y arrojaron al agua a todos. Los aldeanos sostienen que las manchas que algunas veces se ven son de sangre. Es un paisaje bello como pocos. Tengo vivos deseos de saber lo que está rumiando. ¡Ea, ayúdeme a abrir este gran portón!

Un sendero pintoresco se deslizaba entre los robles y castaños del parque. Todos aspiraron con ansia la fragancia húmeda de la tierra. A distancia, alguien quemaba la hojarasca. Durante largo rato nadie habló.

—¡Empiece ya! —dijo Francis, ceñudo—. Veo que no quiere ser oído por nadie; aquí estamos seguros... ¿Oye el piar de los pájaros en la maleza? ¿Qué se le ofrece?

Volvióse airadamente, de espaldas a un árbol, con leve palidez:

—Si me trae aquí para acusarme...

Gaunt blandía un nudoso palo con un pincho, que usaba para apartar las hojas muertas. Quitándose la pipa de la boca, movió la cabeza.

—No es para acusarle, no. Quería saber por qué el criminal eligió a Saunders...

—Sí; difícilmente creería que con ello el crimen sería imputado a Saunders. Es una treta estúpida.

—Nada estúpida, míster Steyne. Fue un ardid infernal en su maquinación —la tierra parecía poblada de murmullos misteriosos, que Gaunt parecía escuchar, prescindiendo del joven, que esperaba ansioso sus revelaciones—. Casi desde el comienzo de esta cadena de crímenes he observado un propósito definido, y este último desarrollo es más pronunciado que los demás, aunque no fuera previsto de antemano. En eso cifro la esperanza de prender al criminal. Nuestro hombre ha escondido la pistola en el abrigo de Saunders, a fin de que las sospechas recaigan en *usted*. El móvil constante de su plan ha sido acumular sospechas sobre usted. ¿No se percató de ello?...

## LA PISTA DE GAUNT

... Creo que no habrá dejado de notarlo —continuó Gaunt después de un momento. Bajó la cabeza y miró a Francis de hito en hito—. Supongo que le habrá preocupado terriblemente. ¿Es así?

Hubo tal simplicidad en la mirada de Francis, que, a juicio, del americano, pareció francamente absurda, irritante. Tales revelaciones suelen llegar a lo más recóndito de una conciencia. Francis, después de oírlas, pareció avejentado y abatido.

—Sí —replicó en voz baja—. Y lo peor de todo... es que tenía que ser yo el culpable.

El rumor de la cascada se iba distanciando, las aguas murmuraban en el foso, mientras el ruido de la marea lo dominaba todo. Una petulante corneja graznaba en su vuelo al hogar. Todas las hojas secas caían y se diseminaban; así las palabras y acciones del joven, juguetes del viento como el frágil follaje.

—De todas las cosas del mundo —siguió diciendo Gaunt—, la que usted más detesta es la fatuidad, la suficiencia, la conciencia de sí mismo, aun cuando usted disputa a todos esa clase de conciencia. Esta es la causa real por la que detesta a Kestevan y gusta de hostilizarle. ¡Le encuentra usted tan seguro, tan pagado de sí mismo! En usted hay todo lo contrario: duda, incertidumbre, desconfianza. ¡Mire allí! —y extendió el brazo hacia la mole inconmovible de Bowstring—. Usted quisiera ser como eso: estandarte de batalla. Y el no serlo le aplasta.

Francis observó silencioso la dirección de la mano.

—Ya presentía algo de eso —dijo, después de una pausa—. Sabía que era un fracasado. Sólo deseaba no ser un crim...

—Y ésa fue también la causa —prosiguió, severo, Gaunt— por la cual odiaba a *lady Rayle*, por sus análisis de sí misma y de los demás. Siempre le inspiraba espanto lo que podía encontrar dentro de su propio corazón. Todo lo retorció y configuraba a la hechura de lo que más temía ser —Gaunt no elevaba la voz, pero había en sus palabras una especie de furia reprimida y piadosa—. Tiene usted imaginación, criterio y simpatía; posee la materia que impulsa las grandes cosas, pero juzga esas dotes como una debilidad... ¡Hombre, hombre, alerta! ¡Mire a la verdad y repudie esos desvarios antes que le destruyan la vida!

Francis le escuchaba con curiosidad.

—¿Luego —musitó— ha descubierto cómo se forjó la trama?

—Conozco a cierta persona que incitó su imaginación a planear este crimen. Usted mismo lo vio con una especie de horror, aun cuando lo ha estado planeando.

Usted mismo lo pronosticó, en su debilidad, insistiendo sin cesar en que era ligeramente loco. Entonces, un padre que le corta el camino es asesinado; en su cuello se anuda una cuerda perteneciente a usted, en concepto general, cuyos antecedentes se asociaban a una mente desequilibrada.

Gaunt detúvose vacilante; sus ojos se nublaron de pesar.

—Al mismo tiempo..., perdone la alusión..., una joven da un traspié, y todo el castillo sabe que usted amaba a Doris Mundo. La muchacha muere por obra de la demencia, como si el genio del mal, vuestro Hyde, se hubiera desprendido de su Jekyll para siempre. Corte por lo sano, señor. No le hará mal. Probablemente, usted ha pensado en las mismas cuestiones. Por último, la persona a la cual usted odiaba realmente, que se erguía entre usted y el dominio, es muerta a tiros. *Lady Rayle* ha sido eliminada con su automática, la única de su tipo en el castillo. ¿Percibe ahora la sutileza, el ardid demoníaco de poner el arma en una prenda de Saunders? El criminal se ha forjado este razonamiento: es incuestionable que el arma pertenece a Frank Steyne. Este criminal, empero, no realiza sus tretas para la Policía local, representada por el inspector, sino que trabaja para cerebros tan astutos como el suyo; y, sobre todas las cosas, sabe que John Gaunt no es ningún asno. Por tanto, nunca ocultará el arma en un lugar evidente, como su cuarto, por ejemplo. Sólo un estúpido haría eso. Tampoco sería eficiente si la arrojara a un pozo...; la pérdida de un arma no había de llevar en sí necesariamente sospechas contra *usted*. El tercer recurso de utilizar el cuarto de otro huésped sería poco práctico. He hablado con *sir* George y me ha dicho que entre ustedes discutieron este asunto; un hombre inocente definiría al punto la situación; especialmente desde que hay consigna de vigilar, daría cuenta del descubrimiento y sería creído. ¡Pero el abrigo de *Saunders*, el abrigo del criado leal! ¿Quién sino *usted* habría pensado en ocultarlo allí? Él nunca le descubriría. Y cuando fuera encontrada, como el malhechor esperaba que lo sería, nadie sospechará de Saunders. Inevitablemente, todo el mundo recelará de usted. Este es el último detalle de sutil y espantosa trama.

Hacia Oriente, el mar revestíase de púrpura con el ocaso. Francis volvióse para mirarle un momento. Cuando se volvió, su rostro, nuevamente tranquilo, reflejaba algo así como una mayor vitalidad.

—¡Gracias! —dijo—. ¡Gracias de nuevo, míster Gaunt! Como ve, estoy indefenso... No tengo coartada alguna, ninguna justificación.

—En medio de todo, ha tenido suerte. No quiero decir que el criminal haya tramado todo esto de antemano para hacerlo ahorcar por un crimen premeditado. No, no; creo que puedo demostrar lo contrario. Pero cuando las circunstancias forzaron al malhechor, vióse obligado a recurrir a usted para salvarse. Fue planeado mientras corría... y la suerte le ayudó.

—¿Y ahora?...

—Me inclino a creer que ha ido demasiado lejos. Juegos, señor, juegos. Esta noche los tendremos de nuevo. Usted apaga las luces y grita, o algo parecido...

Francis se echó el sombrero sobre los ojos.

—Todo el día hablamos de juegos y, al parecer, vamos a seguir. Cambie el tema... Pero ¿a qué clase de juegos alude?

—Presumo que volveremos a jugar a *Hunt the Slipper* —replicó el detective—. Si mis presunciones son exactas, el criminal tendrá esta noche un especial interés en esconder la pantufla... Echemos un vistazo a la laguna antes que se ponga el sol.

Dio unos pasos a uno y otro lado, divertido con la belleza rústica del sendero.

—No sé bien de qué está hablando, pero, ¡oh Dios!, me siento otro —dijo Francis, echándose atrás el sombrero con gesto animoso—. Doblemos a la derecha, míster Gaunt. Por allí... Pero ¿cree de veras que podremos echar mano al criminal esta noche?

—Sí..., con la ayuda de usted —Gaunt titubeó—. Mi plan es algo complicado; tal vez fracase, pero es la única pista cierta. Si esta trama no hubiera sido dirigida contra usted, me habría sido imposible descubrir la menor cosa.

Llegaron al espacio despejado de una loma, donde permanecieron en silencio. Una laguna suave se extendía entre macizos de hayas, y hacia el Oeste, sobre las colinas ondulantes, sicómoros achaparrados erguían sus siluetas sobre el poniente. Gaunt se detuvo junto a un puente rústico, sobre el cual se destacaba su arrogante figura. Con su marcial bigote y patillas recortadas, Tairlaine lo comparó a uno de los realistas de las guerras cromwellianas, en contemplación del lago, donde yacía la caballería acuchillada. Francis arrojó una piedra y las aguas se rizaron con arrugas circulares, que se fueron extendiendo con un color rojo subido.

Francis preguntó:

—Entonces, ¿sabe usted quién es la persona que habrá de ir a la horca?

—Ahora mismo le voy a dar instrucciones de lo que habrá de hacer —dijo Gaunt como si no hubiera oído—. El inspector Tape tiene las suyas y todos hemos de cooperar. Si fracasamos, nada se habrá perdido. Pero ¡esté alerta! —añadió, abandonando la contemplación del lago e incorporándose al grupo—. El hombre es un homicida de quien nunca se habría llegado a sospechar. Me pregunto si él conocería su temperamento, de no haberlo empujado la necesidad. Ahora empieza a mostrarse inquieto, y para echarle mano debemos apelar a un golpe teatral... Los agentes de Tape han estado en guardia todo el día. Si usted sigue mi consejo, creo que podremos atraparlo antes de medianoche... Disculpenme, señores; mis divagaciones los habrán fatigado. ¿Quieren permitirme un poco de soledad?

Golpeó la baranda del puente con el palo y pareció quedar escuchando el murmullo de la brisa.

—Como guste, señor —dijo Francis; él se volvió irresoluto—. Sólo un leve detalle más: ¿queda algo importante por hacer?

—Eso lo sabrá luego. Para mí sólo queda rondar por la sala de armas.

Los dos abandonaron la loma y lo dejaron solo, apoyado en su bastón, con la cabeza inclinada. Ya a lo lejos, Tairlaine se volvió y vio a Gaunt inmóvil, junto a la

orilla, donde las aguas rizosas espejeaban con lúgubre color de sangre.

\* \* \*

El castillo estaba en tal reposo que Tairlaine pudo oír distintamente el reloj alemán de la biblioteca dar once campanadas, graves, lentas, solemnes.

Tairlaine pensaba: «Esta situación es por demás chocante. Sí, es ridículo que un respetable profesor de inglés de la Universidad de Harvard se vea envuelto en las tétricas derivaciones de un hecho de sangre, pero también es fantástica la conducta de un profesor que acepta la misión que ahora estoy desempeñando». A las once menos diez salta del tibio lecho, en que se había acostado media hora antes, y se envuelve solamente en una bata. En seguida, sin encender ninguna luz, abre la puerta de su cuarto y echa a andar por un corredor singularmente propicio para contraer un reumatismo. Luego, sin más iluminación que la suministrada por la dudosa luz de la luna que penetra por las ventanas o el resplandor del fuego aún no extinguido, debe tantear el camino por la escalera. Tiene sólo una ligera idea de la disposición del castillo; pero, con todo, debe bajar la escalera, atravesar el gran salón y recorrer el pasillo hasta la biblioteca, por donde llegará al salón de los trofeos. Una vez en este salón, debe subir al balcón lateral, acurrucarse en un rincón y esperar los acontecimientos.

En esta extraña aventura, absurda antes que romántica, era aconsejable llevar buenas ropas de abrigo y dos pares de medias de lana. Pero en honor del alma emprendedora de Tairlaine, cumple decir que tirita de frío, pues ambas cosas fueron completamente olvidadas.

Retuvo el aliento mientras bajaba la escalera. No se le ocurrió pensar lo que dirían sus colegas de Cambridge si le vieran deslizarse por el gran salón, jugando como un niño a los piratas o a la caza de un malhechor, causante de muchos delitos. Pensaba sólo en las instrucciones de Gaunt. Antes del comienzo de esta aventura, justo es decirlo, se había trazado un plan determinado. Se tomaría la temperatura y anotaría cuidadosamente cualquier síntoma en las reacciones nerviosas y musculares. Con esto se procuraría el material para describir qué se siente realmente en tales circunstancias, en contraste con las descripciones de la literatura clásica. Pero, llegado el momento de la prueba, lo dio todo al olvido. El peligro superó a toda otra preocupación. Una fría corriente de aire le hizo estremecerse en su bata.

Entre las tinieblas cavernarias del gran salón, tres montones de leña ardían bajo las cenizas en la chimenea y reflejaban oscuras estrías de sombra alrededor del hogar. Las personas de la casa se habían acostado temprano esa noche, moviéndose lentamente en presencia del empresario de pompas fúnebres; mañana, la Policía cumpliría con el requisito formal del examen de los cadáveres, y pasado mañana lord y lady Rayle serían inhumados en el mausoleo de la familia, cerca del mar. La presencia de los cuerpos no era muy real, en verdad, pues estaban, embalsamados, en

la sala de música, donde los habían depositado para el reconocimiento del día siguiente.

Al pasar frente a esa habitación, percibió perfume de flores. Una sensación de terror —la primera hasta entonces— le llegó hasta la médula. En la oscuridad, y ya cerca de la pared, un estremecimiento sacudió todo su cuerpo y su corazón comenzó a latir desesperadamente. Se sintió absolutamente solo. ¿Era una ilusión? Le pareció que, en alguna parte, algo se movía.

Gaunt, después de la comida, le había dado instrucciones en privado; de lo que el detective habría dicho a los demás, no tenía el menor indicio. Cuando por fin llegó a la baranda de hierro del balcón, asióse fuertemente a los barrotes con una sensación de alivio. Palpando suavemente para localizar su situación, encontró la pared en la cual estaban las ventanas, cuya resistencia habíase experimentado la noche anterior, y se acurrucó en un ángulo del balcón. Algo distante, a su derecha, estaba la primera de las ventanas, llevada a la misma altura que la baranda del balcón, según descubrió al tantear. ¿Cuánto tiempo pasó? ¿Minutos, horas?... No tenía la menor idea.

El ruido de la catarata sonaba en sus oídos como el tronar del Niágara. Súbitamente, tuvo la sensación de que algo se movía en la sala. Un *clic*...

Tairlaine casi botó en su escondite. El ruido era tan tenue que, de no haberse producido a muy escasa distancia, habría dejado de percibirlo. El ruido procedía de la ventana más próxima, de la que daba al dormitorio de lord Rayle.

Trató de atisbar entre las tinieblas, pero nada pudo ver. A continuación, un levisimo reguero de luz: el breve haz luminoso de una linterna eléctrica, pero suficientemente claro para que sus ojos espantados pudieran ver lo que sucedía.

Alguien había abierto esta ventana desde el interior y las hojas seguían moviéndose sobre sus goznes. A tres o cuatro pies de altura, los coloreados cristales brillaron al reflejar la luz; después, la linterna se apagó. Tairlaine tenía la impresión de que alguien pasaba por la ventana, pero ningún otro ruido se lo confirmó.

Silencio..., silencio..., durante agobiadores minutos entre el rumor de la cascada. Tairlaine creyóse, al fin de su resistencia, bajo el terrible peso de la duda. Latiéndole el corazón como un tambor, intentó incorporarse. Aun temiendo ser descubierto por la luz, forzó sus piernas casi insensibles en dirección a la ventana. Su mano tocó allí, pero echóse atrás al punto; nuevamente había visto la luz.

El hombre de la linterna se movía en el cuarto de lord Rayle sin producir el menor rumor. Perdida la noción de tiempo y lugar, el americano avanzó más... Otro esfuerzo y vio el interior. Quienquiera que fuese, el hombre revolvía cosas en el cuarto ropero. De espaldas a la ventana, Tairlaine no alcanzó a ver sus rasgos, ni a determinar su estatura y su corpulencia. Sólo pudo ver que había descolgado uno de los vestidos blancos y rebuscaba afanoso en los bolsillos. No emitió ningún sonido, pero tuvo una contracción que tanto revelaba alivio como triunfo; en uno de los bolsillos había encontrado un trozo de papel y lo examinaba a la luz de la linterna. Luego colgó el hábito y apagó la luz. Mas antes de extinguirla se aproximó a la

ventana. Tairlaine retrocedió, por puro instinto. Si el intruso iba a salir por el balcón, probablemente tomaría el camino de la sala de armas. Y si Tairlaine permanecía allí, obstruyendo el paso de la escalera...

Al percibirse un leve rechinar de la ventana, el americano se echó atrás, en dirección contraria. Un terror incontenible recorrió su cuerpo. Desesperadamente se asió a la baranda... No llegó a oír al hombre escalar el marco de la ventana, pero veía un hilo de luz a lo largo del balcón, moviéndose hacia la escalera.

Al llegar al piso inferior, el haz luminoso exploró los puntos contiguos, descendió hasta la sala de armas y revoloteó sobre las grandes vitrinas contiguas a una puerta y se mantuvo inmóvil sobre una de ellas, próxima a la puerta del salón y a una caja de dagas, y que tenía la puerta abierta; brillando en bruscos reflejos, la luz oscilaba dentro de la vitrina, bailando ora sobre un traje de los llamados semiarmaduras de mediados del siglo XVII, ora sobre las bragas o canilleras y las pesadas botas, cuadradas en su extremidad. Finalmente, la luz se detuvo en un yelmo de reluciente visera.

El hombre hurgaba en el interior de la vitrina inclinándose. A la deformada luz de la linterna, parecía un horrible y monstruoso insecto. La luz tanteó el fondo de un yelmo borgoñón de asedio, aumentando la impresión de espanto cuando el yelmo se abrió para recibir en su boca la mano del intruso.

—¡Atájenlo! —gritó una poderosa voz.

La resonancia del grito causó estupor en Tairlaine, produciéndole el efecto de un porrazo en la nuca. Vaciló y cayó de espaldas contra el muro, al tiempo que la sala de armas se inundaba con un mar de luz. El eco del grito persistía en el gran recinto. En el aturdimiento de la caída, Tairlaine alcanzó a ver, como a través de una bruma confusa, que el museo se llenaba de figuras uniformadas, convergentes todas hacia la vitrina de las dagas. Un instante después, el americano se encontró bajando velozmente la escalera. El inmenso insecto sólo vaciló un instante, y en seguida procedió. Desprendióse del menudo envoltorio que llevaba y huyó de la vitrina iluminada.

—¡No le pierdan de vista! —era la voz del inspector Tape—. ¡Síganle! ¡Quiere huir por...!

Prodújose un choque. Corriendo, tropezando, con la mente febril, Tairlaine se encontró fuera de la escalera en espiral; y al producirse el choque, observó los gestos del hombre de la luz. El intruso había introducido el puño en otra de las vitrinas de armas, y la muñeca había salido ensangrentada, pero con una daga sujeta entre los dedos. Después, corriendo agachado, el desconocido se precipitó hacia la puerta que daba a la biblioteca. Un policía de uniforme azul intentó cortarle el paso, pero la súbita iluminación le deslumbró. La puerta era fuertemente sacudida. Tairlaine advirtió de pronto que Francis, con una pistola automática en la mano, le rozaba el codo. Presa de incontenible furia, Francis se adelantó a todos, dando caza al fugitivo, que ya había logrado franquear la puerta.

—¡Atrás, bandido! —gritó una voz en la biblioteca.

Las luces brotaron también allí, y el intruso viose rodeado de nuevo, buscando alocado la forma de huir. Tairlaine le vio, enfurecido, junto al gran reloj alemán.

—¡Atrás! —volvió a gritar la voz—. ¡Atrás o...!

Extendió la mano que esgrimía la daga por la punta y la sangre que manaba de la muñeca desgarrada le salpicó el rostro. Sobre su cabeza, el reloj alemán, con solemne y animosa calma, comenzó a dar las doce campanadas de la medianoche.

El malhechor lanzó un rugido y la mano armada se alzó para herir. Tairlaine oyó la punta de la daga clavarse en la puerta, instantes antes que retumbara el fuego de la 45. La bala tocó al intruso en el pecho y lo lanzó contra la caja del reloj. A poco, hombre y reloj derrumbáronse, cayendo hacia adelante. Daban la impresión de luchadores rodando por el suelo, en mortal y estruendosa riña.

Por encima del ruido, Tairlaine oía la exasperada voz de Francis:

—¡Eres nuestra, bestia hedionda!... ¡Toma otra bala!... ¡y otra!... ¿Conque eras tú, Bruce Massey? ¿Tú, el criminal maldito? ¡Los diablos te lleven! ¡Muere..., muere!

Y en medio de los fogonazos y estampidos, el carillón seguía dando campanadas. Luego, en un suspiro, la cara rubicunda dio su última vuelta y cesó la marcha.

## GAUNT EXPLICA LOS SUCESOS

Dudo que aun en estos momentos lleguen a comprender el carácter de Bruce Massey.

Empezaba a despuntar el alba. Un gran fuego ardía en la chimenea de la biblioteca, de la cual ya habían sido retirados los restos del reloj acribillado de balas y el cuerpo del monstruo, tan acribillado como el reloj. El hombre que más difícilmente podía sosegar era el inspector Tape, desesperado por el giro violento dado a la investigación. Sin embargo, absteníase de vituperar a Francis, comprendiendo su afán de hacer justicia por su mano. Ahora encaraba la posibilidad de que el nuevo lord fuera llevado ante un tribunal para ser acusado de homicidio por haber actuado en defensa propia.

—Suerte grande ha sido —decía alentador a Francis— que le haya arrojado esa daga para atravesarlo.

Gaunt sentábase cómodamente frente a los humeantes leños. Llevaba aún el mismo traje de la noche, anterior, y junto a él tenía el frasco de *brandy*, del que se servía generosamente, mientras chupaba una pipa bien provista.

Calmado el primer tumulto, todos los moradores fueron invitados a salir de la biblioteca, a excepción de Tape, Francis, Tairlaine, *sir* George y Gaunt. En la gran quietud reinante sólo se oían los pasos acompasados de un policía que montaba guardia frente a la puerta de la sala de armas.

—No logro explicarme —decía Francis, apesadumbrado—. Ignoro qué ha hecho para atraparlo y descubrir la trama. Se me hace increíble que haya podido matar al viejo. Desde el principio, él y el doctor Tairlaine eran las personas por cuya inocencia habría puesto las manos en el fuego.

El detective llenó otra vez la copa.

—¡Tal vez lo comprenda si me permite reconstruir los hechos desde mi punto de vista! Es decir, tal como yo los vi desde mi llegada a Bowstring cuando empecé a investigar.

Reflexivo, levantó del suelo un paquete cuidadosamente envuelto. Era el paquete que había introducido en el yelmo de la sala de armas y que contenía diez bonos al portador de mil libras esterlinas cada uno, más un fajo de billetes de Banco por valor de cuatrocientas sesenta libras. Gaunt lo sopesó en la mano y lo restableció en su sitio.

—Cuando oí por primera vez la historia de labios del doctor Tairlaine, historia luminosa y justa, tuve la certeza de que alguien mentía: míster Massey. En ese momento no estaba del todo seguro de que hubiera cometido los dos crímenes, los de

lord Rayle y de Doris Mundo. Parecía probable, pero había que investigar. Vayamos por partes... Sucedió así: Según su declaración, Massey abandonó la mesa poco después de comer. Dijo que había subido al escritorio, donde escribió a máquina varias cartas. Terminó la tarea, según él, a las nueve y media, y no vio nada extraño; luego bajó y fue *en busca* de lord Rayle. Entró en la sala de armas, sin ser visto por el doctor Tairlaine; miró en torno, llamó, y ya iba a retirarse, cuando lord Rayle llegó junto a él presa de gran furia. Lord Rayle, al pasar, dijo algo así como: «Me han robado las perlas». Esto mismo se lo oí yo contar después. A primera vista, el hecho parece verosímil. El escritorio había sido saqueado y el estuche que contenía las perlas yacía ostentadamente en medio de la habitación. Es también muy verosímil que el doctor Tairlaine, semidormido en la silla, no le oyera pasar. De todos modos, él *estaba dentro*, puesto que salió. Pero consideremos de nuevo los hechos: A las nueve y media (era preciso en esto) Massey salió del escritorio. Bajó directamente las escaleras, encaminándose a la sala de armas, echó un vistazo al interior y se topó con lord Rayle al salir. Esto pasó (lo sabemos por el testimonio del doctor Tairlaine, pues estuvo mirando el reloj) no más de dos minutos después de las nueve y media. *En dos o tres minutos, si hemos de creer a Massey, debió ocurrir todo lo que sigue*: Que el supuesto ladrón entró en el escritorio en seguida de salir Massey; que debió de registrar la caja, abrir el cajón del escritorio, extraer de allí el estuche de perlas, ocultar las perlas, que después fueron halladas en manos de Doris; arrojar el estuche al suelo y revolver los papeles del escritorio en forma bastante laboriosa. Después que logró escapar, lord Rayle entró en el escritorio, descubrió el robo, examinó la habitación, bajó las escaleras y se encontró con Massey en la puerta del museo... *a los dos o tres minutos* de haber salido Massey del escritorio. Señores, es materialmente imposible hacer todo eso en tan poco tiempo. Aparte del absurdo que hay en toda esa situación, un hombre, al descubrir que ha sido robado, no abandona inmediatamente el lugar del robo y baja las escaleras para dar un fantástico paseo por un museo en tinieblas. Ante todo, comprueba qué le han robado, da la voz de alarma, y hace todo lo posible para que el ladrón sea capturado. Además, examinemos este hecho...

La pipa se había apagado: la llenó de nuevo y prosiguió, pensativo:

—El escritorio cerrado y la caja del dinero no fueron violentados; los abrieron con llaves. Consideramos esto natural, puesto que las llaves de lord Rayle..., siempre las llevaba consigo..., desaparecieron del cuerpo asesinado. Todos los indicios, sin embargo, concurren para demostrar que *el robo precedió* a la muerte. ¿Conformes? —preguntó suavemente—. Luego, ¿qué hizo el malhechor para conseguir las llaves? Ustedes no pueden aporrear a un hombre, sustraerle sus cosas más queridas y fríamente saquear sus bienes. Eso ocurriría si la víctima, en vez de alarmar a la servidumbre, se apartase de ustedes y se fuese a rondar por la casa murmurando de sí mismo, pero sin hacer nada por detener a su agresor. Pero hay otra falla. Supongan que el malhechor tiene también un juego de llaves, y que lord Rayle tiene las suyas

mientras baja las escaleras. ¿Por qué, Dios santo, creyó necesario el criminal robar las llaves cuando su señoría estaba muerto?

—Así debió de ser —murmuró Francis, perplejo—. Nunca se me ocurrió... Esas llaves...

—Todo eso resaltaba como falsedades notorias. Después fui examinando nuevas evidencias. A qué deducción me condujeron estos hechos, voy a indicarlo dentro de un momento. Del relato del doctor Tairlaine, lo que me preocupaba es un hecho curioso: ese *clic* que oyó antes del asesinato. No estaba seguro en el momento en que lo oyó, pero en cuanto a la hora parece ser categórico. No pudo haber sido causado por nada, de esta biblioteca, allá abajo en la dirección de la puerta; veánlo ustedes mismos. Por consiguiente, debió de haberse producido dentro de la sala de armas y ocurrir en el breve período en que la puerta se hallaba abierta, desde el momento en que se vio entrar a lord Rayle hasta que echó a Massey y cerró violentamente la puerta. Un período de tiempo muy breve, repito. Si hubiera ocurrido después de cerrar la puerta, el doctor Tairlaine no hubiera oído absolutamente nada. Además, debió de haber sucedido muy cerca de la puerta; de otra forma, el ruido de la cascada lo hubiera ahogado. Muy bien, retengo estos hechos y prosigo: cuando examinamos el cuerpo en la sala de armas, como ustedes notaron, me encontré con varios hechos curiosos. El botón de hueso y el de la camisa que saltaron de las ropas de lord Rayle en la lucha, sin duda, habían sido cuidadosamente puestos en su bolsillo. También el cuerpo de la víctima..., que debió de quedar cojo en el momento de su muerte..., había sido colocado bien visiblemente en esa posición ante la estatua. Sufrió un golpe en la cabeza y heridas en la cadera y muslos. Cuando traté de conciliar todas estas inconsistencias, me vi ayudado por una observación que hizo usted, míster Steyne. Fue ésta: «¿Por qué atarle una cuerda al cuello, si fue estrangulado con un par de guanteletes? ¿Y por qué esa extraña postura?». Diríase que el criminal le sostuvo en el aire, como ahorcándole por suspensión, y lo dejó caer cuando estuvo muerto. Señores: eso es precisamente lo que ocurrió.

Sir George se inclinó hacia adelante y preguntó ansioso:

—¿Cree entonces que...?

—Creo y sostengo que lord Rayle cayó desde una altura, desde una ventana, y lo propio acaeció con Doris Mundo —una débil y satírica sonrisa contrajo la cara del detective al acomodarse en la silla y llevar la copa a los labios. Continuó—: Las dos incongruencias, la cuerda del arco y la posición, han sido fácilmente aclaradas. La tercera incongruencia (los dos botones: el del hábito y el de la camisa) confirma incontestablemente nuestra presunción. ¿Por qué tuvo el malhechor que recoger esos objetos y ponerlos después en los bolsillos de su víctima? No podían hacer ningún daño donde estaban. Aparentemente, el criminal perdió un tiempo precioso en buscarlos. Si quieren ustedes realizar el experimento de buscar unos botones perdidos en una habitación bien iluminada, comprenderán cuál no será el fastidio de un criminal que trate de dar con ellos en una oscuridad casi absoluta... La única

explicación es que lord Rayle no fue muerto en la sala de armas. ¿Dónde fue muerto, entonces, y por qué los botones fueron puestos en su bolsillo? La razón es que tenían que ser encontrados cerca del cuerpo de la víctima, a fin de que las sospechas se concentraran en la sala de armas. Aquí debemos repetir lo dicho antes: que fue arrojado desde una altura, una ventana. Claramente, el asesino no podía aventurarse a arrojar el cuerpo por encima de la baranda del balcón; de allí habrían saltado sabe Dios dónde; *pero* si los ponía en el bolsillo del hábito de lord Rayle antes de arrojar el cuerpo, era de esperar que cayeran cerca de la víctima. Debió de intentar esta prueba, puesto que el cuerpo no podía ser arrojado de cabeza. El asesino quería evitar el riesgo de fracturas craneanas o mayores lesiones que las necesarias. Luego, para conseguir todas estas seguridades, realizó la tentativa de dejarlo caer de pie...

*Sir George* prorrumpió en una exclamación de asombro.

—¿Crees entonces que Henry fue arrojado desde una de las ventanas del museo?

—Sí —contestó Gaunt plácidamente—. Para ser más preciso, desde la ventana de su propio dormitorio. Un cuerpo arrojado desde allí iría a caer en el escaso trecho de la estatua ecuestre.

—¡Pero el polvo, hombre! —preguntó *sir George*—. ¡El polvo en la balaustrada!

—Yo no he dicho que el cuerpo fue arrojado desde el balcón. ¿Qué dimensiones tiene aquella ventana?

—Unos siete u ocho pies de alto y cuatro de ancho.

—Exacto. Y está casi a cuatro pies de altura, tanto sobre el piso de la habitación como sobre el del balcón. La barandilla del balcón tiene una altura aproximada a esto.

—Concedo —dijo el *baronet*— que lord Rayle era muy ligero; pero ningún hombre, incluso un hombre fornido como Massey, puede estar en la parte interior de la ventana y arrojar un cuerpo por encima del antepecho de cuatro pies de alto, con un estrecho balcón detrás.

Gaunt levantó una ceja para ponerse el monóculo.

—Lo siento, George. Procuraba llamar tu atención acerca de ello. Incluso llegué a vocearlo por todo el castillo cuando hablé con el inspector Tape... ¡Oh, sí! Un hombre pudo hacerlo si se colocó de pie sobre una cómoda del siglo diecisiete, de unos cinco pies de alto, arrimándola contra la ventana (ustedes vieron sus marcas de polvo) para desviar toda sospecha. Y después que el criminal estuvo sobre ella, limpió su superficie cuidadosamente, de forma que no se notaran las huellas de los pies. Era demasiado evidente...

Bebió de un trago el contenido de su vaso; sus ojos se volvieron más claros y fríos y sus mejillas se sonrojaron.

—Pero déjenme continuar. Las conclusiones a que he llegado me permiten afirmar que lord Rayle murió mucho antes de lo que ustedes creen. Su cuerpo yacía en la sala de armas *no más tarde de las nueve y quince minutos*.

Francis botó en su silla.

—Pero ¿cómo puede ser? Si el doctor Tairlaine vio al viejo...

—Repito que he llegado a mis conclusiones por las razones ya expuestas —replicó Gaunt, imperturbable; luego, volviéndose hacia Tairlaine—: ¿Cómo está de la vista, doctor?

Tairlaine se llevó una mano a los ojos, desconsolado.

—Pero —siguió Gaunt— la buena o mala vista no altera los hechos. Creo que cualquiera con excelentes ojos hubiera sido igualmente engañado. Recuerde: usted estaba sentado frente a la chimenea, como a unos diez metros de la puerta del museo; su única iluminación consistía en unas cuantas velas, y los alrededores de la puerta estaban en completa oscuridad. En esa situación vio usted a alguien, con un vestido blanco y una capucha sobre la cabeza, marchando presuroso hacia la sala de armas. Profería sonidos ininteligibles, pero sin hablar. Era un hombre pequeño...

—¿Quiere insinuar que era *Massey*? —inquirió Francis.

—Mi estimado señor, no sabemos por el momento quién era. Expreso tan sólo mis conjeturas, tal como se me ocurrieron. Veamos, sin embargo, quién pudo haber sido. He dicho ya por qué creí que *Massey* mentía y cómo descubrí que lord Rayle habría sido asesinado antes de las nueve y media. Nuestro hombre llega a la puerta..., una puerta completamente a oscuras. ¿Qué es lo que se ve o se oye? Ese hombre, que no es lord Rayle, desaparece, se oye una voz, y en el espacio, digamos, de un minuto, *Massey* entra en acción al ser cerrada la puerta de un portazo. Todo esto acaece en la penumbra y es presenciado por un caballero de vista delicada, a una distancia de diez metros. Sabemos ya que era un impostor. Sí, este impostor llega a la puerta, inténase unos pasos en la sala, donde se quita la ropa blanca y murmura unas palabras para sí mismo, y en seguida vuelve a salir dando un gran portazo...

—Pero tenía que ocultar la ropa blanca —objetó Francis—. No podía ocultar la ropa ni arrojarla a cualquier sitio; nosotros la habríamos encontrado. No era posible tal transformación...

—Habría sido imposible —repuso con calma el detective— si no hubiera llevado su maleta. Pero la llevaba...

Un violento y emocionante silencio siguió a estas palabras. Indefinidamente, esbozando una sonrisa, John Gaunt miró en su alrededor.

—¡Señores, señores! —prosiguió en tono persuasivo—. ¿No tiene ninguna significación aquel *clic* que llegó a oídos del doctor Tairlaine? Hemos convenido en que ese *clic* fue producido cerca de la puerta. Convinimos también en que eso se produjo durante el breve período en que la puerta estuvo abierta, después de llegar el supuesto lord Rayle. Sólo podía ser el *clic* de una maleta al ser cerrada, luego que el criminal metió en ella rápidamente su disfraz.

—Bien. ¡Condenado sea! —dijo Francis, repentinamente, después de una larga pausa. Se pasó una mano por su frente—. ¡Que los diablos me lleven! ¡Qué listo! ¡Diabólicamente listo! ¿Así que tenía la cartera escondida bajo el hábito cuando pasó por la puerta?

—Sí. El hábito, como han debido de advertir, era muy amplio, de forma que la

delgada figura de lord Rayle aparecía más corpulenta. Míster Massey, como ustedes vieron, no era mucho más alto que su señoría; pero su ropaje ocultaba su peso y su corpulencia. No era necesario, en verdad, con semejante penumbra, pero era una protección... Massey, pues, era nuestro hombre. Rehizo el camino pasando frente al doctor Tairlaine con la evidencia de su transformación bajo el brazo. Pero en la agitación del momento, ávido de crear indicios que desorientaran la investigación, cometió un desliz que echó por tierra todas sus maquinaciones. Si Massey, en ese crítico y emocionante período, se hubiese abstenido de forjar más embustes, habría tardado mucho más tiempo en descubrir su labor infernal. Pero no supo contenerse. Largó lo primero que le pasó por la imaginación... y mencionó lo de las perlas hurtadas. Permítanme algunas especulaciones sobre el particular. ¿Por qué mencionó *lo de las perlas*? ¿Qué razón especial tuvo para recordarlas? La respuesta la hallamos en el análisis de los hechos que acompañaron a la muerte de Doris Mundo. Aquí se impone un examen retrospectivo de los hechos. Cuando descubrimos la muerte de la pobre joven, nos encontramos con la casi plena certeza de que la muchacha había sido arrojada por una ventana después de muerta. Tú, George, deseas saber por qué ella había sido arrojada por la ventana de su propia habitación, y por qué los guanteletes habían sido puestos tan hábilmente cerca de la cama.

—Me callo —dijo el *baronet*—. ¿Y cuál es la respuesta?

—La respuesta —contestó Gaunt— es que ella no fue arrojada por la ventana de su habitación.

—No te comprendo.

De nuevo Gaunt llenó displicentemente su vaso.

—Me indicaste varias veces que ella fue arrojada desde una ventana —replicó—. De acuerdo con esto. Era verdad. Pero cuando dijiste: «la ventana de su habitación», no contesté nada; no te contradije porque Massey estaba allí entonces y no tenía interés en ponerle en guardia. Mira esto —llevóse la mano al bolsillo y extrajo el plano de la casa—. Aquí está, George; lo has tenido bajo tus ojos largo tiempo. Tú mismo lo dibujaste... Aquí —su dedo se movió— está el pasaje que conduce a la cocina. Puedes ver la ventana del cuarto de Doris. ¿De quién es la ventana que corresponde a la parte opuesta?

—¡Oh Dios! —exclamó Francis—. No necesitan mostrármela. El cuarto de Massey...

—El cuarto de Massey, en efecto —asintió Gaunt—, contiguo al cual está también el escritorio saqueado. Y, lo recordarán ustedes, yo insistí particularmente con el inspector Tape sobre si la ventana de Doris estaba abierta...

—¿Luego supone que Doris no fue muerta en su puerta? —inquirió Francis, emocionado.

—Podría jurarlo. Doris fue estrangulada en el escritorio o en la habitación de Massey y arrojada al pasillo desde la ventana de éste. Conociendo entonces quién era el asesino, no hallé difícil la deducción. Sería una circunstancia sospechosa si se

hubiese hallado que el cuerpo fue arrojado desde la ventana de él. Tratándose de un ser tan avieso, amañó una coartada por... ¿No?

Sir George sacudió la cabeza.

—Ahora comprendo por qué los guanteletes fueron encontrados en el cuarto de la mujer. El criminal los arrojó por la ventana a la habitación inmediata. Caerían sobre la cama y no harían ruido. Después se deslizaron y rodaron al suelo.

—Exacto. La luz estaba encendida y pude ver que no había nadie más allí. Pero por la cautela de *mistress* Carter al mandar a Annie Morrison a dormir en otra habitación, él se halló en una situación peligrosa, y, para salvarse en aquella ocasión, se vio obligado a arrojar sus armas. Ella yacía en el pasillo, pues, con las perlas en su mano. Para comprender la conducta de Massey y situar los sucesos en orden cronológico, podemos volver de nuevo a esas perlas. ¿Por qué se hallaban en la mente de Massey cuando habló al doctor Tairlaine poco después de las nueve treinta? Uno se pregunta: ¿fue porque él había matado a Doris Mundo al mismo tiempo que a lord Rayle? La respuesta es: no. Prescindiendo del informe médico con respecto a la hora de la muerte, que tiene que ser defectuoso en diagnósticos precipitados; prescindiendo de ello, repito, tenemos todavía una buena razón para creer algo distinto... Míster Kestevan la vio cuando entraba en la habitación de *lady* Rayle alrededor de las nueve y media, y esto está confirmado por *lady* Rayle, quien conversó con ella. En otras palabras: ella vivía sin duda alguna, a la hora en que Massey debió de bajar para realizar su caracterización de lord Rayle. Y después de esta personificación, Massey estuvo durante algún tiempo ante testigos. Ella fue muerta después. ¿Cuál es, pues, la respuesta? De esa observación de Massey deducimos toda la serie de sucesos.

Las ventanas de la biblioteca que miraban al este se iluminaban ahora y una claridad penetraba en los rincones. Sir George estaba sentado con sus gruesas manos enlazadas, con muestras de cansancio en sus párpados, que se entornaban.

Durante toda esta explicación, el inspector Tape permaneció silencioso, asintiendo ocasionalmente con gestos y haciendo anotaciones en su agenda de apuntes. Francis, de pie, encendía un cigarrillo tras otro... De todos ellos, Gaunt era el más tranquilo; podría estar horas así, discurriendo plácidamente y auxiliándose alternativamente de la pipa y el frasco de *brandy*.

—Debemos admitir —continuó diciendo el detective— que al saquear la oficina y el dormitorio de lord Rayle, Massey se aplicó necesariamente a la primera. Luego, sorprendido en el momento de robar en el dormitorio, viose en la necesidad de matar a lord Rayle. Supimos después que hacia las nueve y media, Doris Mundo fue a visitar a *lady* Rayle, en busca de su protección; pero que, tratada despectivamente, salió desesperada de la entrevista. La joven, de regreso a su habitación, tuvo que pasar por el balcón cubierto, al cual dan los aposentos de lord y *lady* Rayle. Y al pasar frente al dormitorio de su señoría... ¿Qué vio la joven? ¿La linterna del criminal a través de la ventana? ¿A Massey saliendo de la habitación, con la maleta

conteniendo el producto del robo bajo el brazo y vistiendo la ropa con la cual personificaría a lord Rayle? Simples conjeturas, por supuesto. Es improbable que haya visto el asesinato ni tampoco el lanzamiento del cuerpo por la ventana, pero es evidente que estuvo con Massey. Es muy probable que en cualquier otra circunstancia y, sabiendo lo que estaba ocurriendo, Doris le hubiese traicionado sin remisión. Mas era Massey quien la había seducido y la infeliz estaba desconsolada. Hacía algún tiempo que ella le habría amenazado con descubrirlo todo; por ello, él decidió alzarse con cuanta riqueza encontrara a mano y desaparecer. El médico ya había revelado el estado de gravidez de la joven... Inesperadamente, ella se le presenta en el lugar del crimen. ¿Qué pudo decirle en ese instante horrendo? A buen seguro le ruega que guarde silencio, que espere un poco más. En cualquier momento puede ser descubierto el cuerpo en la sala de armas. Hay que ganar tiempo... Lo primero que se le ocurre son... *las perlas*. Se las saca del bolsillo y las pone en manos de ella. La lleva, la empuja a su cuarto, y le ordena espere allí a que él vuelva. Cuando regrese, tomarán las últimas medidas y escaparán. Y mientras ella le espera, él corre abajo para su personificación.

La pipa de Gaunt se apagó otra vez y la volvió a encender.

—Recapitemos ahora. Pregunté antes, y pregunto ahora de nuevo, si ustedes se dan cuenta, incluso llegados a este punto, de la verdadera naturaleza del hombre. Le han visto ustedes manejar impasiblemente sus asuntos. Ustedes le han supuesto tan impávido como ese reloj que cayó junto a él, pero me divertía observar el verdadero carácter del hombre cuando supe que era el culpable. Ante ustedes, él era evidentemente un mal embustero; lo dejó ver a las claras. Era patente que carecía de imaginación. Tenía una imaginación de tipo teutónico, metódica, y lo ocultaba maravillosamente. Recuerdo que una vez, tú, George, dijiste que las diez mil libras debían de haber sido robadas para despistar y ocultar el verdadero designio del asesinato. Tú lo dijiste, y él contestó: «Nadie roba diez mil libras sólo como un tapujo», lo que, de acuerdo con su propio temperamento, era perfectamente cierto. Habló sin ironía, diciendo la verdad exacta, con palabras que le salían del alma. Y tú replicaste: «¡Oh, por el amor de Dios, tenga un poco más de imaginación!». Esa broma le disgustó. Le repugnaba depender de un patrón quisquilloso, algo colérico y siempre irrazonable. Me figuro que durante cierto tiempo estuvo planeando el robo, pero dudo que lo hubiese puesto en práctica, a no ser obligado por las circunstancias. Hubo siempre una enorme cantidad de valores al portador a la mano...

—Pero ¿cómo iba a poder negociarlos? —preguntó *sir* George—. La justicia tenía los números...

—No los números exactos —asintió Gaunt distraídamente—; él era el secretario de lord Rayle, y los números que tendría la justicia serían los que él hubiese suministrado.

Francis interrogó, ansioso:

—Entonces, ¿los números que nos proporcionó?

—Falsos, por supuesto. Una farsa divertida para él. Aquí y allá cambia usted una cifra, y bancos y escribanos vense en tal confusión, que tardan mucho en localizar los bonos... cuando usted ya los ha negociado... Si alguna vez le interrogan a usted, tiene la muy acertada respuesta de que fue el propio lord Rayle, notoriamente loco, quien le proporcionó los números. Casi todo puede ser creído de un hombre que escribe la combinación de su caja de caudales en la pared. Además, ¿quién pensaría en un robo relacionado con el secretario? Durante muchos años tuvo el dominio absoluto de los negocios de un loco y le sirvió fielmente. Cuando el loco es descuidado en sus combinaciones de letras, ¿quién puede acusar al secretario si algún miembro de la servidumbre saquea la caja de caudales? Pero el robo exigía necesariamente la muerte de lord Rayle. Así entraría en posesión de los números auténticos, después forjaría un círculo de apariencias para que se inculpara de la muerte a alguna persona de la casa, tarea relativamente fácil, aunque peligrosa. Él lo sopesó lentamente y anduvo con cuidado, hasta que se encontró con dificultades que requerían decidida rapidez e ingenio. Y se encontró con dificultades; descubrió que Doris Mundo estaba encinta. Durante algún tiempo pudo lograr que estuviera callada. Ahora ven ustedes quién robó las manoplas y por qué. Para aterrorizar el temperamento supersticioso de ella; para situarse en la escalera y amenazarla Dios sabe con qué castigos sobrenaturales si ella revelaba su *pecado*. Por qué robó la cuerda del arco, nunca lo sabremos. Pero me imagino que manejándola con las manos hundidas en los guanteletes, a la luz de la luna, como un lazo de verdugo, además de aterrorizarla... bien, pudo haber sido eficaz. Hace dos noches, él se dio cuenta de que su secreto había sido descubierto. La muchacha tuvo una crisis de histeria; se llamó al doctor, y él tuvo el convencimiento de que al fin ella hablaría. Llegado a este extremo, creo que abandonó toda idea de asesinato de lord Rayle y seguramente no habría estrangulado a Doris Mundo únicamente para prevenir el descubrimiento de un hijo ilegítimo. Esto hubiera sido una locura y, además, no era necesario. Lo único que deseaba era saquear la caja de caudales de su patrón y obtener lo bastante para poder irse al extranjero. Estaba jugando entonces por una ridiculamente pequeña apuesta, pero vuestro verdadero criminal no desdeña el levantar incluso peniques. Todos sus planes estaban ya trazados cuando el doctor Tairlaine y George llegaron al castillo. ¿No los informó minuciosamente de los extravíos de lord Rayle, el escribir en las paredes las combinaciones de la caja? ¿No destacó las excentricidades del hombre, llamando varias veces la atención sobre las cartas que escribió en la noche? Me extrañó esa insistencia; por cualquier motivo traía a colación asuntos como ése. Evidentemente, esto tendía a algún propósito. Cuando abandonó la mesa después de la comida, estaba seguro de que lord Rayle, si se decidía a subir al escritorio, no sería hasta muy avanzada la noche. Con toda probabilidad estaría dedicado a la tarea de mostrar al doctor Tairlaine su colección de armas. Un hecho fortuito desbarató sus planes. Precisamente, lord Rayle había elegido aquella noche para tapiar las puertas del museo y del torreón, de las cuales *miss* Patricia y Kestevan se servían para sus

citas, y, naturalmente, quería ver el éxito de su travesura. No sabemos quién le informó de aquellos amores; probablemente *lady* Rayle...

Francis murmuró algo entre dientes, que hizo sonreír al detective.

—¿Qué hizo en ese ínterin su señoría? Dio amplio tiempo a su hija para subir las escaleras y cambiar de traje, y esperar atentamente hasta tener la seguridad de que Patricia ya estaría en la sala de armas. Y entonces...

—Comprendido —comentó *sir* George—. Nos dejó a todos tomar el café en el recibimiento, atravesó furtivamente el gran salón y fuese directamente a la sala de armas.

—Exacto. Entre tanto, Patricia se había ocultado en la sala de armas, para su encuentro furtivo con el galán; allí estaba, oculta tras la vitrina de los trofeos, sorprendida de que la puerta disimulada por el tapiz flamenco no se abriera. Lord Rayle entró inadvertidamente. Ella no le vio, en sus forcejeos para abrir la puerta. Pero él vio algo que le sorprendió más que lo que esperaba presenciar en el museo.

—¿Qué era eso? —preguntó *sir* George.

—Vio una luz en la ventana de su aposento... —dijo John Gaunt.

## SOLUCIÓN

... Massey estaba allí —siguió relatando el detective—, alumbrándose con la linterna, indiscreción que no habría cometido de sospechar que lord Rayle estaba abajo, en la sala de armas. Su señoría sabía que nada bueno realizaba la persona que estaba en su cuarto. A nadie dejaba entrar allí, como ya han oído. Quizá no sospechara de ladrones; alguna criada curiosa tal vez. Pero no se detuvo y corrió a investigar. Bruscamente entró en el cuarto y sorprendió a Massey en el acto de registrar la caja.

Francis lanzó rabiosamente su cigarro a la chimenea.

—¿Y en esa situación —murmuró torvamente—. Massey le asesinó?

—Según las presunciones más fundadas, sí. No puedo creer que un plan tan ingenioso fuera concebido bajo el apremio del momento. Como ya indiqué, pienso que Massey lo había meditado hacía tiempo, aunque demoraba una y otra vez ponerlo en práctica. Ahora el esquema debía ser modificado. Previamente proyectaba un robo que no sería descubierto hasta el día siguiente, por lo que tendría tiempo de ponerse a salvo. Sorprendido in fraganti, la eliminación de lord Rayle se le impuso en forma inexorable. Si lo hubiera sabido, él hubiera corrido un espantoso albur. Patricia estaba abajo, en el salón donde arrojó el cadáver..., pero Patricia estaba oculta bajo el tapiz y no vio nada. Tampoco oyó ella nada cuando cayó el cuerpo; a menudo me ha hablado usted del ruido que produce la cascada cuando se pasa del centro del salón. El resto ya es conocido. Doris Mundo constituía una testigo peligrosa. Se le imponía también la necesidad de matarla; de lo contrario, le traicionaría, aunque la muchacha no se lo propusiese. Halló la oportunidad al acompañar a Patricia a su aposento; después de dejarla allí, corrió a su cuarto, donde Doris le esperaba. Fue obra de pocos minutos. Fue un error ponerle las perlas en la mano, como presunto indicio de que ella estaba complicada en el robo. El cuerpo fue arrojado por la ventana, a cubierto por el ruido de la gramola, y los guanteletes arrojados al cuarto de Doris a través del pasaje abierto. Todo había de crear enorme confusión en la casa y en los investigadores.

—Se me ocurre una objeción, míster Gaunt —intervino Francis—. ¿Por qué saquear la oficina en la forma que lo hizo, cuando todo lo valioso había sido robado?

—Su plan hubo de ser cambiado por los hechos, sin duda. Ahora necesitaba una evidencia de robo; ya no pensaba escapar. ¿Para qué? Suministraría después una lista falsa de los números de los bonos y pondría en ejecución un proyecto largamente acariciado. Dudo mucho de que ese hombre, por hábil que fuese, pudiera concebir un plan tan rápidamente como lo hizo, si no lo tuviese premeditado desde mucho antes.

Lo revolvió todo; arrojó libros y cuadros por el suelo y dejó en medio de la habitación el estuche de las joyas robadas. El diseño final estaba incompleto. Faltaba decidir la cuestión de la culpabilidad. Ya tenía decidida la elección: Frank Steyne sería el presunto culpable. Así lo revela indudablemente la visita que hizo a su cuarto, míster Steyne, y en la cual robó la automática. Una peligrosa tarea le aguardaba en la noche...

—¿Peligrosa tarea? —murmuró Francis.

—Dos sumamente difíciles. Tenía que ocultar el botín, que hasta entonces tenía en su cuarto. Después, tenía que restituir a su sitio la ropa que había usado para simular la personificación de lord Rayle.

Lentamente se volvió hacia Tairlaine.

—¿Comprende ahora, doctor, la diferencia que notó en el ropero cuando lo vio esta mañana? La primera vez que estuvo allí colgaban de las perchas cinco hábitos; en la segunda, había seis, y uno de ellos, según le hice notar, arrugado en extremo por haber sido embutido en la maleta. En esta situación fue sorprendido por *lady* Rayle, con el resultado conocido.

—¿Y los bonos?

—Usted y su hermana jugaron muchas veces aquí al *Hunt the Slipper*. Esta misma mañana estuvieron recordando las tretas a que apelaban.

Cierto. ¿Pero eso tiene algo que ver?...

—¿Y dónde, según *miss* Patricia, escondía usted siempre la pantufla?

—¡Oh! En una de las armaduras.

Gaunt golpeó fuertemente el brazo del sillón.

—Exactamente. Y esté seguro de que Massey conocía esa manía suya, lo mismo que todos en la casa. Quiso ocultar el botín donde usted solía hacerlo, para acumular evidencias contra usted, en el caso de que las cosas marcharan mal. ¿Percibe la maquinación? Por eso dije que la trampa que yo venía preparando estaba basada en sus esfuerzos por hacerlo aparecer culpable. Todas las muertes tenían el carácter de la obra de un alienado. ¿Esta nueva evidencia no significaría nada para los jueces?

Al llegar aquí se oyó un ruido extraño. El inspector Tape carraspeó fuertemente. Por algún tiempo se le había tenido olvidado, y todos fueron vagamente sorprendidos cuando le vieron adelantar la silla. Preguntó a Gaunt:

—Disculpe, señor. Hay una parte en esto que deseo esclarecer. Me dijo usted lo que había de hacer, y lo hice. Me dijo también dónde había que colocar mis hombres, y allí estuvieron todos. Pero todo aquello que me dijo por la mañana, en el gran salón, cuando yo llegué, ¿a qué conducía?

—Fue para que Massey lo oyera y desvanecer sus inquietudes y se descubriera.

—Me habló también de que había encontrado algo en el bolsillo de las ropas de su señoría. Un papel que contenía, según usted, los números de los bonos. Puedo asegurar bajo juramento que en ningún bolsillo había semejante cosa.

—No la había, en efecto, hasta que yo la puse.

—No entiendo bien...

—¿Quieres alcanzar la botella, George? ¡Gracias! Hay esto, inspector. Cuando dije que había encontrado un trozo de papel con el número de los bonos, escrito por lord Rayle, constábame que produciría en Massey una sensación de terror. Después, como casualmente, le dije que pensaba enviar telegramas a los abogados y al Banco de lord Rayle. Al decir esto preví que su natural instinto le arrastraría a conseguir ese pedazo de papel y comprobar si los números eran auténticos. Para hacer esto, tendría que comparar dichos números con los verdaderos de los bonos ocultos. Había dos probabilidades: una, que mordiera el cebo; la otra, que al conseguir el papel puesto por mí, lo destruyera sin comparar unos y otros números... Yo adopté la precaución de echar en el ropero una capa de talco para tener las huellas de las pisadas; pero tal comprobación habría sido escasamente condenatoria si no nos hubiera llevado al lugar donde estaban ocultos los bonos. Tuve que esperar a la noche para esto, pues ya había tenido la precaución de apostar a un hombre en ambas habitaciones durante el día. Él se sobrepuso a este contratiempo y vino a nuestra reunión con una naturalidad perfecta. Lamento mucho que en el último momento perdiera la cabeza —Gaunt añadió lentamente, después de una larga pausa—: ¡Cuán tremendas revelaciones se habrían oído en el proceso si lo hubiéramos atrapado vivo!

Su pipa no humeaba ya. La luz matinal inundaba ahora la biblioteca. *Sir George*, con la cabeza entre las manos, sumíase en lóbregas meditaciones. Francis contemplaba sombrío la puerta del museo que su padre franqueara por última vez. Tairlaine, cansado y aturdido, veía a Gaunt pasear lentamente y abrir de par en par una de las ventanas del Este. Allí permaneció inmóvil, frente al sol que se alzaba radiante sobre el mar. Salvo el rugir de la catarata, no se oía en Bowstring otro ruido que el de las lentas y rítmicas pisadas del policía puesto de guardia en la puerta donde transcurriera el último episodio del espantoso drama.

— FIN —



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gaxton Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

# Notas

[1] «Busque la pantufla». <<

[2] Debemos dejar constancia de que estas afirmaciones son verídicas en todos sus detalles. <<

[3] Juicio del duque de Monmouth (hijo natural de Carlos II) y sus compañeros, por la rebelión contra su tío Jacobo II. El juez supremo Jeffreys condenó a muerte a 320 personas y sentenció la deportación de 841. (*N. del T.*) <<

[4] Vejstorio. <<

[5] «Busque la pantufla». <<